La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI

Kepa Sodupe

Servicio Editorial
UNIVERSIDAD DEL PAIS VASCO



Argitalpen Zerbitzua
EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEA

LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

A COMIENZOS DEL SIGLO XXI

LA TEORÍA DE LAS RELACIONES INTERNACIONALES

A COMIENZOS DEL SIGLO XXI

Kepa Sodupe

Con la colaboración de:

Mariano Ferrero

Leire Moure

Izaskun Elizondo



ISBN: 978-84-1319-041-9

AGRADECIMIENTOS

Es obligado mostrar mi agradecimiento hacia aquellas entidades que han hecho posible el libro que ahora se presenta. Este libro es fruto de un proyecto de investigación que ha recibido el apoyo financiero de la empresa Iberdrola. He de poner de relieve el interés mostrado por esta empresa, en especial por José Antonio Garrido, y reconocer que sus ayudas han resultado de vital importancia.

Así mismo, quiero agradecer la aportación realizada por el Vicerrectorado de Extensión Cultural de la UPV/EHU. Su titular, Leonardo Lorente, ha dispensado a esta iniciativa, como a otras que he tenido la oportunidad de plantearle, una gran acogida. La aportación mencionada ha contribuido a que la edición de este libro sea hoy una realidad.

Por último, he de resaltar la colaboración de Mariano Ferrero, Leire Moure e Izaskun Elizondo. Hemos tenido la oportunidad de trabajar juntos en diferentes proyectos académicos. Este libro debe mucho a su valiosa participación.

INDICE

PARTE TERCERA
EL *MAINSTREAM* EN LA DISCIPLINA:
EL ENFOQUE RACIONALISTA

PARTE PRIMERA

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1

INTRODUCCIÓN

El libro que aquí se presenta pretende reflexionar sobre el estado de las Relaciones Internacionales a comienzos de siglo XXI. No puede negarse que en algo más de un decenio la fisonomía de la disciplina ha cambiado radicalmente. Un especialista en este campo del saber que hubiera dado un salto de trece años en el tiempo, encontrándose súbitamente en el año 2003, tendría serios problemas para situarse ante la nueva literatura. Vería que las referencias a T. S. Kuhn, a los paradigmas estatocéntrico, globalista y estructuralista, o a la inconmensurabilidad de estos paradigmas habían desaparecido de las publicaciones especializadas. En su lugar, hallaría otras, desconocidas para él, especialmente si su formación en cuestiones de filosofía de la ciencia no es particularmente digna de mención, como construcción social de la disciplina, reflexividad teórica o antifundacionalismo. Podría ser útil para este especialista, si su propósito es familiarizarse cuanto antes con las nuevas discusiones, informarle de que las Relaciones Internacionales entraron en el transcurso de esos trece últimos años en una nueva etapa, cuyos rasgos esenciales, tan distintos de los de etapas precedentes, justifican su sensación de absoluto desconcierto.

1.1. LA TRADICIÓN DE DEBATES EN LA DISCIPLINA

En efecto, en los momentos actuales, las Relaciones Internacionales se encuentran en lo que en este trabajo hemos denominado "cuarto debate". La historia de esta ciencia social ha estado marcada por la sucesión de una serie

de debates. El primero fue el que enfrentó a idealistas y realistas en los años veinte y treinta. El segundo colocó en bandos opuestos a tradicionalistas y behavioristas entre 1950 y 1970. El tercero, el debate inter-paradigmático, que cubrió los dos decenios siguientes, dividió la comunidad científica en tres diferentes grupos que sostenían visiones muy distintas de la disciplina. El cuarto debate supone la confrontación entre racionalistas y reflectivistas. Emergió con fuerza en los años noventa y, a no ser que se desvanezca con la misma rapidez que el debate inter-paradigmático, continuará caracterizando el estado de cosas en nuestro campo de estudio en los primeros años de este nuevo siglo.

En un sentido, como ha subrayado D. S. L. Jarvis, las Relaciones Internacionales, desde su nacimiento a comienzos de siglo, han recorrido un largo camino. En otro, sin embargo, parecen estar siempre en el mismo punto de partida[1]. A lo largo de su historia, la disciplina ha mostrado una cierta aversión a acumular conocimiento, prefiriendo, en su lugar, renovarse a fondo y empezar de nuevo periódicamente. De esta manera, los grandes debates han tenido lugar con regularidad. Cada uno de ellos ha supuesto nuevos marcos conceptuales y nuevas teorías con los que proceder a la renovación mencionada. Asimismo, dice Jarvis no muy satisfecho con ello, han permitido desprenderse de todo conocimiento que corría el riesgo de convertirse en permanente. Con independencia de si los grandes debates han conducido a una mayor comprensión o generado una mayor confusión, no puede negarse la presencia de un impulso permanente a (re)inventar la disciplina.

Muy posiblemente, Jarvis tuviera especialmente en mente el cuarto debate al realizar estas consideraciones. El cuarto debate ha causado una conmoción sin precedentes en las Relaciones Internacionales. La dimensión de las discusiones en este nuevo debate queda reflejada en algunas representaciones metafóricas de la disciplina. C. Brown equipara esta última a una ciudadela dentro de la cual sus habitantes (los internacionalistas) han comenzado a derribar sus muros para fundirse con otras ciudades (la ciencia política y la sociología)[2]. Pero ocurre un hecho sorprendente. Algunos de los residentes distinguidos de la ciudadela huyen, regresando en compañía de extraños para atacar su antigua localidad. Otros residentes notables no han tenido más remedio que defender posiciones consideradas inatacables durante siglos. En

---

[1] D. S. L. Jarvis, *International Relations and the Challenge of Postmodernism: Defending the Discipline*, Columbia, University of South Carolina Press, 2000, p. 10-11.

[2] C. Brown, "'Turtles All the Way Down': Anti-foundationalism, Critical Theory and International Relations", *Millennium*, Vol. 23, n.º 2, 1994, pp. 213-214.

definitiva, nos encontramos habitando una ciudad sitiada y devastada por la guerra civil. Por su parte, R. M. A. Crawford establece un paralelismo entre la disciplina y el transatlántico *Titanic*[3]. En los años ochenta, la disciplina chocó insospechadamente contra un iceberg. Como los pasajeros del transatlántico en su tiempo, la mayoría de los miembros de la comunidad académica no fueron conscientes de la tragedia que se avecinaba. A diferencia del *Titanic*, la visión convencional de las Relaciones Internacionales se resistió a desaparecer bajo las aguas. Sus pasajeros no se ponían de acuerdo sobre qué hacer: unos caían al abismo, otros trataban de llegar a los botes salvavidas, aferrarse a cubiertas inundadas u organizar grupos de salvamento. Pero lenta e inexorablemente la estrecha versión científica de la disciplina se hunde "en las oscuras e insondables profundidades del relativismo teórico".

Naturalmente, en estas metáforas, los habitantes de la ciudad y los pasajeros del transatlántico son los racionalistas y los insurgentes y el iceberg los enfoques reflectivistas. Aunque pueden transmitir una imagen un tanto dramática de la disciplina, pienso que dichas metáforas son útiles para dar a entender la extraordinaria transformación que está experimentando la misma.

El cuarto debate transmite, como ninguno de los tres precedentes, la idea de ruptura con el pasado. Este debate se produce en un contexto teórico mucho más complejo. J. Der Derian ha escrito que las Relaciones Internacionales se enfrentan a "una diversidad de insurgencias filosóficas, la mayoría de las cuales cuestiona la teoría y los fundamentos existentes de la disciplina y trata de sustituir la tradición del monólogo, revalorizando los enfoques dialogantes"[4]. Pero la mayor complejidad teórica no ha estado acompañada por una mayor claridad de ideas. La proliferación de enfoques críticos, la ausencia de un discurso homogéneo en cada uno de ellos y la diversidad de fuentes filosóficas en las que se han inspirado han provocado un clima de fragmentación, si no de confusión total en la disciplina.

Los diferentes debates que se han sucedido en nuestro campo de estudio han estado rodeados de un conjunto de circunstancias específicas. Para F. Halliday, en el desarrollo de las Relaciones Internacionales han intervenido tres "círculos concéntricos": la discusión dentro de la propia disciplina, el impacto de los acontecimientos en el mundo y la influencia de las nuevas ideas provenientes de otras ciencias sociales. El primero de estos círculos ha

---

[3] R. M. A. Crawford, *Idealism and Realism in International Relations: Beyond the Discipline*, London, Routledge, 2000, pp. 138-139.

[4] J. Der Derian, "Introducing Philosophical Traditions in International Relations", *Millennium*, Vol. 17, n.º 2, 1988, p. 189.

recibido más atención, mientras que los otros dos han sido más descuidados. A su juicio, sin embargo, la importancia de estos últimos es evidente[5]. ¿Qué cabe decir a este respecto del cuarto debate? Las circunstancias, tanto de carácter intelectual como histórico, que lo rodean justifican la idea de ruptura con el pasado a la que nos hemos referido anteriormente.

En cuanto a las circunstancias intelectuales es necesario señalar que el cuarto debate debe enmarcarse en lo que se ha denominado "crisis de la modernidad". Esta crisis pone en cuestión el proyecto surgido de la ilustración. Las voces críticas a tal proyecto comparten la creencia de que las tendencias de pensamiento dominantes en los siglos XIX y XX están conduciendo a la humanidad al desastre. Lejos de producir la liberación prometida, el proyecto de la ilustración está generando deshumanización. Como tendremos ocasión de ver, puede hablarse de una conciencia creciente respecto a las ambigüedades y límites inherentes al progreso tecnológico y social. El racionalismo, una de las partes contendientes en el cuarto debate, entra de lleno en la tradición de la ilustración. Los enfoques reflectivistas, por su parte, coinciden en subrayar el estado de crisis en el que se halla la modernidad, si bien no cabe registrar una respuesta común por parte de todos ellos a dicha crisis. Unos, los más moderados, propugnan la renovación crítica de la modernidad. Otros, los más radicales, entienden que la humanidad ha entrado en una nueva fase: la posmodernidad.

Las circunstancias históricas han marcado también el cuarto debate. Para los enfoques críticos, el término de la guerra fría sirvió para confirmar las debilidades de los presupuestos teóricos dominantes en la disciplina. Es necesario señalar que el reflectivismo se encontraba ya en marcha antes de la caída del muro de Berlín. Contribuciones de gran importancia que sentaron las bases de este desafío al *statu quo* vieron la luz en los años ochenta. No obstante, el término de la guerra fría dio un impulso notable a los esfuerzos por renovar las bases teóricas de la disciplina. Los acontecimientos de proporciones históricas que se materializaron no sólo en el cese de la confrontación entre Este y Oeste, sino, también, en la desaparición de la Unión Soviética mostraron que las estructuras internacionales no eran algo inamovible.

Más recientemente, otros hechos, como los atentados terroristas contra Nueva York y Washington, están llamados a convertirse en auténticos hitos

---

[5] F. Halliday, *Rethinking International Relations*, London, Macmillan, 1994, p. 7; C. del Arenal, "Teoría de las Relaciones Internacionales y Sociedad Internacional", *Actas del IV Congreso Vasco de Sociología*, Bilbao, Asociación Vasca de Sociología, 1998, Vol. II, p. 754.

en la historia de la disciplina. Aunque la perspectiva temporal es aún escasa, no parece arriesgado afirmar que el 11 de Septiembre tendrá una influencia en el desarrollo del cuarto debate. La consideración de estos nuevos hechos afecta a un aspecto clave de este debate: la importancia de los significados intersubjetivos, la importancia de las cuestiones de identidad en las Relaciones Internacionales.

El cuarto debate ha asumido un tono pronunciadamente filosófico. Debido a ello, las Relaciones Internacionales dan la sensación de haber entrado, en contraste con la era de globalización en que vivimos, en una fase de profunda introspección[6]. Para algunos autores, esto no constituye precisamente un hecho positivo. En lugar de procurar abordar los numerosos problemas que afectan a la humanidad, la disciplina está cada vez más inmersa en un obsesivo ejercicio de auto-examen[7]. Es posible que esto sea así, pero también puede interpretarse que la introspección, la reconsideración de los fundamentos filosóficos de la disciplina, resulta absolutamente imprescindible en el intento de búsqueda de una teoría que facilite adentrarse en la naturaleza de los problemas citados y ofrezca vías de transformación del estado de cosas actual.

De una manera más concreta, el cuarto debate tiene que ver con cuestiones ontológicas y epistemológicas. La entidad de las primeras ha crecido progresivamente con el paso del tiempo. En sus inicios, sin embargo, el cuarto debate estuvo centrado preferentemente en la epistemología. La crisis de la modernidad hace también alusión a la contestación de la idea de ciencia nacida de la Ilustración, en especial en lo que atañe a la pretensión de que existe una "fundación" sobre la que asentar el conocimiento. Los enfoques reflectivistas lanzaron sus ataques contra la filosofía positivista predominante en la disciplina, haciendo hincapié en lo que denominaron "reflexividad teórica". Con esta expresión quiere darse a entender el interés por reflexionar sobre el propio proceso de teorización. Los autores en posiciones críticas consideran que tan preocupados deberíamos estar por analizar cómo nos acercamos al estudio de la política internacional como por explicar problemas, acontecimientos y comportamientos en el sistema global[8]. Pero, como decíamos al comienzo, las cuestiones ontológicas han ido adquiriendo cada vez más importancia en el cuarto debate. Puede apuntarse que los enfoques

---

[6] C. T. Sjolander and W. S. Cox (Eds.), *Beyond Positivism: Critical Reflections on International Relations*, Boulder, Co., Lynne Riener, 1994, p. 3.

[7] D. S. L. Jarvis, *op. cit.*, p. 2.

[8] S. Burchill et al., *Theories of International Relations*, 2nd ed., New York, St. Martin's Press, 2001, p. 1.

reflectivistas tratan de construir su alternativa al *statu quo* disciplinar sobre dos pilares. El primero consiste en la polémica entre individualismo y holismo. Aquí, los nuevos enfoques, en contraposición al individualismo metodológico que anima a neorrealistas y neoliberales, propugnan la mayor validez del estructuralismo. El segundo gira en torno a la discusión entre idealismo y materialismo. En esta ocasión, los autores críticos, frente a las posturas materialistas características del *mainstream*, destacan el papel de las ideas en la conformación de las estructuras sociales.

1.2. UNA DESCRIPCIÓN DEL CONTENIDO DEL LIBRO

El objeto de este libro es presentar un cuadro lo más acabado posible de las Relaciones Internacionales en el cuarto debate. Ésta no es una tarea fácil teniendo en cuenta la situación de efervescencia teórica que hemos descrito brevemente. Es posible adelantar que al final de esta obra, a pesar de la confusión que parece rodear inevitablemente al cuarto debate, emerge una imagen lo suficientemente nítida de la disciplina como para comprender con cierta claridad los rasgos más sobresalientes del mismo. Debe reconocerse que este resultado es fruto de una simplificación, de un intento de poner el acento en la definición y la clasificación muy poco en consonancia con la filosofía de algunos enfoques reflectivistas. En cualquier caso, esto parece inevitable a no ser que seamos capaces de desprendernos de todo vínculo con la modernidad y aceptar la "desfamiliarización" como un estado normal de cosas, tal y como sugieren los posmodernistas.

El estudio sobre las Relaciones Internacionales en el cuarto debate que se presenta a continuación está dividido en cinco partes. La primera está formada por esta breve introducción. La segunda lleva por título *Del Tercer al Cuarto Debate*. Comienza con una descripción del debate inter-paradigmático, introduciendo para ello las ideas de Kuhn sobre la evolución de las ciencias. La aplicación de estas ideas permitió hablar de las Relaciones Internacionales como una ciencia madura. Desde sus inicios hasta principios de los años setenta, la disciplina se desarrolló en el marco de un único paradigma: el estatocéntrico. Sólo en estas últimas fechas, la presencia de anomalías persistentes a las que no podía responder provocó la aparición de dos desafíos paradigmáticos: el globalista y el estructuralista. Aunque con arreglo a las ideas de Kuhn la situación de crisis abierta por la proliferación de paradigmas sería resuelta con el triunfo de uno de ellos, en los años ochenta, principalmente en su segunda mitad, se fraguó una imagen multi-paradigmática de

las Relaciones Internacionales. Estas pasaron a estar compuestas por el conjunto de los tres paradigmas.

Pero, a principios de los años noventa, el debate inter-paradigmático dejó de ser la referencia adecuada para comprender lo que ocurría en las Relaciones Internacionales. El segundo capítulo de esta parte alude a las razones que promovieron la rápida desaparición del debate inter-paradigmático y lleva a cabo una primera descripción del cuarto debate. A mi juicio, uno de los puntos más interesantes de este capítulo está constituido por la presentación de un mapa o matriz disciplinar que sirve de guía para adentrarse en las complejidades de las discusiones en curso en la disciplina. Como dijimos, el cuarto debate sitúa en bandos opuestos al racionalismo y al reflectivismo. El mapa al que hemos hecho referencia permite ubicar las posiciones de ambos contendientes con arreglo a coordenadas ontológicas y epistemológicas. Los racionalistas, es decir, los autores adscritos a las teorías dominantes, se distinguen por una ontología individualista y materialista. En cuanto a la epistemología, asumen posturas positivistas o naturalistas. Los reflectivistas, es decir, los autores que forman parte de los enfoques críticos, se caracterizan por una ontología holista e idealista. Si sus opciones ontológicas son opuestas a las racionalistas, también lo son sus opciones epistemológicas. Éstas descansan en concepciones pospositivistas o antinaturalistas. El cuarto debate queda, pues, fijado en estos términos.

La definición del cuarto debate como la confrontación entre racionalismo y reflectivismo marca el resto de este libro. La tercera parte está dedicada a la exposición de las posiciones racionalistas. Éstas son presentadas, no sin reservas, como una especie de síntesis entre el neorrealismo y el neoliberalismo. El primer capítulo de esta parte desgrana los principales presupuestos del neorrealismo, tomando como referencia la obra de K. N. Waltz. Uno de los presupuestos principales mencionados es que la búsqueda de seguridad, y no de poder, constituye el móvil central en las actuaciones internacionales de los Estados. A esto cabe añadir, el énfasis en la teoría sistémica, el carácter condicionante de la estructura y la tendencia a la formación de equilibrios de poder. La estructura, es decir, la distribución de los recursos de poder, es clave para comprender los acontecimientos que se producen en el sistema internacional. Para Waltz, diferentes configuraciones estructurales, como la bipolaridad o la multipolaridad, tienen efectos decisivos sobre los comportamientos de las unidades de dicho sistema.

Las críticas al neorrealismo han dado lugar a un volumen ingente de contribuciones. Entre las principales críticas, cabe citar el excesivo énfasis en las continuidades del sistema, la ausencia de una teoría del Estado, la propensión a oscurecer la distinción entre sistema y estructura, las limitaciones ex-

plicativas de la teoría estructural y el carácter poco verificable, pese a defender lo contrario, de sus proposiciones. Muchas de estas críticas se han formulado si no desde puntos de vista próximos al neorrealismo, sí próximos al realismo en sentido amplio. El capítulo segundo de esta parte versa sobre el contenido de las críticas de este tipo. El foco fundamental de análisis continúa estando dominado por problemas de seguridad o poder. En general, no se trata de echar por tierra el neorrealismo. Se busca principalmente refinar o completar la teoría estructural de Waltz. Con este propósito, distintos autores han procedido a redefinir el concepto de sistema, introducir variables tecnológicas e ideas o recurrir a otros niveles de análisis. Es necesario dirigirse al neoliberalismo para apreciar aportaciones de otra naturaleza a lo que hemos llamado racionalismo.

El neoliberalismo representa un enriquecimiento del *mainstream* disciplinar. Éste es el tema central del capítulo siguiente. Los autores neoliberales amplían la agenda internacional. La preocupación por la seguridad deja de ser el tema único, para dar cabida en ella a la cooperación en diversas áreas de la actividad internacional. El neoliberalismo parte de las mismas premisas que el neorrealismo, pero llega a conclusiones no coincidentes en lo que respecta al volumen y duración de la cooperación en un sistema de Estados soberanos. Los autores neoliberales dedicarán una parte sustancial de sus esfuerzos teóricos a dos cuestiones básicas. La primera es que la hegemonía no es un requisito imprescindible para el desarrollo de actividades cooperativas. Éstas también son posibles, conforme a la teoría de la acción colectiva y la teoría de los juegos, en el marco de "grupos reducidos". La segunda se refiere a que la cooperación, en aquellos casos en que emana de una situación hegemónica, no tiene por qué desaparecer al hacerlo esta última. Una pieza fundamental del planteamiento neoliberal es la teoría de los regímenes internacionales. Esta teoría supone una incorporación mucho más decidida del papel de las ideas a la hora de explicar comportamientos internacionales.

Un último capítulo de esta tercera parte aborda el debate entre neorrealistas y neoliberales. Las referencias a la síntesis neo-neo en el marco del enfoque racionalista no pueden ocultar la existencia de discrepancias, no precisamente superficiales, entre autores de ambas adscripciones. Como podrá observarse más adelante, la exposición del neoliberalismo no puede eludir, en muchas ocasiones, poner como contrapunto las posturas neorrealistas. En la actualidad, el debate entre neorrealistas y neoliberales está planteado en términos de elección entre ganancias absolutas o ganancias relativas. Acentuar una u otra forma de ganancia implica situar en planos muy distintos las posibilidades de cooperación entre Estados. En el fondo, como veremos, el debate entre neorrealistas y neoliberales, aun sobre esta cuestión tan restrin-

gida, encierra unas concepciones divergentes sobre aspectos de gran importancia, entre ellos el del sentido de la anarquía en el sistema internacional.

Así como la tercera parte de este libro analiza el enfoque racionalista, la cuarta parte está centrada en la descripción de los enfoques reflectivistas. En primer lugar, esta parte se abre con un capítulo de tipo introductorio. Parece oportuno realizar una serie de consideraciones generales sobre los desafíos críticos al *mainstream*. Posiblemente, una de las más importantes guarda relación con los orígenes de la crítica reflectivista. Es desde luego de gran interés entroncar el cuarto debate en las Relaciones Internacionales con las discusiones que tienen lugar en los campos de las Humanidades y la Filosofía. Asimismo, resulta procedente preguntarse por el contexto histórico en el que aparece el reflectivismo. No cabe duda de que el peso de los acontecimientos internacionales se deja sentir en el curso que toma el debate teórico. En concreto, me estoy refiriendo a la crisis de la modernidad y al término de la guerra fría, hechos a los que he aludido anteriormente. Después de señalar los antecedentes del reflectivismo en la disciplina, este capítulo pone de relieve las coincidencias y las discrepancias entre los enfoques reflectivistas. Todos ellos comparten en gran medida el rechazo de la ontología individualista y materialista del racionalismo. Comparten igualmente la no aceptación de la epistemología positivista que sostiene este último. Pero entre los enfoques reflectivistas pueden detectarse diferencias muy notables. Aun cuando muestran un consenso en sus críticas al racionalismo, divergen en la elaboración de alternativas ontológicas y, sobre todo, epistemológicas.

El constructivismo puede concebirse como una expresión del reflectivismo moderado. Está convirtiéndose en el enfoque reflectivista más influyente. Dado su peso creciente en la disciplina, me ha parecido oportuno dedicarle uno de los capítulos de esta cuarta parte. Ese capítulo define cuáles son las posiciones ontológicas de los autores constructivistas en los dos debates, individualismo-holismo e idealismo-materialismo, mencionados anteriormente. Por una parte, van más allá del holismo en sentido estricto, entendiendo que estructuras y agentes se constituyen mutuamente. Si las estructuras determinan las propiedades de los agentes, estos últimos, a su vez, a través de sus acciones contribuyen a conformar y transformar aquéllas. Por otra parte, estiman que las ideas son un componente vital de las estructuras. Son ellas las que confieren sentido a los factores materiales. A diferencia de los neoliberales, los constructivistas mantienen que las ideas, es decir, el conjunto de normas y valores compartidos por una sociedad, tienen efectos no sólo explicativos, sino también constitutivos. Hay que subrayar que la relación dialéctica que se establece entre agentes y estructuras, así como la relevancia que se concede a las ideas, permite abordar el problema del cambio desde

una perspectiva muy distinta. En el plano epistemológico, el constructivismo supone una ruptura con el positivismo. Hay un alejamiento de las teorías de carácter eminentemente explicativo que son sometidas a un riguroso contraste con la realidad. En su lugar, los constructivistas muestran su inclinación por las teorías constitutivas, gracias a las cuales es posible establecer el sentido de las acciones humanas, tomando en consideración el conjunto de significados intersubjetivos existente en una sociedad. El conocimiento pasa así a depender de circunstancias culturales e históricas. No obstante, puede decirse que un grupo de autores constructivistas presenta una cierta aproximación epistemológica con las posturas del *mainstream*.

Los enfoques reflectivistas más radicales, como la teoría crítica, el feminismo y el posmodernismo, están recogidos en el capítulo siguiente. En comparación con el constructivismo, estos enfoques ponen un énfasis mayor en la denuncia del orden establecido y las posibilidades de transformación social. Asimismo, son más proclives a analizar la relación entre conocimiento y poder. Dentro de la teoría crítica podemos distinguir dos ramas: una de inspiración gramsciana; otra de inspiración habermasiana. La primera está centrada en cuestiones de economía política, mientras que la segunda está interesada en problemas de teoría política y normativa. Aunque desde perspectivas diferentes, ambas proceden al estudio de significados intersubjetivos que han propiciado situaciones de dominación o exclusión, con la mirada puesta en la emancipación del ser humano. El feminismo llama la atención sobre la ausencia de interés hacia las cuestiones de género en la teoría internacional convencional. Las autoras feministas quieren mostrar que los significados intersubjetivos que configuran la ontología social están sesgados en términos de género. El concepto de género es una construcción social que cataloga las identidades, comportamientos y expectativas, como masculinos o femeninos. Masculinidad y feminidad pueden ser identidades fundamentales, pero "no dadas". El estudio de las cuestiones de género ha puesto de manifiesto las grandes desigualdades globales entre hombres y mujeres. Por último, el posmodernismo ha sido definido como "incredulidad hacia las metanarrativas", es decir, hacia teorías que alegan bases sólidas sobre las que asentar el conocimiento. Como consecuencia de su escepticismo respecto a conceptos como racionalidad o verdad, el posmodernismo resalta la importancia de la relación entre poder y conocimiento. Ambos se constituyen recíprocamente. El enfoque genealógico permite desvelar por qué determinados "regímenes de verdad" prevalecieron sobre otros. Otro tema clave es el de las estrategias textuales. Para los posmodernistas, el mundo es un texto en el sentido de que no puede ser aprehendido, sino que tiene que ser interpretado. La deconstrucción es un instrumento que muestra cómo todas las teorías, to-

dos los discursos descansan en elementos estables artificiales producidos por el uso de oposiciones en el lenguaje aparentemente neutrales y objetivas. Debe señalarse que la epistemología se erige en un motivo de división entre los enfoques reflectivistas. De una parte, el constructivismo, la teoría crítica y el feminismo, aun rechazando las pretensiones de verdad del positivismo, son partidarios de un "fundacionalismo mínimo" que haga posible discriminar entre proposiciones teóricas diferentes. De otra parte, el posmodernismo, asumiendo un relativismo extremo, propugna posturas abiertamente antifundacionalistas. No reconoce a la ciencia un status epistemológico privilegiado.

El libro termina con una última parte dedicada a conclusiones. En ella, se especula con tres posibles escenarios. Cada uno de ellos ofrece visiones diferentes sobre los desarrollos centrales que pueden marcar las Relaciones Internacionales en los próximos años.

PARTE SEGUNDA

DEL TERCER AL CUARTO DEBATE
EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

CAPÍTULO 2

EL DEBATE INTER-PARADIGMÁTICO

El debate inter-paradigmático fue la forma principal de aproximación a la disciplina en los años setenta y ochenta[1]. La confrontación anterior de puntos de vista entre tradicionalistas y behavioristas suscitó un clima de confusión ante la proliferación de teorías y enfoques con escasas conexiones aparentes[2]. En contraste con esta situación, el debate inter-paradigmático hizo posible una visión considerablemente más ordenada de las Relaciones Internacionales. Muchos autores acogieron con agrado la entrada en esta nueva fase. Para M. Banks, por ejemplo, el intercambio de opiniones entre escuelas de pensamiento o paradigmas era, potencialmente, "el más rico, prometedor y estimulante" que hubiéramos tenido nunca[3].

---

[1] Sobre la evolución teórica de las Relaciones Internacionales a lo largo de la historia puede verse: H. Bull, "The theory of international politics, 1919-1969", en B. Porter, (Ed.), *The Abeystwyth Papers: International Politics 1919-1969*, Oxford, Oxford University Press, 1972; C. del Arenal, *Introducción a las Relaciones Internacionales*, 3ª ed., Madrid, Tecnos, 1990; W. O. Olson and A. J. R., Groom, *International Relations Then and Now*, London, Harper Collins, 1991; T. L., Knutsen, *A History of International Relations: An Introduction*, 2nd ed., Manchester, Manchester University Press, 1999.

[2] Referencias a la extraordinaria proliferación de enfoques en la disciplina provocada por el segundo debate pueden encontrarse en: B. M. Russett, "Methodological and Theoretical Schools of Internatinal Relations", en N. D. Palmer (Ed.), *A Design for International Relations Research: Scope, Theory, Methods, and Relevance*, Filadelfia, The American Academy of Political and Social Science, 1970, pp. 95-96 y 104; V. Kubalkova and A. A. Cruickshank, *Marxism-Leninism and Theory of International Relations*, London, Routledge & Kegan Paul, 1980, p. 272.

[3] M. Banks, "The International Relations Discipline: Asset or Liability for Conflict Resolution?", en E. E. Azar and J. W. Burton (Eds.), *International Conflict Resolution: Theory and Practice*, Brighton, Wheatsheaf Books, 1986, p. 17. En este mismo sentido, véase: K. J. Holsti: "Along the Road to International Theory", *International Journal*, Vol. 34, n.º 2, 1984, p. 361.

El debate inter-paradigmático estuvo enormemente influenciado por las ideas expresadas por T. S. Kuhn en su libro *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. Estas ideas, que estuvieron referidas al mundo de las ciencias naturales, representaban una teoría sobre la evolución del conocimiento a lo largo del tiempo. Pese al hecho que se acaba de apuntar, la obra de Kuhn fue aplicada, no siempre con la debida sistematización, a las ciencias sociales, entre ellas las Relaciones Internacionales. Fue habitual tratar de entender el desarrollo de estas ciencias en términos típicos de dicha obra, como crisis y revoluciones científicas. Pero antes de adentrarnos en cómo el debate inter-paradigmático afectó a la concepción de la disciplina en los años setenta y ochenta, parece procedente exponer brevemente las partes más esenciales de la obra de Kuhn.

2.1. KUHN Y LA EVOLUCIÓN DE LAS CIENCIAS

Una pieza clave de la teoría sobre el progreso del conocimiento humano de Kuhn es el concepto de "paradigma". Aunque, como veremos más adelante, aquejado de graves problemas de definición, este concepto comprende las premisas o principios metafísicos fundamentales, las leyes generales de comportamiento y el método y las técnicas de investigación que, en relación con una ciencia, ha adoptado la comunidad académica especializada en ella[4]. Estos elementos del concepto de paradigma poseen una gran importancia, ya que inciden sobre el modo de entender la disciplina, los problemas a los que debe prestarse atención y los datos que resultan relevantes en la construcción de teorías. Un paradigma, por tanto, determina los grandes parámetros dentro de los cuales se desarrolla una ciencia[5].

En la vida de una ciencia, Kuhn distingue una fase pre-científica y una fase científica[6]. En la primera de ellas, se observa una multiplicidad de paradigmas, lo cual quiere decir que no hay acuerdo sobre cuestiones consideradas como básicas entre los estudiosos de una disciplina. Éstos, como resultado del desacuerdo aludido, más que a labores investigadoras concretas, están

---

[4] T. S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions*, 2nd ed., Chicago, The University of Chicago Press, 1970, pp. 4-5 y 41-44.

[5] *Ibidem*, p. 22.

[6] En sus primeras formulaciones sobre esta cuestión, Kuhn distinguió entre una fase paradigmática y una fase pre-paradigmática. Posteriormente, con motivo de la segunda edición de su obra, reconoció la existencia de paradigmas antes de que una ciencia alcanzara su madurez. La entrada en una etapa científica está determinada, no tanto por "la presencia de un paradigma como por su naturaleza", por su capacidad para orientar la producción de "ciencia normal". Ver: T. S. Kuhn, *op. cit.*, pp. 11-2 y 178-179.

dedicados a la defensa de sus respectivos enfoques paradigmáticos. En cambio, en la segunda fase se aprecia la existencia de un único paradigma. En opinión de Kuhn, la ausencia de discrepancias fundamentales entre la comunidad académica es lo que diferencia a una ciencia madura de la actividad relativamente desorganizada del periodo pre-científico[7].

Con la implantación de un sólo paradigma, los especialistas dejan de polemizar sobre los rasgos fundamentales de un campo concreto de conocimiento, para comenzar a edificar lo que Kuhn ha denominado "ciencia normal". Es importante señalar que el paradigma determina los criterios que legitiman el quehacer científico en una disciplina. Trabajando dentro de los límites de un paradigma, la comunidad académica procede a llevar a cabo una actividad teórica y experimental absolutamente imprescindible para mejorar el grado de adecuación entre tal paradigma y el mundo real[8].

Un científico centrado en la producción de "ciencia normal" no cuestiona la validez del paradigma que orienta la formulación de teorías en su disciplina. Si se producen fracasos en el intento de dar respuesta a determinadas cuestiones, la responsabilidad de los mismos no se atribuye al paradigma, sino a la falta de habilidad del investigador. Sin embargo, dentro de un paradigma hay "puzzles" que no pueden ser resueltos, a los que Kuhn llama "anomalías"[9]. La persistencia de cuestiones que resisten los esfuerzos de la comunidad científica por encontrar una solución puede conducir a socavar la confianza en el paradigma. Una anomalía será particularmente seria, si llega a contravenir los fundamentos mismos del paradigma. La existencia de anomalías de esta naturaleza marca el inicio de una "crisis" en la evolución de una ciencia[10].

Según Kuhn, la presencia de anomalías abre una fase de "ciencia extraordinaria" que tiene por objeto encontrar una solución a las mismas. En un principio, esta solución se intenta buscar dentro del mismo paradigma, para lo cual, los científicos, con el propósito de eliminar el conflicto entre teoría y realidad, recurren a la introducción de numerosas modificaciones *ad hoc*. Esta reacción contribuye a difuminar los rasgos definitorios del paradigma[11]. Por otra parte, en una dirección diferente, el estado de crisis fuerza una revisión de las principales asunciones paradigmáticas. Dicho estado de crisis se agudiza cuando, al entender que la anomalía sólo puede ser explicada adoptando una visión del mundo nueva y diferente, surge un paradigma alternati-

---

[7] *Ibidem*, p. 179.
[8] *Ibidem*, p. 24.
[9] *Ibidem*, pp. 52-53.
[10] *Ibidem*, p. 67.
[11] *Ibidem*, pp. 82-83.

vo. A partir de este momento, se establece una pugna entre dos paradigmas rivales, con concepciones del mundo y de los problemas que en él son relevantes radicalmente distintas. En el supuesto de que, en el transcurso de esa pugna, el viejo paradigma sea sustituido por el nuevo, Kuhn estima que se ha producido una "revolución científica"[12]. La sustitución de un paradigma se considera consumada, cuando el que le remplaza es asumido, no por un individuo o grupo de individuos, sino por el conjunto de la comunidad científica.

Es, pues, a través de crisis y revoluciones científicas, como tiene lugar el tránsito a un nuevo estadio en la vida de una disciplina. A diferencia de la versión inductivista de la ciencia, que presupone que el conocimiento humano crece de manera acumulativa, para Kuhn tal acumulación sólo es posible en el interior de un paradigma[13]. Los problemas, teorías y datos que forman parte de la ciencia normal poseen sentido, cuando se contemplan dentro del conjunto de premisas que definen ese paradigma. Trasladados a otro paradigma perderían enteramente su significación[14].

Una de las partes más controvertidas de la obra de Kuhn es la que hace referencia a la determinación de los criterios con arreglo a los cuales una comunidad científica asume un único paradigma, en su paso a una fase de madurez, o, posteriormente, reemplaza éste por uno alternativo. Para Kuhn no existen razones lógicas que puedan demostrar la superioridad de un paradigma sobre otro y, consiguientemente, justificar su asunción[15]. Por ello, los paradigmas son "inconmensurables"[16]. Es cierto que existen argumentos —como la capacidad para resolver problemas irresolubles con anterioridad, la simplicidad del nuevo enfoque y la promesa de un desarrollo científico más fructífero— que pueden justificar el paso de un paradigma a otro[17]. Sin embargo, sin excluir el peso de estos factores en el paso mencionado, Kuhn advierte que su fuerza argumental se produce en el marco de un determinado paradigma. Es decir, los logros de un paradigma son juzgados conforme a los estándares que él mismo proporciona. Los puntos de un razonamiento son convincentes únicamente si sus premisas son aceptadas. Así, los defensores de paradigmas opuestos rechazarán las premisas de su rival y, por tanto, difícilmente serán convencidos por sus argumentos[18]. De aquí que Kuhn, equiparando las revoluciones científicas a las revoluciones políticas, haya afirmado que su triunfo depende, no

[12] *Ibidem*, p. 90.
[13] *Ibidem*, p. 96.
[14] *Ibidem*, pp. 103 y 109.
[15] *Ibidem*, p. 94.
[16] *Ibidem*, p. 103.
[17] *Ibidem*, pp. 155-158.
[18] *Ibidem*, pp. 148, 151 y 152.

tanto de procesos de prueba como de procesos de "persuasión" o "conversión", que conducen a la comunidad científica a abrazar los presupuestos de una nueva construcción paradigmática[19].

2.2. PARADIGMAS Y RELACIONES INTERNACIONALES

La aplicación de las ideas de Khun a las Relaciones Internacionales sirvió, tanto para interpretar la historia de la disciplina como para establecer un cuadro más coherente de la misma en los años setenta y ochenta. Tal aplicación, al menos de manera explícita, tardaría en producirse. De hecho, aunque *La estructura de las revoluciones científicas* vio la luz en 1962, habría que esperar a los años ochenta para encontrar una difusión generalizada de su contenido en las Relaciones Internacionales. La acuñación de la expresión debate inter-paradigmático, generalmente atribuida a M. Banks, tiene lugar en 1985. Por otra parte, la traslación de las ideas de Kuhn no produjo, sobre todo en sus inicios, resultados excesivamente satisfactorios. Hubo una falta de consenso en torno a cuantos paradigmas cabía detectar en la disciplina. Distintos autores propugnaban listas de paradigmas escasamente coincidentes, ofreciendo con ello, con arreglo al propio planteamiento de Kuhn, una imagen muy poco madura de las Relaciones Internacionales.

Pueden señalarse dos razones que explican esta proliferación de propuestas paradigmáticas. La primera tiene que ver con el concepto de paradigma, mientras que la segunda atañe a la ausencia de premisas o criterios homogéneos compartidos para establecer la presencia de enfoques paradigmáticos. Las críticas dirigidas a la obra de Kuhn con motivo de las imprecisiones que rodean su definición de paradigma son bien conocidas[20]. El propio Kuhn reconoció estas críticas y trató de clarificar el contenido de este concepto. A este respecto, resulta de interés traer a colación el esfuerzo realizado por J. A. Vasquez por sentar las bases de lo que era un paradigma. Tomando en consideración los tres elementos paradigmáticos citados por Kuhn —principios metafísicos, leyes generales y método de análisis— Vasquez tiende a poner el acento en el primero de ellos en detrimento de los otros dos. Así, define un paradigma como "las premisas fundamentales que los especialistas adoptan

---

[19] *Ibidem*, p. 152. Pueden verse también, los comentarios realizados por Kuhn sobre esta cuestión en el capítulo añadido a la 2ª edición de su libro.

[20] Sobre este punto, puede consultarse: M. Masterman, "The Nature of a Paradigm", en I. Lakatos and A. Musgrave (Eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, New York, Cambridge University Press, 1970, p. 61.

acerca del mundo que están estudiando"[21]. Esta definición de paradigma como un conjunto de premisas, como algo previo a la teoría, pasó a ser mayoritariamente aceptada en la disciplina.

Cuadro n.º 1
Paradigmas y Premisas

Autores	**Premisas Sustantivas**	**Paradigmas**
J. A. Vasquez	Actores Centrales Relación Política Nacional- Política Internacional Objeto Disciplina	Idealismo Realismo Transnacionalismo Marxismo
R. Maghroori	Papel del Estado	Realismo Globalismo
R. Pettman	Visión del Mundo	Pluralismo Estructuralismo
B. Korany	Criterios Metodológicos Criterios Ideológicos	Realismo Behaviorismo Marxismo Neomarxismo
Autores	**Premisas Metodológicas**	**Paradigmas**
C. R. Mitchell	Metodológicas	Clásica Behaviorista Posbehaviorista
H. R, Alker y T. J. Biersteker	Metodológicas	Tradicional Behaviorista Dialéctico
A. Lijphart	Metodológicas (preferentemente)	Tradicional Behaviorista

Pero, aun teniendo en común una definición de paradigma, los miembros de la comunidad científica diferían respecto a cuáles debían ser esas premisas. Por citar solamente algunas de las que fueron empleadas por diferentes autores, pueden mencionarse los criterios ideológicos, el papel del Estado o

[21] J. A. Vasquez, *The Power of Power Politics: A Critique*, London, Frances Pinter, 1983, pp. 4-5

la relación entre política nacional y política internacional[22]. Debe añadirse que un grupo de especialistas, en oposición a la definición de paradigma de Vasquez, entendía que la introducción de elementos epistemológicos y metodológicos era necesaria para la diferenciación entre paradigmas[23]. Por tanto, no es de extrañar que, como pone de relieve el cuadro n.º 1, ante los problemas de definición del concepto de paradigma y de fijación de las premisas que los sustentaban, emergieran distintas propuestas sobre la existencia de enfoques paradigmáticos.

Pero en la primera mitad de los años ochenta va abriéndose paso una imagen más uniforme de las Relaciones Internacionales. A pesar de persistir una disparidad de puntos de vista, en esas fechas parece formarse un cierto consenso en cuanto al número y naturaleza de los paradigmas que rivalizan en este área del conocimiento humano. Tal consenso apunta hacia la presencia de tres paradigmas: un paradigma estatocéntrico, un paradigma globalista y un paradigma estructuralista[24]. De manera paralela, la aparición de este consenso estuvo acompañada por una aproximación de posiciones en cuanto a las premisas a tener en cuenta en el análisis paradigmático. Entre las premisas más destacadas pueden citarse las siguientes:

1. La visión del mundo que se obtiene de cada enfoque básico,
2. Los actores esenciales y/o las unidades de análisis y
3. El objeto de las Relaciones Internacionales

---

[22] Entre los autores que recurrieron a premisas sustantivas, tal y como recoge el cuadro n.º 1, se encuentran: J. A. Vasquez, *The Power of Power Politics…*, *op. cit.*, p. 18; R. Maghroori, "Major Debates in International Relations", en R. Maghroori and B. Ramberg, *Globalism versus Realism: International Relations' Third Debate*, Boulder, Co., Westview Press, 1982, p. 13; R. Pettman, "Competing Paradigms in International Politics", *Review of International Studies*, Vol. 7, n.º 1, 1981, p. 39; B. Korany, "Un, deux, ou quatre... Les écoles de relations internationales", *Études Internationales*, Vol. XV, n.º 4, 1984, p. 707.

[23] Además de Korany, que adopta un criterio mixto, otros autores que se fijaron en premisas metodológicas, como también recoge el cuadro n.º 1, son: C. R. Mitchell, "Analysing the 'Great Debates': Teaching Methodology in a Decade of Change", en R. C. Kent and G. P. Nielsson (Eds.), *The Study and Teaching of International Relations*, London, Frances Pinter, 1980, p. 28; H. R. Alker and T. J. Biersteker, "The Dialectics of World Order: Notes for a Future Archeologist of International Savoir Faire", *International Studies Quarterly*, Vol. 28, n.º 2, 1984, pp. 122-123; A. Liphart, "The Structure of the Theoretical Revolution in International Relations", *International Studies Quarterly*, Vol. 18, n.º 1, 1974, p. 61-63.

[24] Entre las obras que contribuyeron a consolidar esta imagen de la disciplina en torno a tres paradigmas, puede verse: M. Smith, R. Little and M. Shackelton (Eds.), *Perspectives on World Politics*, London, Croom-Helm, 1981; K. J. Holsti, *The Dividing Discipline: Hegemony and Diversity in International Theory*, London, Allen&Unwin, 1985; P. R. Viotti and M. V. Kauppi (Eds.), *International Relations Theory: Realism, Pluralism, Globalism*, New York, Macmillan, 1987; C. del Arenal, "La Teoría y la Ciencia de las Relaciones Internacionales Hoy: Retos, Debates y Paradigmas", *Foro Internacional*, Vol. XXIX, n.º 4, 1989.

La homogeneización de premisas era vital para una presentación más coherente de la disciplina. Esta relación mínima de premisas fue sugerida por K. J. Holsti[25], pero en la literatura sobre el debate inter-paradigmático era posible encontrar cuadros más complejos que el propuesto por este autor en los que el número de premisas que contribuía a definir cada uno de los tres paradigmas resultaba sensiblemente superior[26]. Las características primordiales de los tres paradigmas —estatocéntrico, globalista y estructuralista— pueden fijarse viendo cómo cada uno de ellos concebía las premisas expuestas anteriormente.

Cuadro n.º 2
Paradigmas y Relaciones Internacionales

Paradigmas	**Premisas**		
	Visión Mundo	**Actores Esenciales**	**Objeto Disciplina**
Paradigma Estatocéntrico	Sistema Anárquico	Estado	Causas de la Guerra
Paradigma Globalista	Sociedad Mundial	Pluralidad Actores	Paz, Ecología, Superpoblación, Recursos Globales
Paradigma Estructuralista	Sistema Centro-Periféria	Clases Sociales	Causas de la Explotación

Para el paradigma estatocéntrico, la imagen del mundo que emerge es la de un sistema de Estados en el cual el poder está descentralizado entre sus miembros. Es decir, estamos en presencia de un sistema internacional anárquico. El actor si no exclusivo, sí decisivo de la política internacional es el Estado. Éste, para las posiciones estatocéntricas más extremas, constituye una entidad política soberana, con una capacidad de control absoluta sobre sus propios asuntos. En un medio conflictivo, como consecuencia de la anarquía del sistema, el objeto de las Relaciones Internacionales es el estudio de

25 K. J. Holsti, *The Dividing Discipline...*, *op. cit.*, p. 8. Ver también: C. del Arenal, "La Teoría y la Ciencia..., *op. cit.*, p. 587.

26 J. N. Rosenau, "Order and Disorder in the Study of World Politics: Ten Essays in Search of Perspective", en R. Maghroori and B. Ramberg, *op. cit.*, p. 3; P. R. Viotti and M. V. Kauppi (Eds.), *op. cit.*, p. 11; O. Wæver, "The Rise and Fall of the Inter-paradigmatic Debate", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 153.

las causas de la guerra y las condiciones para el logro de la paz y la seguridad.

Desde la óptica del paradigma globalista, la visión del mundo que surge se halla influenciada por el hecho de una interdependencia creciente. Las imágenes que predominan no son las de un mundo dividido en Estados, sino las de un mundo interdependiente. El cúmulo de relaciones de todo orden que supera los límites de los Estados es tan enorme que puede hablarse del germen de una sociedad mundial. Dada esta circunstancia, los globalistas entienden que las Relaciones Internacionales han de ampliar su campo de análisis para incluir, además del Estado, actores como las organizaciones internacionales, las compañías multinacionales, los movimientos transnacionales de carácter ideológico o religioso, etc. Los problemas que, según este paradigma, merece la pena estudiar están marcados por su dimensión mundial. Aquellos relativos a la paz y a la guerra van inseparablemente unidos a cuestiones tales como los derechos humanos, el balance ecológico, la escasez de recursos naturales, la superpoblación, la distribución de alimentos, la malnutrición, etc.

Cuadro n.º 3
Paradigmas y Diversidad Terminológica

Autores	**Paradigmas**
Smith, Little y Shackleton	Poder y Seguridad Interdependencia Dominación y Dependencia
Willets	Realismo Funcionalismo Marxismo
Rosenau	Estatocéntrico Multicéntrico Globalcéntrico
Holsti	Tradición Clásica Globalismo Neomarxismo
Banks	Realismo Pluralismo Estructuralismo
Arenal, Aldecoa	Tradicionalista Sociedad Global Dependencia

En el caso del paradigma estructuralista, la visión del mundo que se transmite es la de un sistema económico integrado en el que sus principales partes, regiones desarrolladas y subdesarrolladas, a las que se asignan funciones económicas diferenciadas, están separadas por profundas desigualdades. Para los estructuralistas, las relaciones interestatales representan un fenómeno meramente superficial. Los Estados tienen una importancia secundaria, estimándose que los verdaderos actores de las Relaciones Internacionales son las clases sociales, los movimientos revolucionarios, etc. Aquí, el estudio de la guerra y la paz deja de ser relevante. En su lugar, la finalidad de la disciplina reside en el análisis de las causas de la explotación y las condiciones para el logro de la igualdad en el mundo.

No obstante el consenso logrado en torno a la existencia de tres paradigmas, en los análisis sobre el estado de la disciplina siguió imperando una disparidad terminológica excesiva a la hora de referirse a ellos. Es en buena medida llamativo que en las seis clasificaciones contenidas en el cuadro n.º 3 sólo los términos realismo y, parcialmente, dependencia fueron utilizados de manera común en dos de ellas. En la mayoría de los casos, debajo de la disparidad terminológica subyacía una coincidencia respecto al contenido que encerraba cada uno de los paradigmas[27]. Pero en ocasiones, la cuestión terminológica no era del todo neutra. La elección de la expresión paradigma realista, en detrimento de la de paradigma estatocéntrico, podía resultar restrictiva al dejar, en principio, fuera del mismo la corriente idealista y una parte sustancial de la behaviourista.

2.3. EL DESAFÍO AL PARADIGMA HEGEMÓNICO

Teniendo en cuenta la existencia de tres paradigmas, podía sostenerse que las Relaciones Internacionales se encontraban en una fase pre-paradigmática. En realidad, con arreglo a las propias ideas de Kuhn, cabía hablar con más propiedad de un momento de crisis. La idea de crisis sugería que la imagen

---

[27] M. Smith, R. Little and M. Shackelton (Eds.), *op. cit.*, p. 13; P. Willets, "The United Nations and the Transformation of the International System", en B. Buzan and R. J. Barry Jones (Eds.), *Change and the Study of International Relations: The Evaded Dimension*, London, Frances Pinter, 1981, p. 100; J. N. Rosenau, "Order and Disorder…", p. 3; K. J. Holsti, *The Dividing Discipline*…, *op. cit.*, p. 11; M. Banks, "The Inter-Paradigm Debate", en M. Light and A. J. R. Groom (Eds.), *International Relations: A Handbook of Current Theory*, London, Frances Pinter, 1985, p. 11; C. del Arenal, "La Teoría y la Ciencia…", *op. cit.*, p. 589; F. Aldecoa, *Proyecto Docente de Relaciones Internacionales*, Leioa, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, 1990, p. 34.

de la disciplina venía dada no por la lucha entre paradigmas previa a una etapa científica, sino por el predominio de un paradigma, respaldado hasta ese momento abrumadoramente por la comunidad académica, que había comenzado a ser cuestionado por visiones alternativas del mundo.

En efecto, K. J. Holsti, yendo más allá del planteamiento realizado por A. Lijphart[28], escribía que, desde el siglo XVII hasta el decenio de los setenta en el siglo XX, las Relaciones Internacionales se habían desarrollado en el marco de un único paradigma. Este había sido el paradigma estatocéntrico. Sólo en la fecha indicada sufrió el embate, tendente a lograr su desplazamiento, de los paradigmas globalista y estructuralista[29]. Conforme, pues, a las ideas de Lijphart y Holsti, podía sostenerse que las Relaciones Internacionales habían sido, durante la mayor parte de su historia, una ciencia madura.

El paradigma estatocéntrico englobaba, tanto las aportaciones de la filosofía política anteriores al siglo XX, como las de las corrientes idealista, realista y behaviorista. La consideración de las Relaciones Internacionales en términos de paradigmas permitía contemplar de un modo distinto los debates habidos previamente en su seno. Los dos primeros debates, los que conciernen a idealismo *versus* realismo y a realismo *versus* behaviourismo, constituían, en lo fundamental, debates intraparadigmáticos, es decir, oposiciones de pareceres fundamentales que tenían lugar dentro de un mismo paradigma. En cambio, el tercer debate, tal y como lo planteaban Maghroori y Ranberg[30], entre realismo y globalismo era, principalmente, una disputa interparadigmática, es decir, una confrontación entre visiones alternativas del mundo.

¿Cuáles fueron los motivos por los que el predominio del paradigma estatocéntrico fue desafiado por dos nuevos enfoques paradigmáticos en los años setenta? La respuesta a esta pregunta hay que buscarla en el creciente número de críticas que miembros de la comunidad académica dirigían a la capacidad del paradigma estatocéntrico para explicar las pautas de comportamiento observable en el sistema internacional. Empleando la terminología acuñada por Kuhn, estas críticas venían a decir que el paradigma estatocéntrico no había producido una ciencia normal susceptible de generar una adecuación satisfactoria entre dicho paradigma y el mundo. En su obra, *The Power of Power Politics*, J. A. Vasquez sometió a un minucioso análisis el "poder" del

---

[28] Para A. Lijphart, con anterioridad incluso a la Paz de Westfalia, los distintos procesos de teorización han tenido lugar dentro de lo que él llama paradigma "tradicional". En su opinión, la disciplina entró en "crisis" en los años cincuenta con la aparición del behaviorismo. Ver su artículo: "The Structure of the Theoretical...", *op. cit.*, p. 49.

[29] K. J. Holsti, *The Dividing Discipline...*, *op. cit.*, p. 11.

[30] R. Maghroori and B. Ramberg, *op. cit.*

paradigma estatocéntrico —o, más concretamente, de las corrientes realista y behaviorista— para "producir conocimiento". El estudio de Vasquez mostraba que una gran mayoría de las hipótesis realistas, incluidas las que hacían referencia al núcleo del realismo, la política de poder, habían sido refutadas. Solamente una pequeña parte de tales hipótesis, aludiendo generalmente a problemas triviales, había superado la prueba de la verificación.

El pobre alcance explicativo del paradigma estatocéntrico se correspondió con la existencia de serias anomalías[31]. Pueden registrarse dos grupos de anomalías. En el primero, puede mencionarse la presencia de relaciones de cooperación entre Estados. Los procesos de integración, preferentemente en Europa occidental, y el comienzo de un periodo de distensión a finales de los años sesenta dejaron al descubierto la entidad de las interacciones no conflictivas. Además, cabe citar el papel cada vez más relevante de actores transnacionales, principalmente empresas multinacionales, cuya actividad caía fuera del control del Estado. En el segundo grupo de anomalías, debe hacerse referencia a las profundas desigualdades económicas en el mundo, fruto del carácter eminentemente asimétrico de las relaciones entre Estados. El atraso económico de gran parte del planeta estaba convirtiéndose en un rasgo permanente e inseparable del sistema internacional. A juicio de sus críticos, el paradigma estatocéntrico no podía dar una respuesta convincente a ninguna de estas anomalías.

Es posible interpretar, de acuerdo con las ideas de Kuhn, que la persistencia de las anomalías comentadas provocó que el paradigma estatocéntrico entrara en crisis. En el intento, por parte de la comunidad científica de las Relaciones Internacionales, de resolver las anomalías descritas, se abrió, en los años setenta, un periodo de "ciencia extraordinaria" que conduciría a la aparición de nuevos enfoques paradigmáticos. Estos nuevos enfoques supusieron un esfuerzo por explicar el mundo desde un conjunto de premisas distinto. De esta manera, surgieron dos desafíos al paradigma que, hasta entonces, había dominado la disciplina: el globalismo y el estructuralismo. El globalismo quiso responder al primer grupo de anomalías reseñado en el párrafo anterior, mientras que el estructuralismo trató de centrarse en el segundo. Como consecuencia del distinto tipo de anomalías a las que dirigían sus esfuerzos, entre estos dos desafíos había diferencias profundas. Así como el globalismo, con su énfasis en las relaciones de interdependencia, ofrecía una descripción del sistema internacional desde la perspectiva de los Estados

[31] Referencias a la existencia de anomalías en el paradigma estatocéntrico pueden encontrarse en: J. A. Vasquez, *The Power of Power Politics...*, *op. cit.*, p. 121; M. Banks, "The Inter-Paradigm Debate", *op. cit.*, p. 16

desarrollados, el estructuralismo, con sus referencias a las relaciones de dependencia, aportaba una visión del mundo desde la óptica de los países menos favorecidos económicamente.

A pesar de los problemas de homogeneidad que se observaban en los tres paradigmas, era frecuente afirmar que el hecho de compartir un mismo conjunto de premisas permitía contemplarlos como unidades dotadas con la suficiente cohesión interna. Como veremos más adelante, esto quizás constituyó una simplificación excesiva. Habiendo dejado constancia de la contestación sufrida por el paradigma estatocéntrico, proveniente de las posiciones globalistas y estructuralistas, el paso siguiente, conforme a los postulados de Kuhn, consistía en plantear si las Relaciones Internacionales se encontraban en un momento en que el desarrollo de las nuevas alternativas paradigmáticas podía llevar, eventualmente, al desplazamiento de aquél.

2.4. RESISTENCIAS A UNA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA

En efecto, era interesante preguntarse si la disciplina estaba a punto de experimentar una "revolución científica". ¿Cabía pensar en que la gran mayoría de los especialistas terminara siendo "persuadida" por la potencialidad, por las mayores posibilidades de producción de "ciencia normal" de alguno de los planteamientos paradigmáticos alternativos?

J. N. Rosenau sugirió que cuando un paradigma se ve afectado por un proceso de descomposición, éste tiene lugar de manera sumamente rápida. Poco después de manifestarse las primeras dudas sobre su coherencia, "todo parece cuestionable y lo que una vez fue orden aparece ahora como caos total"[32]. Es problemático que esta apreciación de Rosenau sea apropiada para describir la suerte del paradigma estatocéntrico en los años setenta y ochenta. El grado de predominio de este paradigma no justificaba las expectativas de una "revolución científica".

En la primera mitad de los años ochenta fueron realizados distintos estudios para determinar el grado de adscripción de la comunidad científica a los tres paradigmas. Dichos estudios indicaban que, pese a sus graves deficiencias, el globalismo y el estructuralismo constituían una pobre competencia para el enfoque preponderante hasta el decenio de los setenta. El grado de

[32] J. N. Rosenau, "Muddling, Meddling and Modeling: Alternative Approaches to the Study of World Politics", en J. N. Rosenau (Ed.), *The Scientific Study of Foreign Policy*, London, Frances Pinter, 1980, p. 535.

adscripción aludido intentó medirse a través del análisis de las recomendaciones bibliográficas realizadas en libros de texto y listas de lecturas en Relaciones Internacionales. En uno de esos estudios, referido a los principales países del mundo occidental, K. J. Holsti ponía de relieve que tan sólo entre un 5 y un 10 por ciento de las recomendaciones bibliográficas mencionadas podían incluirse en los paradigmas globalista y estructuralista[33]. De aquí que pudiera entenderse que el paradigma estatocéntrico disfrutaba de una posición hegemónica.

Después de las duras críticas a la debilidad explicativa de sus formulaciones teóricas, las manifestaciones sobre la hegemonía del paradigma mencionado podían resultar un tanto sorprendentes. A la hora de aclarar este contrasentido, es necesario aludir a tres circunstancias fundamentales. Primeramente, debe señalarse el recurso a hipótesis o modificaciones *ad hoc* para restablecer la credibilidad del paradigma estatocéntrico. Las críticas referentes al reducido volumen de conocimiento fiable producido por una de sus principales corrientes, el realismo, fueron descalificadas utilizando dos hipótesis o modificaciones *ad hoc*: la juventud de la disciplina y la existencia de errores de medición en los procesos de verificación de las hipótesis[34]. Conforme al contenido explicativo que sus proponentes querían dar a estas modificaciones, no había problemas verdaderamente serios con el enfoque realista. La comunidad científica debía continuar sus investigaciones sobre las hipótesis realistas y desarrollar procedimientos más sofisticados de medición de los conceptos que encerraban las mismas. Con el transcurso del tiempo, la cantidad de conocimiento lograda tendría necesariamente que incrementarse[35]. Por otra parte, los enfoques globalista y estructuralista no habían alcanzado el nivel de consistencia necesario para erigirse en verdaderas alternativas paradigmáticas, capaces de orientar el quehacer de los especialistas. Llegar a adquirir tal status requería un proceso más profundo de articulación interna. Además, la aparición de dos desafíos distintos, resultado de la fractura provocada por la crisis del paradigma estatocéntrico, dificultaba la formación de consensos en la disciplina y favorecía la permanencia de concepciones tradicionales.

En segundo lugar, hay que resaltar que estas concepciones, como consecuencia de una reformulación de las ideas realistas, experimentaron un nuevo auge a finales de la década de los setenta. La vuelta a un primer plano de

---

[33] K. J. Holsti, *The Diviging Discipline...*, *op. cit.*, pp. 87-100. Pueden encontrarse conclusiones en una línea similar en: H. R. Alker and T. J. Biersteker, *op.cit.*, p. 129.

[34] J. A. Vasquez, *The Power of Power Politics…, op. cit.*, pp. 200-202.

[35] *Ibidem*, p. 226.

muchos de los postulados realistas, ahora bajo la denominación de neorrealismo, se vio favorecida por el comienzo de un nuevo periodo de tensiones, de una segunda "guerra fría", entre las dos superpotencias[36]. El neorrealismo, que aparece en escena con la publicación del libro de K. N. Waltz *La Teoría de la Política Internacional* en 1979, adquiere sentido dentro del periodo de "ciencia extraordinaria" que se abre tras la crisis del paradigma estatocéntrico. Como escriben J.-F. Rioux, E. Keenes y G. Légaré[37], el neorrealismo supuso un intento de resolver las anomalías de este paradigma, asimilando elementos teóricos ajenos al mismo, pero sin cuestionar sus premisas fundamentales.

A las dos razones anteriores sobre el predominio del paradigma estatocéntrico, pese a las graves deficiencias que planteaba, debía agregarse la extraordinaria influencia ejercida por los Estados Unidos en el desarrollo de las Relaciones Internacionales. Diversos autores subrayaron que la construcción del paradigma citado, en su vertiente realista, como, más tarde, en su vertiente neorrealista, había estado estrechamente unida a la posición ocupada por este país en los asuntos mundiales a partir de 1945[38]. Así, el paradigma estatocéntrico reflejaba una forma muy concreta de entender las Relaciones Internacionales. Sus premisas y, consiguientemente, los problemas a los que se dirigía la atención de la disciplina, estaban fuertemente influenciados por los valores culturales característicos de la sociedad norteamericana. No representaba tanto un marco objetivo de elaboración de teorías, como un instrumento de racionalización de actuaciones internacionales[39]. Según S. Smith, la conexión entre las Relaciones Internacionales y las preocupaciones de política exterior en los Estados Unidos era tan sólida que no debía sorprender que las premisas del paradigma estatocéntrico siguieran siendo tan difíciles de sustituir[40].

---

[36] C. del Arenal, *Introducción a las Relaciones..., op. cit.*, pp. 101-102. Puede consultarse además: E. Barbé, "El papel del Realismo en las Relaciones Internacionales", *Revista de Estudios Políticos*, n.º 57, 1987, p. 167.

[37] J. F. Rioux, E. Keenes et G. Legare, *op cit.*, p. 72.

[38] S. Hoffmann, "An American Social Science: International Relations", *Deadalus*, Vol. 106, n.º 3, 1977, p. 43. Ver también: S. George, *op. cit.*, pp. 207-208; R. Mesa, *Teoría y Práctica de las Relaciones Internacionales*, 2ª ed., Madrid, Taurus, 1980, p. 70; F. H. Gareau, "The Discipline International Relations: A Multinational Perspective", *The Journal of Politics*, Vol. 43, August, 1981, p. 783.

[39] E. Krippendorf, *International Relations a Social Science*, Brighton, Harvester Press, 1982, p. 213; C. del Arenal, *Introducción a las Relaciones...*, *op. cit.*, p. 384.

[40] S. Smith, "The Development of International Relations as a Social Science", *Millennium*, Vol. 16, n.º 2, 1987, p. 198.

Consecuentemente, debido a las circunstancias expuestas, una "revolución científica" que desplazara el viejo paradigma y lo sustituyera por uno nuevo no parecía ciertamente algo inminente en los años ochenta. No resultaba fácil predecir como se resolvería la crisis que, ateniéndose a las ideas de Khun, afectaba a las Relaciones Internacionales. Según dichas ideas, el desenlace del debate inter-paradigmático era fundamental para el desarrollo de la disciplina. En tanto en cuanto de este debate no emergiera un único paradigma, capaz de abarcar el poder explicativo de su antecesor, así como de responder a las anomalías que habían provocado la crisis, no se estaría en condiciones de hacer posible el crecimiento de la teoría y la acumulación del conocimiento. La comunidad científica de las Relaciones Internacionales estaría preferentemente absorbida por discusiones en torno a aspectos básicos de la disciplina.

La influencia de Kuhn respecto a las condiciones de homogeneidad paradigmática que debían presidir el desarrollo de una ciencia se dejó sentir en distintas propuestas tendentes a la construcción de un nuevo paradigma[41]. Pero la dificultad de la empresa era evidente. En los años ochenta, la comunidad científica se encontraba ante la disyuntiva de seguir apegada a un paradigma que había mostrado sus muchas deficiencias o de optar por enfoques alternativos con un grado de desarrollo insuficiente. Lo delicado de esta situación quedó patente en la prudencia mostrada por uno de los críticos más duros del realismo. J. A. Vasquez consideraba que las deficiencias del paradigma estatocéntrico aconsejaban su sustitución por uno alternativo. Tal sustitución constituía un requisito indispensable para que se produjera un progreso teórico significativo en la disciplina. Mas, dado que un paradigma no sería definitivamente rechazado hasta que naciera otro con una mayor capacidad explicativa, Vasquez se declaró partidario de una estrategia de diversidad paradigmática. Con arreglo a la misma no era imprescindible optar entre paradigmas opuestos. En su lugar, proposiciones teóricas de distintas obediencias paradigmáticas podían ser tenidas en cuenta con el propósito de valorar su contribución al crecimiento del conocimiento en la disciplina[42].

Según la estrategia de Vasquez, el realismo, pese a las numerosas pruebas elaboradas por él mismo en su contra, no sería rechazado de forma inmedia-

---

[41] Son varias las propuestas de construcción de un nuevo paradigma que dejan traslucir esta influencia. Entre otras, pueden consultarse: J. N. Rosenau, "Muddling, Meddling and Modeling...", *op. cit.*, p. 542; R. W. Mansbach and J. A. Vasquez, *In Search of Theory. A New Paradigm for Global Politics*, New York, Columbia University Press, 1981, p. 68; M. Banks, "Where are We Now", *Review of International Studies*, Vol. 11, n.º 3, 1985, pp. 225 y 230. Ver también de este último autor: "The International Relations Discipline...", *op. cit.*, p. 23.

[42] J. A. Vasquez, *The Power of Power Politics…*, *op. cit*., p. 226.

ta. La finalización de grandes proyectos de investigación en curso, basados en hipótesis realistas, ofrecería nueva evidencia sobre la corrección o no de las mismas. Asimismo, permitiría, si no verificar, si contrastar la consistencia de las modificaciones "ad hoc", referidas a la corta vida de la disciplina y a la existencia de errores de medición, como atenuantes del reducido volumen de conocimiento propiciado por el enfoque realista. En el supuesto de que los nuevos datos fueran también desfavorables, dicho enfoque podría ser definitivamente relegado. Por otra parte, la estrategia de diversidad propuesta por Vasquez quería promover la realización de investigaciones sustentadas en premisas globalistas y estructuralistas como medio de fortalecer la articulación de las perspectivas paradigmáticas alternativas. Si investigaciones de este tipo no eran alentadas, los defensores de posturas tradicionales "podrían seguir alegando que, a pesar de la pobreza de sus aportaciones, no existía un rival capaz de desplazar al paradigma realista"[43].

2.5. HACIA UNA IMAGEN DE DIVERSIDAD PARADIGMÁTICA

Sin embargo, la forma predominante de entender la disciplina comenzó a distanciarse de los conceptos de crisis y revoluciones científicas contenidos en el esquema de Kuhn. La imagen de una ciencia guiada por un único paradigma cedió terreno. En su lugar, la imagen de una ciencia caracterizada por la diversidad paradigmática, no como algo provisional sino como algo permanente, pasó a convertirse en el estado normal de cosas. Es interesante señalar que esta nueva imagen de diversidad paradigmática respondía de manera más adecuada a la visión que el propio T. S. Kuhn tenía de las ciencias sociales. Este autor estimaba que su teoría sobre el progreso del conocimiento era aplicable solamente a las ciencias naturales. A su juicio, una diferencia fundamental separaba las ciencias naturales de las ciencias sociales: mientras que la comunidad científica, en lo que concernía a las primeras, llevaba a cabo su trabajo —a excepción de las fases precientíficas o revolucionarias— dentro de un mismo paradigma, en lo que atañía a las segundas, estaba permanentemente fragmentada, al encontrarse adscritos sus miembros a diferentes enfoques paradigmáticos[44]. Esta pluralidad de enfoques que preside las ciencias sociales tiene su origen en el mayor entroncamiento de sus especialistas con las necesidades de la sociedad. Cada uno de ellos es fruto de crite-

---

[43] *Ibidem*, p. 227.
[44] T. S. Kuhn, *op. cit.*, p. 163.

rios normativos concretos que, a su vez, determinan los problemas que han de centrar la atención del investigador[45].

Ésta no constituye la razón del giro "pluriparadigmático" emprendido por las Relaciones Internacionales. De haber otorgado la suficiente centralidad a la distinción entre ciencias naturales y ciencias sociales, las ideas de Kuhn no habrían gozado de tanta popularidad en la disciplina. Estas ideas fueron llevadas a las ciencias sociales en general pese a la opinión en sentido contrario de su autor. Una razón más sólida puede encontrarse en los avances del relativismo en la Filosofía de la Ciencia. Dichos avances condujeron, en cierto modo como una consecuencia lógica, a la diversidad paradigmática y plantearon serios interrogantes sobre la corrección e incluso la conveniencia de aplicar la teoría de Kuhn a las Relaciones Internacionales.

La obra de Kuhn, junto con la de otros autores —entre ellos Fleck, Polanyi y Feyerabend—, formó parte de un movimiento en la Filosofía de la Ciencia que tuvo profundas implicaciones epistemológicas[46]. Este movimiento lanzó un duro ataque contra conceptos como objetividad y verdad característicos del positivismo. Las tesis de Kuhn sobre la inconmensurabilidad de los paradigmas, consecuencia de las dificultades existentes para fijar criterios de evaluación interparadigmática, fueron la causa de que su obra se inscribiera entre las posiciones relativistas de la ciencia. No obstante, Kuhn salvó la situación de indefinición entre las diferentes concepciones del mundo que podían caracterizar a una ciencia, mediante la referencia a procesos de "conversión" o "persuasión". Estos determinaban que la comunidad científica abrazara casi unánimemente una de ellas.

Las tendencias pospositivistas que fueron abriéndose camino en la disciplina en los años ochenta irían más allá de las ideas de Kuhn. En particular, la aparición de posiciones interpretativas o hermenéuticas que defendían criterios epistemológicos y metodológicos propios para las ciencias sociales contribuyeron a que la homogeneidad paradigmática preconizada por Kuhn dejara de verse como una virtud. La más decidida proclividad relativista de estas posiciones puso término a la preocupación tradicional por la consecución de un consenso científico. La pérdida de relevancia de dicho consenso como un desiderátum esencial en las ciencias sociales es de primordial importancia, porque pone en cuestión la estrecha relación establecida por Kuhn

---

[45] *Ibidem*, p. 164.

[46] M. Bunge, *Epistemology and Methodology: Understanding the World*, Boston, D. Reidel, 1983, p. 261.

entre "la capacidad para lograr una uniformidad paradigmática y la capacidad para conseguir un crecimiento teórico significativo"[47].

De esta manera, distintos autores manifestaron su postura opuesta al "unitarismo" paradigmático. Entendían que, en sentido contrario, el "pluralismo" ofrecía un marco más adecuado para fomentar la creatividad en la disciplina[48]. Lo que en el modelo de Kuhn era una situación de crisis, con sus connotaciones marcadamente negativas, a la luz de las posiciones más decididamente relativistas, se convertía en una situación que abría la posibilidad de un debate fructífero entre alternativas paradigmáticas[49].

F. Halliday señalaba que si ciencias sociales, como la Sociología o la Economía, habían progresado en un marco de diversidad paradigmática, no había razón para pensar que las Relaciones Internacionales no pudieran hacer lo mismo. Para este autor, era tan erróneo suponer que, mediante una reformulación del realismo, sería posible instaurar un único paradigma, como imaginar que el realismo llegaría a ser sustituido por nuevos enfoques[50]. Una pluralidad de paradigmas, cada uno con sus propias elaboraciones conceptuales y sus propias explicaciones, podía concretarse en un estado de cosas más satisfactorio para la salud de la disciplina que el representado por un sólo paradigma. Consiguientemente, Halliday sugería que el futuro de las Relaciones Internacionales había de buscarse, no tanto en la producción de "ciencia normal" como en el esfuerzo por crear una diversidad de paradigmas consistentes[51].

Bajo el impacto de las formulaciones pospositivistas, la ciencia dejaba de concebirse como una entidad monolítica, para pasar a conceptuarse como una entidad polimórfica. Así, las Relaciones Internaciones, en vez de en términos del producto de un único paradigma, se definirían atendiendo a las aportaciones provenientes de las diferentes perspectivas paradigmáticas. La aparición de una imagen multiparadigmática de la ciencia, la aceptación de un pluralismo metodológico y la convicción de que la disparidad de puntos de vista no representaba un obstáculo insuperable dejaron sin vigencia las

---

[47] Y. Lapid, "The third debate: on the prospects of international theory in a post-positivist era", *International Studies Quarterly*, Vol. 33, n.º 3, 1989, pp. 243-44.

[48] J. Der Derian, "Introducing Philosophical Traditions in International Relations", *Millennium*, Vol. 17, n.º 2, 1988, p. 189; C. del Arenal, "La teoría y la Ciencia...", *op. cit.*, pp. 606-607.

[49] S. Smith, "The Development of International Relations as a Social Science", *op. cit.*, p. 204.

[50] F. Halliday, "A 'Crisis' of International Relations", *International Relations*, November, 1985, p. 411.

[51] *Ibidem*, p. 412.

críticas de "anticientifismo" efectuadas por el positivismo a las Relaciones Internacionales[52]. Estos rasgos distintivos del pospositivismo confirieron un marchamo decididamente científico a los esfuerzos realizados en la disciplina, situándola en pie de igualdad con otras ciencias sociales e, incluso, con las ciencias naturales[53].

Es probable que el abandono de las ideas de Kuhn fuera un primer paso hacia la disolución del debate inter-paradigmático en los años noventa. La consideración de las Relaciones Internacionales como una entidad polimórfica tuvo efectos contradictorios. Por una parte, desempeñó un papel "liberalizador" en la disciplina[54]. Hizo posible que desafíos al orden establecido tuvieran la oportunidad de consolidarse sin que fueran barridos con prontitud de la escena académica. Por otra parte, permitió la aparición de posturas conservadoras. El hecho de ver las Relaciones Internacionales como la coexistencia natural de paradigmas inconmensurables tendió a frenar la crítica y a legitimar cualquier rutina científica. Alentó réplicas al estilo de las puestas de manifiesto por Guzzini: "No me critiquen, hablamos lenguajes diferentes"[55]. Con todo, aunque el debate inter-paradigmático hubiera perdido gran parte de su dinamismo interno, continuaba representando un instrumento de gran interés para introducir, sobre todo a efectos docentes, lo que eran las Relaciones Internacionales.

Esta deriva de la disciplina hacia una situación de diversidad paradigmática dejaría bien establecida una de las principales líneas de disputa entre los miembros de la comunidad académica de cara a los años noventa. El cuestionamiento de los conceptos de objetividad y verdad complicó enormemente la tarea de proveer una legitimación efectiva del conocimiento e hizo problemática la demarcación entre ciencia y no-ciencia. El relativismo filosófico, llevado hasta sus últimas consecuencias, podía dar paso a un estado de anarquía epistemológica en el que prácticamente cualquier proposición estaría en condiciones de reclamar un mismo status científico. Si una situación de igualdad entre diferentes tipos de conocimiento se implantaba, la mera proliferación de proposiciones teóricas no sería distinguible de un auténtico crecimiento del conocimiento[56].

---

[52] Y. Lapid, *op. cit.*, p. 246.
[53] *Ibidem*, p. 245.
[54] O.Wæver, "The Rise and Fall of the Inter-Paradigm Debate", *op. cit.*, p. 158.
[55] S. Guzzini, *Realism in International Relations and International Political Economy: The Continuing Story of a Death Foretold*, London, Routledge, 1998, p. 116.
[56] Y. Lapid, *op. cit.*, p. 249.

Haciéndose eco de un problema central suscitado por las nuevas corrientes pospositivistas, T. J. Biersteker planteaba que, ante la aparición de teorías múltiples y contrapuestas alentadas por el clima de tolerancia científica, ¿cómo elegir entre ellas?, ¿cómo asegurar que la ausencia de criterios alternativos evite la legitimación de la ignorancia, la intolerancia o algo peor?[57] Aun juzgando positivamente la apertura y el pluralismo promovidos por el pospositivismo, este autor consideraba procedente una discusión sobre el establecimiento de criterios para decidir entre planteamientos alternativos antes de dar el salto del terreno cuestionable del positivismo a lo que podría resultar el vacío pospositivista. Estas cuestiones estarán muy presentes en el desarrollo de la disciplina en los años noventa. Con independencia de la extensión de las discrepancias al terreno ontológico, los problemas epistemológicos serán los primeros en plantearse en el cuarto debate entre racionalistas y reflectivistas

[57] T. J. Biersteker, "Critical Reflections on Post-Positivism in International Relations", *International Studies Quarterly*, Vol. 33, n.º 3, 1989, pp. 265-266.

CAPÍTULO 3

EL CUARTO DEBATE

Las Relaciones Internacionales experimentaron un cambio histórico en los años noventa, consecuencia en gran medida de desarrollos que habían venido produciéndose en el decenio precedente. El debate inter-paradigmático deja de ser la referencia fundamental para entender el estado de cosas que caracteriza a la disciplina. Va a tener lugar la entrada en una nueva fase que, como en momentos anteriores en la historia de esta ciencia, está marcada por un nuevo debate. Con la desaparición del debate inter-paradigmático, se registra una alteración en el tono de la discusión en el seno de la comunidad académica. Durante el tercer debate, el intercambio de opiniones ocurrió en un clima distendido, en un clima del que estuvieron ausentes, pese a la importancia de las cuestiones en juego, las posturas intransigentes. El cuarto debate supone el inicio de una etapa de efervescencia teórica sin precedentes. El tono de la discusión sufre, de manera acorde con esta efervescencia, una transformación, adquiriendo un grado de acritud que queda patente en las críticas y contracríticas que se dirigen los contendientes en el mismo. En este sentido, el cuarto debate se asemeja más a los dos primeros debates en la disciplina.

Este capítulo trata de describir las razones que promovieron la disolución del debate inter-paradigmático. Además, pretende poner de relieve cuáles son los rasgos esenciales que dotan de personalidad propia al cuarto debate. Entre las preguntas a las que procura responder están las siguientes: ¿cuáles son las partes implicadas en este nuevo debate?, ¿cuáles son los puntos centrales de discrepancia en torno a los que se articula el debate?, ¿cuál es, en

definitiva, el nuevo mapa que puede servir de guía para situarse en el momento actual de la disciplina?

3.1. LA DESAPARICIÓN DEL DEBATE INTER-PARADIGMÁTICO

La significación del debate inter-paradigmático en los años setenta y ochenta está fuera de toda duda. Sin embargo, las alusiones a dicho debate fueron desvaneciéndose con gran rapidez. Bien fuera en su versión ortodoxa, que describía la disciplina en términos de un único paradigma, bien fuera en su versión relativista, que describía la disciplina en términos de una pluralidad paradigmática, el tercer debate no superaría el espacio temporal delimitado por los dos decenios mencionados. Son varios los motivos que pueden explicar esta circunstancia: la excesiva simplificación implícita en la reducción del debate a tres grandes enfoques, el carácter desigual del intercambio de opiniones entre ellos, la evolución del globalismo hacia posiciones compatibles con el neorrealismo y la pérdida del carácter de inconmensurabilidad de los paradigmas.

Primeramente, puede destacarse que la visión ordenada de la disciplina, formada en torno a la existencia de tres paradigmas, se logró a costa de una excesiva simplificación[1]. Dentro de cada uno de estos paradigmas había una gran diversidad de puntos de vista. Así, por ejemplo, el paradigma estatocéntrico englobaba corrientes de pensamiento —como la idealista, la realista y la behaviorista— con serias discrepancias entre ellas. En distintos momentos del pasado de la disciplina, la agrupación de estas corrientes dentro de un mismo marco de referencia se hubiera considerado como algo sorprendente. Ciertamente, la intensidad de los debates, primero, entre idealismo y realismo y, después, entre realismo y behaviorismo, han marcado auténticos hitos en la evolución de las Relaciones Internacionales. Los participantes en dichos debates difícilmente hubieran admitido estar unidos por determinadas concepciones comunes. Incluso, en fechas más próximas, ya se ha destacado que autores como Vasquez[2], en el caso del idealismo, y Korany[3], en el del behaviorismo, han defendido la concesión a tales corrientes del título de paradigma. Al igual que el paradigma estatocéntrico, el globalismo y el estruc-

---

[1] S. Smith, "The Self-Images of a Discipline: A Genealogy of International Relations Theory", en K. Booth and S. Smith (Eds.), *International Relations Theory Today*, London, Polity Press, 1995, p. 19.

[2] J. A. Vasquez, *The Power of Power Politics…*, *op. cit.*, p. 117 y 122.

[3] B. Korany, *op. cit.*, p. 707.

turalismo registraron en su seno fuertes discusiones entre partidarios de construcciones teóricas diversas. En lo que respecta al globalismo, J.-F. Rioux, E. Keenes y G. Légaré estimaron que estas construcciones teóricas estaban tan profundamente distanciadas como para elevarlas a la condición de paradigmas. Así, en lugar de una única perspectiva globalista, plantearon la consideración de dos paradigmas: el mundialismo, que se sustentaba en la obra de J. W. Burton, y el transnacionalismo, que se apoyaba en las tesis de Keohane y Nye[4]. El mundialismo iba más allá de la noción transnacionalista de una pluralidad de actores en torno a la figura central del Estado. Para Burton, el mundo estaba formado por redes de transacciones que superaban sistemáticamente las fronteras estatales, teniendo el grueso de dichas redes un origen no-gubernamental. En cuanto al estructuralismo, es posible distinguir dos grandes corrientes: la teoría de la dependencia y la teoría del sistema capitalista mundial[5]. Entre ellas cabe establecer dos diferencias principales. Por una parte, así como la primera estaba preocupada por el estudio de las regiones subdesarrolladas del Tercer Mundo, la segunda entendía que tanto regiones desarrolladas como subdesarrolladas debían ser tenidas en cuenta en orden a explicar el fenómeno global de las desigualdades económicas. Por otra parte, mientras que la teoría de la dependencia estaba centrada en el caso latino americano, tendiendo a considerar sus problemas como únicos, la teoría del sistema capitalista mundial contemplaba dicho caso como parte de una experiencia de explotación más amplia[6]. Asimismo, dentro de cada una de estas teorías podían apreciarse discrepancias notables. F. H. Cardoso escribió que las diferencias que separaban a los especialistas que se englobaban en la escuela de la dependencia eran tan marcadas que "difícilmente permitirían reunir a todos ellos en la misma sala de conferencias"[7].

---

[4] J.-F. Rioux, E. Keenes et G. Légaré, "Le Néo-Réalisme ou la Reformulation du Paradigme Hégémonique en Relations Internationales". *Etudes Internationales*, Vol. XIX, n.º 1, 1988, p. 64.

[5] C. Brown ha llegado a distinguir no dos, sino tres corrientes teóricas en el paradigma estructuralista: a) Dependencia, b) Análisis centro-periferia y c) Análisis del sistema mundial. En la primera incluye a autores como F. H. Cardoso, E. Faletto, T. Dos Santos, C. Furtado, etc. En la segunda agrupa especialistas como A. G. Frank, S. Amin, A. Emmanuel, etc. En la última de las corrientes citadas menciona como figura clave a I. Wallerstein. Ver la contribución de C. Brown: "Development and Dependency", en M. Light and A. J. R. Groom (Eds.), *op. cit.*, p. 63.

[6] P. R. Viotti and M. V. Kauppi, *op. cit.*, p. 410.

[7] F. H. Cardoso, "The Consumption of Dependency Theory in the United States", *Latin American Research Review*, Vol. 12, n.º 3, 1977, p. 7. Contrariamente, otros autores han puesto el acento en la proximidad de las posiciones de las distintas escuelas neomarxistas. Ver por ejemplo: C. Brown, *op. cit.*, p. 68.

En segundo lugar, la participación de los tres enfoques básicos en el debate inter-paradigmático fue muy desigual. Es posible afirmar que dicho debate tuvo como principales protagonistas al paradigma estatocéntrico, especialmente en su versión realista, y al paradigma globalista[8]. Hubo realmente un nivel de discusión muy bajo entre estatocentrismo y estructuralismo o entre globalismo y estructuralismo. En cualquier caso, nada similar a la confrontación intensa entre realismo y globalismo de los años setenta y ochenta que Maghroori y Ranberg denominaron "el tercer debate" en la disciplina. Dejando a un lado la inspiración marxista de buena parte del estructuralismo, la circunstancia descrita puede deberse a los propios orígenes de este paradigma. Su nacimiento se produjo en el seno de la Economía Política[9]. El paradigma estructuralista fue más una consecuencia de las críticas a la teoría del desarrollo vigente en Occidente e, incluso, a determinadas proposiciones del marxismo tradicional, que de los intentos deliberados de crear una alternativa a las posiciones estatocéntricas dominantes.

Estos orígenes del estructuralismo quedan claramente reflejados en el contenido esencialmente económico de la literatura que solía presentarse como característica del mismo. El grueso de esta literatura, constituida por las aportaciones de autores como F. H. Cardoso y E. Faletto, C. Furtado, A. G. Frank, S. Amin y O. Sunkel, estuvo orientado al análisis de los efectos del sistema capitalista mundial sobre las economías del conjunto o de determinadas regiones del mundo menos avanzado. La obra de otros autores, como la de J. Galtung e I. Wallerstein, presenta en ocasiones una mayor proximidad a cuestiones de relaciones internacionales, pero aun así el énfasis fundamental de su trabajo recae en problemas de subdesarrollo. En concreto, Wallerstein ha sido criticado por ignorar en su análisis histórico los dominios políticos y diplomáticos y por tratar al Estado como mero instrumento de los grupos económicos dominantes. Solamente un grupo reducido de autores, como R. Cox, A. Linklater o M. Hoffmann parecía encajar de manera natural en la disciplina. Hasta cierto punto resultaba un tanto forzado ver englobados a estos autores, junto con algunos de los citados más arriba, dentro de la rúbrica general de estructuralistas o dependentistas. La significación de este grupo reducido de autores varía radicalmente con el comienzo del cuarto debate. Pasan a ubicarse, como partidarios de la teoría crítica, en el seno del reflectivismo.

El estructuralismo, en definitiva, permaneció en gran medida en su estado original. Este enfoque fue tomado como una de las alternativas paradigmáti-

---

[8] O. Wæver, "The Rise and Fall of the Inter-paradigm Debate", *op. cit.*, p. 161.

[9] K. J. Holsti, *The Dividing Discipline...*, *op. cit.*, p. 66.

cas en las Relaciones Internacionales, confiando posiblemente en que en el proceso de adaptación a la disciplina adquiriera un perfil más "internacional". Fueron pocos, sin embargo, los esfuerzos llevados a cabo desde la propia disciplina para transformar el legado recibido, buscando, entre otras posibilidades, desarrollar una mayor relación entre el campo de la economía y el campo de la política[10].

Como tercer motivo de la difuminación del debate paradigmático, cabe destacar que el globalismo sufrió cambios de sumo interés. Dentro de este paradigma, las posiciones más abiertamente superadoras del estatocentrismo acabarían perdiendo terreno en favor de lo que con anterioridad hemos llamado transnacionalismo. En efecto, las tesis de J. W. Burton expuestas en *The World Society* no fueron articuladas de manera suficiente para constituir una alternativa al viejo paradigma. Lejos de ello, Burton y otros autores que compartían sus ideas restringieron notablemente su foco de interés, dedicando gran parte de sus esfuerzos al estudio de una cuestión crítica en las Relaciones Internacionales: el análisis y resolución de conflictos[11]. Es en este terreno concreto, por tanto, donde se concentrarían las ambiciones de crear alternativas al realismo. En consecuencia, el globalismo pasó a estar dominado por formulaciones transnacionales o, como cada vez con mayor frecuencia se les fue denominando, neoliberales. Estas formulaciones fueron considerablemente más compatibles con las premisas realistas. El neoliberalismo sólo representó una amenaza al viejo paradigma en la medida en que amplió los límites de la disciplina definidos por él, pero en lo sustancial no supuso una oposición frontal al mismo[12]. R. O. Keohane escribió que "las teorías realistas (...) necesitan ser suplementadas, aunque no reemplazadas, por teorías que señalen la importancia de las instituciones internacionales"[13]. El neoliberalismo reserva un lugar destacado a los presupuestos realistas. Estos siguen siendo vitales para entender la política internacional cuando ésta está dominada por relaciones de poder. No obstante, este tipo de situaciones son cada

---

[10] Uno de los esfuerzos por explorar la relación entre economía y política puede encontrarse en: C. Chase-Dunn, "Interstate System and Capitalist World-economy: One Logic or Two?", *International Studies Quarterly*, Vol. 25, March, 1981, pp. 19-42.

[11] A este respecto, ver, por ejemplo, el contenido de las siguientes obras: C. R. Mitchell, *The Structure of International Conflict*, London, Macmillan, 1981; J. Burton, *Conflict: Resolution and Provention*, London, Macmillan, 1990; J. Burton and F. Dukes, *Conflict: Readings in Management & Resolution*, London, Macmillan, 1990; C. Mitchell and M. Banks, *Handbook of Conflict Resolution: The Analytical Problem-solving Approach*, London, Pinter, 1996.

[12] S. Guzzini, *Realism in International Relations and…*, *op. cit.*, p. 112.

[13] R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía: Cooperación y Discordia en el Política Económica Mundial*, Buenos Aires, GEL, (1984) 1988, p. 28.

vez más minoritarias en lo que constituye la realidad internacional de determinadas partes del mundo. En distintas áreas de esa realidad —el comercio internacional, el sistema monetario internacional, la protección medioambiental, la preservación de los recursos pesqueros o la ayuda al desarrollo—, los neoliberales detectan la presencia de regímenes[14]. Sin este nuevo esquema conceptual, una parte apreciable del comportamiento observable en la escena internacional no tendría una explicación satisfactoria.

Por tanto, el globalismo perdió gran parte de su carácter de alternativa al estatocentrismo. En lugar de centrarse en la emergencia de una sociedad global y en la creciente fragmentación del Estado, el globalismo, transformado en neoliberalismo, puso el acento en la forma en que los Estados, definidos como actores racionales, conseguían establecer relaciones de cooperación en un medio anárquico[15].

Por último, la complementariedad con el realismo que propugnaban las formulaciones liberales en los años ochenta puso en cuestión el carácter inconmensurable de los paradigmas. La difuminación de este rasgo característico del debate inter-paradigmático fue reforzada por determinadas orientaciones fundamentales del neorrealismo y neoliberalismo. El neorrealismo vino a respaldar al paradigma estatocéntrico en su pugna, principalmente, con el globalismo, pero al mismo tiempo supuso un cambio transcendental con respecto al realismo tradicional. Lo que quizás más distinguió al neorrealismo fue su carácter científico[16]. Al plantear esta reformulación del pensamiento ortodoxo en la disciplina, Waltz entendía que las reflexiones y las especulaciones generales no eran suficientes, que el realismo tenía que expresarse en forma de teorías, de sistemas de proposiciones claramente especificadas. Este hecho, como desarrollos similares en el seno del globalismo, tendrían repercusiones notables sobre la visión de la disciplina en términos de paradigmas. Efectivamente, en este caso, el paradigma estatocéntrico se vio privado de gran parte de su contenido metateórico. Las grandes disquisiciones sobre la naturaleza de la política fueron reemplazadas por proposiciones muy precisas[17]. Así, el neorrealismo, que sólo perseguía poner

---

[14] R. O. Keohane and J. S. Nye, *Poder e Interdependencia: La Política Mundial en Transición,* Buenos Aires, GEL, (1977) 1988, p. 35.

[15] R. Little, "The Growing Relevance of Pluralism?", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *op. cit.*, p. 80.

[16] K. N. Waltz, "Realist Thought and Neorealist Theory", *Journal of International Affairs*, Vol. 44, n.º 1, 1990, pp. 21-37.

[17] J. Donnelly, *Realism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000, p. 31.

de relieve "un pequeño número de cosas grandes e importantes"[18], estableció un nítido contraste con la retórica del realismo clásico, que generalizaba sobre la naturaleza de la vida humana y la naturaleza inherentemente trágica de la política.

La teoría liberal experimentó un desarrollo paralelo. Dejó de ser una interpretación general de la naturaleza de las Relaciones Internacionales, para concentrarse en plantear unas pocas cuestiones muy concretas. Según O. Wæver quizás sólo una: ¿cómo afectan las instituciones a los incentivos de los Estados?[19] Basando su punto de vista en premisas realistas, es decir, entendiendo los Estados como actores racionales y egoístas, los neoliberales tratan de demostrar que las instituciones son posibles y relevantes incluso en el marco restrictivo de dichas premisas. Los neoliberales, al igual que los neorrealistas, buscaron afirmaciones cada vez más precisas y limitadas que pudieran reducirse a simples proposiciones analíticas susceptibles de teorización y verificación.

Por tanto, a lo largo de los años ochenta, el realismo se transformó en neorrealismo y el globalismo en institucionalismo neoliberal. Ambos sufrieron una redefinición que apuntaba a un menor contenido metafísico, a un minimalismo teórico, circunstancias que los convertirían en crecientemente compatibles. Los paradigmas estatocéntrico y globalista, reconvertidos ahora en neorrealismo y neoliberalismo, perdieron el rasgo de inconmensurabilidad, para pasar a compartir un programa de investigación "racionalista", una misma concepción de la ciencia y una común aceptación de trabajar bajo la premisa de anarquía y de investigar la evolución de la cooperación y de las instituciones[20]. La síntesis neorrealismo-neoliberalismo acabaría constituyéndose en el *mainstream o corriente principal* de la disciplina[21].

Además de estas razones, pueden mencionarse las circunstancias históricas concretas en las que se desarrolló el debate inter-paradigmático. Es posi-

---

[18] K. N. Waltz, "Reflections on Theory of International Politics: A Response to My Critics", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, New York, Columbia University Press, 1986, p. 329.

[19] O. Wæver, "The Rise and Fall of the Inter-paradigm Debate", *op. cit.*, p. 162.

[20] *Ibidem*, p. 163.

[21] Esta tendencia hacia la reconciliación o complementariedad entre los distintos paradigmas, en especial entre el tradicional y el de la sociedad global, fue apuntada por C. del Arenal. "La compleja realidad internacional actual, que impide negar la importancia tanto de los Estados como de los actores transnacionales, tanto de las relaciones interestatales como de las transnacionales, tanto de las situaciones de conflicto como de la cooperación, hace que la teoría de las relaciones internacionales haya optado, en cierta medida, por una opción ecléctica, de compromiso". Ver: C. del Arenal, "La Teoría y la Ciencia de las Relaciones Internacionales Hoy", *op. cit.*, p. 605.

ble que los acontecimientos internacionales no favorecieran la consolidación de este debate. En el capítulo anterior vimos cómo el predominio del estatocentrismo en las Relaciones Internacionales, a pesar de sus muchas deficiencias, estuvo vinculado al estallido de una nueva guerra fría a finales de los años setenta. Pero la realidad internacional no favoreció en la misma medida a los paradigmas globalista y estructuralista. En el caso del primero, el desorden de la economía internacional en los años setenta y la adopción ante el mismo de medidas proteccionistas actuaron en detrimento de ideas globalistas clave como la de interdependencia. Al mismo tiempo, una experiencia de corte liberal, la integración europea, afectada por las dificultades económicas, entraba en una fase de estancamiento. La teoría de la integración, uno de los desarrollos más notables de este paradigma, quedaba en entredicho[22]. Cuando la realidad internacional comenzó a cambiar de nuevo en la segunda mitad de los años ochenta, con la apertura de una nueva etapa en el proceso de globalización, no tendría efectos sobre el curso del debate inter-paradigmático. La disciplina se encontraba en aquellos momentos en tránsito hacia el cuarto debate. En el caso del estructuralismo, sus formulaciones teóricas tuvieron que hacer frente un hecho particularmente anómalo: la rápida industrialización de parte de la periferia. Las variaciones en las trayectorias económicas de países del Tercer Mundo no eran reconciliables con unas teorías que destacaban los condicionantes sistémicos del desarrollo. Esto condujo a los autores estructuralistas a completar sus formulaciones teóricas con variables en el nivel del Estado, en concreto, con el papel desempeñado por los gobiernos en la promoción de la industrialización. Este giro teórico, aparte de comprometer la orientación sistémica del estructuralismo, pudo suponer una cierta aproximación al estatocentrismo de neorrealistas y neoliberales[23].

3.2. EL COMIENZO DEL CUARTO DEBATE

El debate inter-paradigmático desapareció súbitamente de la literatura académica a finales de los años ochenta. Con la excepción de algunas obras en las que fue parcialmente utilizado para ordenar la presentación de sus contenidos, el debate inter-paradigmático dejó de ser útil para ofrecer una

---

[22] M. Khaler, "Inventing International Relations: International Relations Theory after 1945", en M. W. Doyle and G. J. Ikenberry, *New Thinking in International Relations Theory*, Boulder, Co., Westview Press, 1997, p. 37.

[23] *Ibidem*, p. 36.

imagen satisfactoria de las Relaciones Internacionales[24]. La disciplina, en opinión de algunos autores, había entrado en una nueva fase histórica, en un nuevo debate: el cuarto[25]. La imagen de un cuarto debate, en el que nos encontraríamos actualmente, encaja perfectamente en la evolución de una ciencia social jalonada por momentos críticos de discusión entre los académicos que se dedican a su estudio.

Cabe establecer unos breves paralelismos entre el tercer y el cuarto debate. De un lado, ambos debates están relacionados, aunque de manera diferente, con desarrollos en el terreno filosófico. Es posible observar un vínculo entre el tercer debate y la conmoción que la obra de T. S. Kuhn causó en la filosofía de la ciencia. Sus ideas conformaron un nuevo modelo sobre la evolución del conocimiento en las ciencias naturales. La traslación de ese modelo a las Relaciones Internacionales engendró el debate inter-paradigmático. El tercer debate constituye, pues, un nuevo ejemplo de la influencia de las ciencias naturales sobre las ciencias sociales. El cuarto debate tiene también su origen en cuestiones filosóficas de fondo. Hay una conexión entre este nuevo debate y lo que representa una cuestión central, no en la filosofía de las ciencias naturales, sino en la filosofía de las ciencias sociales: cómo proceder y cómo valorar la obtención de conocimiento en estas últimas. Esta es una cuestión, como se verá un poco más adelante, cargada de repercusiones ontológicas y epistemológicas. Una pregunta interesante es por qué surge precisamente en esos momentos, cuando había estado ausente de la disciplina desde el debate entre tradicionalistas y behavioristas de los años cincuenta y sesenta. La respuesta quizás esté, sin perjuicio de una reflexión más detenida sobre ella, en la insatisfacción con el conocimiento generado en la disciplina desde unos presupuestos positivistas, insatisfacción que se acrecienta con el término de la guerra fría.

De otro lado, ambos debates parecen necesitar un periodo de maduración. El debate inter-paradigmático arrancó en los años setenta, pero los rasgos

---

[24] Ver por ejemplo: S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *op. cit.*; J. Baylis and S. Smith (Eds.), *The Globalization of World Politics: An introduction to International Relations*, 2nd ed., Oxford, Oxford University Press, 2001; J. Steans and L. Pettiford, *International Relations: Perspectives and Themes*, Harlow, Longman, 2001. En todas estas obras, una parte de las mismas está dedicada a la exposición de los paradigmas tradicionales.

[25] Es necesario mencionar que las referencias al cuarto debate no son habituales. La mayoría de los autores, siguiendo la pauta fijada por Y. Lapid, continúan hablando del "tercer debate". Pese a ello, nos ha parecido más clarificador, tal y como hace O. Wæver, utilizar la expresión "cuarto debate" para deslindar el estado de cosas que comienza a perfilarse a finales de los ochenta del que fue característico —la discusión inter-paradigmática— en los años precedentes.

fundamentales del mismo no fueron trazados con nitidez hasta los años ochenta. Otro tanto puede decirse del cuarto debate. Éste comenzó a fraguarse en el decenio de los ochenta, pero es posible que la fisonomía del mismo esté aún por definir enteramente a principios de este nuevo siglo. El cuarto debate es considerablemente más complejo, lo cual quizás requiera un periodo de maduración más largo. En el famoso artículo de Y. Lapid publicado en 1989, para algunos precursor del nuevo debate, llama la atención que elementos del debate inter-paradigmático y de los enfoques críticos del cuarto debate aparezcan entremezclados[26]. Aunque es cierto que en algunos aspectos hay una continuidad entre el tercer y el cuarto debate, especialmente en lo que atañe a un relativismo filosófico que contraviene los presupuestos positivistas, este autor habla de una manera genérica del tercer debate, sin dar a entender que la disciplina estaba adentrándose en una fase distinta de la paradigmática. Por otra parte, muestra también de su mayor grado de complejidad, el establecimiento de las principales corrientes críticas que participan en el cuarto debate ha necesitado cierto tiempo. S. Smith, en una importante contribución sobre el estado de la disciplina escrita a mediados de los años noventa, no se refería al constructivismo, como corriente diferenciada, entre los desafíos al *statu quo* académico[27]. Sin embargo, en nuestros días, el constructivismo supone una de las alternativas más sólidas a dicho *statu quo*. De aquí que acabe de sugerirse que nuestra capacidad de comprensión de lo que está en juego en el cuarto debate pueda todavía mejorar.

El cuarto debate está constituido por la controversia entre racionalistas y reflectivistas. Este debate adquirió carta de naturaleza tras la alocución presidencial de R. O. Keohane ante la ISA en 1988[28]. Constatando la existencia de dos formas de abordar el estudio de las instituciones internacionales, se refirió a un enfoque racionalista y a un enfoque reflectivista. El primero agrupaba a autores neorrealistas y neoliberales, mientras que el segundo comprendía autores pertenecientes a tendencias diversas. El término reflectivismo no es desde luego el único utilizado para describir el conjunto de estas

---

[26] Y. Lapid, *op. cit.*

[27] S. Smith, "Positivism and Beyond", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *op. cit.*, pp. 25-29. En cambio, Smith si menciona el constructivismo en una contribución posterior. No obstante, este autor tiende a colocar al constructivismo como un enfoque independiente, al margen de los otros tres enfoques reflectivistas. Ver: S. Smith, "Reflectivist and Constructivist Approaches to International Theory", en J. Baylis and S. Smith (Eds.), *op. cit.*, p. 242.

[28] R. O. Keohane, "International Institutions: Two Approaches", *International Studies Quarterly*, Vol. 32, n.º 4, 1988, pp. 381-382.

tendencias[29]. Es habitual encontrar referencias, con exactamente el mismo sentido, a expresiones como pospositivismo, constructivismo, teorías críticas o posmodernismo. No obstante, la mayoría de estas expresiones, como las tres últimas, tienen el inconveniente de poseer un doble significado, por un lado, general, reflejando el colectivo de las tendencias mencionadas y, por otro, muy concreto, refiriéndose al carácter específico de algunas de ellas. Por esta razón, el término de reflectivismo parece adecuado, al no producirse una superposición de significados, y será el que se emplee para designar el conjunto de enfoques críticos a la corriente principal en la disciplina.

En contraste con el minimalismo teórico de la síntesis neorrealismo-neoliberalismo, el cuarto debate va a recuperar un marcado tono metateórico. Como podrá verse a lo largo de este trabajo, el contexto metateórico del nuevo debate es muy distinto y mucho más complejo que el del debate inter-paradigmático. Ello se debe no sólo a la pluralidad de fuentes filosóficas en las que se inspiran los enfoques críticos, sino también a la naturaleza poco convencional del contenido y terminología de algunos de ellos. En ocasiones, el carácter profundamente filosófico que adoptan las discusiones entre los contendientes en el cuarto debate introduce un grado de dificultad apreciable en la comprensión de las mismas. No obstante la formación politológica de la comunidad científica de las Relaciones Internacionales, gran parte del cuarto debate discurre a través de cauces eminentemente filosóficos[30].

El cuarto debate tiene que ver principalmente con cuestiones de segundo orden, con cuestiones de teoría social[31]. La teoría social guarda relación con aspectos ontológicos y epistemológicos. Tales aspectos son característicos de todos los campos del saber, no sólo de las Relaciones Internacionales. Las cuestiones de primer orden o teorías sustantivas tienen que ver con campos o áreas de estudio específicos, como, en nuestro caso, el del sistema internacional. La teoría sustantiva está basada en la teoría social, si bien no se desprende directamente de ella. Aunque no todos los participantes en el cuarto debate estarían de acuerdo, cabe pensar si, a largo plazo, el trabajo empírico

---

[29] A este respecto, ver por ejemplo: C. del Arenal, "Teoría de las Relaciones Internacionales y Sociedad Internacional", *op. cit.*, p. 754.

[30] Reflejando bien esta circunstancia, A. Wendt en *Social Theory of International Politics* dice que, si bien su formación es politológica, el libro está escrito desde el punto de vista de un filósofo.

[31] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 5.

puede ayudarnos a decidir qué teoría social, qué opciones ontológicas y epistemológicas son las más adecuadas.

Aun cuando sea de sobra conocido, puede tener algún interés detenerse brevemente en especificar el contenido de las cuestiones ontológicas y epistemológicas. La ontología hace alusión a los referentes concretos de un discurso explicativo. La ontología de una teoría comprende las estructuras del mundo real —cosas, entidades— y los procesos planteados por la teoría e invocados por las explicaciones que encierra. En definitiva, la ontología responde a la pregunta: ¿de qué está hecho el mundo? Por su parte, la epistemología trata de caracterizar la clase de conocimiento que un método de estudio dado proporciona y de establecer hasta qué punto dicha clase de conocimiento está en consonancia con los que son considerados estándares de un conocimiento verdadero o genuino. La relación entre la ontología y la epistemología puede producirse en una doble dirección. De considerarse prioritaria la ontología, es decir, la definición del mundo, de qué cosas existen en él, la epistemología se colocará en una posición subordinada. En una dirección opuesta, si la prioridad se otorga a la epistemología, es decir, a la definición de lo que constituye ciencia, ésta puede determinar el tipo de cosas o entidades sobre las que podemos adquirir conocimiento.

Con el fin del debate inter-paradigmático desapareció la imagen que durante dos décadas hizo posible una presentación ordenada de las Relaciones Internacionales. Es razonable en consecuencia preguntarse si existe una nueva imagen que, con relativa sencillez, dé cuenta del estado de la disciplina en los momentos actuales. La respuesta a este interrogante es que se han elaborado distintas imágenes a tal efecto, pero ninguna tan nítida como la precedente. Esto no es de extrañar dado el difícil encaje de conceptos tradicionales de definición y clasificación en algunos enfoques reflectivistas, especialmente, el posmodernismo.

3.3. UN MAPA DE LA DISCIPLINA EN EL CUARTO DEBATE

Varios autores han confeccionado mapas o matrices con la pretensión de que sirvan de guía a unas Relaciones Internacionales dominadas por la confrontación entre racionalistas y reflectivistas. El criterio básico seguido por ellos ha sido fijarse en la teoría social implícita en las posiciones de los participantes en el cuarto debate. Es decir, los mapas o matrices responden a

cuestiones de segundo orden, ontológicas y epistemológicas. N. G. Onuff y S. Guzzini han situado sus propuestas planteando un doble eje: por un lado, un eje ontológico referido al problema agente-estructura y, por otro, un eje epistemológico representado por la cuestión explicación-interpretación[32]. A. Wendt y E. Adler[33], por su parte, han elaborado mapas de la disciplina sobre un triple eje, lo cual permite ver lo que está en juego en el cuarto debate con un mayor grado de detalle. Estos autores proponen un doble eje ontológico, recogiendo, además del problema individualismo-holismo, la disyuntiva entre materialismo-idealismo. El eje epistemológico confiere a estos mapas un carácter tridimensional.

3.3.1. **Los Ejes Ontológicos**

Es fundamentalmente el mapa de Wendt el que se expone a continuación. La consideración de los ejes ontológicos permite llegar a una visión interesante, aunque no suficiente, de las Relaciones Internacionales, al menos de aquellas teorías situadas en el nivel del sistema. Los ejes ontológicos están dominados por una doble discusión. En cada una de estas discusiones hay dos posturas principales, lo cual da lugar a cuatro grandes grupos, a "cuatro sociologías" de la estructura[34].

La primera de las discusiones viene dada por la contraposición entre materialismo e idealismo. El núcleo esencial de la misma es: ¿en qué medida están las estructuras formadas por ideas?[35] Los materialistas piensan que el hecho más decisivo acerca de la sociedad está constituido por la organización de las fuerzas materiales. Estas fuerzas son importantes de maneras diversas: permiten manipular el mundo, dotan a unos actores con más poder que a otros, predisponen a los Estados a la agresión, crean amenazas, etc. Esto no quiere decir que las ideas no tengan algunas consecuencias, pero para los materialistas los efectos de las fuerzas no materiales son secundarios[36].

---

[32] N. G. Onuf, *World of Our Making: Rules and Rule in Social Theory and International Relations*, Columbia, University of South Carolina, 1989, p. 57; S. Guzzini, *Realism in International Relations and...*, *op. cit.*, p. 194.

[33] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 23; E. Adler, "Seizing the Middle Ground: Constructivism in International Politics", *European Journal of International Relations*, Vol. 3, n.º 3, 1997, pp. 331.

[34] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p.23.

[35] *Ibidem*.

[36] *Ibidem*.

En las Relaciones Internacionales ha sido frecuente combinar poder e interés, por un lado, e ideas, por otro, como causas de determinados resultados. Poder e interés son conceptuados como fuerzas materiales y, ciertamente, ambos representan un conjunto distinto y relevante de causas sociales, pero esto sólo refuerza el materialismo si sus efectos no están constituidos por ideas. Por el contrario, los idealistas creen que la circunstancia más fundamental acerca de la sociedad es la naturaleza y estructura de la conciencia social[37]. En ocasiones, esta estructura es compartida por los actores en forma de principios, normas e instituciones. La estructura así formada resulta de gran significación por varias razones: por constituir identidades e intereses, por ayudar a los actores a encontrar soluciones comunes a los problemas, por definir expectativas de comportamiento, por constituir amenazas, etc[38]. Estas razones no niegan un papel a las fuerzas materiales, pero para los idealistas estas fuerzas resultan menos centrales, siendo relevantes en tanto en cuanto están constituidas con significados particulares para los actores. En contraste con la tendencia materialista a tratar las ideas en términos estrictamente causales, los idealistas son proclives a resaltar los efectos constitutivos de las ideas[39].

La segunda discusión afecta a la relación entre agentes y estructuras. En este caso, la clave esencial de la misma puede formularse así: ¿cuál es el papel que desempeña la estructura en la vida social?[40] De la respuesta a esta pregunta emergen dos posturas: el individualismo y el holismo. Ambas reconocen a la estructura una función explicativa, pero difieren respecto a su status ontológico. El individualismo sostiene que las explicaciones científicas deberían ser reducibles a las propiedades e interacciones de los individuos[41].

---

[37] *Ibidem*, p. 24.Varios autores pertenecientes a las corrientes críticas, especialmente constructivistas, hacen alusión a la obra de J. Searle cuando abordan la cuestión de las ideas. Para Searle, las ideas constituyen un fenómeno no sólo individual, sino también colectivo. Además de una "intencionalidad individual", hay una "intencionalidad colectiva". Cuando la intencionalidad toma la forma de "nosotros intentamos", estamos ante un "hecho social". Los hechos sociales, en tanto ideas intersubjetivas, son centrales en la ontología del constructivismo social. Ver: J. Searle, *La Construcción de la Realidad Social*, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 43-44.

[38] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p.24.

[39] *Ibidem*.

[40] *Ibidem*, p. 26.

[41] *Ibidem*. E. Adler ilustra la cuestión del individualismo haciendo referencia a la obra de J. Elster. Ver: E. Adler, "Seizing the Middle Ground…", *op. cit.*, p. 324-25. En efecto, Elster sostiene que "todos los fenómenos sociales —sus estructuras y sus cambios— son en principio explicables en términos de los individuos envueltos en ellos —sus propidades, objetivos, creencias y acciones". Elster, J., *Making Sense of Marx*, Cambridge University Press, Cam-

El holismo, en cambio, mantiene que los efectos de las estructuras no son reducibles en el sentido expuesto. Contrariamente, dichos efectos contribuyen a la construcción de los agentes, tanto en términos causales como constitutivos. El individualismo implica una visión de la sociedad de abajo arriba que contrasta con la visión de arriba abajo del holismo[42].

El individualismo, en todo caso, atribuye un status ontológico secundario a las estructuras. Puede aceptar que las estructuras generan determinados efectos. Cuando los individualistas afirman que las estructuras "constriñen" las opciones de los actores, están queriendo decir que sólo tienen efectos sobre el *comportamiento* de los agentes[43]. En una dirección distinta, cuando los holistas aseveran que las estructuras "construyen" los agentes, están dando a entender que tienen efectos sobre las *propiedades*, es decir, sobre las identidades e intereses de dichos agentes. Estos últimos, los efectos sobre las propiedades, son más profundos porque habitualmente generan también efectos sobre el comportamiento, pero no viceversa[44].

Las combinaciones entre las diferentes posiciones existentes en estos debates hacen posible dibujar un mapa de la disciplina basado en la consideración de aspectos ontológicos. Si colocamos el debate materialismo-idealismo en el eje horizontal y el debate individualismo-holismo en el eje vertical, obtenemos cuatro posibilidades clasificatorias. Como subraya Wendt, cada "sociología" conforma el núcleo ontológico de un programa de investigación que ejerce una fuerza centrípeta sobre las teorías sustantivas[45].

El mapa ontológico resultante pone de manifiesto los cambios habidos en los criterios de clasificación de las diversas partes implicadas en la nueva discusión. El contraste con el debate inter-paradigmático es apreciable, en la medida en que algunos de los viejos participantes en el mismo pasan a ocupar espacios bien distintos. La llamada escuela inglesa —compuesta, entre otros, por autores como H. Bull, M. Wight y R. J. Vincent—, que en el tercer debate era considerada como incuestionablemente realista, en el cuarto deba-

---

bridge, 1985, p. 5. Ver también su obra *Tuercas y Tornillos: Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias socicales*, Gedisa, Barcelona, (1989) 1990, p. 23.

[42] *Ibidem* p. 26. En lo que respecta al holismo, E. Adler trae a colación la postura de E. Durkheim. Ver: E. Adler, "Seizing the Middle Ground…", *op. cit.*, p. 325. Adler señala que, de manera opuesta a Elster, Durkheim pensaba que las ideas como "representaciones religiosas son representaciones colectivas que expresan realidades colectivas". Los hechos sociales no podían reducirse al nivel cognitivo individual. En su lugar, demandaban una explicación social. Esta cita de Durkheim puede encontrarse en: *The Elementary Forms of the Religious Life*, New York, Free Press, 1965, p. 22.

[43] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p.26.

[44] *Ibidem*, p. 27

[45] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 29.

te, dada la importancia que concede a las normas, es conceptuada como antecesora de enfoques como el constructivismo. Contrariamente, el neoliberalismo, antes componente de primer orden del paradigma globalista, ahora aparece compartiendo un mismo bando con el realismo y neorrealismo. En fin, la Teoría Crítica, que en el debate precedente era agrupada con teorías estructuralistas, en el debate actual forma parte de las nuevas corrientes críticas.

Cuadro n.º 4
Mapa Ontológico de la Disciplina en el Cuarto Debate

Holismo	Teoría Sistema Mundial	Escuela Inglesa Constructivismo Teoría Crítica Feminismo Posmodernismo
Individualismo	Neorrealismo Realismo Tradicional Neoliberalismo	Liberalismo
	Materialismo	**Idealismo**

Adaptado de A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999, p. 32.

Del mapa ontológico nos interesa destacar las posiciones localizadas en los cuadrantes inferior izquierdo y superior derecho. El primero de estos cuadrantes recoge las posturas racionalistas, basadas en una ontología materialista e individualista, mientras que el segundo reúne los enfoques reflectivistas, caracterizados por una aproximación idealista y holista a la vida social.

Como hemos señalado, bajo la rúbrica de racionalismo son agrupados neorrealistas y neoliberales. La teoría neorrealista descansa esencialmente en el concepto de estructura. En un sistema anárquico, la estructura está definida por la distribución de capacidades o recursos de poder. No hay cabida pa-

ra las ideas en su concepto de estructura. Por otra parte, para explicar cómo emergen las estructuras, esta teoría entiende que el sistema político internacional es individualista en origen. Está formado de manera espontánea y no intencionada por las acciones de los Estados. Neorrealismo y neoliberalismo están muy próximos en términos ontológicos. Los autores neoliberales parten del concepto de estructura neorrealista y, por tanto, su ontología es igualmente materialista. Ahora bien, el neoliberalismo procede a incorporar las ideas, es decir, regímenes internacionales a su esquema conceptual. Junto con las estructuras, las ideas contribuyen a explicar comportamientos estatales. En lo que respecta al segundo eje ontológico, los neoliberales pueden ser calificados también de individualistas. Los regímenes internacionales son igualmente individualistas en su origen. Resultan de las acciones, en este caso intencionadas, de Estados que buscan superar las deficiencias institucionales del sistema.

Pese a lo dicho, debe matizarse el individualismo racionalista. Tanto las estructuras, en un caso, como los regímenes internacionales, en otro, una vez que han adquirido entidad propia, se convierten en marcos que limitan u orientan el comportamiento de sus creadores.

Los enfoques reflectivistas, ubicados en el cuadrante superior derecho, muestran una cierta coincidencia en su oposición al racionalismo. Para estos enfoques es imperiosa una reformulación de las bases ontológicas sobre las que se asienta la teoría internacional. El reflectivismo rechaza la ontología materialista del racionalismo. Mantiene que la estructura del sistema internacional está compuesta primordialmente por ideas. Puede haber variaciones sustanciales a la hora de definir la relación entre significados intersubjetivos y fuerzas materiales, pero en general las corrientes críticas tienden a destacar el papel preferente que desempeñan los primeros. En cuanto al segundo de los debates apuntados más arriba, el reflectivismo toma distancias con respecto al individualismo racionalista. Frente a las posturas dominantes en la disciplina, se acerca más a la parte holista de este eje ontológico. Es precisamente "el todo" el que constituye las identidades e intereses de los Estados. Lo que distingue a los autores reflectivistas es que las estructuras, compuestas por ideas, no sólo condicionan los comportamientos, sino que, además, construyen los agentes, en nuestro caso los Estados.

Hace breves momentos, hemos planteado una salvedad al individualismo racionalista. No obstante, debe recalcarse que pese a la autonomía que estructuras y regímenes llegan a alcanzar, las críticas reflectivistas insisten en subrayar la prioridad ontológica que, tanto neorrealistas como neoliberales, otorgan a los agentes.

3.3.2. **El Eje Epistemológico**

Las cuestiones epistemológicas contribuyen a esclarecer aún más el mapa de la disciplina. Ya se ha indicado que los contendientes en el cuarto debate se hallan inmersos en una disputa, tanto ontológica como epistemológica. Racionalistas y reflectivistas van a distinguirse por sus aproximaciones diferentes al quehacer de las ciencias sociales. Desde las posiciones reflectivistas se lanza un fuerte ataque contra el positivismo que domina la corriente principal en las Relaciones Internacionales. Sin embargo, es conveniente realizar alguna observación con respecto a la utilización del calificativo de positivista. Como ha escrito Wendt, pocos autores englobados en la corriente principal se definirían así mismos con arreglo a los presupuestos del positivismo clásico. En realidad, más que de positivismo *versus* pospositivismo habría que hablar de naturalismo *versus* antinaturalismo[46].

La primera de estas posturas, la positivista o naturalista, que refleja el punto de vista del *mainstream*, defiende la existencia de una cierta unidad entre las ciencias naturales y las ciencias sociales[47]. Aun reconociendo diferencias básicas entre ambos tipos de ciencias, los racionalistas entienden que los estándares epistemológicos y metodológicos propios de las ciencias naturales deben trasladarse a las ciencias sociales. El punto de partida es la teoría de la verdad como correspondencia. Para el racionalismo, el propósito fundamental de la ciencia es la elaboración de teorías o explicaciones generales sobre un mundo externo al propio observador. Para ello, el científico procede a la detección de regularidades en el estudio de un fenómeno concreto que, a través de un proceso de inferencia, convierte en leyes de comportamiento generales. Éstas encierran una relación causal, por la cual determinados acontecimientos son vistos como consecuencia directa de otros acontecimientos o condiciones previas. La solidez de estas leyes es contrastada deduciendo de ellas hipótesis que son sometidas a la prueba de los hechos. Si el proceso de verificación es exitoso, el suceso en cuestión es explicado como un caso particular de la ley general. En el supuesto contrario, ésta, al haber

---

[46] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 39.

[47] En relación con el positivismo en las ciencias sociales pueden mencionarse, a modo de breve referencia, las obras siguientes: R. Berstein, *The Restructuring of Social and Political Theory*, Philadelphia, Univesity of Pennylvania Press, 1976; C. Hempel, "Reasons and Covering Laws in Historical Explanation", en P. Gardiner (Ed.), *The Philosophy of History*, Oxford, Oxford University Press, 1974; C. G. A. Bryant, *Positivism in Social Theory and Research*, London, Macmillan, 1985; L. Kolakowski, *La Filosofía Positivista: Ciencia y Filosofía*, 3ª ed., Madrid, Cátedra, 1988.

sido falseada, deberá ser reformada o rechazada. Es lo que se conoce con el nombre de *Covering Law Model*. La relación entre teoría y realidad, que se materializa en los procesos de verificación o falseación, representa, pese a todas sus dificultades, la fundación sobre la que se asienta el conocimiento científico. De aquí, el marcado carácter empirista de la epistemología racionalista.

El punto de vista del reflectivismo no resulta fácil de exponer. Por las razones que se dan más adelante, tan sólo es posible una caracterización muy general del mismo. La epistemología reflectivista se sustenta en una diferenciación radical entre ciencias naturales y ciencias sociales[48]. El objeto de estudio de estas últimas, los hechos sociales protagonizados por seres humanos, difiere sustancialmente de los objetos físicos característicos del mundo natural. Las acciones humanas poseen un rasgo único: el de la intencionalidad. Consecuentemente, los reflectivistas, asumiendo una postura con gran tradición filosófica, propugnan que los estándares epistemológicos y metodológicos en las ciencias sociales deben acomodarse a la especificidad de su objeto de estudio. El antinaturalismo dirige nuestra atención no tanto a la *explicación* como a la *comprensión* de los hechos sociales. Aquí, la ciencia tiene que ver con la elaboración de teorías o interpretaciones de las acciones humanas. El objetivo fundamental reside en la búsqueda del sentido de las acciones humanas, para lo cual resulta imprescindible contemplar dichas acciones en el marco de los significados intersubjetivos, es decir, del conjunto de prácticas lingüísticas y sociales existentes en una sociedad. La corrección de las interpretaciones no puede verificarse frente a un mundo exterior independiente de la mente. La heterogeneidad de significados intersubjetivos, tanto geográfica como históricamente, conduce no sólo a interpretaciones plurales sino a ver y habitar mundos diferentes. Pero negar la posibilidad de verificación o falseación naturalista no quiere decir que cualquier interpretación pueda ser válida. Éste es sin duda, como veremos en un capítulo posterior, un tema sumamente controvertido. Baste decir aquí que cabe valorar la validez de las interpretaciones conforme a los criterios convencionales que comparten los participantes en un discurso científico específico. Estos crite-

---

[48] Como se verá un poco más adelante, resulta imposible hablar de una posición única del reflectivismo en cuestiones epistemológicas. Hay alternativas al positivismo muy diversas, como el realismo científico, la hermenéutica, la teoría crítica o el posmodernismo. Sobre estas alternativas puede verse: J. Rubio Carracedo, *Positivismo, Hermenéutica y Teoría Crítica*, Barcelona, Humanitas, 1984; W. Outhwaite, *New Philosophies of Social Science: Realism, Hermeneutics and Critical Theory*, London, Macmillan, 1987; P. Rosenau, *Postmodernism and the Social Sciences: Insights, Inroads and Institutions*, Princeton, Princeton University Press, 1991

rios pueden consistir en la existencia de cánones epistemológicamente informados de la interpretación histórica y en la crítica interna —teórica, conceptual y metodológica— de las interpretaciones realizadas[49].

Es interesante subrayar que frente al carácter un tanto inmutable del conocimiento —con pretensiones de generalidad, si no de universalidad— que propugna el "método científico", la interpretación quiere resaltar el contexto esencialmente histórico en el que se produce el mismo. Cuando desde posturas antinaturalistas se estudian expresiones de experiencias vividas por los seres humanos, es necesario proceder a dicho estudio teniendo en cuenta el mundo histórico en el que se produjeron y los valores y prácticas sociales vigentes en él. Debido a ello, lo que se considera una propensión a la generalización excesiva de las teorías racionalistas no es del gusto del reflectivismo. Para este último, el racionalismo, al prestar escasa atención a aspectos de tiempo y lugar, está marcado por una fuerte dimensión ahistórica.

El debate epistemológico condiciona, por tanto, el tipo de teorías, explicativas o interpretativas, producidas en las Relaciones Internacionales[50]. A juicio de los reflectivistas, una parte muy importante de las insuficiencias teóricas del *mainstream* tiene su origen en la asunción de una epistemología ajena a la naturaleza de las ciencias sociales. Pero el compromiso epistemológico no sólo afecta a la opción entre positivismo y pospositivismo, entre naturalismo y antinaturalismo. De una manera más básica, como se ha puesto de manifiesto al hablar de la relación entre ontología y epistemología, la prioridad que el positivismo atribuye a esta última es determinante de lo que podemos encontrar en el mundo, de los problemas a los que debemos dirigir nuestro esfuerzo científico. Para los reflectivistas, ésta es también una cuestión de gran importancia. La epistemología empirista propia del racionalismo confiere el calificativo de científicas a aquellas explicaciones de fenómenos sociales capaces de superar procesos de verificación o falseación. Así, pues, únicamente fenómenos susceptibles de responder a las exigencias de contraste empírico merecen ser estudiados por la comunidad científica. La epistemología empirista posee consecuencias ontológicas innegables. De hecho, la epistemología determina la ontología. El mundo está compuesto por aquellos

---

[49] S. Guzzini, *Realism and International Relations…*, *op. cit*, p. 196.

[50] Discusiones sobre cuestiones epistemológicas y metodológicas que se producen no tanto en el terreno de la Filosofía de las Ciencias Sociales como en el terreno propio de las Relaciones Internacionales, pueden encontrarse en: S Smith and M. Hollis, *Explaining and Understanding International Relations*, Oxford, Clarendon Press, 1990; M. A. Neufeld, *The Restructuring of International Relations Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995; M. Nicholson, *Causes and Consequences in International Relations: A Conceptual Study*, London, Pinter, 1996; S. Smith, "Positivism and Beyond", *op. cit.*

entes y por aquellas relaciones entre ellos, cuyo estudio pueda traducirse en conocimiento científico. El reflectivismo da la vuelta a la prioridad concedida por el racionalismo a la epistemología. Si, para interpretar el sentido de las acciones humanas, éstas han de insertarse en el conjunto de valores y prácticas sociales imperantes en el momento histórico en que ocurrieron, entonces los conceptos de verdad y conocimiento se hallan entroncados en la historia y no por encima de ella. La epistemología, en consecuencia, ha de ocupar una posición secundaria respecto a la ontología. Entre otras cosas, esto va a significar el retorno a un primer plano de las cuestiones normativas. La teoría crítica, por ejemplo, ha hecho de la emancipación del ser humano el objetivo fundamental de su trabajo científico.

A modo de resumen, cabe decir que la primera de las posiciones en el cuarto debate, lo que hemos llamado racionalismo, se distingue por una ontología materialista e individualista. En el terreno epistemológico, se decanta por el positivismo o naturalismo. Neorrealistas y neoliberales se centran en la búsqueda de regularidades y explicaciones causales y en la necesidad de someter a contraste empírico el contenido de las mismas. El segundo de los contendientes en el cuarto debate, lo que hemos denominado de una manera genérica reflectivismo, defiende una aproximación ontológica, idealista y holista, diametralmente opuesta a la del racionalismo. A estos rasgos ontológicos hay que añadir una epistemología pospositivista. Los reflectivistas propugnan la interpretación de las acciones humanas a la luz de los significados intersubjetivos imperantes en el momento en que tales acciones tuvieron lugar. En la nueva orientación epistemológica, la verificación o falseación de las interpretaciones al estilo positivista carece de sentido.

3.4. COMPLEJIDAD Y PLURALIDAD EN EL CUARTO DEBATE

El mapa de la disciplina, tal y como ha sido expuesto, puede resultar útil para comprender aspectos vitales del estado de las Relaciones Internacionales en nuestros días. Pero no cabe duda de que constituye una simplificación considerable de la realidad. Si el debate inter-paradigmático, como instrumento conceptual de aproximación a las Relaciones Internacionales, ha sido criticado por forzar el encaje de teorías dispares en los tres paradigmas consabidos, otro tanto, aunque en un grado mayor si cabe, puede decirse del mapa descrito para situar la disciplina en esta nueva fase.

A la hora de establecer dicho mapa, se ha puesto el acento en aquellas coincidencias que han permitido fijar categorías más o menos coherentes. Esta circunstancia afecta a la caracterización, tanto ontológica como epistemoló-

gica, de las dos partes contendientes en el cuarto debate. Mas tal caracterización debe ser objeto de una serie de matizaciones que conduce a una pérdida de perfil de los contornos previamente trazados. En lo que atañe a la ontología, la ubicación del racionalismo en el cuadrante que define posiciones materialistas e individualistas puede resultar en alguna medida forzada[51]. En efecto, en el caso del neorrealismo, cabría aceptar un desplazamiento de este enfoque racionalista hacia el cuadrante superior izquierdo, dominado por posturas no individualistas sino holistas. Esto estaría justificado por aquellas partes de la obra de K. N. Waltz en las que destaca que la estructura contribuye a la socialización de los Estados[52]. De otro lado, el neoliberalismo podría moverse hacia el cuadrante inferior derecho, abrazando así una ontología más idealista. Las referencias a un contexto institucional —es decir, la introducción de principios, normas y reglas, en adición a factores estrictamente materiales, para explicar comportamientos— justificaría este movimiento.

Sin duda, la referencia a la síntesis neorrealismo-neoliberalismo, sobre todo si tomamos en cuenta las razones que moverían al neoliberalismo hacia el cuadrante en el que las ideas poseen un mayor peso, puede suponer exagerar en exceso los puntos de encuentro entre ambos, en detrimento de las discrepancias que han alimentado uno de los principales debates teóricos en los últimos años. Desde un punto de vista ontológico, las principales diferencias entre neorrealistas y neoliberales se registran a lo largo del eje materialismo-idealismo. En el terreno epistemológico, como veremos un poco más adelante, los puntos de vista discrepantes son considerablemente más superficiales.

Posiblemente, las simplificaciones adquieren un carácter mucho más marcado al hablar del reflectivismo. Cuando Keohane utilizó este término por primera vez, lo hizo como una especie de gran categoría residual en la que agrupar todas las voces críticas del positivismo del *mainstream*. Las expresiones con las que se describen las diferentes corrientes críticas reflectivistas deben entenderse como denominaciones muy generales que tratan de imponerse a una realidad en plena efervescencia teórica, con la pretensión de someterla a una disciplina conceptual. Es habitual que, dentro de las corrientes reflectivistas, cueste encontrar vínculos de unión entre los autores perte-

---

[51] Estas observaciones son realizadas por A. Wendt en relación con el mapa ontológico que propone. Ver: A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, pp. 30-31.

[52] Waltz señala que el proceso de socialización lleva a los miembros de un sistema a la aceptación de sus normas. Pero de su obra se desprende que dicho proceso propicia la asunción no tanto de normas, sumamente escasas en el plano internacional, como de meros comportamientos necesarios para preservar la seguridad en un medio anárquico. Ver K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, GEL, Buenos Aires, (1979) 1988, pp. 112-114.

necientes a ella. En ocasiones, incluso, no puede evitarse la sensación —desde luego no existente con tal intensidad en el debate inter-paradigmático— de que cada autor, bien nos refiramos, por ejemplo, al constructivismo o al posmodernismo, constituye una categoría en sí mismo[53]. Como se ha comentado con anterioridad, en medios reflectivistas, la preocupación por la definición y la clasificación puede concebirse como parte de un proyecto uniformador que niega la pluralidad y la diferencia.

En el capítulo 8 se aborda con más detalle lo que hay de común y diverso en términos ontológicos en el reflectivismo. Aquí, de cara a matizar el mapa descrito, es procedente plantear dos observaciones. En primer lugar, de la misma manera que neorrealismo y neoliberalismo pueden desplazarse a otros cuadrantes, algo similar ocurre con la teoría crítica de influencia neogramsciana. Esta teoría, según Wendt, tiende a subrayar la importancia de las fuerzas materiales en la determinación de los significados intersubjetivos existentes en una sociedad. Por ello, este autor ha sugerido que esta vertiente de la teoría crítica podría deslizarse hacia el cuadrante superior izquierdo, presidido por una ontología más materialista[54]. En segundo, es necesario mencionar que el eje individualismo-holismo, tal y como se ha descrito, no da a entender la profundidad del debate que buen número de reflectivistas, en especial los constructivistas, plantea en este punto. Cuando los reflectivistas son ubicados en la parte holista de este eje, esto no significa que defiendan la preeminencia de las estructuras sobre los agentes, diferenciándose así del *mainstream*. Lo que sostienen, como se verá posteriormente, es el carácter mutuamente constitutivo de estructuras y agentes, sin conceder a ninguno de ellos prioridad ontológica. Este modo de solucionar el problema agente-estructura no caracteriza por igual a todas las corrientes críticas englobadas en el reflectivismo. Este es el caso sobre todo del posmodernismo, ya que dentro del mismo la distinción entre estructura y agente resulta problemática.

Pero los mayores problemas para ofrecer una presentación unitaria del reflectivismo emergen en el terreno epistemológico. Puede sostenerse que los enfoques reflectivistas presentan un frente común contra el positivismo o naturalismo del *mainstream*. Ahora bien, esta oposición se construye sobre fundamentos epistemológicos muy diversos que van desde el realismo científico al posestructuralismo, pasando por la interpretación hermenéutica. Debe

---

[53] M. Neufeld ha señalado que el debate entre las diferentes corrientes críticas del positivismo puede ser tan intenso como el debate entre positivistas y pospositivistas. Ver: M. Neufeld, "Interpretation and the 'Science' of International Relations", *Review of International Studies*, Vol. 19, n.º 1, 1993, p. 40. En un sentido muy similar: J. G. Ruggie, "What Makes the World…", *op. cit*., p. 36.

[54] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 31.

llamarse la atención sobre el hecho de que dentro del reflectivismo se produce un debate epistemológico de gran alcance. Para S. Smith es, si no el más importante, sí el más interesante de cuantos se desarrollan en la disciplina en la actualidad[55]. Así, al debate naturalismo-antinaturalismo entre racionalistas y reflectivistas, es preciso agregar, al menos, el debate fundacionalismo-antifundacionalismo entre reflectivistas.

Las raíces de este debate, que reflejan el entrelazamiento entre ontología y epistemología, se hallan en la negación por parte del reflectivismo en general de la premisa positivista que distingue entre sujeto y objeto. Esta premisa no resulta difícil de mantener cuando el objeto de estudio es material. Efectivamente, hay una afinidad entre una ontología materialista y una epistemología positivista. En cambio, la distinción entre sujeto y objeto se torna más problemática, cuando, como sostienen los reflectivistas, las estructuras están constituidas por ideas[56]. Esto quiere decir que los sujetos crean en buena medida los objetos que sus teorías pretenden explicar. No existe un mundo independiente con respecto al cual contrastar empíricamente proposiciones teóricas. Siendo esto así, una ontología idealista parece conducir a una epistemología pospositivista.

Pese a lo dicho, el reflectivismo no se ve necesariamente abocado a un relativismo epistemológico. Una parte sustancial del mismo —el constructivismo, el feminismo y la teoría crítica— consideran que la ciencia continúa representando un discurso epistemológico privilegiado. Manteniendo el papel de las ideas en la vida social, estas corrientes reflectivistas defienden un "fundacionalismo mínimo"[57], es decir, la referencia a determinados criterios básicos para discriminar entre alternativas teóricas a la comprensión del mundo. A modo de ejemplo, pueden presentarse las tesis de la teoría crítica al respecto. Tomando como base la teoría de la acción comunicativa de Habermas, los teóricos críticos mantienen como criterio básico la capacidad para contribuir a la emancipación del ser humano. Por su parte, los posmodernistas, alejándose del Proyecto de la Ilustración, rechazan el "fundacionalismo mínimo". Su posición implica, en palabras de Lyotard, "una increduli-

---

[55] S. Smith, "The Self-Images of a Discipline …", *op. cit.*, p. 26.

[56] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 39.

[57] La expresión "fundacionalismo mínimo" fue acuñada por N. Rengger y M. Hoffmann para caracterizar la posición epistemológica de la teoría crítica. Podría por extensión aplicarse también a otros enfoques reflectivistas no-posmodernistas. Ver: N. Rengger and M. Hoffmann, "Modernity, Postmodernism and International Relations", en J. Doherty, E. Graham, and M. Malek (Eds.), *Postmodernism and the Social Sciences*, New York, St. Martin's Press, 1992, p. 133.

dad respecto a las metanarrativas"[58]. Esto significa que no hay fundación posible, al margen de teorías individuales, que sirva de árbitro neutral para dilucidar entre discursos alternativos. Históricamente, determinadas teorías han gozado de predicamento no por sus méritos intrínsecos, sino por la relación poder-conocimiento. Ésta relación ha sido clave para justificar el predominio de una teoría y la marginación de aquéllas que constituían alternativas a la misma.

El debate entre fundacionalistas y antifundacionalistas difumina notablemente el mapa de la disciplina presentado. Y ello porque tiende a crear una nueva divisoria que rivaliza con la que separa a racionalistas y reflectivistas. La defensa de la ciencia, es decir, de algún tipo de fundación sobre la que asentar un conocimiento científico puede colocar en un mismo bando a autores del *mainstream* y a autores de corrientes críticas reflectivistas. Frente a ellos, cabe ubicar al posmodernismo que, como se ha expresado, niega a la ciencia un status epistemológico privilegiado. No obstante, es necesario advertir que tampoco aquí la línea divisoria es tan clara como parece desprenderse de la afirmación anterior. Aunque puede ser cierto que tanto autores racionalistas como reflexivistas son partidarios de algún tipo de fundación que permita hablar de ciencia, este último grupo de autores parte en su justificación de dicha fundación de posiciones filosóficas muy distintas de las positivistas. En definitiva, como veremos, su fundacionalismo difiere en forma y en contenido del defendido por los racionalistas.

Por tanto, no puede menos que reconocerse que el cuarto debate no presenta un perfil excesivamente definido. El cuadro inicial que emerge del mapa de la disciplina, con sus coordenadas ontológicas y epistemológicas, va perdiendo el vigor de sus rasgos fundamentales a medida que introducimos una larga lista de matizaciones. Pese a ello, el hecho de pasar de una situación de cierta claridad, dominada por las simplificaciones, a otra de mayor confusión, tras la toma en consideración de observaciones difíciles de ignorar, constituye un ejercicio que hace posible entrar en contacto con las complejidades y ambigüedades del cuarto debate.

[58] J.-F. Lyotard, *La Condición Postmoderna. Informe sobre el Saber*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 10.

PARTE TERCERA

EL MAINSTREAM EN LA DISCIPLINA:
EL ENFOQUE RACIONALISTA

CAPÍTULO 4

EL NEORREALISMO

El neorrealismo representa en nuestros días una parte muy importante del *mainstream* disciplinar. En buena medida, hablar de neorrealismo es hablar de K. N. Waltz y, en particular, de su libro *Teoría de la Política Internacional*. Esta publicación puede compararse, en cuanto a su importancia paradigmática, con la de H. J. Morgenthau *Politics among Nations*[1].

Entre sus críticos, las ideas de Waltz han merecido distinta consideración. Así, en un extremo estaría la opinión de J. G. Ruggie para quien *Teoría de la Política Internacional* es, pese a todo, una de las principales contribuciones a la teoría de las Relaciones Internacionales desde la aparición de otro libro suyo previo *Man, the State and War*[2]. En el otro extremo, se encontraría el punto de vista de J. George. Este autor sostiene que solamente la ausencia de una capacidad reflexiva crítica en la disciplina permite que "se haya otorgado tan alto status a una obra de tan poca sustancia"[3].

En cualquier caso, veinte años después de su edición, *Teoría de la Política Internacional* continúa siendo una referencia de primer orden para autores, tanto en el bando racionalista como reflectivista. Ha dado lugar a una infinidad de libros y artículos que han tenido su contenido como tema central de estudio. S. Guzzini afirma que si *Teoría de la Política Internacional* no

---

[1] S. Guzzini, *Realism in International Relations ..., op. cit.,* p. 125.

[2] J. G. Rugie, "Continuity and Transformation in the World Polity: Toward a Neorealist Synthesis", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, New York, Columbia University Press, 1986, p. 141.

[3] J. George, *Discourses of Global Politics: A critical (re)introduction to International Relations*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 1994, p. 119.

hubiera sido escrita, la disciplina no habría tenido más remedio que inventarla[4]. Puede decirse que las críticas dirigidas por un grupo de autores, como Ruggie, Ashely y Cox a la obra de Waltz representaron el germen del enfoque reflectivista. Más recientemente, en el libro publicado por A. Wendt *Social Theory of International Politics*, integrado en este enfoque, queda patente la influencia de Waltz. Este autor, uno de los principales exponentes del constructivismo, procede a desarrollar sus ideas, tomando como punto de arranque una exposición de los rasgos más fundamentales de *Teoría de la Política Internacional*.

4.1. REALISMO TRADICIONAL Y NEORREALISMO

La significación del neorrealismo reside más en la sistematización del realismo tradicional que en la elaboración de un nuevo tipo de teoría. El realismo tradicional adoleció quizás de una presentación poco rigurosa de sus postulados[5]. H. J. Morgenthau y S. Hoffmann, dos de los principales autores de esta escuela, nunca desarrollaron una visión ordenada de la misma. Frente a esta deficiencia, la pretensión de Waltz es la de imprimir a su obra un carácter científico. El término neorrealismo sugiere, al mismo tiempo, continuidad y diferenciación con el pasado. Transmite, por una parte, la existencia de vínculos con el realismo tradicional y, por otra, la aportación de algo nuevo, de algo original. En el capítulo 2, con motivo de la descripción del paradigma estatocéntrico, se hizo una breve referencia a premisas que contribuían a dotarle de un contenido específico. Cabe quizás retomar aquí de nuevo esta cuestión para poner de relieve las características que unen a todos los autores realistas. Estas son las siguientes[6]:

1. El Estado es, sin duda, el actor central. La esencia de la realidad social es el grupo más que el individuo. Desde la Paz de Westfalia, el grupo

---

[4] S. Guzzini, *Realism in International Relations ...*, *op. cit.,* p. 126.

[5] R. O. Keohane, "Theory of World Politics: Structural Realism and Beyond", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, *op. cit*., p. 169; J. A. Vasquez, *The Power of Power Politics:* From *Classical Realism to Neotraditionalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998, p. 191.

[6] En diversas obras se ha hecho alusión a una serie de rasgos comunes a todos los autores realistas, con independencia de cual sea su adscripción concreta: tradicional, estructural, etc. Ver: R. G. Gilpin, "The Richness of the Tradition of Political Realism", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critis*, *op. cit*. pp. 304-305; S. Krasner, "The Accomplishments of International Political Economy", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *op. cit*., pp. 114-115; J. M. Grieco, "Realist International Theory and the Study of World Politics", en M. W. Doyle and G. J. Ikenberry (Eds.), *op. cit.*, pp.164-66.

por excelencia es el Estado. Otros actores, como las organizaciones internacionales, están en una posición subordinada, debiendo operar en el marco establecido por este último.

2. La naturaleza de la vida política internacional es esencialmente conflictiva. Los Estados se desenvuelven en un medio anárquico, carente de una autoridad central, en el que las relaciones entre ellos se desarrollan "a la sombra de la guerra".
3. La motivación humana primordial viene dada por el poder y la seguridad. Los realistas proclaman la autonomía de lo político con respecto a lo económico y social. Todos los demás objetivos quedan supeditados a la satisfacción de las necesidades de poder y seguridad.
4. Los Estados son actores racionales, autónomos y unitarios. Destacar aquí únicamente que por autonomía se entiende que los Estados son capaces de definir y perseguir sus propios intereses, con independencia del parecer de los grandes grupos de presión que se hallen dentro de los mismos.

Pero, como decíamos, el neorrealismo se distingue por determinadas aportaciones originales. La afirmación de que el neorrealismo no supone tanto la elaboración de una nueva teoría como la sistematización del realismo tradicional no puede dar a entender una excesiva coincidencia entre los postulados del realismo tradicional y del neorrealismo. Es posible destacar algunas diferencias significativas entre estas dos versiones del realismo. Enumeradas brevemente son las siguientes[7]:

1. Las fuentes en las que beben los autores de dichas versiones no son las mismas. El realismo tradicional recurre predominantemente a la sociología y la historia, mientras que el neorrealismo es deudor de la teoría económica.
2. El realismo tradicional considera el poder como un fin en sí mismo y establece como objetivo fundamental de la acción estatal el logro de su maximización. El realismo estructural, por su parte, contempla el poder como un medio. La preocupación que guía a los Estados no es el poder, sino la seguridad.

---

[7] Sobre las diferencias entre realismo tradicional y neorrealismo puede verse: K. N. Waltz, "Realist Thought and Neorealist Theory", *Journal of International Affairs*, Vol. 44, n.º 1, 1990, pp. 29-37; S. Burchill, "Realism and Neo-realism", en S. Burchill and A. Linklater (Eds.), *Theories of International Relations*, 2nd ed., New York, St. Martin's Press, 1996, pp. 85-86; J. N. Rosenau, and M. Durfee, *Thinking Theory Thoroughly*, Boulder, Co., Westview Press, 1995, pp. 9-13; R. L. Schweller and D. Priess, "A Tale of Two Realisms: Expanding the Institutional Debate", *Mershon International Studies Review*, Vol. 41, n.º 1, 1997, pp. 6-8.

3. El peso explicativo de los comportamientos internacionales descansa, según el realismo tradicional, en el nivel individual, en la naturaleza humana. Frente a ello, el neorrealismo muestra su preferencia por el nivel sistémico, por la distribución de capacidades o recursos de poder.
4. El realismo tradicional puede entenderse como una teoría de la política exterior que tiene como foco esencial la distribución relativa de capacidades entre Estados o alianzas específicos. En contraste, el realismo estructural no es otra cosa que una teoría de la política internacional que toma como núcleo de la misma la distribución de capacidades en el nivel sistémico.
5. Entre los dos realismos hay discrepancias en torno al concepto de sistema. De modo contrario al realismo tradicional, el neorrealismo, como veremos enseguida con más detalle, deja fuera de dicho concepto las interacciones protagonizadas por las unidades.

Pese al interés de esta contraposición de posturas, el rasgo que más diferencia al realismo tradicional del neorrealismo es la pretensión de este último de dar a los postulados realistas un mayor carácter científico. Como se ha dicho con anterioridad, el neorrealismo trata de sustituir el contenido metateórico del realismo tradicional por un conjunto de proposiciones muy precisas sobre "un pequeño número de cosas grandes e importantes"; trata de sustituir, como reza un conocido artículo de Waltz, el pensamiento realista por la teoría neorrealista.

4.2. LA TEORÍA SISTÉMICA DE WALTZ

Por esta razón, Waltz dedica el primer capítulo de la *Teoría de la Política Internacional* a dejar claro qué entiende por teoría. Para este autor, una teoría "es una descripción de la organización de un campo concreto y de las conexiones entre sus partes"[8]. La infinidad de materiales de un campo concreto puede ordenarse de formas enormemente variadas. Una teoría indica que algunos factores son más importantes que otros.

Waltz subraya que una teoría no es una ley o un conjunto de leyes. Una teoría se distingue por explicar las regularidades, las correlaciones estadísticas comprendidas en dichas leyes. Llama la atención sobre el hecho de que este uso del término no se corresponde con el que es habitual en la teoría política tradicional, más preocupada por la interpretación filosófica que por la

[8] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, Buenos Aires, GEL, (1979) 1988, p.19.

explicación teórica[9]. Encaja plenamente en la definición de teoría de las ciencias naturales y de algunas ciencias sociales, como la economía. Es pues claro el pronunciamiento naturalista de Waltz. Aunque reconoce que los objetos de estudio de las ciencias naturales y las ciencias sociales son profundamente diferentes, concluye que los criterios de selección de conocimiento, así como el método a seguir, son coincidentes en ambos tipos de ciencias[10].

Toda teoría debe aislar un campo del resto en orden a abordarlo intelectualmente. Ésta es una importante abstracción. La cuestión para Waltz no es si es realista, sino si es útil. Así, pues, las teorías están conectadas sólo indirectamente con la realidad; representan construcciones de *una* realidad, pero nunca puede sostenerse que representan *la* realidad[11]. En el proceso de elaboración de una teoría la simplificación es un aspecto clave, implicando la selección de una única variable independiente sobre la que recaerá la carga de la explicación. La función de una teoría, insiste Waltz, no es lograr una *descripción* exacta de la realidad a través del empleo de un sin fin de variables, sino una *explicación* a través de la simplificación[12]. Esta última pone al desnudo los elementos esenciales en juego e indica las relaciones necesarias de causa a efecto.

Una vez construida una teoría, la confirmación o refutación de la misma resulta un paso vital. Antes de someterla a la prueba de los hechos, es preciso preguntarse si la teoría es internamente consistente y si pone de relieve aspectos de interés que habrían quedado ocultos sin ella[13]. Satisfecho este requisito previo, las hipótesis que se deriven de la teoría habrán de superar intentos de falseación, confirmación en condiciones de particular dificultad o comparación con otros campos con estructuras similares. Waltz es consciente de los problemas que encierran estos intentos. Nuestra propia teoría actúa como instrumento de selección de la información que consideramos relevante. Por ello, la credibilidad de una teoría, sobre la que nunca podrá llegarse a tener certeza absoluta, dependerá de la variedad y dificultad de las pruebas a las que haya sido sometida[14].

---

9 *Ibidem*, p. 16.
10 *Ibidem*, p. 103.
11 *Ibidem*, p. 20.
12 *Ibidem*, p. 21.
13 *Ibidem*, p. 181.
14 H. Mouritzen rechaza la caracterización de K. N. Waltz como un positivista clásico. En sentido contrario destaca las coincidencias que, en cuestiones de filosofía de la ciencia, presenta este autor con K. Popper. Ver su contribución: "Kenneth Waltz: A Critical Rationalist between International Politics and Foreign Policy", en Y. V. Neumann and O. Wæver, *The Future of International Relations: Masters in the Making*, London, Routledge, 1997, pp. 70-74.

El tipo de teoría en el que piensa Waltz es esencialmente sistémico[15]. Establece una distinción, ya clásica, entre teorías reduccionistas y teorías sistémicas. Las primeras buscan explicar resultados o acontecimientos internacionales mediante factores o combinaciones de factores localizados en el plano nacional o subnacional[16]. Entre estos factores se encuentran las formas de gobierno, los sistemas económicos, las instituciones sociales o las ideologías políticas. Escribiendo a finales de los años setenta, Waltz critica tanto a autores tradicionalistas como behavioristas porque sus teorías son predominantemente reduccionistas. Incluso años antes expresaba una idea similar en su obra *Man, the State and War*, al señalar que un gran número de teorías se encuadraban en la primera y la segunda imagen y no en la tercera[17]. No cabe pensar, como sugieren las teorías asociadas a las dos primeras imágenes, en que pueda llegarse a entender la política internacional sumando simplemente las políticas exteriores y los comportamientos externos de los Estados.

El análisis de los atributos internos, que puede facilitar una descripción de los objetivos, las políticas y las acciones de los Estados, no permite dar una explicación de las grandes continuidades observables en la política internacional[18]. Al contemplar la historia, Waltz observa hechos un tanto sorprendentes: desde la Guerra del Peloponeso hasta la guerra fría, han hecho acto de presencia en la escena internacional distintas entidades políticas, han prevalecido distintos modos de organización interna y han sido proclamadas distintas ideologías, pero las pautas globales de interacción han permanecido constantes[19]. La comprensión de las continuidades y repeticiones de la política internacional requiere un enfoque sistémico.

Una teoría sistémica se refiere a las fuerzas que están en juego no en el plano nacional, sino en el internacional. Waltz aísla un campo o dominio muy concreto a la hora de formular su teoría: el sistema político internacional. Concibe este campo o dominio como separado del económico, social,

---

[15] Waltz contrapone las teorías sistémicas, por las que él se inclina, con la teorías reduccionistas. Como se verá más adelante, este autor, como consecuencia de la estrecha definición de sistema que defiende, tiende a confundir los conceptos de sistema y estructura. En realidad, hubiera sido más correcto emplear la expresión teoría "estructural" en lugar de la de teoría "sistémica". En el texto se ha respetado la referencia a teorías sistémicas hecha por Waltz, pero sería útil tener en cuenta esta observación. A este respecto, pueden verse los comentarios de B. Buzan en el capítulo siguiente.

[16] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, *op. cit.*, p. 91.

[17] K. N. Waltz, *Man, the State and War*, New York, Columbia University Press, 1959, pp. 159-238.

[18] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, *op. cit.*, p. 98.

[19] *Ibidem*, p. 99.

etc.[20]. En una teoría sistémica, la parte principal de la capacidad explicativa se halla en la estructura. Ésta actúa como una fuerza que constriñe y condiciona y, precisamente por esto, las teorías sistémicas explican y predicen las continuidades dentro del sistema, no los cambios. Así, las teorías sistémicas explican por qué la variedad de los resultados, fruto de las interacciones entre Estados, se ve afectada por ciertos límites, por qué las pautas de comportamiento son recurrentes y por qué los mismos acontecimientos se repiten una y otra vez, aun cuando muchos de ellos no fueran expresamente deseados[21]. Las continuidades en el sistema internacional responderán a un mismo patrón, mientras no tenga lugar un cambio estructural. Una transformación en la estructura supondrá una alteración de las expectativas acerca de los resultados generados por las acciones e interacciones de unidades políticas, cuya ubicación en el sistema ha variado con los cambios estructurales[22].

Un aspecto interesante del planteamiento de Waltz reside en cómo las estructuras manifiestan sus efectos sobre el comportamiento dentro del sistema. Esto ocurre a través de dos vías: la socialización y la competición entre los actores[23]. La primera de esta vías, la socialización, lleva a los miembros de un grupo, en este caso Estados, a comportarse con arreglo a las normas. Si algunos miembros del grupo consideran dichas normas restrictivas, adoptarán conductas contrarias a ellas. Pero las consecuencias negativas de este curso de acción pueden promover el retorno a la aceptación de las normas o el abandono del grupo. En ambos supuestos, la homogeneidad del grupo es preservada. La socialización reduce la gama de comportamientos posibles[24]. Las diferencias entre los Estados del sistema es mayor que las diferencias en sus pautas de conducta. La segunda vía, la competición, propende a implantar como general la "racionalidad" que se deriva de las acciones de los competidores con mayor éxito. Unos Estados pueden ser más eficientes que otros a la hora de satisfacer su seguridad. Aquellos menos eficientes deberán emular las acciones de los más eficientes, si no quieren verse en una situación desventajosa. La competición alienta a los Estados a ajustar sus políticas a prácticas sancionadas por el éxito[25]. Ambas vías, socialización y competición, reducen la variedad de comportamientos y resultados posibles en el sistema.

---

[20] K. N. Waltz, "Realist Thought and Neorealist Theory", *op. cit.*, p. 30.
[21] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, *op. cit.*, p. 104.
[22] *Ibidem*, p. 105.
[23] *Ibidem*, p. 111.
[24] *Ibidem*, p. 114.
[25] *Ibidem*, p. 116.

4.3. LA ESTRUCTURA DEL SISTEMA

Como subraya el propio Waltz, la idea de que la política internacional puede ser concebida como un sistema, dotado de una estructura definida con precisión, representa la diferencia fundamental del neorrealismo con el realismo tradicional[26]. Pero, ¿cómo es definida la estructura?, ¿cómo es generada? Para Waltz, un sistema está compuesto por una estructura y por unidades que interactúan[27]. La estructura es la parte que permite pensar en el sistema como un todo. Una cuestión central para este autor es establecer una definición de estructura que deje aparte las características, el comportamiento y las interacciones de las unidades. Con ello se pretende eludir cualquier atisbo de reduccionismo. Una definición correcta de estructura requiere concentrarse en cuáles son las posiciones recíprocas de unos Estados con respecto a otros. Los criterios de organización de las unidades constituyen una propiedad enteramente sistémica[28]. A este respecto, Waltz distingue tres elementos principales en una estructura: 1) el principio con arreglo al cual se produce dicha organización; 2) la diferenciación de las unidades y la especificación de sus funciones; y 3) la distribución de recursos o capacidades entre ellas[29].

En cuanto al primero de estos elementos, el principio ordenador por excelencia es la anarquía. En contraposición a los sistemas estatales, que se distinguen por ser centralizados y jerárquicos, el sistema internacional se caracteriza por ser descentralizado y anárquico[30]. Formalmente, todas las unidades de dicho sistema son iguales. El segundo elemento, la diferenciación funcional, no es necesario para la definición de estructura internacional[31]. Las unidades del sistema internacional no se encuentran diferenciadas por las funciones que desempeñan. La jerarquía supone relaciones de supra o subordinación entre las partes y, por tanto, su diferenciación. La anarquía supone relaciones de coordinación entre las unidades y, consecuentemente, la igual-

---

[26] La importancia que dentro de la teoría neorrealista tiene el enfoque estructural es puesta de manifiesto también por sus críticos. No obstante, autores como Ashley, después de establecer un paralelismo entre el estructuralismo, como corriente general de pensamiento, y el neorrealismo, subrayan los aspectos específicos que distinguen a este último. Ver por ejemplo: R. K. Ashley, "The Poverty of Neorealism", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, *op. cit*., pp. 263-67.

[27] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.,* p. 119.

[28] *Ibidem*, p. 120.

[29] *Ibidem*, p. 123.

[30] *Ibidem*, p. 132.

[31] *Ibidem*, p. 139.

dad funcional de las mismas. En la medida en que la anarquía perdure, los Estados continuarán siendo unidades semejantes. No puede decirse lo mismo del tercer elemento, la distribución de capacidades. Este elemento adquiere un peso determinante en la definición de estructura. En un sistema anárquico, dada la ausencia de diferenciación funcional, lo que distingue primariamente a las partes consiste en sus mayores o menores capacidades para llevar a cabo tareas similares[32].

Debido a ello, el concepto de estructura tiende a concentrarse en la distribución de capacidades o recursos de poder. Diferentes estructuras o distribuciones de capacidades o recursos de poder, determinadas por el mayor o menor número de polos o grandes potencias, permiten distinguir entre sistemas internacionales distintos. Waltz, adelantándose a sus críticos[33], indica que esta definición de estructura no le hace vulnerable a la acusación de reduccionismo. Trata de aclarar que las capacidades o recursos de poder representan, en efecto, características de las unidades, pero que la distribución de capacidades o recursos de poder constituye una característica sistémica[34].

Es precisamente aquí donde se pone de manifiesto la ontología materialista de la teoría sistémica de Waltz. No hay cabida para las ideas en su concepto de estructura. De hecho, Waltz critica a autores como Aron y Hoffman por distinguir entre sistemas homogéneos y heterogéneos, distinción que pretendía tomar en cuenta, además de la distribución de poder, la existencia de afinidades o similitudes entre los Estados[35]. Cualquier referencia a las ideas en el planteamiento waltziano ha de incluirse en el nivel de las unidades.

Para responder a la pregunta de cómo son generadas las estructuras, el neorrealismo recurre a la teoría micro-económica. Razonando por analogía, Waltz entiende que el sistema político internacional, al igual que el mercado,

---

[32] *Ibidem*, p. 145.

[33] Un buen número de críticas se dirigirán a este punto de la obra de Waltz. Entre ellas, ver: J. M. Gabriel, *Worldviews and Theories of International Relations*, London, Macmillan, 1994, p. 85.

[34] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.,* p. 146.

[35] R. Aron subraya que además de las relaciones de fuerzas, las ideas y los sentimientos también influyen en el comportamiento de los Estados. Denomina sistemas homogéneos "aquellos en los cuales los Estados pertenecen al mismo tipo y obedecen al mismo concepto de la política". Denomina sistemas heterogéneos, en un sentido muy distinto, aquellos "en los que los Estados están organizados de acuerdo con otros principios y proclaman valores contradictorios". El sistema internacional a partir de 1945, por ejemplo, fue simultáneamente bipolar y heterogéneo. Ver: R. Aron, *Paz y Guerra entre las Naciones*, Madrid, Alianza Editorial, (1962) 1985, tomo I, p. 140.

es individualista en origen y está formado de manera espontánea y no intencionada. El sistema nace de la actividad de entidades egoístas, los Estados, cuyos objetivos y esfuerzos no están concentrados en crear un orden, sino en satisfacer sus propios intereses[36]. Las estructuras emergen de la coexistencia de Estados. Más concretamente, habría que decir que emergen de la coexistencia de un número pequeño de Estados: el de las grandes potencias[37]. Pese a su origen individualista y no intencionado, una vez formadas, las estructuras se convierten en una fuerza que pasa a constreñir y afectar el comportamiento de sus creadores[38]. En este punto aflora la ontología individualista del neorrealismo. No puede menos que reconocerse una cierta ambivalencia en esta cuestión. Las acciones de los Estados promueven la emergencia de estructuras, si bien éstas, una vez en pie, quedan fuera del control que aquéllos pudieran ejercer. No obstante, las críticas reflectivistas subrayarán la prioridad ontológica otorgada por Waltz a los agentes.

La teoría neorrealista establece una premisa respecto a la motivación que guía a los Estados. Asume que, lejos de buscar la creación consciente de estructuras o la maximización del poder, los Estados buscan asegurar su supervivencia[39]. Esto no quiere decir que los Estados tengan siempre presente este objetivo o que adopten las políticas correctas para alcanzarlo, pero la estructura recompensará o castigará aquellos comportamientos que se acomoden, más o menos, a lo que se requiere para tener éxito en un sistema anárquico. El sistema político internacional, como los mercados, está formado y se sustenta sobre el principio de auto-ayuda[40]. En condiciones de anarquía, la consecución de la seguridad depende exclusivamente de las acciones que los propios Estados puedan emprender. El principio de auto-ayuda está ligado a una situación de alto riesgo: el estallido de guerras. Waltz no confía en la creación de organizaciones internacionales para amortiguar este tipo de situaciones. Intentos en esa dirección fracasarán por la falta de capacidad de dichas organizaciones para movilizar los recursos que requiere la creación y mantenimiento de la unidad del sistema. Es más, "la perspectiva de un gobierno mundial puede ser una invitación para una guerra civil internacional"[41]. Cuanto mayor sea el poder del centro, más fuertes serán los incentivos de los Estados para embarcarse en una lucha tendente a su control. En

---

[36] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.,* p. 136.
[37] *Ibidem,* p. 109.
[38] *Ibidem*, p. 134.
[39] *Ibidem,* p. 136
[40] *Ibidem,* p. 164.
[41] *Ibidem,* p. 165

definitiva, las organizaciones internacionales no pueden tener una vida independiente de los intereses de sus principales miembros[42]. Sin embargo, esto no supone que los Estados estén abocados fatalmente a la guerra. La anarquía no está exenta de "virtudes". Ella misma genera determinados mecanismos de inhibición. La posibilidad permanente de que la fuerza pueda ser usada, restringe la capacidad de maniobra, modera las demandas y sirve de incentivo para el arreglo de disputas.

Un aspecto relevante de la teoría de Waltz es que en un sistema anárquico, basado en el principio de auto-ayuda, la estructura reduce las posibilidades de cooperación entre los Estados de dos formas distintas[43]. La cooperación puede reportar ventajas innegables para todas las partes, si bien no en la misma medida. El neorrealismo prima las ganancias relativas en lugar de las ganancias absolutas de la cooperación[44]. Cuando dos Estados contemplan la posibilidad de cooperar para ventaja mutua, dadas las incertidumbres inherentes al sistema, deben preguntarse cómo se distribuirán los beneficios. La pregunta clave no es ¿ganaremos los dos?, sino ¿quién ganará más? Ni tan siquiera la perspectiva de lograr grandes ventajas absolutas estimulará su cooperación. El hecho de que un Estado se vea más beneficiado en términos proporcionales puede traducirse en el incremento de sus capacidades y, por tanto, en la aparición de una amenaza para el resto. Además, los Estados se preocupan por no convertirse en excesivamente dependientes de otros como consecuencia de las relaciones de cooperación o de los intercambios de bienes y servicios. Ciertamente, el bienestar general puede aumentar con el de-

---

[42] Lo acaecido con la OTAN tras la desaparición de la guerra fría hace que Waltz se ratifique en sus tesis sobre el papel de las organizaciones internacionales. Para este autor, la supervivencia y expansión de la OTAN dice mucho sobre el poder y la influencia estadounidense y poco sobre las instituciones como entidades multilaterales. A su juicio, la capacidad de los Estados Unidos para prolongar la vida de una institución moribunda ilustra perfectamente cómo las instituciones internacionales son creadas y mantenidas por Estados fuertes para servir a sus intereses. Ver: K. N. Waltz, "The Balance of Power and NATO Expansion" University of California, Berkeley (Center for German and European Studies), Working Paper 5.66, October, 1998, p. 5. En este mismo sentido, ver también su artículo: "Structural Realism after the Cold War", *International Security*, Vol. 25, n.º 1, 2000, p. 20.

[43] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.,* p. 157.

[44] Con independencia de la exposición más detallada que se realiza al tratar la discusión entre neorrealistas y neoliberales sobre la cuestión de ganancias relativas-ganancias absolutas, pueden mencionarse algunos análisis más actuales de las relaciones de cooperación entre Estados que reflejan la posición de Waltz. Ver por ejemplo: M. Mastanduno, "Do relative Gains Matter? America's Response to Japanese Industrial Policy", *International Security*, Vol. 16, Summer, 1991; S. D. Krasner, "Global Communications and National Power: Life on the Pareto Frontier", *World Politics*, Vol. 43, April, 1992.

sarrollo de la división internacional del trabajo, lo cual trae consigo una mayor interdependencia. Pero, a su vez, una mayor interdependencia engendra vulnerabilidades. Las grandes potencias tienden a controlar aquello de lo que dependen o a disminuir el grado de dependencia. Estas simples reflexiones explican mucho del comportamiento de los Estados: "sus impulsos imperiales para ampliar su grado de control y sus esfuerzos autárquicos para mejorar su autosuficiencia"[45].

4.4. EQUILIBRIO, BIPOLARIDAD Y MULTIPOLARIDAD

La teoría del equilibrio de poder representa un desarrollo central de la teoría sistémica de la política internacional. Waltz descarta el *bandwagoning* —la práctica consistente en alinearse con el Estado más fuerte— como tipo significativo de comportamiento internacional alternativo al equilibrio[46]. La teoría del equilibrio asume que los Estados son actores unitarios que persiguen como objetivo mínimo la propia preservación y como objetivo máximo la dominación mundial. En la consecución de estos objetivos emplean medios internos —la potenciación de sus recursos de poder, entre ellos los militares— y medios externos —la formación o fortalecimiento de alianzas. Establecidas estas premisas, solamente se requiere una condición para que la teoría funcione: que dos o más Estados coexistan en un sistema de autoayuda[47]. La teoría describe las limitaciones que emanan del sistema creado por las acciones de los Estados e indica el resultado presumible: la formación de equilibrios de poder.

Waltz no excluye que el equilibrio pueda ser resultado de las políticas deliberadas de los Estados. Pero un punto central en su teoría es la espontaneidad de las situaciones de equilibrio. Lo que hace realmente original al neorrealismo es el recurso, de nuevo, a la teoría micro-económica para explicarlas. La teoría del equilibrio aspira a dar cuenta de un resultado, la formación recurrente de equilibrios, que puede tener poco que ver con las intenciones

---

[45] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.,* p. 157.

[46] Algunos autores han cuestionado que el equilibrio de poder haya sido el resultado sistémico más frecuente. P. Schroeder ha señalado, apoyándose en un análisis histórico, que el *bandwagoning* ha sido más común que el equilibrio, en especial en lo que concierne a los Estados pequeños. Ver: P. Schroeder, "Historical Reality vs. Neorealist Theory", en M. E. Brown, S. M. Lynn-Jones and S. E. Miller (Eds.), *The Peril of Anarchy: Contemporary Realism and International Security*, Cambridge, M., The MIT Press, 1995, p. 430.

[47] K.N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.,* pp. 173-74.

de los Estados, cuyas acciones se entrelazaron para producir dicho resultado. De acuerdo con ella, tienden a aparecer equilibrios de poder, bien porque algunos o todos los Estados tratan conscientemente de propiciarlos o bien porque algunos o todos los Estados pretenden lograr la dominación universal[48]. La teoría proporciona explicaciones generales, pero no puede dar cuenta de las políticas específicas de los Estados. Nos dice por qué cabe esperar ciertas similitudes de comportamiento en Estados que ocupan posiciones parecidas en la estructura. Las expectativas son sobre comportamientos similares, no idénticos. Comprender las diferencias en las respuestas a las presiones estructurales, exige tomar en consideración la influencia de los contextos internos de los Estados en sus políticas exteriores[49].

Waltz dedica una parte notable de su obra a poner de relieve las consecuencias que distintas configuraciones estructurales tienen sobre el equilibrio, sobre la estabilidad del sistema internacional. A este respecto, la teoría neorrealista destaca las ventajas de sistemas con un reducido número de grandes potencias: "lo más pequeño es más bello que lo pequeño"[50]. Es posible diferenciar entre sistemas multipolares y bipolares. La sucesión de sistemas multipolares desde el siglo XVII, se vio rota a mediados del pasado siglo por la emergencia de un sistema bipolar. Para Waltz, en contra de la opinión dominante hasta entonces que privilegiaba las virtudes de la multipolaridad, es este tipo de sistema precisamente el que propicia una mayor estabilidad[51]. En publicaciones posteriores, Waltz hace depender esta mayor estabilidad de la bipolaridad, pero también de las armas nucleares. Con ello reconoce la importancia de unos desarrollos que, a su juicio, se ubican en el nivel de las unidades[52]. La más satisfactoria relación entre bipolari-

---

[48] *Ibidem*, p. 176.

[49] *Ibidem*, p. 180.

[50] *Ibidem*, p. 199.

[51] Ya en los años sesenta, hubo una intensa polémica sobre cuál de las dos principales configuraciones estructurales, la multipolar o la bipolar, eran más propicias al mantenimiento de la estabilidad internacional. Entre las más notables aportaciones a esa polémica se encuentran: K. N. Waltz, "The Stability of a Bipolar World", *Daedalus*, Vol. 93, n.º 4, 1964; K. W. Deutsch and J. D. Singer, "Multipolar Power Systems and International Stability", *World Politics*, Vol. 16, n.º 3, 1964; M. Haas, "International Subsystems: Stability and Polarity", *American Political Science Review*, Vol. 64, n.º 2, 1970. Precisamente en su libro *Teoría de la Política Internacional*, Waltz critica, aduciendo razones metodológicas, una de las contribuciones más relevantes del Proyecto *Correlates of War* por no refrendar enteramente su hipótesis sobre bipolaridad y estabilidad. Sobre esta contribución, ver: J. D. Singer, S. Bremer and J. Stuckey, "Capability Distribution, Uncerttainty, and Major Power Wars, 1820-1965", en B. M. Russett (Ed.), *Peace, War, and Numbers*, Beverly Hills, Sage, 1972.

[52] En un artículo escrito en 1993, Waltz afirma que "la paz más duradera que el mundo ha conocido descansó en dos pilares la bipolaridad y las armas nucleares". Waltz siempre ha reconocido la importancia de las armas nucleares, aunque en su obra han ocupado una posición

dad y estabilidad está fundamentada en consideraciones económicas y políticas.

Las consideraciones económicas apuntan, en lo sustancial, a que en un sistema bipolar la interdependencia económica entre las grandes potencias es más reducida que en un sistema multipolar. Cuando cambia la estructura del sistema, cambia, al mismo tiempo, el grado de interdependencia. También de manera opuesta a lo que constituye el pensamiento más habitual, Waltz entiende que la interdependencia no es un factor de paz. Al contrario, afirma que guerras civiles y contiendas internacionales han tenido lugar pese a la existencia de una profunda interrelación entre los participantes en ellas[53]. En un mundo bipolar, la interdependencia es inferior por una razón simple: cuanto menor es el número de polos del sistema, tanto mayor es su tamaño y, consecuentemente, tanto mayor es su habilidad para satisfacer sus necesidades económicas internamente, sin recurrir a transacciones con el exterior[54]. El tamaño de los dos Estados dominantes durante la guerra fría permitió un cierto control sobre sus propios asuntos y redujo vulnerabilidades. La desigualdad de los Estados produjo "una situación de equilibrio a un bajo nivel de interdependencia"[55]. Para justificar la aseveración de que la interdependencia en la segunda mitad del siglo XX era menor que a principios del mismo siglo, algo que resultaba sorprendente a la luz de la abrumadora mayoría de opiniones en sentido opuesto, Waltz proporciona datos sobre la dependencia externa de las grandes potencias en uno y otro momento. La importancia del comercio exterior respecto al PNB para los Estados Unidos y la Unión Soviética en los años setenta fue mucho más pequeña que para Inglaterra, Francia o Alemania antes de la Primera Guerra Mundial.

Las consideraciones militares también avalan la mayor estabilidad de un sistema bipolar. En un sistema multipolar la posibilidad de formar alianzas confería una operatividad superior al equilibrio de poder. Éste podía surgir

---

secundaria con respecto a la polaridad. Sin embargo, en sus últimos escritos parece reforzar el papel de las armas nucleares, alejándose así de una teoría estrictamente estructural. Ver: K. Waltz, "The Emergent Structure of International Politics", *International Security*, Vol. 18, n.º 2, 1993, p. 42. Para un comentario en esta misma dirección, puede consultarse H. Mouritzen, *op. cit.,* p. 82.

[53] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.,* p. 205.

[54] *Ibidem*, p. 215.

[55] Veinte años después de la publicación de la *Teoría de la Política Internacional*, Waltz sigue manteniendo tesis similares sobre la cuestión de la interdependencia. Tanto bajo el régimen bipolar como bajo el unipolar de nuestros días, Waltz afirma que el grado de interdependencia ha declinado sensiblemente. K. N. Waltz, "Globalization and American Power", *The National Interest,* Spring, 2000, p. 53. Para una referencia previa a la cuestión de la interdependencia, ver K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, *op. cit*., p. 235.

no sólo de los esfuerzos internos, sino adicionalmente de la conclusión de acuerdos con otros Estados. Pero, para Waltz, un mundo con un número crecido de grandes potencias es un mundo con mayores incertidumbres. La respuesta a preguntas como de quién procede la amenaza, quién se opondrá a quién y quién ganará o perderá como resultado de las acciones de otros Estados no aparece en absoluto nítida[56]. Las alianzas pueden ser un elemento de estabilidad, pero su formación y mantenimiento implican concesiones que restringen la capacidad de decisión y actuación de los Estados. En situaciones de interdependencia entre los miembros de una alianza y de competencia intensa entre alianzas, como ocurrió en los años anteriores a la Primera Guerra Mundial, las acciones de determinados Estados pueden arrastrar al resto a conflictos no desencadenados directamente por ellos (*chain-ganging*). Es necesario mencionar que la formación de alianzas puede no resultar fácil. Ante la emergencia de un Estado poderoso, los Estados que perciben en este hecho una amenaza pueden adoptar una actitud pasiva, pasando la responsabilidad de actuar a otros Estados también afectados por la misma amenaza (*buck-passing*). Esto supondría, en una situación de multipolaridad, el fracaso del establecimiento de equilibrios. Un sistema bipolar obedece a un estado de cosas bien distinto. En este caso, dice Waltz, las incertidumbres son menores. La respuesta a las tres preguntas planteadas más arriba no deja lugar a demasiadas dudas. La interdependencia militar es incluso sensiblemente menor que la interdependencia económica. Las dos grandes potencias de la posguerra, los Estados Unidos y la Unión Soviética, dependieron fundamentalmente de sí mismos en cuestiones militares. La consecución del equilibrio supone emplear predominantemente medios "internos", en lugar de medios "externos", por lo cual dicho equilibrio merecerá un grado de confianza superior[57]. El sentido de las alianzas en un mundo bipolar —que tienden a ser considerablemente más rígidas— es totalmente diferente. En la medida en que no necesitan las aportaciones de sus aliados para garantizar su seguridad, los dos Estados líderes pueden fijar su estrategia y tomar decisiones más libremente. No cabe, en el supuesto de bipolaridad, que se produzcan situaciones de *chain-ganging* o de *buck-passing*. En fin, dada la reducción de los niveles de incertidumbre, la posibilidad de que las grandes potencias cometan errores de cálculo es mucho menor.

Además, los sistemas bipolares propician un control internacional por parte de los grandes poderes que no se da en los sistemas multipolares. En los primeros, cabe registrar un cierto margen de maniobra para que los Esta-

---

[56] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.,* p. 242.
[57] *Ibidem,* p. 247.

dos preponderantes actúen en nombre del conjunto. Según el punto de vista neorrealista, en los sistemas de auto-ayuda las ganancias relativas son más importantes que las ganancias absolutas. Sin embargo, en un mundo bipolar "la preocupación por las ganancias absolutas puede reemplazar a la preocupación por las ganancias relativas"[58]. Esto se debe, por una parte, a la estabilidad de los equilibrios —estabilidad reforzada por las armas nucleares— entre los dos polos y, por otra, a la enorme distancia existente entre ellos y el resto de los miembros del sistema.

Dadas estas circunstancias, los Estados en posiciones de privilegio pueden estar dispuestos a suministrar bienes colectivos aun cuando otras entidades estatales ganen en mucha mayor proporción. Waltz ilustra esta cuestión utilizando la teoría de la acción colectiva de M. Olson[59]. Con arreglo a esta teoría, cuanto mayor sea el número de unidades en un grupo, menor será la posibilidad de alcanzar intereses comunes. De forma opuesta, cuanto menor sea el número de grandes potencias y cuanto mayor sea la disparidad entre éstas y el resto de los Estados, más probable será que las primeras actúen en nombre del sistema. Cuanto mayor sea el tamaño relativo de una unidad, tanto más identificará su interés con el interés del sistema. Un sistema bipolar acrecienta las oportunidades para que dos grandes Estados traten de manejar el sistema, mediante la realización de determinadas tareas. Estas tareas son: transformar o mantener el sistema, preservar la paz u ordenar la economía mundial[60].

---

[58] *Ibidem,* p. 284.

[59] Waltz recurre a la obra de M. Olson para justificar el hecho de que las grandes potencias puedan proveer determinados bienes colectivos. Es interesante señalar que también los neoliberales recurrirán a las ideas de Olson para explicar que no ya en sistemas con uno o dos Estados dominantes, sino en sistemas con un "grupo reducido" de Estados la cooperación es posible en orden a satisfacer determinados intereses comunes. La obra en la que se han basado, tanto neorrealistas como neoliberales, es: M. Olson, *La Lógica de la Acción Colectiva: Bienes Públicos y Teoría de los Grupos*, México, Limusa, 1992.

[60] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.,* p. 290.

CAPÍTULO 5

MÁS ALLÁ DEL NEORREALISMO: LA SUPERACIÓN DE LA TEORÍA ESTRUCTURAL

La obra de K. N. Waltz provocó reacciones muy diversas. Entre las críticas más sobresalientes, cabe mencionar el énfasis en las continuidades del sistema, la ausencia de una teoría del Estado, la propensión a oscurecer la distinción entre sistema y estructura, las limitaciones explicativas de la teoría estructural y el carácter poco verificable, pese a las pretensiones en sentido contrario, de sus proposiciones. Otros aspectos de la obra de Waltz como la concentración en el papel de las grandes potencias, las virtudes de la desigualdad o el papel estabilizador de las armas nucleares no podían sino suscitar vivas reacciones.

Muchas de estas críticas fueron formuladas desde posiciones próximas al neorrealismo o al realismo entendido en sentido amplio. Acabaron traduciéndose en aportaciones más o menos en sintonía con la teoría waltziana. Su propósito, por tanto, radicó en mejorar la capacidad explicativa de dicha teoría. Entre las críticas "amigables" al neorrealismo, tal y como fue formulado por Waltz, pueden distinguirse tres grandes bloques. El primero de ellos se refiere a las observaciones en torno al concepto de sistema. Estas observaciones tratarán de enriquecer tal concepto, buscando eludir la confusión entre sistema y estructura. En esta línea van las elaboraciones teóricas de autores como B. Buzan y G. Snyder que se exponen más adelante. El segundo bloque de críticas hace alusión a las deficiencias, desde el punto de vista explicativo, de la teoría estructural. Varios autores tratan de completar esta teoría introduciendo no sólo variables estructurales como la distribución de poder, sino también variables sistémicas. Estas últimas pueden consistir en factores materiales, como el grado de desarrollo tecnológico, o la incorporación de

ideas o valores y prácticas sociales compartidas en la comunidad internacional. Encajan aquí las aportaciones que llevan a cabo autores como R. Jervis y R. L. Schweller. En un último bloque se encuentran aquellas opiniones críticas que consideran que las variables estructurales o sistémicas tan sólo pueden dar cuenta de una parte del porqué se producen determinados acontecimientos en el sistema internacional. Para un grupo numeroso de autores, estas variables deben ser completadas con variables procedentes de otros niveles de análisis, más concretamente, del nivel del Estado. Aunque S. M. Walt es un neorrealista declarado y, por ello, proclive a subrayar la relevancia de factores estructurales, podríamos ubicar en este último bloque sus ideas sobre el equilibrio de amenazas. Mucho más claramente figurarían en este bloque las contribuciones de J. Snyder y T. Chirstensen sobre la cuestión perceptual.

5.1. SISTEMA, ESTRUCTURA Y CAPACIDAD DE INTERACCIÓN

Una parte importante de las mejoras introducidas en la teoría neorrealista se centra en el primer bloque de críticas mencionado en el párrafo anterior. Tomando como referencia la obra de Waltz, autores como B. Buzan o G. Snyder ponen de relieve la necesidad de corregir ciertos defectos en la definición de conceptos como sistema y estructura y de considerar más de dos niveles de análisis, rescatando así del nivel de las unidades variables sistémicas que moderan los efectos de la estructura sobre las unidades.

Para Waltz, un sistema está compuesto por una estructura y por unidades que interactúan. Como se expuso en el capítulo 4, las interacciones forman parte del nivel de análisis de las unidades y por ello no son parte sustancial su teoría. En cambio, la estructura es el componente sistémico que hace posible pensar en el sistema como un todo. Esta última afirmación conduce a Waltz a identificar la estructura con el sistema, no diferenciando, consiguientemente, entre teorías sistémicas y teorías estructurales. Contrariamente, B. Buzan señala que "un sistema es un conjunto de partes o unidades cuyas interacciones son lo suficientemente significativas para ser percibidas como un grupo coherente. Un grupo de Estados forma un sistema internacional cuando el comportamiento de cada una de las partes es un factor necesario en los cálculos que realizan el resto de sus componentes. Un sistema, pues, está compuesto de unidades, interacciones y estructura"[1]. Así,

[1] B. Buzan, C. Jones and R. Little, *The Logic of Anarchy: Neorealism to Structural Realism*, New York, Columbia University Press, 1993, p. 29

una teoría sistémica, además de variables estructurales, puede incorporar variables ubicadas en otros niveles de análisis.

El concepto de estructura de Waltz ha sido objeto de nuevas elaboraciones, especialmente en lo que respecta a algunos de los elementos que conforman el mismo. Determinados autores han utilizado la expresión estructura profunda para referirse a los dos primeros componentes de la misma: la anarquía y la diferenciación funcional entre las unidades. Es interesante señalar que algunas críticas han mostrado su desacuerdo con la nula importancia que Waltz confiere a la diferenciación funcional[2]. Buzan, por ejemplo, sostiene que el desarrollo de la sociedad internacional ha generado entre los Estados que lideran el sistema un cuerpo de normas, reglas e instituciones comunes para conducir las relaciones interestatales y transnacionales. Tal desarrollo ha permitido adquirir un considerable nivel de autonomía como actores internacionales a unidades no estatales —la Unión Europea o las Naciones Unidas y sus agencias— que se han dotado de funciones de gobierno hasta el momento reservadas con exclusividad a los Estados[3]. Además, el hecho de no reconocer la posible diferenciación funcional entre las unidades, supone ignorar un factor importante de cambio estructural[4]. En consecuencia, los cambios estructurales en un sistema anárquico, podrían estar ligados no sólo a alteraciones en la distribución de poder, sino también a la diferenciación funcional entre las unidades.

En cuanto al tercer elemento de la estructura, autores próximos al neorrealismo continúan destacando la importancia de la distribución de poder. Esta distribución sigue siendo un factor de primera importancia a la hora de explicar el comportamiento de los Estados. Sin embargo, entre estos autores cabe detectar una propensión a tomar en consideración no tanto la distribución global como la distribución sectorial o por áreas de poder. Buzan, por ejemplo, influenciado posiblemente por las aportaciones neoliberales de Keohane y Baldwin[5], ha sugerido cuatro posibles estructuras basadas en

---

[2] J. Ruggie ya se refirió a esta cuestión. Este autor fue uno de los primeros en mantener que en órdenes anárquicos puede producirse una diferenciación funcional entre las unidades. Ilustra este extremo refiriéndose a la Edad Media, época histórica en la que, sin verse alterada la situación de anarquía, existió una manifiesta diferenciación funcional entre imperio, iglesia y feudo. J. Ruggie, "Political Structure and Dynamic Density", en J. Ruggie, *Constructing the World Polity: Essays on International Institutionalism*, London, Routledge, 1998, p. 153.

[3] B. Buzan, C. Jones and R. Little, *op.cit.*, p. 37-38; B. Buzan and R. Little, *International Systems in World History: Remaking the Study of International Relations*, Oxford, Oxford University Press, 2000, pp. 274-275.

[4] J. Ruggie, "Political Structure and Dynamic Density", *op. cit.*, p. 153.

[5] Como se verá más adelante, la consideración de estructuras sectoriales, y no de una única estructura global de poder, será característica de los planteamientos neoliberales. La

otros tantos tipos de atributos: recursos militares, recursos económicos, cohesión política e ideología. Entre las razones que justifican esta propuesta, Buzan señala que la desagregación del poder permite un análisis más claro de los efectos estructurales. La separación de los recursos económicos y militares, por ejemplo, ofrece una caracterización de la distribución de poder con mayores posibilidades explicativas que la que podría proporcionar un concepto agregado de poder. De esta manera, cuando las distintas estructuras distributivas coincidan, un análisis agregado podría resultar perfectamente correcto. En cambio, cuando esto no sea así, la falta de coincidencia en las distribuciones sectoriales se transforma en sí misma en un dato estructural. En consecuencia, la desagregación de poder hace posible, en relación con la agregación de poder propuesta por Waltz, una mayor variedad de hipótesis.

Otras aportaciones guardan relación con la incorporación de un nuevo nivel, además de los dos definidos por Waltz —la estructura y las unidades—, al concepto de sistema. Este nuevo nivel está formado por aspectos que escapan del nivel de las unidades, pero que, a su vez, no son parte integrante de la estructura. No hay consenso en cuanto a dónde ubicar estos nuevos aspectos.

Para Buzan constituyen una variable sistémica a la que denomina "capacidad de interacción". Por capacidad de interacción entiende el nivel de desarrollo de los medios de transporte, de los medios de comunicación y de la capacidad organizativa en el sistema internacional. Este nuevo nivel se centra en "los tipos y la intensidad de interacción que tienen lugar dentro de una unidad/subsistema/sistema en un momento del tiempo: cuantos bienes e información pueden moverse sobre qué distancia, a qué velocidad y con qué costo"[6]. Esta variable sistémica afecta "no sólo a la habilidad y a la voluntad de las unidades para interactuar, sino que también determina qué tipos y niveles de interacción son los posibles y deseados". Consecuentemente, "el concepto de sistema estaría vacío de significado sin tenerla en cuenta"[7].

La visión de J. Snyder sobre este nuevo nivel es ligeramente diferente a la de Buzan. Snyder prefiere hablar de "modificadores estructurales". Con esta expresión quiere referirse a influencias sistémicas de orden general cuya na-

---

de dicho planteamiento estriba en la no fungibilidad del poder. Es decir, el poder no es fungible: la distribución de recursos militares puede tener poca significación a la hora de contemplar áreas como la económica o la ideológica. Véase D. A. Baldwin, "Power Analysis and World Politics: New Trends Versus Old Tendencies", *World Politics*, Vol. 31, n.º 2, 1979; R. O. Keohane, "Theory of World Politics…", *op. cit.*, p. 194.

[6] B. Buzan, "The Level of Analysis Problem in International Relations Reconsidered", en K. Booth and S. Smith (Eds.), *op. cit.*, p. 204-205.

[7] B. Buzan, C. Jones and R. Little, *op.cit.*, p. 29.

turaleza es inherentemente estructural, pero que, a pesar de ello, no son elementos constitutivos y fundamentales de la estructura. Su papel es análogo al de las influencias macroeconómicas sobre las relaciones microeconómicas entre las firmas. Dichas influencias afectan al comportamiento de todos los actores de forma más o menos uniforme, pero se diferencian claramente de los factores que determinan la estructura del sistema como el número de firmas o la distribución de capacidades entre ellas[8]. En definitiva, coincidiendo en lo sustancial con Buzan, este nuevo nivel comprende elementos contextuales que afectan a las características y la densidad de las interacciones[9].

Es procedente insistir en que, bien como variable sistémica, bien como modificador estructural, este nuevo nivel condiciona profundamente no ya la significación, sino la propia viabilidad tanto del sistema como, por supuesto, de la estructura. Desde una perspectiva histórica, es evidente que la capacidad de interacción ha afectado de forma crucial a la construcción y significado concreto del sistema internacional. Desde luego, una baja capacidad de interacción puede poner en cuestión incluso su supervivencia[10]. Por tanto, debe señalarse que la lógica estructural puede ser suprimida o ampliamente atenuada por la debilidad de la capacidad de interacción[11].

Uno de los componentes centrales de la capacidad de interacción o, en su caso, un modificador estructural fundamental viene dado por el grado de organización, es decir, por la existencia de normas e instituciones. Autores como Buzan manifiestan que dichas normas e instituciones son variables sistémicas, no formando, en consecuencia, parte de la estructura. El tejido de normas e instituciones es considerablemente menos denso en el plano internacional que en el estatal, por lo cual, su influencia puede ser sensiblemente menor que la de la anarquía o la distribución de poder. En cualquier caso,

---

[8] G. Snyder, "Process Variables in Neorealist Theory", *Security Studies*, Vol. 5, 1996, p. 169.

[9] En su esquema teórico, Snyder distingue entre los conceptos de relaciones e interacciones. Las relaciones se definen como "los contextos situacionales en los que se produce el comportamiento". Actúan, además, como "el conducto a través del cual se transmiten los efectos estructurales al comportamiento". Snyder identifica cuatro modelos relacionales: los alineamientos, los intereses, los recursos y la interdependencia. Por otra parte, las interacciones son los procesos mediante los cuales los alineamientos, los intereses, las capacidades y la interdependencia se traducen en acontecimientos y acciones internacionales. Las interacciones son pautas de comportamiento abstractas, es decir, leyes y regularidades en el sentido waltziano, y se sitúan en el nivel sistémico y no en el de las unidades. Ver: G. Snyder, *op. cit.*, p. 171-191.

[10] B. Buzan, C. Jones and R. Little, *op. cit.*, p. 72.

[11] B. Buzan, "The Level of Analysis Problem in International Relations Reconsidered", *op. cit.*, p. 211.

normas e instituciones afectan al conjunto de los Estados y, consiguientemente, no están relacionadas con sus características internas. Además, tales normas y valores compartidos son una precondición para establecer organizaciones internacionales estables. Éstas ultimas, una vez consolidadas, facilitan en gran medida y promueven las interacciones en el sistema[12].

Los avances tecnológicos en las comunicaciones y el transporte también modifican las características y el carácter de las interacciones entre las unidades. Así, la tecnología es una variable sistémica o un modificador estructural y no un atributo de las unidades. En opinión de Snyder, la naturaleza de la tecnología no es estructural porque no corrige sustancialmente ni la anarquía ni la distribución de recursos. En lo que concierne a la tecnología militar, sin embargo, su proximidad a la estructura queda reflejada en sus efectos sobre los recursos militares. Las armas nucleares, por ejemplo, tienen la capacidad de modificar los efectos de la anarquía, inhibiendo la agresión y mejorando el dilema de la seguridad, pero no pueden anular el hecho estructural. Las armas nucleares también pueden modificar los efectos de la polaridad a través de mecanismos de equiparación[13].

5.2. LAS VARIABLES OFENSIVO-DEFENSIVAS

Las ideas de R. Jervis sobre las variables ofensivo-defensivas pueden ilustrar la importancia de la capacidad de interacción o de los modificadores estructurales. Este autor al igual que Waltz sostiene que la búsqueda de seguridad es una constante en el comportamiento de los Estados y que tal actitud rara vez responde a objetivos expansionistas[14]. Sin embargo, dicha premisa puede verse alterada por la evolución de la tecnología militar. Esto es lo que hace precisamente Jervis al introducir variables relacionadas con aspectos ofensivos y defensivos. Debe decirse que este autor desarrolló estas ideas más entorno al dilema de la seguridad que en torno al concepto de estructura. Pese a ello, puede resultar interesante contemplar el planteamiento de Jervis como una mejora de la teoría de Waltz

[12] *Ibidem* p. 210

[13] G. Snyder, *op. cit.*, p. 171.

[14] Waltz asume que los Estados persiguen, como mínimo, garantizar su seguridad pero admite que las metas de éstos pueden ser variadas, llegando incluso a buscar la dominación universal. Contrariamente, Jervis asume que los Estados son buscadores puros de seguridad. Ver: C. Glaser, "The Security Dilemma Revisited", *World Politics*, Vol. 50, n.º1, 1997, p. 188.

No puede ponerse en duda que existe una conexión entre las ideas de Waltz y Jervis en la medida en que el dilema de la seguridad está implícito en la teoría neorrealista desarrollada por el primero. De hecho, como subraya Glaser, el análisis de Jervis no puede ser planteado como un desafío[15]. Por otra parte, puede resultar interesante establecer un paralelismo entre el dilema de la seguridad y el concepto de estructura. De la misma manera que en el esquema de Jervis la tecnología militar puede alterar la concepción del dilema de la seguridad, también en el esquema de Waltz puede alterar el carácter condicionante que se desprende de la distribución de poder.

El dilema de la seguridad ha sido definido por R. Jervis como aquella situación en la que "algunos de los medios mediante los cuales un Estado pretende incrementar su seguridad hace decrecer la seguridad de los demás"[16]. En su argumentación explica que la magnitud y naturaleza del dilema de la seguridad pueden verse afectadas por variables ofensivo-defensivas. En realidad, Jervis describe dos variable de este tipo. El equilibrio ofensivo-defensivo y la diferenciación entre las vertientes ofensiva y defensiva. El equilibrio ofensivo-defensivo es descrito mediante la comparación de dos situaciones: la facilidad de conquistar territorio frente a la facilidad de defenderlo cuando es atacado[17]. La ventaja de los aspectos defensivos aumenta con la facilidad para defender el territorio. La severidad del dilema de la seguridad, según Jervis, decrece a medida que el equilibrio citado deriva hacia un mayor protagonismo de la defensa. Cuando esto es así, las fuerzas desplegadas por un poder partidario del *statu quo* incrementarán su seguridad más de lo que hacen disminuir la de su adversario. Ambos Estados adquirirán niveles razonables de seguridad en diversos ciclos de acción-reacción-acción, eludiendo las carreras arma-mentísticas. Cuando la ventaja de los aspectos defensivos es suficiente-mente grande, la posibilidad de agresión se desvanece prácticamente, con lo cual el fenómeno de la anarquía internacional pierde importancia relativa[18].

En un sentido diferente, cuando los aspectos ofensivos predominan, no es factible para Estados de similar tamaño disfrutar de altos niveles de seguridad simultáneamente. Las carreras armamentísticas serán intensas porque

---

[15] C. Glaser, "The Security Dilemma Revisited", *op. cit.*, p. 172.

[16] R. Jervis, "Cooperation under the Security Dilemma", *World Politcs*, Vol. 30, n.º 2, 1978, p. 169. Es necesario mencionar que una de las primeras formulaciones sobre el dilema de la seguridad fue realizada por J. Herz. Así es habitualmente reconocido en las publicaciones sobre esta cuestión. Ver: J. Herz, *International Politics in the Atomic Age*, New York, Columbia University Press, 1959, p. 231.

[17] R. Jervis, "Cooperation under the Security Dilema", *op. cit.*, pp. 187-199.

[18] *Ibidem*, p. 188.

cuando un país acrecienta sus fuerzas, sus adversarios tendrán que llevar a cabo una adición aún mayor para restablecer su capacidad de defensa. Las ventajas ofensivas también influenciarán las actividades diplomáticas, ya que los Estados tenderán a formar alianzas en tiempos de paz adelantándose a la incapacidad de reacción que podría generar el rápido estallido de un conflicto bélico[19].

La segunda variable que influencia el dilema de la seguridad es la diferenciación entre lo ofensivo y lo defensivo. En caso de que esta diferenciación sea posible, un Estado puede poner en pie fuerzas útiles para la protección de su territorio sin que, necesariamente, reduzca la capacidad de sus adversarios para defenderse a sí mismos. Si dicho Estado persigue sólo su seguridad y está en condiciones de dotarse de sistemas nítidamente defensivos los temores de agresión en países rivales podrán desvanecerse, lo cual, a su vez, no hará sino incrementar su propia seguridad. La diferenciación entre ambos aspectos permite acuerdos sobre control de armamento dirigidos a excluir armas con vocación ofensiva, propiciando con ello mejores niveles de defensa en los países implicados. Pero, cuando no es posible distinguir lo ofensivo de lo defensivo, un Estado que elige medios militares para proteger su territorio puede verse abocado a que dichos medios reduzcan inevitablemente la habilidad de defensa de su adversario[20].

Estas hipótesis han sido completadas por S. Van Evera. Este autor agrega nuevas proposiciones sobre cómo las ventajas ofensivas estimulan guerras preventivas y animan comportamientos diplomáticos que refuerzan la probabilidad de guerras. Las ventajas ofensivas acentúan la significación de cambios en la distribución de poder y crean, en consecuencia, incentivos para lanzar guerras de carácter preventivo. Los Estados pueden propender con mayor facilidad a tácticas de hechos consumados, porque hacerse con la victoria en una disputa resulta más vital cuando la seguridad es escasa. Esto, sin duda, incita a relegar la posibillidad de compromisos. Los Estados negocian con poco éxito porque la ventaja de los aspectos ofensivos exige que los acuerdos sean construidos cuidadosamente, haciendo de todo el proceso algo más difícil; y también porque la ventaja de los aspectos ofensivos eleva las recompensas de violar los acuerdos, haciendo de todo el proceso algo más arriesgado. Finalmente, Van Evera señala que la ventaja de los aspectos ofensivos conduce a los Estados a acentuar el secretismo, dado que la información acerca de sus fuerzas militares puede engendrar vulnerabilidad. El secretismo, por su parte, aumenta la probabilidad de guerra al dar pie a erro-

[19] *Ibidem*, pp. 187-188.
[20] *Ibidem*, pp. 199-210.

res de cálculo sobre los intereses y las capacidades militares de otros Estados[21].

Es interesante contemplar el planteamiento de Jervis como una mejora de la teoría estructural de Waltz. En este sentido, las ideas de Jervis pueden condensarse en dos puntos esenciales. El primero es que provocan un desplazamiento del concepto de recursos de poder, en general, hacia el concepto de recursos militares, en particular. El segundo es que la introducción de variables ofensivo-defensivas contiene un componente tecnológico de gran significación. Entendemos que es este segundo punto el que constituye la aportación principal de Jervis a la obra de Waltz. Podría considerarse que Jervis respeta el concepto de estructura de Waltz, aunque éste venga dado ahora por recursos militares, e introduce un elemento modificador de los efectos de dicho concepto a través de variables ofensivo-defensivas. En consecuencia, la capacidad explicativa de la estructura no viene dada exclusivamente por la distribución de poder. A ella habría que añadir un nuevo componente, un modificador estructural: el estado de la tecnología militar. Por tanto, aún cuando la anarquía permanezca constante y la distribución de poder internacional inalterable, las variaciones en las variables ofensivo-defensivas pueden conducir a alteraciones en el grado de competición o cooperación entre los Estados y en el acaecimiento de guerras. Abundando en este punto, las ideas de Jervis no disminuyen el énfasis en la teoría estructural, sino que eliminan las distorsiones que se producen cuando la teoría es planteada estrictamente en términos de poder[22].

5.3. EQUILIBRIO DE PODER Y EQUILIBRIO DE AMENAZAS

Un desarrollo de gran importancia en la teoría neorrealista viene dado por las sugerencias de sustituir el equilibrio de poder por el equilibrio de amenazas. Estas sugerencias están también dirigidas a complementar la teoría estructural de Waltz. El principal proponente del equilibrio de amenazas es S.

---

[21] S. Van Evera, "Offense, Defense, and the Causes of War", *International Security*, Vol. 22, n.º4, 1998, especialmente, pp. 7-16. Sobre esta cuestión, puede verse también: C. Glaser and C. Kaufmann, "What is the Offense-Defense Balance and Can We Measure It?, *International Security*, vol. 22, n.º 4, 1998; G. Akavia, "The Offense Defense Balance: Why Better Theory Leads to Worse History", *Center for Military Analysis*, 1999, http://web.mit.edu/afs/athena.mit.edu/org/sssp/www/spring99/akavia.html (marzo, 2001).

[22] Glaser, por ejemplo, afirma que el análisis de Jervis se apoya en las mismas premisas básicas que el realismo estructural por lo que debe ser catalogado como parte de una misma tradición teórica. C. Glaser, "The Security Dilemma Revisited", *op. cit.*, p. 172.

M. Walt, quien desarrolla este concepto en una serie de trabajos orientados al estudio de la formación de alianzas. El punto de partida de Walt es la teoría del equilibrio de poder diseñada por Waltz[23]. Ambos autores coinciden en que la tendencia al equilibrio es considerablemente más frecuente que el *bandwagoning* en la política internacional. Pero lo que principalmente les separa es que Walt sostiene que los Estados forman alianzas, no tanto para equilibrar exclusivamente la relación de fuerzas como para contrarrestar toda manifestación significativa de peligro para su independencia[24].

En sus elaboraciones teóricas, Walt asume la relevancia de la distribución internacional de poder como condicionante de primer orden sobre el comportamiento de los Estados. Señala que, permaneciendo constante todo lo demás, cuanto mayores son los recursos de un Estado, mayor es el poder potencial de amenaza que posee para los demás. Sin embargo, la distribución de poder no es decisiva para justificar por qué los Estados deciden formar alianzas. Los recursos de un Estado poderoso pueden utilizarse, tanto para sancionar a sus enemigos como para recompensar a sus amigos[25]. De aquí que, según Walt, la preponderancia de poder pueda propiciar bien tendencias al equilibrio, bien *bandwagoning*s.

La solución a este problema pasa por añadir a los elementos estructurales de la teoría de Waltz otras variables. En particular, es necesario tener en cuenta factores que influyen en las valoraciones de los gobernantes cuando optan por aliarse con uno u otro Estado o coalición. Así, Walt se refiere a variables como la proximidad geográfica, los recursos ofensivos y las intenciones de los Estados. Este grupo de variables conforma un concepto mucho más general y sintético denominado "amenaza"[26].

---

[23] El propio Walt sostiene que su teoría constituye un refinamiento de la teoría del equilibrio de poder de Waltz. Para Walt ambas teorías son igualmente parsimoniosas, pero la que él propone es más general y abstracta. De aquí que entienda que la teoría del equilibrio de poder de Waltz queda subsumida en su propia teoría. Ver: S. M. Walt, "Alliance Formation in Southwest Asia: Balancing and Bandwagoning in Cold War Competition" en J. Snyder y R. Jervis (Eds.), *Dominoes and Bandwagons: Strategic Beliefs and Great Power Competition in the Eurasian Rimland*, Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 54-55.

[24] S. M. Walt, "Alliances, Threats, and U.S. Grand Strategy: A Reply to Kaufman and Labs", *Security Studies*, Vol. 1, n.º 3, 1992, p. 450.

[25] S. M. Walt, *The Origins of Alliances*, Ithaca, Cornell University Press, 1987, p. 23. Ver también: S. M. Walt, "Keeping the World 'Off-Balance': Self-Restraint and U.S. Foreign Policy", *Research Working Papers Series*, John F. Kennedy School of Government, Harvard University, RWPOO-O13, Octubre 2000.

[26] S. M. Walt, *The Origins of Alliances*, *op. cit.*, p. 22. En este mismo sentido, puede consultarse el artículo del mismo autor: "Alliance Formation and the Balance of Power", *International Security*, Vol, 9, n.º 4, 1985, p. 214.

La variable proximidad geográfica afecta a la formación de alianzas debido a que los actores demuestran mayor propensión a optar por una coalición como respuesta a las amenazas cercanas. La habilidad de un Estado para demostrar de forma efectiva su poder disminuye con la distancia. Por lo tanto, la amenaza de actores próximos geográficamente es superior a la de los que están lejos.

Adicionalmente, un Estado incrementa su nivel de amenaza cuando se dota de recursos militares o políticos específicos que suponen un peligro directo para la integridad territorial o para la estabilidad política de otros actores. Consecuentemente, un Estado no sólo con recursos notables, sino además de naturaleza marcadamente ofensiva, tiene más posibilidades de incentivar la formación de alianzas en su contra que aquel que es militarmente débil o capaz de garantizar su defensa exclusivamente. Específicamente, el poder ofensivo puede ser definido como la habilidad de un actor para amenazar la soberanía o la integridad territorial de otro actor asumiendo un costo aceptable[27].

La última variable está determinada por las intenciones de los Estados. Aquellos que, entre estos, son percibidos como elementos especialmente agresivos provocan que otros actores tiendan a unirse contra ellos. De hecho, incluso Estados que tienen unos recursos materiales relativamente modestos pueden provocar un comportamiento de equilibrio en su contra. Según Walt, las percepciones de los Estados sobre las intenciones de los demás juegan un papel crucial en el proceso de formación de alianzas. Cuando un Estado se percibe como especialmente agresivo tiene pocas posibilidades de que otros actores opten por aliarse con él. Después de todo, si las intenciones de un agresor no pueden ser alteradas por medio de una alianza con él, un Estado vulnerable, incluso si es aliado, puede convertirse en una víctima. Aliarse con otros Estados puede ser la única vía para evitar este peligro. Por tanto, cuanto más agresivo o expansionista sea el comportamiento de un Estado más probable es que se forme una alianza opositora[28].

La teoría del equilibrio frente a la amenaza incorpora abiertamente el concepto de poder, pero mientras que la teoría de Waltz predice que los Estados tenderán a formar alianzas contra el Estado más fuerte del sistema, la teoría de Walt sostiene que los Estados se unirán contra aquel actor que sea percibido como la principal fuente de peligro. Esta proposición explica no sólo el motivo por el cual un Estado puede aliarse con el poder más fuerte, sino que también hace comprensible la tendencia de los actores a equilibrar

---

[27] S. M. Walt, *The Origins of Alliances*, *op. cit.*, p. 24.

[28] S. M. Walt, "Alliance Formation and the Balance of Power", *op. cit.*, p. 217.

el sistema cuando existe un Estado que, aún no siendo necesariamente el más poderoso, es percibido como la principal amenaza, bien sea por su proximidad geográfica, por la adquisición de medios especialmente potentes de conquista o expansión o por sus intenciones agresivas hacia terceros.

Algunos constructivistas han querido ver en las aportaciones de Walt una modificación mucho más profunda de las posiciones neorrealistas. M. N. Barnett, por ejemplo, ha señalado que tras el concepto de amenaza de Walt cabe percibir, especialmente en sus análisis sobre la política internacional en Oriente Medio, problemas de identidad más decisivos que la propia anarquía para explicar comportamientos internacionales[29]. En este sentido la obra de Walt podría interpretarse como un intento valioso de incluir ideas en el esquema neorrealista. Pero como se desprende de la exposición que acaba de efectuarse, más que añadir ideas a dicho esquema, busca enriquecer la capacidad explicativa de variables estructurales con la incorporación de variables situadas en otros niveles de análisis. J. Donelly sostiene que la teoría de Walt no es estrictamente una teoría estructural, porque sin conocer cuales son los recursos y las intenciones de los Estados es imposible que exista una amenaza y, por tanto, una tendencia a equilibrarla[30]. Es decir, el comportamiento no viene determinado por un desequilibrio material en el nivel estructural, sino que es el resultado de la percepción y valoración del fenómeno por parte de las unidades. Éstas son las que determinan si el nivel de amenaza ha sufrido un desequilibrio lo suficientemente significativo como para llevar a cabo aquellas acciones encaminadas a restablecerlo[31].

5.4. LA TEORÍA DEL EQUILIBRIO DE INTERESES

La teoría de equilibrio de intereses de R. L. Schweller representa una de las aportaciones más rupturistas que desde una perspectiva realista se han

---

[29] M. N. Barnett, "Identity and Alliances in the Middle East", en P., Katzenstein (Ed.), *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*, New York, Columbia University Press, 1996, p. 403.

[30] J. Donnelly, *op. cit.*, p. 120.

[31] Legro y Moravcsik consideran que, aunque la teoría de equilibrio de amenazas es un avance en relación con la teoría del equilibrio de poder, la nueva formulación no consigue superar la indeterminación atribuible a su predecesora. El propio Walt admite esta crítica cuando sostiene que no es posible determinar a priori qué fuentes de amenaza serán las más importantes en cada momento o situación. Ver: J. W. Legro and A. Moravcsik, "Is Anybody Still a Realist?", *International Security*, Vol. 24, n.º 2, 1999, p. 37.

realizado a la teoría neorrealista[32]. Las tesis de Schweller no se distinguen tanto por cuestionar los aspectos estructurales de la obra de Waltz como por tratar de recuperar algunas de las premisas básicas del realismo tradicional. Como veremos, uno de los puntos esenciales de la crítica de este autor reside en sustituir la premisa de búsqueda de seguridad por la de búsqueda de poder o influencia como móvil fundamental del comportamiento de los Estados. En opinión de Schweller, la premisa neorrealista que sostiene que los Estados tratan de maximizar su seguridad y no su poder o su influencia no es correcta. De hecho, se muestra inflexible al sentenciar que "simplemente no es cierto que la principal preocupación de *todos* los Estados sea la seguridad"[33]. Sostiene que, teniendo en cuenta que ninguna de las grandes potencias muestra en la actualidad intenciones agresivas, las críticas referentes al mínimo poder explicativo del neorrealismo respecto a la realidad y los acontecimientos generados en el sistema de Estados actual derivan de su fijación en la cuestión de la seguridad.

A juicio de Schweller, las formulaciones de Waltz cambian la representación tradicional realista del sistema internacional, como un juego de pura competición posicional entre Estados, por la de un sistema que reposa en la colaboración entre unidades por variados motivos[34]. Esta colaboración se establece porque entre aquellos Estados que buscan asegurar o mejorar su seguridad no existe una competición posicional inherente. Es imposible determinar la existencia de un sólo ganador, porque, en realidad, ningún actor busca ganar, al menos en un sentido absoluto, a expensas de otro. La seguridad es, por tanto, un valor de suma positiva, es decir, puede ser deseada y compartida sin necesidad de que ningún actor individual sea privado de su disfrute. Sin embargo, esta norma no puede ser aplicada a los bienes "posicionales" como el prestigio, el status, la influencia política, el liderazgo, etc. En estos casos existe competición posicional y se genera necesariamente una situación de suma-cero: lo que gana un actor lo pierden sus oponentes. De hecho, la escasez, característica fundamental de los recursos posicionales, es difícilmente aplicable al concepto de seguridad[35].

---

[32] J. Donnelly, *op. cit.*, p. 36.

[33] R. L. Schweller, "*Bandwagoning* for Profit: Bringing the Revisionist State Back In", *International Security*, Vol. 19, n.º 1, 1994, p. 86.

[34] R. L. Schweller, "New Realist Research on Alliances: Refining, not Refuting, Waltz's Balancing Proposition", *American Political Science Review*, Vol 91, n.º 4, 1997, p. 928.

[35] R. L. Schweller, "Realism and the Present Great Power System: Growth Positional Conflict over Scarce Resources", en B. Kapstein and M. Mastanduno (Eds.), *Unipolar Poli-*

Dada la relevancia que este tipo de bienes posee en el planteamiento de Schweller, el sistema internacional se caracteriza por la competición posicional, bajo condiciones de escasez, entre grupos o Estados. El concepto de competición retrata una situación en la que la meta de los contendientes es ganar o como mínimo evitar las pérdidas relativas. Por posicional se entiende que no deben ser tenidos en cuenta los recursos absolutos de los actores, sino los recursos relativos. En este contexto, un cambio en los recursos absolutos de un Estado, permaneciendo constantes los del resto, tiene efectos importantes no sólo para ese actor, sino también para todos los demás. A la luz de los nuevos bienes que tratan de lograrse en un escenario considerablemente más competitivo, la cuestión de las ganancias relativas adquiere caracteres más acuciantes.

El segundo aspecto de la crítica de Schweller al neorrealismo guarda relación con los diferentes intereses de los Estados. La centralidad de la seguridad en las formulaciones neorrealistas conduce a Waltz y Walt a tratar a todos los Estados como entidades satisfechas con el *statu quo* que tratan de maximizar fundamentalmente su seguridad y no su poder. Schweller sostiene que esta premisa no tiene en cuenta a los principales protagonistas o catalizadores de la teoría del equilibrio de poder: los Estados revisionistas. Según Schweller, si estos Estados no existieran, la necesidad de garantizar la seguridad en el sistema sería mínima.

Además, este autor se plantea un interrogante a cerca de la capacidad explicativa del neorrealismo cuando la satisfacción de las necesidades de seguridad, condición previa para poder perseguir otras metas, está asegurada. ¿Qué explica el neorrealismo en esta situación sobre el comportamiento de los Estados? La respuesta es tajante: "nada desde mi punto de vista. Es por lo que desarrollo la teoría del equilibrio de intereses"[36].

Esta afirmación es el punto de partida de un desarrollo teórico alternativo a los planteamientos de Waltz y Walt[37]. Schweller introduce una clasificación de los Estados en dos categorías: los Estados que aceptan el *statu quo*,

---

tics: Realism and State Strategies after the Cold War, Columbia University Press, Columbia International Affairs Online, www.ciaonet.org, (marzo 2001).

[36] R. L. Schweller, "New Realist Research on Alliances…", *op. cit.*, p. 929

[37] El propio Waltz afirma que Schweller no puede ser considerado un neorrealista ya que "niega la premisa de que el poder es un medio y la supervivencia la meta principal de los Estados, en favor de la afirmación de Morgenthau de que los Estados buscan siempre más poder. Trata de demostrar que el *bandwagoning* es más común que el balancing y si se cree que esto es así, entonces la teoría neorrealista es incorrecta. Schweller y yo trabajamos en programas de investigación distintos". K. N. Waltz, "Evaluating Theories", *American Polical Science Review*, Vol. 91, n.º 4, 1997, p. 915.

es decir, aquellos actores que optan por mantener lo que ya tienen; y los Estados revisionistas que son, empleando una definición sencilla, aquellos que quieren incrementar su poder[38].

Sin embargo, Schweller no pretende desacreditar las aportaciones centrales de las teorías del equilibrio. Refiriéndose a Walt señala que la teoría del equilibrio de amenazas, así como la proposición más general de que los comportamientos tendentes al equilibrio son predominantes, sólo se cumplen si se aplican a actores conservadores o receptores de amenazas. Schweller explica que hay otro tipo de Estados que son capaces de responder a las oportunidades que perciben en su entorno y concluye que el *bandwagoning* es una forma de comportamiento bastante más común de lo que Waltz y Walt mantienen, especialmente entre Estados insatisfechos.

La teoría del equilibrio de intereses cuestiona, por una parte, la composición estrictamente material del concepto de estructura en la tradición waltziana y, por otra, la capacidad explicativa de una teoría que hace residir en la polaridad la lógica del comportamiento de los Estados y la estabilidad del sistema internacional[39]. Desde esta perspectiva, Schweller mantiene que el determinante estructural no es el poder en sí mismo, sino el uso que los Estados hacen de sus recursos para lograr las metas que se proponen. Cuestiones centrales para este autor son: si el poder es un medio para mantener el sistema o si, por el contrario, se utiliza para destruirlo; si el poder es un instrumento para aumentar la seguridad o si, por el contrario, es el medio empleado para conseguir nuevas metas mediante la amenaza contra otros Estados. Dicho de otra forma, la estabilidad del sistema depende del equilibrio entre las fuerzas conservadoras y las fuerzas revisionistas. Cuando los Estados que defienden los valores del *statu quo* son más poderosos que los Esta-

---

[38] Los Estados partidarios del *statu quo* buscan ante todo la auto-preservación y la protección de los valores que ya poseen. Son maximizadores de su seguridad y no de su poder y las ganancias potenciales que podría aportar la expansión no sobrepasan en sus valoraciones a los costos asociados a un eventual conflicto bélico. De hecho, incluso en aquellas escasas ocasiones en que optan por la expansión, no emplean medios militares para conseguir tal propósito. Contrariamente, los Estados revisionistas valoran más lo que no tienen. En general, estos actores son propensos a emplear su fuerza militar para desafiar el *statu quo* y ampliar sus valores, puesto que las ganancias percibidas en la expansión son superiores a los costos de la guerra. Además, reparan en la necesidad de convertirse en potencias preponderantes por su poder para desafiar de forma efectiva el *statu quo* y, por ello, tienden a unirse para ser más fuertes que la parte conservadora del sistema. Por ello, su interés en el poder militar varia dependiendo del grado de amenaza percibida hacia sus valores. R. L. Schweller, "*Bandwagoning* for Profit…", *op. cit.*, p. 104-105.

[39] R. L. Schweller, "Bandwagoning for Profit…", *op. cit.*, p. 104. Ver también su contribución: "Realism and the Present Great Power System…", *op. cit.*

dos revisionistas, el sistema permanecerá invariable. Contrariamente, cuando los Estados revisionistas, con una propuesta de valores diferente toman ventaja, el sistema experimentará un cambio. La teoría de Schweller es una teoría sobre los conflictos de intereses que tienen lugar en el nivel sistémico.

Son interesantes las reflexiones de Schweller sobre un sistema internacional dominado por Estados partidarios del *statu quo.* Un sistema de estas características tendría gran semejanza con el vigente en nuestros días. En tal sistema, la necesidad de equilibrar la distribución de recursos materiales entre Estados desaparece porque, con independencia de sus capacidades, todos los actores comparten una idea del sistema internacional y unos valores comunes. Estos valores compartidos, aunque reposan en el nivel de las unidades, son inequívocamente una variable del nivel sistémico[40].

Esta última idea está en consonancia con la visión del realismo clásico sobre el equilibrio de poder y la estructura del sistema internacional. En contraste con la concepción neorrealista del equilibrio de poder como una consecuencia autorregulada e involuntaria de la estructura del sistema, los realistas tradicionales entendían el equilibrio de poder como un acuerdo de cooperación deliberado y voluntario entre las principales potencias. Estas compartían valores e intereses comunes, además de una fórmula consensuada sobre las normas básicas de comportamiento requeridas para el perfecto funcionamiento del sistema[41].

Es precisamente esta última perspectiva la que adopta Schweller. Se podría sostener que en su obra el componente materialista de la estructura del sistema internacional se complementa con la distribución de intereses. Por tanto, el comportamiento exterior de los actores está constreñido por una base material, pero también por los intereses en juego en el nivel sistémico. Los recursos nos dicen "cuanta influencia puede tener un Estado sobre los demás", mientras que "los intereses [nos dicen] cuando y con qué propósito será usada dicha influencia". Por tanto, "el poder y los intereses están estrechamente relacionados"[42].

5.5. EL PAPEL DE LAS PERCEPCIONES

Un último grupo de aportaciones teóricas pretende mejorar la capacidad explicativa del neorrealismo recurriendo no ya al nivel de análisis de las uni-

---

[40] R. L. Schweller, "Bandwagoning for Profit…", *op. cit.*, p. 106.
[41] R. L. Schweller, "A Tale of Two Realisms…", *op. cit.*, p. 12.
[42] *Ibidem*, p. 10.

dades, sino al del individuo. Estas teorías llaman la atención sobre el hecho de que la distribución de poder influye en el comportamiento de los actores, a través de las percepciones de los gobernantes. Al igual que el caso de aportaciones anteriores, la introducción del fenómeno perceptual supone relativizar de nuevo la influencia de la distribución de poder.

La parsimonia atribuida a la teoría de Waltz provenía de la pretensión de explicar los acontecimientos internacionales, tomando como único referente consideraciones estructurales. Las percepciones de los que toman las decisiones en el nivel estatal tienen para la teoría waltziana una importancia residual, ya que sólo la estructura constriñe y, a la vez, da forma al comportamiento de los actores. Sin embargo, como señalan T. Christensen y J. Snyder, el análisis estructural "ultraparsimonioso" desarrollado por Waltz, que únicamente tiene en cuenta la polaridad, no es capaz de explicar la complejidad de los comportamientos conducentes a la formación de alianzas entre las principales potencias en un sistema en el que existen más de dos polos[43].

Un rasgo diferencial de gran parte de estos desarrollos teóricos radica en la confluencia de las formulaciones estructurales waltzianas con las formulaciones centradas en el dilema de la seguridad[44]. En este sentido, es imprescindible mencionar la obra de Jervis. Sus elaboraciones teóricas sobre las variables ofensivo-defensivas, expuestas en un apartado anterior, abrieron nuevas vías de investigación, tanto en el terreno de las implicaciones de la tecnología militar como en el de las percepciones[45].

Un buen ejemplo que ilustra estas nuevas vías puede encontrarse en la obra de Christensen y Snyder. El énfasis de sus aportaciones recae en la cuestión de las percepciones correctas o erróneas en torno al equilibrio ofensivo-defensivo. En discrepancia con Waltz, estos autores no entienden que

---

[43] T. Christensen and J. Snyder, "Progressive Research and Degenerative Alliances", *American Political Science Review,* Vol. 91, n.º 4*,* 1997, p. 919 y "Chain Gangs and Passed Bucks: Prediction Alliance Patterns in Multipolarity", *International Organization*, Vol. 44, n.º 2, 1990, p. 167.

[44] T. Christensen, "Perceptions and Alliances in Europe", *International Organization,* Vol. 51, n.º 1, 1997, p. 65.

[45] Jervis es uno de los pioneros en la introducción de las cuestiones preceptuales en las Relaciones Internacionales. Su obra incorpora proposiciones provenientes de la psicología cognitiva para el estudio de las espirales de conflictos, los errores estratégicos y las decisiones, correctas o erróneas, tomadas por los diplomáticos. Jervis llega a la conclusión de que, bajo condiciones de incertidumbre, los gobernantes adoptan cursos de acción bajo la influencia de estereotipos, analogías o rutinas. Puede verse: R. Jervis, "Hypotheses on Misperception," en R. Falk and S. Kim (Eds.), *The War* System, Boulder, Westview Press, (1968) 1980 y *Perception and Misperceptions in International* Politics, New Jersey, Princeton University Press, 1976.

las percepciones sean factores endógenos del poder, ni tampoco producto de la incertidumbre. Argumentan que las percepciones son el resultado de lecciones aprendidas de la historia y del poder relativo de la sociedad civil y militar en el nivel estatal. Las percepciones y las preferencias domésticas se convierten así en una variable central para determinar el comportamiento de los Estados, especialmente en momentos de cambios importantes en la distribución de poder[46].

Críticos con la indeterminación del neorrealismo, Snyder y Christensen afirman que, con demasiada frecuencia, éste demuestra ser de poca utilidad para explicar, en presencia de una estructura que permanece invariable, acontecimientos internacionales muy dispares en cuanto a sus características. Para corregir esta deficiencia, Christensen y Snyder se proponen introducir una variable no estructural, las percepciones de los gobernantes sobre la eficacia relativa de llevar a cabo políticas ofensivas o defensivas. Tales percepciones afectan en gran medida al comportamiento de los Estados, sobre todo cuando se trata de formar alianzas, y pueden dar lugar, en contextos estructurales complejos, a conductas que escapan a la lógica del equilibrio de poder[47].

El argumento central de Snyder y Christensen es que bajo condiciones de multipolaridad, si los gobernantes creen que las doctrinas militares ofensivas son más eficaces, la posibilidad de que existan alianzas fuertes y rápidas escaladas armamentísticas es alta (*chain ganging*), mientras que si creen justamente lo contrario, tratarán de pasar el costo de oponerse a los desafiantes a otros actores (*buck passing*)[48].

En el primer caso, la conexión entre la percepción de la eficacia de llevar a la práctica una estrategia ofensiva y la formación de alianzas radica en el miedo de que una acción inicial del adversario pueda tener éxito e impulse al agresor a posteriores acciones con igual resultado. En este contexto, los gobernantes de los Estados más próximos al agresor perciben que la confrontación va a resolverse de forma rápida y contraria a sus intereses y, por tanto, temen ser eliminados. Es por ello que buscan aliados cercanos. Sin embargo, para que las alianzas se establezcan, es necesario además que aquellos acto-

---

[46] T. Christensen, "Perceptions and Alliances in Europe", *op. cit.*, p. 92. Ver también: W. Wohlforth, "The Perception of Power: Russia in the Pre-1914 Balance," *World Politics*, Vol. 39, n.º 3, 1987; S. M. Walt, *Revolution and War*, Ithaca, Cornell University Press, 1996, capítulo 2; J. Taliaferro, "Quagmires in the Periphery: Foreign Wars and Escalating Commitment in International Conflict", *Security Studies*, Vol. 7, n.º 3, 1998.

[47] T. Christensen and J. Snyder, "Progressive Research on Degenerate Alliances", *op. cit.*, p. 920.

[48] T. Christensen, "Perceptions and Alliances in Europe", *op. cit.*, p. 67.

res que se encuentran ante una amenaza menos inminente ("en segunda línea de fuego") compartan las valoraciones estratégicas de los primeros y, consecuentemente, teman que si sus posibles aliados son eliminados rápidamente puedan encontrarse aislados, convirtiéndose en presa fácil para el agresor en el supuesto de reanudación del conflicto.

En el segundo caso, la conexión entre la percepción de llevar a cabo prácticas defensivas y el *buck-passing* radica en la creencia de que la seguridad en el sistema es abundante. Los Estados perciben que ser los primeros en oponerse al atacante puede ser extremadamente costoso pero, en todo caso, lo será más para el adversario, ya que aunque éste pudiera ganar en el uno contra uno no lo conseguiría de forma fácil. En este contexto, los Estados "en segunda línea de fuego" solamente prestarán asistencia al Estado más directamente afectado por una agresión en caso de que sea estrictamente necesario y cuando el enemigo se encuentre ya debilitado por las hostilidades. Estos actores intentarán permanecer al margen, evitando conscientemente los esfuerzos de los Estados que pretenden inmiscuirlos en la lógica del *balancing*.

Finalmente, las percepciones erróneas de los gobernantes son el último de los factores que distorsionan los efectos del equilibrio de poder en el sistema internacional. Este fenómeno tiene lugar cuando los que toman las decisiones basan sus acciones en percepciones incorrectas de la distribución de poder. Esta falta de precisión hace que los Estados reaccionen ante amenazas insignificantes, permanezcan inmóviles antes situaciones cruciales para su integridad o incluso presten asistencia a la parte que menos favorece sus intereses en un enfrentamiento bélico. Snyder y Christensen señalan, por ejemplo, que si un actor confunde a un Estado fuerte con uno débil se comportará con arreglo al *bandwagoning*, a pesar de que su pretensión inicial fuese la contraria, es decir, el *balancing*[49].

A diferencia de Snyder y Christensen, otros autores, como W. Wohlforth y R. L. Schweller, analizan la cuestión perceptual, no tanto en el marco del dilema de la seguridad como en el marco de la distribución de poder internacional. Puede entenderse, quizá, que estos autores se hallan en sintonía con el retorno de ciertos presupuestos del realismo tradicional, entre ellos, la importancia del poder en la determinación de las acciones de los Estados. Wohlforth señala que, desde un punto de vista explicativo, las percepciones sobre el poder son mas dinámicas que las meras cuantificaciones de las rela-

[49] *Ibidem*, p. 68.

ciones de fuerza entre los actores[50]. Los cambios repentinos en el comportamiento de los Estados pueden estar relacionados con las percepciones de las variaciones en la distribución de poder. Dichos cambios pueden no ser detectados por las mediciones típicas de recursos. Consecuentemente, W. Wohlforth desafía la validez de aquellos estudios realizados sobre la distribución de poder en el sistema internacional que no tienen en cuenta la manera en que los actores perciben el poder. Si el poder influencia el curso de la política internacional, "lo hace en gran medida a través de las percepciones de las personas que toman las decisiones" [51].

Pero además, W. Wohlforth pone de relieve que, en ocasiones, los que toman las decisiones no actualizan sus estimaciones y preferencias políticas en relación con la nueva información derivada de los cambios que se producen en los recursos relativos de los Estados. A menudo, adoptan analogías históricas y otros estereotipos cognitivos para procesar la información entrante y para seleccionar las opciones de actuación. Lo que esto significa es que, en la práctica, la traducción del poder del Estado en comportamiento no siempre se ajusta a las predicciones derivadas del equilibrio de poder. Es por ello que gran parte de las teorías realistas confieren un papel explícito a los sistemas de creencias preexistentes, las imágenes de los adversarios, la aversión a las pérdidas y la propensión al riesgo en el proceso de toma de decisiones en política exterior[52].

En una línea similar, Schweller señala que los hombres de Estado actúan sobre la base de un entendimiento subjetivo de la distribución de poder que, a menudo, diverge de la situación objetiva[53]. Las percepciones de los líderes nacionales juegan un papel crítico, condicionando el modo en que los Estados responden ante la estructura de poder[54]. Los que toman las decisiones

---

[50] W. Wohlforth, *The Elusive Balance: Power and Perceptions during the Cold War,* Ithaca, Cornell University Press, 1993, p. 2. En este punto Wohlforth comparte con Zakaria la idea de que los Estados expandirán su poder únicamente cuando los que toman las decisiones perciban un aumento relativo del poder estatal. Véase: W. Wohlforth, "Realism and the End of the Cold War", en M. Brown, S. Lynn-Jones and S. Miller (Eds.), *op. cit.*; F. Zakaria, *De la Riqueza al Poder: Los Orígenes del Liderazgo Mundial de los Estados Unidos,* Barcelona, Gedisa, 2000, p. 50.

[51] W. Wohlforth, *The Elusive Balance…*, *op. cit.*, p. 294.

[52] W. Wohlforth, "Realism and the End of the Cold War", *op. cit.*, pp. 21 y 41.

[53] R. L. Schweller, *Deadly Imbalances: Tripolarity and Hitler's Strategy of World* Conquest, New York, Columbia University Press, 1998, https://wwwc.cc.columbia.edu/sec/dlc/ciao/ book/schweller/schweller02.html, (Agosto, 2001)

[54] Zakaria, por ejemplo, sostiene que un incremento en el poder nacional de un Estado incrementa la ambición internacional, pero los líderes nacionales sólo optan por la expansión cuando y dónde se minimicen los costos y los riesgos. Por tanto, es lógico admitir que las per-

son conscientes de que el éxito de las políticas que pretenden llevar a cabo pasa por hacer una lectura correcta de la distribución de poder. Por supuesto, no todos los actores demuestran la misma habilidad y, ocasionalmente, pueden confundirse. Cuando las percepciones difieren marcadamente de la realidad objetiva, las teorías estrictamente estructurales no son capaces de predecir el comportamiento de tales actores. A pesar de ello, Schweller sostiene que este hecho no invalida su utilidad, porque la estructura material afecta inevitablemente a los Estados con independencia de que ésta haya sido percibida de forma correcta o incorrecta, recompensando a aquéllos que persiguen políticas que están en consonancia con sus dictados y castigando a aquéllos que no se ajustan a estos parámetros[55].

cepciones de los que toman las decisiones juegan un papel determinante en la elección de las distintas políticas exteriores que practican los Estados. F. Zakaria, *De la Riqueza al Poder…*, *op. cit.*, p. 52.

[55] R. L. Schweller, *Deadly Imbalances…*, *op. cit.*

CAPÍTULO 6

EL NEOLIBERALISMO

El globalismo experimentó un notable desarrollo en los años setenta. Este desarrollo fue quizás más notorio, no tanto en su vertiente mundialista como en su vertiente transnacionalista. Obras significativas del transnacionalismo fueron *Transnational Relations and World Politics* y *Power and Interdependence*, ambas publicadas por R. O. Keohane y J. S. Nye en 1972 y 1977 respectivamente. En particular, la última de estas obras parecía llamada a ejercer un grado de influencia considerable. Muchos autores vieron en ella un ataque frontal contra el realismo, así como los cimientos de un nuevo paradigma.

Sin embargo, la relevancia de *Power and Interdependence* se vio un tanto oscurecida por dos circunstancias. La primera fue el giro dado por la política internacional a finales de los años setenta, con el inicio de un nuevo periodo de guerra fría. A la luz del nuevo clima político, los presupuestos realistas volvieron a ocupar posiciones de privilegio. La segunda estuvo constituida por la aparición de *Teoría de la Política Internacional* de K. N. Waltz. La conjunción de ambas circunstancias convertiría al neorrealismo waltziano en el enfoque dominante en la disciplina.

Con todo, el neoliberalismo o el institucionalismo neoliberal, denominaciones más frecuentes en nuestros días para referirse a las aproximaciones transnacionalistas, ha dado lugar a la creación de un cuerpo teórico de gran importancia en la disciplina: los regímenes internacionales. Hay que insistir en que el neoliberalismo no representa el ataque frontal al neorrealismo al que se ha aludido. El neoliberalismo no reniega del neorrealismo. Pero, en su relación con este último, va más allá de las críticas formuladas por autores

de orientación realista. El neoliberalismo considera que el tipo de situaciones que el neorrealismo puede explicar, las relativas a la seguridad o al poder, son cada vez menos relevantes en el mundo actual. Los autores neoliberales proceden a ampliar los horizontes de la disciplina, incluyendo en ella las cuestiones de cooperación. A la hora de explicar la cooperación no bastará con recurrir a factores materiales como la distribución de poder. Además, será necesario tener presente la relevancia de las ideas.

6.1. CONTINUIDADES Y RUPTURAS CON EL NEORREALISMO

Desde el punto de vista ontológico y epistemológico, tal y como se puso de relieve en el capítulo 3, existen coincidencias muy apreciables entre neorrealismo y neoliberalismo. En el plano ontológico, en lo que concierne al eje individualismo-holismo, el neoliberalismo se decanta por una ontología individualista. En lo que atañe al eje materialismo-idealismo, el neoliberalismo quiere tender hacia la parte idealista del mismo. Es aquí donde pueden producirse las diferencias más sensibles entre ambos. En el plano epistemológico, al igual que el neorrealismo, el neoliberalismo es partidario del naturalismo, impulsando la aplicación del método científico a las Relaciones Internacionales.

Como acabamos de apuntar, una de las principales coincidencias entre neorrealismo y neoliberalismo se registra en el terreno epistemológico. Ambos se adhieren a una epistemología positivista o naturalista. El propio Keohane manifiesta que "el institucionalismo neoliberal...comparte algunos importantes compromisos intelectuales con el neorrealismo. Al igual que los neorrealistas, los institucionalistas neoliberales buscan explicar regularidades de comportamiento examinando la naturaleza del sistema internacional descentralizado"[1]. Es cierto que pueden discernirse algunas diferencias. Por ejemplo, la obra de Waltz descansa en las ideas de Popper, mientras que la obra de Keohane toma como referencia las ideas de Lakatos. Son claras en Keohane las alusiones a los *Programas de Investigación* de este último. En buena medida, los programas de investigación de Lakatos constituyen una reformulación de la teoría del conocimiento de Popper, en respuesta al embate relativista de la obra de Kuhn. Esto permitiría quizás definir a los neoliberales como neopositivistas. Pese a ello, son muchas más las cosas que

[1]R. O. Keohane, "Institucionalismo Neoliberal: Una Perspectiva de la Política Mundial", en R. O. Keohane, *Instituciones Internacionales y Poder Estatal: Ensayos sobre Teoría de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, GEL, (1989) 1993, p. 23.

unen epistemológicamente a neorrealistas y neoliberales, como indicaba Keohane, que las que les separan. Tanto unos como otros están unidos por una concepción naturalista de la ciencia.

Asimismo, el neorrealismo y el neoliberalismo proceden a la "importación" de teorías de la Economía. En el caso del segundo, la importación de herramientas teóricas de la microeconomía es mucho más sofisticada. Gracias a ella, los neoliberales van a rechazar las pesimistas conclusiones a las que llega el neorrealismo sobre la cooperación. El propósito de los neoliberales, en concreto de Keohane, es construir una teoría funcional de los regímenes internacionales. Para ello, se basa en la teoría de los juegos —sobre todo en el dilema del prisionero— y en la teoría de la acción colectiva. Estas teorías muestran que, bajo ciertas condiciones, actores racionales, pese a existir un cierto grado de convergencia de intereses entre ellos, no pueden alcanzar un resultado óptimo. La razón de esta desfavorable situación, como también estas teorías subrayan, reside en que las barreras a la información y la comunicación en las relaciones entre Estados pueden impedir la cooperación y crear desacuerdos, aun cuando haya intereses comunes[2].

Además, los neoliberales también hacen uso de las teorías sobre el "fracaso del mercado". Por fracaso del mercado, Keohane se refiere a aquellas situaciones en las que los resultados de las interacciones promovidas por el mercado son sub-óptimas, dadas las funciones de utilidad y los recursos a disposición de los actores. Es decir, la conclusión de acuerdos que serían beneficiosos para todas las partes no se produce. La responsabilidad de este hecho cabe atribuirla a la estructura del sistema y a la ausencia de instituciones que le caracteriza. Los defectos institucionales tienen mucho que ver con los fracasos de coordinación. Con arreglo a esta argumentación, la aparición de instituciones persigue superar las deficiencias que imposibilitan cerrar acuerdos mutuamente beneficiosos[3]. El sistema internacional es visto, pues, como algo análogo a un "mercado imperfecto", es decir, presenta una situación de "fracaso del mercado político" y, en una lógica paralela, el surgimiento de regímenes internacionales apunta a resolver esas deficiencias, proveyendo, a través de la cooperación, las "esperadas ganancias".

El neoliberalismo se propone desafiar al neorrealismo en su propio terreno y con sus propias "reglas de juego". Los neoliberales entienden que es necesario dar cuenta, además de comportamientos conflictivos, de comportamientos cooperativos entre Estados. Desde este punto de vista, el neolibera-

---

[2] R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, pp. 94-96.
[3] *Ibidem*, pp. 82-83.

lismo aglutina en su seno al neorrealismo[4]. El neoliberalismo edifica su teoría sobre aquello que el neorrealismo no explica, las relaciones de cooperación, partiendo de premisas claramente neorrealistas. Keohane y Nye afirman que el institucionalismo neoliberal "busca explícitamente construir una teoría de las instituciones, con lo que podrían ser consideradas implicaciones liberales, sobre premisas que son consistentes con las del realismo político"[5]. En esta frase quedan reflejados dos aspectos fundamentales del neoliberalismo: por un lado, el notable grado de acercamiento al neorrealismo y, por otro, la adscripción profunda a la filosofía y valores que han guiado siempre a la tradición liberal.

En relación con el primero de estos aspectos, el notable acercamiento al neorrealismo, para algunos una mera "conversión"[6], es consecuencia de la asunción de las premisas neorrealistas. La primera de estas premisas viene dada por el hecho de que "los Estados son los actores cruciales...Nuestro análisis de la cooperación y los regímenes internacionales, por tanto, se centra especialmente en los Estados"[7]. Asimismo, los neoliberales adoptan, consciente y deliberadamente, otra premisa realista: el "egoísmo racional" de los actores, es decir, que los Estados persiguen racionalmente su propio autointerés. De modo premeditado, los neoliberales escogen jugar con las "reglas del juego" del neorrealismo, en el sentido de que dejan de lado motivaciones de tipo idealista o altruista que estimulen la cooperación. Como dice Keohane expresamente, "partiendo de premisas similares acerca de las motivaciones, procuro demostrar que el pesimismo realista con respecto al bienestar basado en una creciente cooperación es exagerado...(y) criticar en sus propios términos el sombrío cuadro que el realismo pinta: la inevitabilidad de la existencia de la hegemonía o el conflicto"[8]. Los institucionalistas neoliberales intentan, consiguientemente, contradecir las previsiones neorrealistas en sus propios términos.

En tercer lugar, el neoliberalismo asume la relevancia del nivel de análisis sistémico. Con ello coincide, aunque sólo parcialmente, con el neorrea-

---

[4] R. O. Keohane, "Institucionalismo Neoliberal...", *op.cit.*, p. 35.

[5] Keohane y Nye hacen este comentario refiriéndose a la obra del primero de estos autores *Después de la Hegemonía*. Ver: R. O. Keohane and J. Nye, "Power and Interdependence Revisited", *International Organization*, Vol. 41, n.º 4, 1987, p. 729.

[6] Algunos autores, de manera un tanto exagerada, han llegado a colocar a Keohane y Nye dentro del neorrealismo. A este respecto ver: J. -F. Rioux, E. Keenes et G. Legare, *op cit.*, p. 67.

[7] R. O. Keohane, *Después de la hegemonía...*, *op. cit.*, p. 41 e "Institucionalismo Neoliberal...", *op. cit.*, p. 23.

[8] R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, pp. 46-47 y 113.

lismo. Hay una diferencia entre el énfasis neoliberal en el sistema y el énfasis neorrealista en la estructura[9]. Es cierto que los neoliberales parten del concepto de estructura neorrealista, pero efectúan una serie de precisiones importantes sobre el mismo. Señalan que dicho concepto les parece limitado y estrecho. Y ello por dos razones. De un lado, tal y como han destacado reiteradamente, porque juzgan excesivamente parsimoniosa la noción neorrealista de una estructura de poder "única" en el sistema internacional. Esto supone aceptar la premisa de la fungibilidad del poder, es decir, que los recursos de poder de los Estados pueden tratarse como si fueran homogéneos e intercambiables. En este sentido, los neoliberales se muestran partidarios de una noción diferenciada de la estructura de poder que ponga de manifiesto que en el sistema internacional pueden darse varias estructuras, diferentes según las áreas temáticas y según los recursos que, en cada una de ellas, sea posible movilizar para afectar los resultados[10]. De otro lado, los neoliberales plantean reparos al concepto de estructura neorrealista porque consideran que el sistema no está compuesto exclusivamente por elementos estructurales, sino también por otros elementos entre los que destaca el "contexto institucional" de acción. Este contexto institucional constituye una variable sistémica. Como observa adecuadamente Keohane, "lo que distingue mi argumentación del realismo estructural es mi énfasis en los efectos que tienen las prácticas e instituciones internacionales sobre la conducta estatal. La distribución del poder que acentúan los realistas es, por cierto, importante...Pero la actividad humana en el plano internacional también ejerce efectos significativos"[11].

En definitiva, el neoliberalismo subraya la relevancia de instituciones y regímenes internacionales creados por los seres humanos, sosteniendo —de modo coherente con la tradición liberal— que distintas condiciones sistémicas y, en concreto, diversos grados de institucionalización del sistema llevarán a los Estados a definir de manera diferente sus propios intereses y afectarán a los incentivos que motivan sus acciones. En estrecha relación con esto

[9] Una descripción interesante de lo que los neoliberales entienden por teoría sistémica es llevada a acabo en: R. Keohane and J. Nye, "Power and Interdependence Revisited", *op. cit.*, pp. 745-748.

[10] R. O. Keohane, "Theory of World Politics…", *op. cit.*, p. 194. Este tipo de consideraciones sobre "estructuras por áreas" fue ya realizado por Keohane y Nye en *Poder e Interdependencia…*, *op. cit.*, pp. 49-52. Como se ha señalado anteriormente, D. Baldwin efectuó también una conocida crítica a la premisa de funfibilidad del poder implícita en el planteamiento neorrealista.

[11] R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía…*, *op. cit.*, p. 42. Apreciaciones similares de este autor, en esta misma dirección, pueden encontarse en: "Theory of World Politics…", *op. cit.*, p. 195 e "Institucionalismo Neoliberal...", *op. cit.*, pp. 15 y 24-29.

último, el institucionalismo neoliberal lleva a cabo una reflexión sobre las funciones que cumplen los regímenes internacionales como promovedores de la cooperación entre Estados. Entre otras cosas, los regímenes internacionales contribuyen a reducir la incertidumbre mediante la provisión de información y la disminución de los costos de transacción. Asimismo, facilitan las negociaciones y los acuerdos intergubernamentales mutuamente beneficiosos, cuando existen intereses comunes. Por ello, los Estados ven en los regímenes internacionales algo útil a la hora de satisfacer su propio interés, es decir, "actores racionales y egoístas" tienen incentivos para establecer y mantener —basándose en el auto-interés— regímenes internacionales.

Al presentar el acercamiento entre neoliberales y neorrealistas no puede olvidarse el segundo aspecto fundamental mencionado más arriba: la identificación de los primeros con el pensamiento liberal. En efecto, quienes están asociados al pensamiento liberal sobre los asuntos mundiales comparten una serie de creencias: que las relaciones internacionales evolucionan gradualmente —aunque no necesariamente de modo fácil e inevitable— en una dirección de progreso; que el mundo se encamina hacia condiciones de paz, bienestar y justicia; que dichas condiciones son logradas en gran medida a través de la cooperación internacional; y que todo ello ha sido generado y facilitado por una serie de fuerzas interrelacionadas, desatadas por las revoluciones científica e intelectual modernas, como el gobierno republicano o democrático, la interdependencia económica y social internacional, el progreso en los conocimientos y las instituciones internacionales[12]. En este orden de ideas, Keohane hace una clara afirmación de los principios liberales que guían su pensamiento al sostener que "de forma coherente con el liberalismo, me niego a asumir, ya definiciones inmutables del interés en términos de ganancias relativas, ya modelos permanentes de conflicto entre los Estados. Para mí, la política es abierta y potencialmente progresiva, más que desoladoramente cíclica"[13]. Estas convicciones, precisamente, van a determinar el carácter diferencial de las hipótesis neoliberales a la hora de intentar explicar el fenómeno de la cooperación en situación de anarquía.

---

[12] En torno a estas características del pensamiento liberal ver: M. Zacher and R. Matthew, "Liberal International Theory: Common Threads, Divergent Strands", en C. Kegley (Ed.), *Controversies in International Relations Theory: Realism and the Neoliberal Challenge*, New York, St.Martin's Press, 1995. Una obra reciente sobre la tradición liberal en las Relaciones Internacionales es: J. L. Richardson, *Contending Liberalism in World Politics: Ideology & Power*, London, Lynne Rienner, 2001.

[13] R. O. Keohane, "Institucionalismo Neoliberal...", *op. cit.*, p. 28. Esta visión filosófica del neoliberalismo contrasta claramente con la tradición realista. Ver por ejemplo: R. Gilpin, "The Richness of the Tradition of Political Realism", *op. cit.*

6.2. REGÍMENES INTERNACIONALES *VERSUS* TEORIA DE LA ESTABILIDAD HEGEMÓNICA

El neorrealismo no se limitó a la reflexión teórica sobre la política internacional. Amplió su esfera de interés a la economía política internacional. Un grupo de autores concentró sus esfuerzos en buscar una explicación al fenómeno de la cooperación económica y, para ello, confeccionó la "teoría de la estabilidad hegemónica". Cabe destacar una cierta contradicción en los planteamientos neorrealistas, dependiendo de si éstos se refieren a la política internacional o a la economía política internacional. El énfasis recae, en el primer supuesto, en modelos de equilibrio y, en el segundo, en modelos de hegemonía. Podría haber una cierta compatibilidad en la utilización de ambos modelos. Así en un mundo bipolar, dominado por el equilibrio entre los dos polos, la teoría de la estabilidad hegemónica explicaría el porqué de la cooperación en el seno de los dos grandes bloques, especialmente en el seno del bloque occidental. La razón de dicha cooperación estribaría en la posición predominante de los Estados Unidos. Pero algunos autores neorrealistas han ido más allá, proponiendo un modelo de hegemonía, frente a uno de equilibrio, como instrumento de análisis de la política internacional[14]. En contraste con una visión de la historia basada en la sucesión de equilibrios de poder, el modelo hegemónico sugiere una visión alternativa: la sucesión de periodos de auge y declive de grandes potencias. En este caso, resultaría prácticamente imposible reconciliar ambos modelos[15].

Dejando a un lado esta posible contradicción, puede decirse que el neoliberalismo trató de desmarcarse de la teoría de la estabilidad hegemónica, en especial, en lo que concernía a dos puntos esenciales de la misma. El contenido de esta teoría establecía que la presencia de un Estado hegemónico era una condición necesaria para el desarrollo de la cooperación internacional[16].

---

[14] Éste es el caso de Gilpin, autor que propugna un modelo de hegemonía. Dicho modelo es útil, no ya para explicar la cooperación en el terreno de la economía, sino para explicar la política internacional en general. Ver: R. Gilpin, *War and Change in International Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981. Otros autores que asumen modelos hegemónicos en el estudio de las relaciones internacionales son: G. Modelski, *Long Cycles in World Politics*, London, Macmillan, 1987; P. Kennedy, *The Rise and Fall of Great Powers*, London, Fontana, 1989.

[15] Para una descripción de ambas teorías puede verse: K. Sodupe, *La Estructura de Poder del Sistema Internacional: Del Final de la Segunda Guerra Mundial a la Posguerra Fría*, Madrid, Editorial Fundamentos, 2002, pp. 37-46.

[16] Entre los autores que principalmente dieron forma a la teoría de la estabilidad hegemónica, se encuentran: C. Kindleberger, *The World in Depression:1929-1939*, Boston, Little Brown,1973 y "Dominance and Leadership in the International Economy: Exploitation,

En sentido inverso, el declive de dicho Estado estaba asociado a una quiebra de las relaciones de cooperación. Como sostienen algunos neorrealistas, el Estado hegemónico podría considerarse como la figura más próxima a la de una autoridad central en el sistema internacional. Durante determinados periodos de tiempo, al implantar una especie de centralización legítima de la fuerza, desempeñaría papeles propios de esta última. Esta circunstancia mitigaría la anarquía del sistema, haciendo más probable la cooperación. J. Gowa ha indicado que los Estados que se encuentran inmersos en un subsistema dominado por una potencia hegemónica son bien autorizados o bien constreñidos a cooperar. Aquellos inclinados a cooperar pueden hacerlo con la certeza de que la potencia hegemónica no los explotará; aquellos inclinados a "desertar" se verán disuadidos de tal vía de acción ante la expectativa de ser sancionados por dicha potencia. En general, la presencia de polos dominantes en la política internacional tiende a promover más relaciones de cooperación que las que podrían darse en su ausencia[17].

Los autores neoliberales reconocen que la hegemonía lleva implícita funciones que facilitan la cooperación, aunque ésta adopte una forma asimétrica. También reconocen que el Estado dominante puede decidir reforzar la cooperación mediante la creación de regímenes que respondan a su concepción de lo que debe ser el orden internacional[18]. Sin perjuicio de estos reconocimientos, el neoliberalismo pretende establecer su propia aproximación teórica al fenómeno de la cooperación. R. O. Keohane escribe que puede haber cierta validez en la teoría de la estabilidad hegemónica, cuando ésta afirma que la hegemonía facilita una forma de cooperación. Pero, al mismo tiempo, manifiesta que hay pocas razones para creer que la hegemonía sea una condición necesaria o suficiente para la aparición de relaciones de cooperación. Más aún, dice Keohane, después de haberse creado regímenes internacionales, la continuidad de la cooperación no requiere necesariamente la existencia de un Estado hegemónico[19]. Estas consideraciones recogen los dos puntos esenciales, a los que se ha aludido más arriba, que van a marcar

---

Public Goods, and Free Rides", *International Studies Quarterly*, Vol. 25, n.º 2/3, 1981; R. Gilpin, *U.S. Power and the Multinational Corporation: The Political Economy of Foreign Direct Investment*, New York, Basic Books,1975; S. Krasner, "State Power and the Structure of International Trade", *World Politics*, Vol. 28, April,1976.

[17] J. Gowa, "Anarchy, Egoism and Third Images: The Evolution of Cooperation and International Relations", *International Organization*, Vol. 40, n.º 1, 1986, pp. 174-175.

[18] De hecho, Keohane dedica una parte de su obra *Después de la Hegemonía* a analizar la posición privilegiada de los Estados Unidos en la posguerra. Asimismo, analiza los regímenes internacionales que, a impulsos de la misma, fueron creados. Ver: R. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, capítulo 8.

[19] R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía..., op. cit.*, p. 50

las distancias entre neoliberales y neorrealistas. Primero, la hegemonía no es una condición ineludible para la emergencia de una cooperación significativa. Segundo, los regímenes internacionales, expresión de dicha cooperación, pueden mantenerse en el tiempo, pese a la transformación de la distribución concreta de poder que los hizo posibles. De esta manera, el neoliberalismo quiere apartarse de las sombrías perspectivas que el declive de la potencia hegemónica proyecta sobre la cooperación, por no hablar del estallido de grandes guerras como mecanismo de tránsito de un periodo de hegemonía a otro.

Antes de entrar a desarrollar la argumentación neoliberal en torno a los dos puntos mencionados, es preciso detenerse en la definición de "régimen internacional". No parece necesario insistir en que se trata de un concepto central en el desarrollo teórico del institucionalismo neoliberal. Tal concepto constituye un instrumento de primer orden para el estudio de formas de comportamiento gobernadas por reglas en el plano internacional. El grado de institucionalización a que dan lugar dichos comportamientos escapa en muchas ocasiones al marco formal de las organizaciones internacionales. Puede decirse que en la abundante literatura sobre regímenes internacionales existe un consenso en torno a su definición[20]. Dicho consenso data de comienzos de los años 80. En una conocida obra colectiva sobre regímenes internacionales, S. Krasner los definió como "conjuntos de principios explícitos o implícitos, normas, reglas y procesos de toma de decisión en torno a los cuales convergen las expectativas de los actores en un área dada de las Relaciones Internacionales. Los principios son creencias de hecho, de causalidad y de rectitud. Las normas son estándares de comportamiento definidos en términos de derechos y obligaciones. Las reglas son prescripciones o prohibiciones específicas de cara a la acción. Los procesos de toma de decisión son las prácticas prevalecientes para la formación y la implementación de las decisiones colectivas"[21]. Con esta definición de regímenes internacionales, los

---

[20] Entre las contribuciones que ofrecen una perspectiva general de la Teoría de los Regímenes pueden mencionarse las siguientes: S. D. Krasner (Ed.), *International Regimes,* Ithaca, Cornell University Press, 1983; S. Haggard and B. Simmons, "Theories of International Regimes", *International Organization*, Vol. 41, n.º 3, 1987; A. Hurrell, "Teoría de los Regímenes Internacionales: Una Perspectiva Europea", *Foro Internacional*, Vol. 31, n.º 5, 1991; A. Hasenclever, P. Mayer y V. Rittberger, "La Teoría de los Regímenes Internacionales: Situación Actual y Propuestas para una Síntesis", *Foro Internacional*, Vol. 39, n.º 4, 1999.

[21] Curiosamente, esta definición de regímenes internacionales fue propuesta por un autor considerado neorrealista. Ver: S. Krasner, "Structural Causes and Regime Consequences: Regimes as Intervening Variables", en S. Krasner (Ed.), *International Regimes*, *op. cit.*, p. 2. Esta definición fue tomada como referencia por las diferentes contribuciones contenidas en la obra editada por Krasner.

neoliberales tratan de subrayar la significación del contexto institucional internacional, sin "denigrar el papel del poder de Estado"[22].

Es necesario mencionar que el neoliberalismo, a través de los regímenes internacionales, contribuye a incorporar no sólo fuerzas materiales, sino también ideas a la teoría internacional. Como se ha indicado con anterioridad, los préstamos de la teoría micro-económica son más intensos que los del neorrealismo. En el plano ontológico, en lo que concierne al eje individualismo-holismo, el neoliberalismo se decanta por una ontología individualista. Debe destacarse que, tanto en el caso neorrealista como neoliberal, el recurso a la teoría micro-económica es responsable de dicha posición ontológica. Pero ha de indicarse que, en el caso del neoliberalismo, la adopción de presupuestos micro-económicos produce resultados un tanto contradictorios y ello porque si bien, como acabamos de señalar, tales presupuestos son determinantes de una ontología individualista, al mismo tiempo permiten a los autores neoliberales desplazarse hacia la parte idealista del eje ontológico materialismo-idealismo. Los regímenes internacionales resultan de las acciones, en este caso intencionadas, de Estados con identidades e intereses dados. La explotación de la teoría micro-económica hace posible que actores racionales y egoístas contemplen la posibilidad de cooperar, de formar regímenes internacionales. El neoliberalismo, en consecuencia, se distancia de la ontología estrictamente materialista del neorrealismo. La estructura del sistema sigue compuesta de fuerzas materiales. Pero los neoliberales añaden las ideas como una variable sistémica, fruto de las interacciones de los Estados, que actúa entre la estructura y el comportamiento de las unidades[23]. A diferencia de lo que ocurre en el neorrealismo, en el neoliberalismo los regímenes internacionales poseen un carácter autónomo, no representando un mero mimetismo con respecto a la distribución de poder material, ni estando estrechamente subordinados a la esfera de lo político[24].

Retomando la primera de las cuestiones planteadas más arriba, que la hegemonía no es imprescindible para la aparición de regímenes internaciona-

---

[22] R. O. Keohane, "Institucionalismo Neoliberal...", *op. cit.*, p. 29.

[23] Es conveniente matizar esta incorporación de ideas en el planteamiento neoliberal. En ocasiones, dada la influencia de la teoría microeconómica, más que de ideas habría que hablar de la toma en consideración de meras expectativas. Como se indica más adelante, esto llevará a autores como J. G. Ruggie a calificar el racionalismo, incluido el neoliberalismo, de neoutilitarismo.

[24] Ese papel autónomo de los regímenes es claramente expuesto en una de las obras iniciales de lo que luego daría en llamarse institucionalismo neoliberal por S. Krasner, "Regimes and the Limits of Realism: Regimes as Autonomous Variables", en S. Krasner (Ed.), *International Regimes*, *op. cit.*, pp. 355-368.

les, cabe decir que, en su contra, los autores neoliberales emplean dos argumentos principales. El primero de estos argumentos se basa en una nueva lectura de la teoría de la acción colectiva. Amparándose en la lógica de esta teoría[25], el neoliberalismo sostiene que la hegemonía constituye tan sólo un caso especial de "grupo privilegiado", es decir, de grupo capaz de suministrar un bien colectivo. Reconoce que, con arreglo a la teoría de la acción colectiva, la cooperación para la provisión de bienes colectivos en grupos grandes resulta extremadamente difícil. Si la contribución de cada actor individual respecto al valor total del bien es relativamente escasa, pero costosa para todos ellos, y si los no contribuyentes a dicha provisión pueden beneficiarse en cualquier caso del bien colectivo, los miembros del grupo optarán por ser *free riders*. Como todos ellos tienen incentivos para actuar de modo similar, el bien no será suministrado y todos los actores se encontrarán en una situación peor que la que se hubiera producido de proveerse tal bien.

Aun siendo esto así, los autores neoliberales afirman que la cooperación de unos pocos países para la provisión de bienes colectivos es perfectamente coherente. No sólo la hegemonía, sino también "los grupos reducidos" (*small groups*) constituyen grupos privilegiados según la teoría de la acción colectiva. En los grupos reducidos, los actores interactúan reiteradamente entre sí, con lo cual se hallan en una situación que cabe calificar de "interdependencia estratégica". En ella, los actores son capaces de controlar mutuamente sus conductas. No puede utilizarse la teoría de la acción colectiva, escribe Keohane, para descartar la efectiva colaboración oligopolística entre unos pocos actores, en cuyo marco cada uno de ellos supervisa y reacciona ante la conducta de los demás. Aun cuando no exista un ente hegemónico, un número pequeño de actores significativos puede ser capaz de desarrollar las funciones que habitualmente se le atribuyen a aquél[26]. En la medida en que el número de Estados fuertes en el sistema internacional es pequeño, Keohane entiende que el escenario de "grupos reducidos" puede reflejar fielmente la realidad internacional.

---

[25] Ya se ha hecho referencia en distintas ocasiones a la obra de M. Olson, *La Lógica de la Acción Colectiva. Bienes Públicos y la Teoría de los Grupos*. Sobre esta misma cuestión, puede también consultarse, T. Schelling, *Micromotives and Macrobehavior*, New York, Norton, 1978; R. Hardin, *Collective Action*, Baltimore, The John Hopkins University Press,1982.

[26] R. Keohane, *Después de la Hegemonía..., op. cit.*, p. 105. En un sentido similar argumenta: D. Snidal, "The Limits of Hegemonic Stability Theory", *International Organization*, Vol. 39, n.º 4, 1985, p. 598. En ambos casos, se hace referencia a la posibilidad de que, en ausencia de hegemonía, pueda haber mayores perspectivas no sólo de más relaciones de cooperación, sino también de que dichas relaciones sean más simétricas, con un reparto de los costos y beneficios más equitativo.

La segunda razón que cuestiona el carácter inevitable de la relación entre hegemonía y cooperación, está basada en la teoría de los juegos. Las principales conclusiones a este respecto han sido obtenidas por R. Axelrod, utilizando el juego del dilema del prisionero iterado. La reiteración del juego crea una situación similar a la de interdependencia, en la cual los jugadores emplean una estrategia de reciprocidad (*tit for tat*). El primer jugador comienza cooperando y, a partir de ahí, cada uno de los participantes responde a defecciones con defecciones y a cooperación con cooperación. El resultado final es una cooperación mutuamente beneficiosa. Axelrod, pues, defiende que la cooperación puede emerger en un mundo de actores egoístas sin que exista un control centralizado, siempre que los Estados que participen en ese mundo confíen en la reciprocidad[27]. Tanto en la teoría de la acción colectiva como en la teoría de los juegos, se ha señalado que las perspectivas para una cooperación efectiva disminuyen con el aumento del número de actores. Esto es así porque con dicho aumento se torna más difícil el control mutuo de los comportamientos y, por tanto, la posibilidad de evitar o, en su caso, sancionar las defecciones[28]. En definitiva, se está haciendo alusión aquí a los obstáculos que el incremento de los costos de transacción y las mayores deficiencias en la información representan para el desarrollo de la cooperación. Los regímenes internacionales se crean precisamente para responder a este tipo de situaciones. Los regímenes internacionales contribuyen a resolver los problemas de control de comportamientos y de sanción de conductas anómalas, ofreciendo estándares de evaluación de las mismas y asignando responsabilidades en la aplicación de sanciones. Más concretamente, los regímenes internacionales hacen posible: el establecimiento de reglas explícitas que clarifican lo que es un comportamiento cooperativo y lo que no lo es; la provisión de información sobre el cumplimiento de dichas reglas; el desarrollo y mantenimiento de las reputaciones de los participantes; y, eventualmente, la creación de mecanismos de vigilancia específicos[29]. Estas cuestiones serán

---

[27] R. Axelrod, "The Emergence of Cooperation Among Egoists", *American Political Science Review*, Vol. 75, June, 1981, p. 317.

[28] Para una exposición de los problemas que un mayor número de actores plantea para el logro de la cooperación, puede consultarse: K. A. Oye, "Explaining Cooperation under Anarchy", en K. A. Oye (Ed.), *Cooperation under Anarchy*, Princeton, Princeton University Press, 1986, pp. 18-21. Contrastando con este punto de vista, Milner no considera necesariamente negativa la presencia de un número importante de actores. Ver: H. Milner, "International Theories of Cooperation Among Nations: Strengths and Weaknesses", *World Politics*, Vol. 44, n.º 3, 1992, pp. 473-74.

[29] R. Axelrod and R. O. Keohane, "Achieving Cooperation under Anarchy: Strategies and Institutions", en D. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia Univesity Press, 1993, p. 97.

tratadas con más detalle en la sección siguiente que aborda las funciones de los regímenes internacionales.

El segundo punto esencial que permite al neoliberalismo distanciarse de la teoría de la estabilidad hegemónica es el de la persistencia de la cooperación pese al declive del ente hegemónico que sentó las bases para su desarrollo. Ésta era sin duda una anomalía que desafiaba la corrección de dicha teoría. Los autores neorrealistas eran conscientes de que no había una coincidencia perfecta entre los cambios en la distribución de poder y los cambios en los regímenes internacionales. Estos últimos mostraban cierta resistencia a producirse. No obstante, estos desfases tenderían a desaparecer en un período de tiempo relativamente breve, tal y como establecían las previsiones originales de la teoría. Los autores neoliberales no comparten este punto de vista y, contrariamente, se preguntan por qué los regímenes internacionales adquieren una "fuerza inercial" que hace posible su supervivencia, aun después de extintas las condiciones que marcaron su nacimiento[30].

La respuesta a esta pregunta fue dada por R. Keohane en su obra *Después de la Hegemonía*. En ella, este autor sostiene que los regímenes internacionales, dado el papel favorecedor de la cooperación que desempeñan, pueden no solamente persistir, sino incluso verse reforzados aun en ausencia de un Estado hegemónico. El detalle de la respuesta a por qué los Estados crean regímenes internacionales y por qué éstos perduran cuando la estructura de poder que les dio vida se transforma, se halla en la teoría funcional de los regímenes internacionales[31].

6.3. UNA TEORÍA FUNCIONAL DE LOS REGÍMENES

Esta teoría considera que los Estados tienen interés en crear y mantener regímenes internacionales por los beneficios que su existencia les puede aportar. Estos beneficios provienen del marco favorecedor de la cooperación que establecen, haciendo posible dentro del mismo la consecución de acuerdos mutuamente provechosos. La teoría presupone la existencia de intereses comunes o complementarios que convierten en deseables dichos acuerdos a fin de obtener ventajas mutuas, es decir, de incrementar las ganancias absolutas. En términos de la teoría de los juegos estamos en presencia de "juegos

---

[30] R. O. Keohane and J. Nye, *Poder e Interdependencia...*, *op. cit.*, p. 85.
[31] R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía..., op. cit.*, p. 109.

de motivación mixta"[32]. Estos se distinguen porque, tanto los intereses de los participantes como los resultados del juego, pueden responder a esquemas bien cooperativos, bien conflictivos. La teoría de los juegos en la que se asientan los regímenes internacionales asume que la cooperación es deseable, pero no automática. En realidad, cada uno de los jugadores ganaría más desertando, es decir, eludiendo sus compromisos, pero si ambos jugadores cooperan lograrían beneficios mutuos que no obtendrían sin cooperación. Como se ha dicho, las posibilidades de cooperación mutuamente ventajosa aumentan en los casos de juegos reiterados, jugados más de una o unas pocas veces, ya que en estas circunstancias se valoran más nítidamente las recompensas futuras. Este estado de cosas se presenta con más frecuencia en situaciones de alta interdependencia. En ellas, dada la elevada densidad temática que las caracteriza, aumentarán los incentivos para crear regímenes. Éstos proveen con sus principios, normas y reglas ciertos "parámetros de coherencia" que hacen factible la firma de acuerdos, cuya consecución habría sido de otro modo más dificultosa. Además, los Estados tenderán a beneficiarse de las potenciales economías de escala, puesto que el costo marginal de lograr un acuerdo adicional será más bajo una vez puesto en marcha el régimen internacional[33].

Según los autores neoliberales, los Estados, actores egoístas con intereses prefijados, deciden crear y mantener regímenes internacionales por su utilidad en la resolución de los problemas de fracaso del mercado político. La teoría del fracaso del mercado político ha sido utilizada por Keohane para abordar la cuestión de las funciones de los regímenes. Esta teoría achaca las dificultades que encuentran los actores para llegar a acuerdos cooperativos mutuamente beneficiosos a las imperfecciones institucionales, es decir, a las deficiencias del contexto institucional en el que se desarrolla la acción. La combinación de estos dos elementos, el valor potencial de los acuerdos y la dificultad para hacerlos realidad, otorga verdadera relevancia a los regímenes internacionales. Para cooperar en la política mundial más allá que de forma esporádica, los seres humanos tienen que crear instituciones. Los regímenes internacionales son útiles para los Estados en tanto en cuanto cumplen funciones correctoras de los defectos institucionales de la política mundial. La lógica de la teoría del fracaso del mercado permite centrar las re-

---

[32] La expresión "juegos de motivación mixta" fue utilizada por T. Schelling. Estos juegos se caracterizan por una combinación "de dependencia mutua y conflicto, de asociación y competición". Los participantes en ellos pueden beneficiarse de la cooperación, pero ganarían más engañando a sus socios. Ver: T. Schelling, *The Strategy of Conflict*, Cambridge, Cambridge University Press, 1960, p. 89.

[33] R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, pp. 108 y 121.

flexiones sobre dos defectos institucionales básicos: los costos de transacción y las imperfecciones en la información[34].

A través del establecimiento de principios, normas y reglas, los regímenes internacionales alteran los costos relativos de las transacciones, disminuyendo los de llegar a acuerdos legítimos y, simultáneamente, aumentando los de llegar a acuerdos ilegítimos. Los regímenes internacionales reducen los incentivos de violar sus principios. Afectan también a los costos de transacción en el sentido de que abaratan el que los gobiernos se reúnan para negociar acuerdos. En tanto sus reglas y principios pueden aplicarse a una amplia variedad de puntos particulares, resultan eficientes: el establecimiento inicial de dichas reglas y principios torna innecesaria su renegociación cada vez que surge una cuestión específica. Así, los regímenes internacionales hacen posible que los gobiernos se beneficien de las potenciales economías de escala. Una vez que se ha establecido un régimen, sobre todo en áreas de alta densidad temática, el costo marginal de cerrar un acuerdo sobre un tema adicional será más bajo de lo que resultaría si el régimen no existiera. En vista de los beneficios de las economías de escala no es sorprendente que acuerdos específicos tiendan a estar "insertados" (*nested*) dentro de acuerdos más generales. Por ejemplo, un acuerdo comercial sobre un producto concreto estará inserto en el GATT. El régimen comercial a su vez estará inserto dentro de un conjunto de acuerdos que incluirán las relaciones monetarias, la energía, la inversión exterior, etc. Estos regímenes de orden económico estarán, finalmente, relacionados con cuestiones militares y de seguridad. Estas "estructuras de inserción" reducen los costos de transacción. La agrupación de temas dentro de un régimen facilita los pagos laterales entre dichos temas. Como dice Keohane hay más *quid* potenciales disponibles para el *quo*[35]. Sin dichas estructuras de inserción, los vínculos entre temas y los pagos laterales no serían posibles en la política internacional. Todo ello, por tanto, conduce a acuerdos más equilibrados entre los diferentes países, lo cual incrementa aún más las perspectivas de que la cooperación sea percibida como mutuamente ventajosa.

Desde el punto de vista de la teoría del fracaso del mercado, las funciones de información de los regímenes internacionales son las más importantes de todas. Las carencias en la cantidad y calidad de información generan altos niveles de incertidumbre respecto al comportamiento futuro de socios poten-

---

[34] R. O. Keohane, "The Demand for International Regimes", *International Organization*, Vol. 36, n.º 2, 1982, especialmente los apartados 3 y 4, y *Después de la Hegemonía*, *op. cit.*, pp. 115-43.

[35] R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía..., op. cit.*, p. 122.

ciales. El problema principal reside en el riesgo de engaño y de conducta irresponsable —es decir, de deserción— por parte de dichos socios. Con anterioridad, se ha mencionado que el tipo de situaciones que contemplan los autores neoliberales son de motivación mixta. Esto quiere decir que los intereses de los participantes pueden, tanto ser comunes como estar en conflicto. En este tipo de situaciones, las asimetrías de información se erigen en un obstáculo para la cooperación. Aquellos participantes en desventaja informativa pueden ver incrementado el riesgo de ser traicionados por socios potenciales que gozan de un superior conocimiento. En este sentido, los regímenes internacionales facilitan la cooperación mediante la reducción de la incertidumbre, factor clave que inhibe en muchas ocasiones su desarrollo. Este resultado es posible porque hacen menores "las asimetrías informativas, gracias a un proceso de mejora del nivel general de información disponible"[36]. La información requerida para eliminar incertidumbres no es tan sólo acerca de los recursos gubernamentales y las posiciones formales de los distintos participantes en una negociación. De manera adicional, la información tiene que ver con un conocimiento preciso de las posiciones futuras. En parte, se trata de estimar si los gobiernos cumplirán sus compromisos. Por ello, la reputación de un gobierno se convierte en un punto importante para persuadir a otros de que pueden pactar con él. Los regímenes internacionales ayudan a los gobiernos a evaluar sus respectivas reputaciones, al suministrar modelos de conducta con arreglo a los cuales la actividad de cada uno de ellos puede ser contrastada[37]. En este punto, Keohane llama la atención sobre la importancia de variables situadas en el nivel de las unidades. Me estoy refiriendo a los procesos de toma de decisiones. Gobiernos abiertos presentan ventajas en relación con países que cuenten con burocracias más cerradas. Aquellos gobiernos que no estén en condiciones de suministrar una información detallada y fiable sobre sus intenciones —porque sus procesos de toma de decisiones se hallan cerrados al mundo exterior— pueden no llegar a convencer a sus potenciales socios de la firmeza de su compromiso sobre posibles acuerdos[38].

Mediante las funciones reseñadas, los regímenes internacionales promueven la cooperación, ya que, utilizando la terminología de la teoría de los

---

[36] *Ibidem*, p. 126

[37] *Ibidem*, p. 125.

[38] *Ibidem*, pp. 126-127. Keohane señala que T. Schelling emplea un argumento similar al referirse a cuestiones armamentísticas. No cabe duda de la trascendencia que la transparencia en los procesos de toma de decisiones puede tener en acuerdos sobre cuestiones de seguridad. Naturalmente, Schelling se refiere a las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética durante la guerra fría. Ver: T. Schelling, *The Strategy of Conflict, op. cit.*, p. 247.

juegos, "alargan la sombra del futuro". Al incrementarse las expectativas de futuro, se acrecienta la valoración de las mayores ganancias en el largo plazo en relación con las ventajas presentes en el corto plazo, con lo cual disminuyen los incentivos para defeccionar[39]. De todo lo dicho previamente, se deduce por qué los regímenes son tan apreciados por los Estados. Sin embargo, los propios inconvenientes que ellos contribuyen a corregir son obstáculos para su formación. Esto es, los costos de transacción y los problemas de información dificultan la concreción de los acuerdos que dan origen a los regímenes mismos. Debido a ello, es más fácil y menos costoso mantenerlos que crearlos, especialmente, cuando una vez creados comienzan a dar frutos, demostrando su valor específico. Los Estados estarán dispuestos a preservarlos, aun en el supuesto de haberse producido cambios en la estructura de poder que facilitó inicialmente su formación. En esencia, esta es la explicación que puede darse sobre la inercia de los regímenes heredados del tiempo de la hegemonía norteamericana. Asimismo, la confianza mutua entre los actores que participan en regímenes en un área temática puede facilitar la creación de nuevos regímenes en otras. En la medida en que facilitan la vinculación de temas y los pagos laterales, los regímenes favorecen la extensión de la cooperación a nuevas cuestiones no originariamente incluidas[40]. Esta es la forma en que los regímenes internacionales pueden generar incluso una intensificación de la cooperación, tras la desaparición de la estructura de poder hegemónica. Por tanto, para los autores neoliberales, es posible sostener que los regímenes tienden más bien a evolucionar, construyéndose unos sobre otros o extendiendo su ámbito temático, que meramente a desaparecer.

Antes de terminar esta exposición de los puntos más relevantes del neoliberalismo, debe decirse que autores de esta escuela, como Keohane, han tratado de justificar el porqué los Estados acomodan su comportamiento a lo establecido en los regímenes internacionales, incluso en circunstancias en que tal acomodación puede resultar particularmente desventajosa. Es posible que en ciertas ocasiones los propios regímenes contemplen algunos mecanismos para asegurar el cumplimiento de sus principios y reglas básicas, pe-

---

[39] Con respecto a propuestas concretas de "alargar la sombra del futuro", es decir, de establecer vínculos entre el presente y el futuro, consultar: K. A. Oye, "Explaining Cooperation under Anarchy", *op. cit.*, pp. 16-18.

[40] Estas reflexiones tienen connotaciones marcadamente neofuncionalistas. En concreto, recuerdan a los mecanismos de *spill-over* que dicha teoría elaboró para explicar la integración en Europa occidental. Una breve síntesis de las tesis neofuncionallistas, que incluye una referencia a los mecanismos citados, puede encontrarse: E. B. Haas, *Beyond the Nation-State: Functionalism and International Organization*, Stanford, Stanford University Press, 1964, pp. 47-50.

ro, como escribe Keohane, los regímenes internacionales son menos importantes como instrumentos que garantizan el cumplimiento de reglas que como instrumentos que favorecen acuerdos entre gobiernos. En cuanto que establecen referencias de comportamiento para los Estados y proveen medios para supervisar su desarrollo, los regímenes internacionales originan un sistema descentralizado para hacer cumplir las normas basado en el principio de reciprocidad[41]. El carácter descentralizado de este sistema quiere decir que las sanciones por la violación de normas deben ser implementadas por los propios participantes, posiblemente de manera coordinada. El propio régimen internacional, al facilitar información sobre la conducta de sus miembros, permite supervisar con más eficacia y detectar al infractor del código de conducta previsto en él. Así, el infractor se enfrenta al riesgo de ser sancionado por su conducta ilegal, a través de las represalias que tomen sus socios. Dado que un mismo régimen puede abarcar puntos diferentes, la violación de las reglas en uno de ellos puede comportar consecuencias negativas en el resto. Las repercusiones adversas, como consecuencia de las estructuras de inserción de regímenes, podrían extenderse a otras áreas temáticas en las que participaran los mismos socios. Debido a ello, los Estados, basándose en sus expectativas de ganancias a largo plazo, tenderán a respetar el contenido de los regímenes internacionales, a pesar de que cálculos egoístas, más a corto plazo, pudieran aconsejarles el incumplimiento de los mismos.

Es cierto que la toma de represalias, tanto individual como colectivamente, contra los infractores de un régimen internacional puede resultar costosa. Esto, sin duda, podría restar fuerza al temor a las represalias. No obstante, los Estados tienen importantes alicientes para respetar los acuerdos firmados. Conductas inconsecuentes con los compromisos adquiridos dañarían de manera significativa sus reputaciones. Como se mencionó al hablar de los problemas de incertidumbre, la cuestión de la reputación es para los Estados un elemento clave a la hora de decidir con quién suscribir acuerdos. Una reputación sólida facilita la conclusión de acuerdos mutuamente ventajosos, mientras que el deterioro de dicha reputación transforma esta posibilidad en algo más difícil. Esto último, el deterioro de la reputación, resulta aún más grave en contextos de interdependencia estratégica. El hecho de que un Estado prevea la necesidad de concretar en el futuro acuerdos con los mismos socios con los que hoy ha asumido compromisos, constituye un incentivo para que cumpla los acuerdos que ha suscrito, aun cuando esto pueda tener al-

---

[41] R. Keohane, *Después de la hegemonía...*, *op. cit.*, pp. 295 y 303. En sentido similar, aunque utilizando prioritariamente una formulación de teoría de los juegos, ver: R. Axelrod and R. O. Keohane, "Achieving Cooperation under Anarchy...", *op. cit.*, pp. 109-111.

gún costo[42]. Así, el análisis costo-beneficio parece ser la razón última por la que los Estados deciden respetar los regímenes internacionales.

42 R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía..., op. cit.*, p. 318. Para una argumentación más amplia sobre esta cuestión, puede verse esta misma obra, pp. 130-143.

CAPÍTULO 7

EL DEBATE SOBRE GANANCIAS RELATIVAS-GANANCIAS ABSOLUTAS

Aunque neorrealismo y neoliberalismo se agrupen bajo el epígrafe de racionalismo, compartiendo en buena medida premisas ontológicas y epistemológicas, no pueden pasarse por alto las serias discrepancias existentes entre ambos. El desarrollo del neoliberalismo ha estado acompañado por un debate más o menos permanente con el neorrealismo. Desde luego, dependiendo de en qué queramos fijarnos al analizar sus respectivas posiciones, podrá llegarse a distintas conclusiones sobre su grado de proximidad. Tomando en cuenta aquellas facetas en las que la falta de coincidencia es mayor, la afirmación de O. Wæver sobre la síntesis neorrealismo-neoliberalismo puede resultar exagerada.

De hecho, como puede deducirse de lo dicho en el capítulo precedente, cabe referirse a aspectos concretos que permiten establecer una clara línea de demarcación entre los dos enfoques racionalistas. Éste sería, por ejemplo, el caso de las concepciones particulares de cada uno de ellos sobre la posibilidad de progreso, el papel de las instituciones y la autonomía de lo económico. No menos importantes pueden ser, como veremos a continuación, las concepciones particulares de cada uno de ellos sobre la idea de anarquía. En los últimos tiempos, no obstante, las discrepancias fundamentales entre neorrealistas y neoliberales han tendido a centrarse, de manera creciente, en torno a la discusión ganancias relativas-ganancias absolutas. Esta circunstancia ha podido impulsar a algunos autores a sobrevalorar las coincidencias y a entender que la confrontación afectaba a un terreno muy concreto.

7.1. LAS DISTINTAS VISIONES DE LA ANARQUÍA

El artículo de J. Grieco "Anarchy and the Limits of Cooperation", publicado en 1988, fue decisivo para relanzar la discusión entre aquellos que sostenían el papel clave de las ganancias relativas, los neorrealistas, y aquellos que sostenían el papel clave de las ganancias absolutas, los neoliberales[1]. Este trabajo de Grieco fue una respuesta a la creciente articulación de las posturas neoliberales en aquellas fechas. En realidad, la cuestión de las ganancias relativas fue ya planteada por K. N. Waltz en *Teoría de la Política Internacional*. No cabe duda de que éste es un debate sobre las posibilidades de cooperación entre Estados en un sistema anárquico. Es posible que las distintas posiciones en este debate puedan entenderse mejor si se efectúa una referencia previa a las concepciones que neorrealistas y neoliberales mantienen sobre la naturaleza y consecuencias de la anarquía internacional[2]. Hay que comenzar diciendo que ambos enfoques racionalistas coinciden en que los Estados se mueven en un medio anárquico. Además, ambos consideran que la anarquía no supone la carencia absoluta de orden —es decir, el caos—sino la ausencia de una autoridad central en el sistema.

Pero posiblemente aquí acaban las coincidencias. Para los neorrealistas, la ausencia de una autoridad central es determinante de un sistema de autoayuda en el que cada Estado debe velar por su propia seguridad. El recurso a la violencia ocupa, dentro de este esquema, un lugar central. La violencia o la amenaza de violencia constituye una constante en la vida internacional[3]. El neorrealismo, por tanto, está próximo a una visión hobbesiana del sistema internacional. La preocupación por la seguridad realza la cuestión de las ganancias relativas. El temor de que las ventajas de la cooperación favorezcan en mayor medida a otro u otros Estados actuará como freno para su desarrollo. Por su parte, los neoliberales no centran su atención tan íntegramente en la relación entre anarquía y seguridad. Para ellos, la ausencia de una autoridad central es relevante porque supone la inexistencia de mecanismos que

---

[1] Pueden destacarse dos obras que recogen contribuciones relacionadas con este debate. Estas son: D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism…*, *op. cit.*; C. W. Kegley (Ed.), *Controversies in International Relations…*, *op. cit.* La contribución de Grieco a la que se ha hecho referencia está incluida en la primera de las obras mencionadas.

[2] Un análisis de gran interés sobre la anarquía puede encontrarse en: H. Milner, "The Assumption of Anarchy in International Relations Theory: A critique", en D. A. Baldwin (Ed), *Neorealism and Neoliberalism….*, *op. cit.* Otra contribución en una línea semejante es: R. Powell, "Anarchy in International Relations Theory: the Neorealist-neoliberal Debate", *International Organization*, Vol. 48, n.º 2, 1994, en especial pp. 329-334.

[3] J. Grieco, "Anarchy and the Limits of Cooperation…", *op. cit.*, p. 126.

garanticen la adhesión de los Estados a acuerdos internacionales[4]. Las consecuencias que se derivan de esta interpretación de la anarquía son mucho menos sombrías y dramáticas. La preocupación por la supervivencia queda en un segundo plano, porque si bien las violaciones de acuerdos pueden ser una realidad, nunca llegarán a producirse de manera tan sistemática como para constituir una amenaza. El interés de los Estados, actores egoístas y racionales, está en maximizar su propio bienestar, lo cual les lleva a poner el acento en las ganancias absolutas.

Las diferencias entre neorrealistas y neoliberales también son evidentes en lo que se refiere al concepto de interdependencia. Para los primeros la interdependencia está asociada a una mayor vulnerabilidad[5]. Los Estados pueden llegar a depender en exceso de otros, poniendo en entredicho su seguridad. En consecuencia, procurarán restringir al máximo las situaciones de dependencia con el mundo exterior. En cambio, para los segundos la interdependencia genera intereses mutuos o compartidos entre los Estados. Estos intereses representan incentivos para lograr su satisfacción a través de la cooperación. En contextos de interdependencia estratégica, la capacidad de un Estado para alcanzar sus fines se halla condicionada en buena medida por las decisiones que adopten otros Estados[6].

7.2. LAS POSTURAS EN EL DEBATE

El institucionalismo neoliberal parte en gran medida de las mismas premisas que el neorrealismo. Siguiendo la analogía micro-económica, entiende que los Estados actúan como egoístas racionales. La racionalidad significa que los Estados poseen preferencias ordenadas y consistentes y que calculan los beneficios y los costes de cursos alternativos de acción buscando maximizar su utilidad. Egoísmo significa que las funciones de utilidad son independientes: no ganan o pierden utilidad simplemente porque otros ganen o pierdan[7]. Como se ha expuesto, el razonamiento neoliberal se basa en la teoría de los juegos, más concretamente en el juego del dilema del prisionero. Inmersos en una situación en la que la opción de cooperar les ofrece beneficios mutuos que de otro modo no obtendrían, los Estados elegirán dicha opción puesto que hace posible maximizar sus beneficios, es decir, lograr ga-

---

[4] K. Oye, "Explaining Cooperation under Anarchy", *op. cit.*, pp. 1-2.
[5] K. Waltz, *Teoría de la Política Internacional*, *op. cit.*, p. 215
[6] T. Schelling, *The Strategy of Conflict*, *op. cit.*, p. 5.
[7] R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía...*, *op. cit.*, p. 44.

nancias absolutas. El obstáculo principal reside en la ausencia de una autoridad central que garantice el cumplimiento de los acuerdos de cooperación. Debido a ello, está siempre presente la posibilidad de deserción por parte de alguno de los socios, dejando en una posición desfavorable a aquellos Estados que se atengan a las reglas. Para hacer frente a esta realidad, en un medio anárquico únicamente puede recurrirse a la estrategia de reciprocidad.

En definitiva, el modelo neoliberal sugiere que los Estados se fijan en sus propios beneficios y contemplan las opciones que se les presentan con la pretensión de maximizar sus propias ganancias. Un modelo alternativo que, por contraste, permite clarificar la postura neoliberal sería aquél en que los actores tratan de maximizar las diferencias entre sus propios beneficios y los de los demás. El carácter de la decisión en este modelo es competitivo, mientras que en el anterior es individualista. La búsqueda de la maximización de las diferencias transforma cualquier situación en una de puro conflicto. De ser esto así, los juegos de suma cero son la pauta: las ganancias de uno sólo se consiguen a expensas de otro[8].

El modelo alternativo que acaba de describirse no debe identificarse con el modelo neorrealista. Como distintos autores han puesto de manifiesto, la teoría neorrealista hace alusión a un tipo de Estado partidario del *statu quo*. Esto determina que los actores estén más preocupados por preservar que por maximizar las diferencias. Los neorrealistas no niegan la posibilidad de conseguir ganancias absolutas en el marco de relaciones de cooperación. Pero la cuestión central estriba en cuál será el reparto de dichas ganancias. Como ya apuntó K. N. Waltz, esta cuestión no puede sino provocar inseguridad entre los Estados. "¿Quién ganará más?" La obtención de ventajas desproporcionadas por parte de alguno de ellos puede destinarse a dañar o destruir al resto[9]. La línea argumental del artículo de Grieco mencionado anteriormente, que encendió de nuevo el debate entre neorrealistas y neoliberales, sigue la pauta marcada por Waltz. Grieco no considera que el planteamiento neoliberal sobre las ganancias absolutas y la solución dada al cumplimiento de las reglas en un sistema anárquico sea suficientemente sólido. En su opinión, los Estados guiados por un interés esencial en la supervivencia serán extremadamente sensibles a cualquier erosión en sus capacidades relativas. Éstas representan el punto de referencia fundamental para su seguridad e indepen-

[8] A. Stein, "Coordination and Collaboration: Regimes in an Anarchic World", en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism…*, *op. cit.*, p. 47. En el mismo sentido, entre otros, A. Stein, "The Hegemon's Dilemma: Great Britain, the United States, and the International Economic Order", *International Organization*; Vol. 38, n.º 2, 1984, p. 384; R. O. Keohane, *Después de la Hegemonía…, op. cit.*, p. 77.

[9] K. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.*, p. 155.

dencia. Por tanto, en cualquier circunstancia, los Estados procurarán evitar que otros logren mejoras en dichas capacidades. Es más, los Estados pueden incluso renunciar a incrementos en sus capacidades absolutas, si haciendo esto evitan que otros consigan ganancias aún mayores[10]. Los Estados son, por encima de todo, "posicionalistas defensivos", en tanto en cuanto la preocupación por las ganancias relativas posee siempre un carácter central.

La argumentación neorrealista es extensible al caso de Estados vinculados por relaciones de amistad en un momento histórico concreto. Cabe la posibilidad de que Estados hoy amigos, dado un reparto desigual de las ganancias absolutas, se conviertan el día de mañana en enemigos que puedan amenazarnos o dominarnos. Esta consideración da a entender el carácter omnipresente de la incertidumbre en las relaciones internacionales. Los Estados se muestran inseguros respecto a las futuras intenciones de otros Estados. De aquí que presten especial atención al modo en que la cooperación puede afectar a las capacidades relativas con el transcurrir del tiempo. Para los neorrealistas, la utilidad que un Estado puede obtener de la cooperación se verá reducida siempre que otro u otros Estados obtengan un porcentaje de las ganancias absolutas superior al suyo[11].

Es evidente que la centralidad que otorgan a las ganancias relativas hace que los neorrealistas tengan una visión considerablemente más pesimista que los neoliberales respecto a las posibilidades de cooperación. Esto es cierto incluso cuando se trata de relaciones entre aliados y existen grandes intereses mutuos en su promoción. Desde las posturas neorrealistas, la cooperación, si bien no es algo imposible en un medio anárquico, será difícil de lograr y mantener, así como limitada en su diversidad temática y en su duración en el tiempo. Si bien autores neorrealistas como Grieco reconocen que puede haber factores que atenúen la preocupación por las ganancias relativas, en su argumentación proceden como si dicha preocupación fuera algo absolutamente constante[12].

Es interesante mencionar que la cuestión de las ganancias relativas ha sido utilizada para interpretar ciertas tendencias de comportamiento en el pe-

---

[10] J. Grieco, "Anarchy and the Limits of Cooperation…", *op. cit.*, p. 127.

[11] *Ibidem*, pp. 128-129.

[12] En cuanto a las críticas por la excesiva preocupación de Grieco por las ganancias relativas, puede verse: H. Milner, "International Theories...", *op. cit.*, p. 485 y R. O. Keohane, "Institutional Theory...", *op. cit.*, pp. 269-300. Para una argumentación en la que Grieco defiende su posición, haciendo alusión a factores que influirían sobre la mayor o menor relevancia de las ganancias relativas, ver: J. Grieco, "Understanding the Problem of International Cooperation: the Limits of Neoliberal Institutionalism and the Future of Realist Theory", en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism...*, *op. cit.*, en especial pp. 323-324.

ríodo de la posguerra[13]. En el mundo bipolar de este período existían dos superpotencias y un número elevado de países medianos y pequeños. Las relaciones más significativas en un sistema de estas características eran las que se producían entre los dos polos. Estos atribuían una gran importancia a la cuestión de las ganancias relativas en sus relaciones recíprocas, mientras que apenas la tomaban en consideración en relación con los demás países. Por su parte, a los países más reducidos en tamaño les preocupaba más la cuestión de las ganancias relativas en sus relaciones con las dos superpotencias. Dado que las relaciones entre las superpotencias eran altamente competitivas y que la consecución de lazos de cooperación y amistad con los demás países constituían un terreno para la competición, aquéllas estaban dispuestas a ofrecer acuerdos relativamente ventajosos a estos últimos, en los que el porcentaje mayor de ganancias iría a parar a sus manos. Era posiblemente una forma de vencer las reticencias a cooperar. El resultado de estas políticas fue el declive relativo de las superpotencias. Ante la emergencia de este nuevo estado de cosas, los Estados hegemónicos en declive comenzaron a preocuparse por las ganancias relativas, fijándose especialmente en aquellos países que habían experimentado un ascenso notable en la estructura de poder[14].

Los autores neoliberales han puesto objeciones a la línea argumental neorrealista. En general, entienden que esta última muestra una rigidez excesiva. En primer lugar, dicen los neoliberales, recordando el tono de las reflexiones realizadas por autores realistas como Schweller y Walt, la preocupación de un Estado por las ganancias relativas tiene más sentido en relación con "determinados" Estados. En efecto, ciertos Estados se percibirán como más amenazantes por razones geopolíticas, incluyendo la proximidad, o por riva-

---

[13] Es curioso que esta interpretación histórica en términos de ganancias relativas sea realizada por D. Snidal, un autor afín a las posturas neoliberales. Califica esta interpretación de "esbozo informal" y de "especulación". A este respecto, puede consultarse: D. Snidal, "Controversies: The Relative Gains Problem of International Cooperation", *American Political Science Review*, Vol. 87, n.º 3, 1993, p. 740. La interpretación aludida presenta ciertas semejanzas con las ideas expuestas unos años antes por A. Stein al referirse al dilema del Estado hegemónico. Ver: A. Stein, "The Hegemon's Dilemma...", *op. cit.*, en especial pp. 383-386. El propio Grieco, pese a las críticas que efectúa al artículo de Snidal, entiende que la argumentación desarrollada responde a una línea realista. Ver: J. Grieco, "Controversies: The Relative Gains Problem...", *op. cit.*, p. 732.

[14] Esta interpretación fue avanzada por D. Snidal en un artículo publicado previamente. Es necesario señalar, sin embargo, que gran parte de este artículo está dedicado a criticar la posición neorrealista sobre las ganancias relativas. En concreto, sugiere que un aumento en el número de actores reduce sustancialmente el impacto de esta cuestión. Ver: D. Snidal, "Relative Gains and the Pattern of International Cooperation", en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism…*, *op. cit.*, pp. 197-201.

lidades históricas o discrepancias ideológicas. O simplemente se percibirán como más amenazantes por poseer superiores recursos de poder. Pero, contrariamente, Estados lejanos geográficamente, Estados pequeños o débiles o Estados con los que se mantiene históricamente relaciones de amistad no constituirán una preocupación especial. Como señala Snidal, los Estados no son paranoides que tiendan a magnificar la cuestión de las ganancias relativas "independientemente de su incidencia en las consideraciones generales de poder o seguridad"[15].

En segundo lugar, para los neoliberales, coincidiendo con las aportaciones de carácter perceptual a la obra de Waltz expuestas en el capítulo 4, parece razonable pensar que los Estados no tomarán en cuenta únicamente los recursos de poder, sino también las intenciones de los demás Estados. De este modo, no les preocupará solamente si existe una descompensación en ganancias favorable a otros miembros en un acuerdo. Prestarán además atención a si hay probabilidades de que la mejora en las capacidades relativas de estos últimos pueda usarse en su contra. De no ser así, la cuestión de las ganancias relativas será de escasa o nula significación. En el supuesto de primar ciegamente esta cuestión, los Estados "estarían renunciando a intercambios mutuamente enriquecedores", "estarían privándose de beneficios sustanciales"[16].

Por último, abundando en los casos en los que las relaciones entre determinados Estados son de amistad, puede indicarse que éstos resultarán particularmente relevantes cuando dichas relaciones de amistad se hallen institucionalizadas. La aparición de instituciones contribuirá notablemente a la erradicación de incertidumbres y a la estabilización de expectativas. En situaciones de esta naturaleza, el porcentaje de ganancias que otros Estados obtengan no tiene por qué ser causa de preocupación. La utilidad de la cooperación no disminuye necesariamente cuando el reparto de ganancias es desigual. Esto es lo que ocurre por ejemplo en alianzas estables en cuyo seno un aliado trata de reforzar el poder del otro[17]. Aquí, las mayores ganancias

---

[15] D. Snidal, "Relative Gains and...", *op. cit.*, pp. 191-192.

[16] Keohane señala que aquellos Estados que estuvieran dispuestos a renunciar a los beneficios de la cooperación podrían provocar la contestación de aquellos sectores de sus sociedades interesados en la consecución de los mismos. Para este autor, en aquellos sistemas políticos en los que exista competición entre las élites, la preocupación absorbente por las ganancias relativas "no puede prevalecer indefinidamente". R. O. Keohane, "Institutional Theory...", *op. cit.*, pp. 282-283 y 288.

[17] R. O. Keohane, "Institutional Theory…", *op. cit.*, p. 279. En un sentido similar: H. Milner, "International Theories...", *op. cit.*, pp. 484-485. En cierto modo, esta argumentación es coincidente con la de J. Gowa, una autora neorrealista. Esta autora entiende que los beneficios que se derivan de acuerdos de libre comercio generan externalidades en materia de seguridad.

en términos relativos de un aliado pueden significar un incremento en la seguridad del Estado que ha consentido tal situación.

7.3. ¿HACIA UNA FLEXIBILIZACIÓN DEL DEBATE?

En el debate entre neorrealistas y neoliberales sobre ganancias relativas-ganancias absolutas parece haberse producido una flexibilización de posturas. Podría incluso hablarse de una cierta aproximación de posiciones. Autores en ambos bandos del debate reconocen que los Estados en sus actuaciones internacionales pueden prestar atención, dependiendo del momento histórico concreto, bien a las ganancias relativas, bien a las ganancias absolutas con distinto grado de intensidad. En este sentido, Griego ha llamado la atención sobre el carácter variable de la preocupación por las ganancias relativas. Esta preocupación estará condicionada por la sensibilidad hacia las diferencias en las ganancias, así como por el tamaño de dichas diferencias[18]. Por su parte, Keohane ha concedido que, pese a sostener que cooperación y conflicto se hallan estrechamente entremezclados, el institucionalismo neoliberal no ha prestado atención suficiente a las pugnas sobre distribución de ventajas en la formación de regímenes internacionales. La contribución de Grieco sobre esta cuestión le parece importante por haber dirigido el foco de atención hacia los problemas de distribución, problemas que, sin duda, contribuyen a hacer más compleja la cooperación internacional[19]. Estas reflexiones de Grieco y Keohane representan un alejamiento de posiciones dogmáticas.

Es decir, dichos beneficios se traducen en avances en las capacidades militares de los Estados. Debido a ello, es mucho más probable que acuerdos de cooperación comercial surjan en el seno de alianzas militares. Añade, además, que el tránsito de alianzas militares hacia coaliciones comerciales tiene más posibilidades de producirse en un sistema bipolar que un sistema multipolar. Las ventajas del primero de estos sistemas están en las menores expectativas de deserción y en los mayores incentivos para que se den comportamientos altruistas dentro de la alianza. Ver: J. Gowa, "Bipolarity, Multipolarity, and Free Trade", *American Political Science Review*, Vol. 83, n.º 4, 1989, p.1253. Asimismo, puede consultarse: J. Gowa and E. Mansfield, "Political Power and International Trade", *American Political Science Review*, Vol. 87, n.º 2, 1993.

[18] J. Grieco, "Understanding...", *op. cit.*, p. 324.

[19] R. O. Keohane, "Institutional Theory...", *op. cit.*, en especial pp. 283 y 292. En el mismo sentido se reflexiona en dos recientes evaluaciones del debate entre neorrealistas y neoliberales. Me estoy refiriendo a: R. Powell, "Anarchy in International...", *op. cit.* y R. Jervis, "Realism, Neoliberalism and Cooperation: Understanding the Debate", *International Security*, Vol. 24, n.º 2, 1999.

El debate, por tanto, parece reconducirse hacia el estudio de las condiciones responsables de que los actores puedan ser más proclives a consideraciones de ganancias relativas o ganancias absolutas. En esta línea de flexibilización del debate, Grieco trata de buscar salidas a la cuestión de las ganancias relativas. Según este autor, esta cuestión puede superarse, facilitando el desarrollo de una cooperación más satisfactoria, si los acuerdos suscritos entre Estados son "equitativos". El hecho de que la cooperación genere ganancias que sean distribuidas de modo equilibrado, puede ser determinante para que los Estados se involucren en esfuerzos cooperativos. Escribe Grieco, que en opinión de los realistas, los Estados definen conceptos como equilibrio y equidad como "distribuciones de ganancias que mantienen aproximadamente las proporciones de recursos existentes en los momentos previos a la cooperación"[20]. Para conseguir este equilibrio, los Estados ofrecen a sus socios concesiones y, a cambio, esperan recibir otras de entidad equivalente. Así, uno de los mecanismos útiles para atemperar la preocupación por las ganancias relativas, en el caso de Estados desfavorecidos por la distribución, es el de los pagos laterales.

A pesar de que hemos aludido a una flexibilización del debate, la excesiva preocupación por las ganancias relativas hace que Grieco plantee el tema de los pagos laterales de un modo considerablemente restrictivo[21]. De hecho, cae en una extrema defensa del *statu quo* que excluye cualquier cambio en las posiciones de poder. No obstante este excesivo celo conservador, el núcleo de la argumentación de Grieco respecto a la consecución de intercambios equilibrados es semejante a la posición neoliberal de búsqueda de ganancias absolutas mediante la estrategia de reciprocidad. El contenido de esta última posición señala que "la reciprocidad se refiere a intercambios de valores aproximadamente equivalentes, en los cuales las acciones de cada parte dependen de las acciones previas de los demás". En particular, los neoliberales hablan de un tipo de reciprocidad que denominan "específica" y que puede manifestarse en intercambios secuenciales o en intercambios simultáneos[22]. A efectos prácticos, la consecución de un acuerdo desequilibrado pa-

---

[20] J. Grieco, "Anarchy and the Limits of Cooperation ...", *op. cit.*, p. 130.

[21] *Ibidem*, p. 135. Similares argumentos pueden encontrarse también en J. Grieco, *Cooperation among Nations...*, *op. cit.*, pp. 231-34.

[22] R. O. Keohane, "Reciprocity in International Relations", *International Organization*, Vol. 40, n.º 1, 1986. Esta contribución representa una interesante reflexión sobre la práctica de la reciprocidad en la vida internacional. Distingue entre reciprocidad difusa y reciprocidad específica. Esta última es la que con más frecuencia se da en las relaciones internacionales. Puede materializarse a través de intercambios secuenciales, a más largo plazo, o a través de intercambios meramente simultáneos. Para Keohane, la reciprocidad secuencial promueve la

ra un Estado —es decir, un acuerdo en el que las ganancias relativas le sean desfavorables— puede no ser muy diferente del supuesto en que la consecución de un acuerdo más equilibrado hubiera estado acompañada por la deserción de alguno de los socios. De producirse este resultado, el Estado "desertor" maximizaría tanto sus ganancias absolutas como sus ganancias relativas[23].

Asimismo, pueden detectarse en el debate entre neorrealistas y neoliberales algunas ambigüedades interpretativas que no permiten discernir con claridad si en una determinada situación prevalecen las preocupaciones por las ganancias relativas o por las ganancias absolutas. Este tipo de ambigüedades puede ser característico de procesos de negociación difíciles. Mientras que autores neorrealistas juzgarían, en el marco de estos procesos, determinados comportamientos estatales a la luz de la preocupación por las ganancias relativas, autores neoliberales valorarían los mismos comportamientos a la luz de una cooperación que produce ganancias absolutas, pero que lleva necesariamente aparejada una discusión sobre la distribución de las mismas[24]. De este modo, en ambos lados del debate se reconoce que ambas situaciones pueden ser empíricamente indistinguibles. Keohane propone dos criterios para determinar cuándo estamos en presencia de un escenario dominado por la cuestión de las ganancias relativas. La primera condición es que debe existir algún modo plausible mediante el cual un socio pueda utilizar las ventajas obtenidas para causar daño en el futuro. La segunda es que ha de haber una motivación futura significativa para que dicho socio actúe de ese modo[25]. Cuando Keohane se refiere a algún "modo plausible de causar daño" está recurriendo a una formulación suficientemente amplia para abarcar una variedad de riesgos: además de los derivados de amenazas militares, los derivados del incremento de la dependencia motivado por la erosión en el poder de negociación. En el supuesto de que se diera la segunda condición mencionada

---

cooperación de manera mucho más eficaz. En cambio, el intercambio simultáneo refleja a menudo falta de confianza entre las partes. Ejemplos extremos de intercambio puramente simultáneo indican hostilidad y desconfianza. En estos casos, es evidente la preocupación por las ganancias relativas. Los intercambios secuenciales pueden ser decisivos para transformar la reciprocidad específica en reciprocidad difusa.

[23] En ese sentido argumentan convincentemente: H. Milner, "International Theories…", *op. cit.*, p. 486 y R. Powell, "Absolute and Relative Gains in International Relations Theory", en D. A. Baldwin, (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism…*, *op. cit.*, pp. 212 y 225.

[24] D. Snidal, "Relative Gains and...", *op. cit.*, pp.173-174. En el mismo sentido: R. O. Keohane, "Institutional Theory...", *op. cit.*, pp. 279-282.

[25] R. O. Keohane, "Institutional Theory…", *op. cit.*, p. 281. Su argumento está basado, como él mismo reconoce, en otro similar presentado por Powell en: "Absolute and Relative Gains...", *op. cit.*, pp. 228-229.

anteriormente, una motivación futura significativa, la preocupación por las ganancias relativas podría emerger en determinadas áreas temáticas de importancia estratégica para algunos Estados[26].

En último lugar, cabe apuntar que la cuestión de las ganancias relativas se ha puesto en relación con las distintas configuraciones de la estructura de poder. D. Snidal, un autor neoliberal, sostiene que en un sistema bipolar las consideraciones sobre ganancias relativas pueden resultar transcendentales y, consiguientemente, la cooperación sumamente reducida. En un mundo de estricta bipolaridad, caracterizado por relaciones tensas cuando no abiertamente conflictivas entre los dos polos, posibles alteraciones de las capacidades relativas pueden tener serias consecuencias. No es de extrañar, por tanto, que la cooperación entre ellos sea escasa. En cambio, en un sistema multipolar, aunque continúen estando presentes las consideraciones sobre ganancias relativas, su influencia negativa sobre las posibilidades de cooperación es sensiblemente menor[27]. Las repercusiones de posibles modificaciones en las capacidades relativas tienden a amortiguarse. Debe subrayarse que Grieco comparte este punto de vista de Snidal. Grieco ha argumentado que, a medida que el número de actores en un acuerdo aumenta, las preocupaciones por las ganancias relativas entre cualquiera de los socios deberían reducirse. No cabe duda de que es más peligroso sufrir una pérdida de poder relativo en un mundo de pocos Estados que en un mundo de muchos[28]. De este modo, los efectos de cómo evolucionan las ganancias relativas se ven atenuados en sistemas multipolares, acrecentándose, en consecuencia, las oportunidades de cooperación. Debe decirse incluso que en dichos sistemas puede producirse lo que Snidal denomina "cooperación defensiva". Por cooperación defensiva este autor alude al hecho de que Estados no dispuestos a cooperar puedan re-

---

[26] Estas consideraciones de Keohane ponen de relieve la diferencia entre neorrealistas y neoliberales en este punto. Para estos últimos no es suficiente la mera "posibillidad" de una acción adversa en el fututo para otorgar tal preeminencia a las ganancias relativas. Es necesario que los Estados consideren una "probabilidad" razonable de que tal acción pueda realmente producirse. Para Keohane, la posición neoliberal es más sólida y aleja a los Estados de caer en actitudes "paranoides". Ver: R. O. Keohane, "Institutional Theory...", *op. cit.*, pp. 282-283.

[27] Ver por ejemplo: D. Snidal, "Relative Gains and...", *op. cit.*, p. 191 y ss.

[28] Debe destacarse que Grieco siempre ha aceptado que el incremento en el número de actores disminuye el peso de las consideraciones sobre ganancias relativas. Como él mismo reconoce, su argumento y el de Snidal no son idénticos, pero guardan grandes semejanzas en lo esencial. En concreto, él formula su posición así: "en tanto el número de actores en un acuerdo se incrementa, las preocupaciones por las ganancias relativas entre cualesquiera dos socios deberían reducirse". Ver: "Controversies: The Relative-gains Problem...", *op. cit.*, p. 731. Inicialmente, ya había hecho referencia a esta posición en "Anarchy and the Limits of Cooperation...", *op. cit.*, p. 134.

zagarse respecto a otros con una mayor propensión a hacerlo[29]. Por tanto, los Estados que rechazan la cooperación, aunque sean los más poderosos, pueden encontrarse con que otros Estados, que sí han firmado acuerdos de cooperación, hayan obtenido grandes ganancias y compensado, en mayor o menor medida, los desequilibrios de poder.

La concentración de las discrepancias entre neorrealismo y neoliberalismo en torno al debate ganancias relativas-ganancias absolutas ha hecho posible hablar de un programa de investigación racionalista[30]. En este programa confluyen las aportaciones de autores, tanto neorrealistas como neoliberales, conformando desde los años ochenta lo que se ha denominado el *mainstream* en la disciplina. Todos ellos comparten un compromiso con una orientación positivista de la ciencia. Keohane se ha referido a la posibilidad de interpretar las argumentaciones neorrealistas, en concreto las relativas a ganancias relativas, más como salvedades o matizaciones útiles a su teoría institucionalista que como refutaciones de la misma. En cualquier caso, ha sugerido someter a evaluación mediante un contraste empírico las posiciones de ambos grupos de autores en ámbitos como el de la integración europea. En tanto en cuanto ambas partes en el debate comparten la conclusión de que las teorías deben ser sistemáticamente evaluadas, existen "ciertas posibilidades de que un mayor consenso académico pueda emerger a partir de nuevos trabajos empíricos"[31]. Es posible que los neoliberales, en la medida en que contemplan subsumir la teoría neorrealista en su propia teoría, sean más optimistas con respecto a la factibilidad y conveniencia de una síntesis de ambas posturas.

---

[29] D. Snidal, "Relative Gains and...", *op. cit.*, p. 201. Abunda en este tema en su contribución: "Controversies: The Relative-gains...", *op. cit*., pp. 738-742. Este argumento es recogido por otros autores neoliberales. Entre otros: H. Milner, "International Theories...", *op. cit.*, pp. 474 y 484-485; R. O. Keohane, "Institutional Theory...", *op. cit.*, p. 283.

[30] Como vimos en su momento, O. Waever habla de una "síntesis" neorrealismo-neoliberalismo. Ver su contribución: "The Rise and Fall of the Inter-Paradigm Debate", *op. cit.*, p. 166.

[31] R. O. Keohane, "Institutional Theory…", *op. cit.*, p. 297. Un intento de síntesis de ambas posturas mediante la formulación de un modelo general de tipo formal, puede encontarse en: E. Niou and P. Ordeshook, "Less Filling, Tastes Great: The Realist-Neoliberal Debate", *World Politics*, Vol. 46, n.º 2, 1994.

PARTE CUARTA

LA CONTESTACIÓN DEL MAINSTREAM: LOS ENFOQUES REFLECTIVISTAS

CAPÍTULO 8

EL REFLECTIVISMO: ORÍGENES, COINCIDENCIAS Y DISCREPANCIAS

No cabe duda de que, desde su nacimiento en los años ochenta, los enfoques reflectivistas han ido adquiriendo una mayor relevancia. Estos enfoques han impulsado un proceso de renovación teórica y filosófica, abriendo las Relaciones Internacionales a los debates que están teniendo lugar en el campo de la teoría social. Dada la revisión de las bases ontológicas y epistemológicas de las corrientes dominantes, los enfoques reflectivistas han provocado una auténtica convulsión en la disciplina. De la mano de los nuevos enfoques, las Relaciones Internacionales han experimentado dos giros: uno sociológico y otro interpretativo[1]. El giro sociológico se manifiesta en tendencias ontológicas que priman la importancia de las estructuras y de las ideas sobre los individuos y las fuerzas materiales, respectivamente. El giro interpretativo se pone de relieve en un pospositivismo caracterizado por la defensa de epistemologías y metodologías más próximas a las Ciencias Sociales.

La comprensión de los enfoques reflectivistas requiere tomar en consideración los contextos filosófico e histórico que han presidido su nacimiento y evolución. No debe pensarse que estos enfoques surgen en el vacío. De hecho, la crítica a las posiciones dominantes en la disciplina está entroncada en fuertes debates en el seno de las Ciencias Humanas y de la Filosofía. Este es el caso del debate sobre la crisis de la modernidad. Además, la emergen-

---

[1] S. Guzzini, "*A Reconstruction of Constructivism in International* Relations", *European Journal of International Relations*, Vol. 6, n.º 2, 2000, p. 149.

cia de los enfoques reflectivistas ocurre en un momento histórico concreto. Aquí, resulta particularmente pertinente referirse a las grandes transformaciones políticas que se registraron en el sistema internacional a finales de los años 80. Es cierto que el arranque de los enfoques reflectivistas fue anterior en el tiempo, pero la incapacidad de las teorías dominantes en la disciplina para prever y explicar tales transformaciones dio un notable impulso a los mismos.

8.1. LOS ORÍGENES DE LA CRÍTICA REFLECTIVISTA

Como se acaba de indicar, los enfoques reflectivistas están conectados con el debate sobre la "crisis de la modernidad". En general, puede decirse que dichos enfoques comparten "la creencia de que el pensamiento occidental nacido de la Ilustración está en crisis"[2]. Al abordarse esta cuestión suele mencionarse que la obra de autores como F. Nietzsche y M. Heidegger fue precursora de muchas de las críticas que en la última parte del siglo XX se han dirigido a la modernidad[3]. En sociedades de Europa occidental y de Norteamérica, es posible registrar en décadas recientes un resurgir de las ideologías o estados de ánimo pesimistas. Para muchos de sus críticos, la modernidad está basada en la creencia de que, gracias a los recursos tecnológicos, la humanidad puede disfrutar de un progreso sin fin. Por otra parte, la modernidad es entendida como un proyecto básicamente individualista, en el cual el "yo racional" representa el único protagonista de la historia. Este "yo racional" aspira a convertirse en dueño de la naturaleza, incluida la naturaleza humana, por medio de la ciencia y la tecnología[4].

Los orígenes de la pérdida de fe en el progreso pueden encontrarse, entre otras consideraciones posibles, en los desastres ecológicos recientes, la persistencia del hambre y de tasas de mortalidad elevadas en muchas partes del mundo o la amenaza de un *Armaggedon* nuclear. Si la racionalidad no es capaz de resolver estas situaciones, si la actuación tecnocrática es incluso, en ocasiones, la causa de tales desastres, cabe concluir, apuntan los críticos, que

---

[2] Entre otras referencias a esta cuestión, puede verse: C. Brown, "Critical Theory and Postmodernism in International Relations", en A. J. R. Groom and M. Light (Eds.), *Contemporary International Relations: A Guide to Theory*, London, Pinter Publishers, 1994, p. 57.

[3] Sobre este punto, además de la referencia bibliográfica recogida en la nota anterior, puede consultarse también del mismo autor: "'Turtles All the Way Down…", *op. cit.*, pp. 215-218.

[4] S. Guzzini, "A Reconstruction of Constructivism…", *op. cit.*, p. 151.

el proyecto de la Ilustración ha dejado de ser el camino a seguir[5]. Dicho esto, no obstante, deben apuntarse las importantes diferencias que separan a los enfoques reflexivistas, en cuanto a los modos en que la crisis de la modernidad ha de ser interpretada y abordada.

En una primera categoría pueden situarse los "modernistas reflexivos". Los autores que se engloban bajo esta denominación relacionan esta crisis con la transición a una nueva fase de la modernidad, llamada a veces "modernidad radicalizada" o "modernidad reflexiva". En ella, los límites y las ambigüedades del progreso técnico y social moderno se hacen más acuciantes. La época actual no es entendida, pues, como una ruptura tajante con la experiencia histórica pasada, sino más bien con su extensión a escala global. El período en el que estamos entrando es un período en el que "las consecuencias de la modernidad se están radicalizando y universalizando como nunca"[6]. La creciente conciencia de sus facetas autodestructivas requiere dar paso a una modernidad distinta que puede materializarse a través de la aplicación de sus propios principios críticos[7]. En cualquier caso, estos nuevos enfoques impulsan una reflexión crítica sobre las vinculaciones entre el estudio teórico, así como la práctica política, de las relaciones internacionales y el pensamiento y la realidad histórica de la modernidad en crisis. Así, por ejemplo, a la hora de repensar las Relaciones Internacionales del futuro de manera congruente con un mundo multicultural, deberían tenerse en cuenta dos factores fundamentales: el papel de primera magnitud que jugó el colonialismo en la expansión global de la actual sociedad internacional y el etnocentrismo occidental en la teorización de lo internacional[8].

---

[5] *Ibidem*, pp. 151-152.

[6] A. Giddens, *Consecuencias de la Modernidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1999, p. 17. Realiza reflexiones semejantes en la contribución: "Vivir en una Sociedad Postradicional", en U. Beck, A. Giddens y S. Lash (Eds.), *Modernización Reflexiva: Política, Tradición y Estética en el Orden Social Moderno*, Madrid, Alianza Editorial, 1997.

[7] U. Beck ha acuñado, entre otros, el concepto de modernidad o modernización reflexiva. Ver su obra: *La Sociedad del Riesgo: Hacia una Nueva Modernidad*, Barcelona, Paidós, 1998. Una presentación sintética de sus principales ideas es ofrecida en: U. Beck, "La Reinvención de la Política: Hacia una Teoría de la Modernización Reflexiva", en U. Beck, A. Giddens y S. Lash (Eds.), *op. cit.* En esta interpretación de la "crisis de la modernidad" coincide también, en lo esencial, Habermas. A este respecto ver: J. Habermas, *The Philosophical Discourse of Modernity: Twelve Lectures*, Cambridge, Polity Press, 1987.

[8] El carácter etnocentrista que ha marcado el desarrollo de la teoría internacional ha sido puesto de relieve, entre otros autores, por C. del Arenal. Este autor ha señalado que la teorización internacional se ha basado primero en la experiencia diplomática del sistema europeo de Estados y sus problemas, y después en el sistema occidental de Estados y sus problemas, especialmente la guerra fría y las relaciones Este-Oeste, desconociendo el contexto real y propio

En una categoría bien distinta están los "posmodernistas". Estos autores, ante los resultados contradictorios a que dio lugar la modernidad, propugnan el abandono del proyecto ilustrado y el fin de la misma. Esta actitud radical les lleva a la paradójica situación de tener que "pensar lo impensable", es decir, de verse obligados a emplear categorías "modernas" en el análisis de una realidad que muestra características fundamentales propias. El pensamiento posmodernista destaca el cambio de época, el hecho de estar viviendo una nueva fase histórica radicalmente diferente del pasado "moderno". La era posmoderna representa una ruptura histórica absoluta con la experiencia precedente. Pese a que pueden distinguirse valoraciones optimistas y pesimistas respecto a la llegada de esta nueva era, la forma de describirla es semejante. En todas ellas, la era posmoderna es entendida como un proceso global que está afectando negativamente al mantenimiento de fronteras sociales, políticas o territoriales. En su lugar, "está emergiendo un nuevo modo transnacional de producción socio-cultural y económico"[9]. En definitiva, la nueva era está caracterizada por la globalidad, por el hecho de que lo global se hace presente en la vida cotidiana de los seres humanos. Así, se entiende la globalización como "el término que se torna prevalente en un período transicional de la historia (...) caracterizando el comienzo de la era global..."[10].

De manera adicional al debate que se produce en las Humanidades y en la Filosofía sobre la crisis de la modernidad, es preciso también referirse al contexto histórico para enmarcar la aparición de los enfoques reflectivistas. La realidad que las Relaciones Internacionales tratan de estudiar ha experimentado modificaciones sensibles[11]. No parece exagerado calificar de históricos los cambios acaecidos en el sistema internacional a finales del decenio

---

en que tienen lugar los problemas del resto del mundo". Ver: C. del Arenal, "La Teoría y la Ciencia...", *op. cit.*, pp. 614-617.

[9] D. S. L. Jarvis, *op. cit.*, p. 70.

[10] M. Albrow, *The Global Age: State and Society Beyond Modernity*, Cambridge, Polity Press, 1996, p. 95.

[11] Generalmente, suele subrayarse la influencia de acontecimientos como el final de la guera fría en el desarrollo de los enfoques reflectivistas. Es interesante mencionar que, de una manera más general, C. del Arenal ha señalado la presencia de factores, por un lado, de acción inmediata y, por otro, de acción profunda sobre el sistema internacional. Entre estos últimos, cuyo impacto se deja notar a largo plazo, menciona: la transnacionalización de las relaciones internacionales y la unificación del campo político-diplomático y, sobre todo, económico, la multiplicación de actores no estatales, la crisis del modelo clásico de Estado-nación, la intensificación del fenómeno regional o la revolución científico-técnica. No cabe duda de que todos estos factores contribuyen a transformar la realidad internacional y, por tanto, el objeto de estudio de la disciplina. Ver: C. del Arenal, "El Nuevo Escenario Mundial y la Teoría de las Relaciones Internacionales", en AA. VV., *Hacia un Nuevo Orden Internacional y Europeo. Homenaje al Profesor M. Díez de Velasco*, Madrid, Tecnos, 1993, pp. 81-86.

de los ochenta. El fin de la guerra fría, la desaparición del comunismo y el derrumbe de la Unión Soviética se encuentran, sin duda, entre los acontecimientos que distinguirán históricamente al siglo XX. C. del Arenal ha puesto de relieve la profundidad de estos acontecimientos. A diferencia de lo acaecido en 1919 o en 1945, a partir de 1989 se produjeron cambios en tres dimensiones claves: la naturaleza de la sociedad internacional, la naturaleza, estructura y dinámica del sistema político-diplomático y el principio organizador de la sociedad internacional[12].

Los acontecimientos citados alentaron un cierto escepticismo en relación con las perspectivas teóricas predominantes. Vinieron a cuestionar la capacidad explicativa y predictiva del racionalismo, en la medida en que hechos tan decisivos como la desaparición de la bipolaridad o la ruptura del equilibrio de poder no estuvieron acompañados por el uso de la fuerza[13]. Los autores reflectivistas pasaron a la ofensiva, poniendo de relieve que las perspectivas citadas ni tan siquiera contemplaban la posibilidad de aquellos acontecimientos. El término de la guerra fría, tras casi medio siglo de duración, parecía respaldar las afirmaciones reflectivistas sobre el carácter socialmente construido, y no fijo e inmutable, de las realidades de la vida internacional. La circunstancia de que en la base de dichas transformaciones se hallara una crisis de legitimidad del poder soviético, tanto en la URSS como en los países del Este, ponía de manifiesto las consecuencias que acarreaba que determinadas reglas e instituciones dejaran de ser socialmente aceptadas. Bajo los acontecimientos mencionados subyace una redefinición de los significados intersubjetivos y, por tanto, de las prácticas sociales en que se hallan incrustados. El resultado es una transformación de la estructura internacional a la que los agentes sociales dan forma y constituyen a través de esas mismas prácticas[14].

En fechas más recientes, los hechos relacionados con el 11 de Septiembre están también llamados a tener una influencia en la evolución de las Relaciones Internacionales. Su proximidad hace difícil calibrar hacia qué derrote-

---

[12] C. del Arenal, "Teoría de las Relaciones Internacionales y Sociedad Internacional", *op. cit.*, pp. 755-756.

[13] J. G. Ruggie, "What Makes the World…", *op. cit.*, p. 25. En sentido similar argumentan: P. Katzenstein, R. O. Keohane and S. Krasner, "International Organization and the Study of World Politics", *International Organization*, Vol. 52, n.º 4, 1998, p. 671; F. Kratochwill, "The Embarrassment of Changes: Neo-realism and the Science of Realpolitik without Politics", *Review of International Studies*, Vol. 19, n.º 1, 1993; R. Kolowski and F. Kratochwill, "Understanding Change in International Politics: the Soviet Empire's Demise and the International System", *International Organization*, Vol. 48, n.º 2, 1994.

[14] S. Guzzini, "A Reconstruction of Constructivism…", *op. cit.*, pp. 154-155.

ros impulsarán al cuarto debate. En principio, los efectos de los hechos mencionados, como ha indicado S. Smith, pueden parecer contradictorios[15]. De un lado, en conjunción con las acciones bélicas, primero, en Afganistán y, más tarde, en Iraq, han provocado que el uso de la fuerza pase a ocupar de nuevo un lugar preferente en la disciplina. Con ello, las interpretaciones realistas del mundo se han visto reforzadas. De otro, y quizá de una manera más significativa, han puesto en cuestión muchas de las premisas de las teorías racionalistas. Estas teorías entienden que los actores internacionales responden a esquemas lógicos y de motivación omnicomprensivos, basados en última instancia en premisas universales sobre la naturaleza humana. Sin embargo, el 11 de Septiembre muestra que puede haber más de una lógica y que los problemas de identidad son centrales, favoreciendo así las posiciones que sustentan los enfoques reflectivistas[16]. En la medida en que el racionalismo trate la identidad como algo exógeno a la formación de intereses y busque explicaciones únicas de la política mundial, estará renunciando al tipo de aproximación que podría permitirnos entender mejor hechos como los del 11 de Septiembre[17].

8.2. ANTECEDENTES TEÓRICOS EN LA DISCIPLINA

La crítica reflectivista ha impulsado la reflexión sobre las prácticas académicas convencionales. Hay que subrayar que dicha crítica supone la incorporación a la disciplina de sensibilidades intelectuales provenientes de la teoría social. Además, permite recuperar ciertos elementos de algunas tradiciones teóricas que habían sido total o parcialmente olvidadas[18]. En el primero de estos aspectos ya se ha dicho que los enfoques reflectivistas fueron protagonistas de un giro sociológico e interpretativo que había ganado considerable terreno en otras ciencias sociales. Las influencias teóricas que facilitaron dichos giros fueron muy diversas. Pero, para lo que aquí nos ocupa,

---

[15] S. Smith, "The United States and the Discipline of International Relations: 'Hegemonic Country, Hegemonic Discipline'", *International Studies Review*, Vol. 4, n.º 2, 2002, p. 83.

[16] En relación con el papel de la identidad, más concretamente del papel de la religión, es de gran interés el artículo de D. Philpott, "The Challenge of September 11 to Secularism in International Relations", *World Politics*, Vol. 51, n.º 1, 2002.

[17] S. Smith, "The United States and the Discipline...", *op. cit.*, p. 83.

[18] Además de subrayar que los enfoques reflectivistas representan el redescubrimiento de algunos elementos olvidados en la historia de las Relaciones Internacionales, M. Khaler añade que dichos enfoques pueden entenderse como "una inyección de teoría social europea en una disciplina crecientemente norteamericanizada y extraordinariamente provinciana". Ver: M. Khaler, *op. cit.*, p. 40.

basta señalar que ese giro interpretativo-sociológico determina que los enfoques reflectivistas compartan, en términos generales, la ontología del constructivismo social. Todos ellos, ponen de relieve el carácter socialmente construido de la realidad social internacional.

Esta forma de entender la naturaleza, estructura y funcionamiento sustancial de la realidad social internacional no es absolutamente novedosa en las Relaciones Internacionales. Algunas corrientes del pensamiento liberal, como el neofuncionalismo de los años cincuenta y sesenta, confieren un papel relevante a los elementos ideacionales. Debe indicarse que los autores reflectivistas, especialmente los constructivistas, están formados en los principios filosóficos básicos del pensamiento liberal[19]. De hecho, hay que señalar que el reflectivismo ha implicado una revalorización de ciertos elementos de la tradición liberal que habían sido ignorados o, al menos, escasamente atendidos por los neoliberales del *mainstream.* Los reflectivistas ponen el acento en el papel de las ideas a la hora de comprender la realidad internacional. Las ideas —valores, normas, conocimiento compartido— son claves para que los actores definan sus identidades e intereses. Estos significados intersubjetivos suelen estar incrustados en prácticas sociales institucionalizadas, o sea, en instituciones sociales. La consideración de todos estos elementos por parte del reflectivismo pretende revalorizar la exploración de las posibilidades de cambio en las relaciones internacionales.

Asimismo, algunos autores han querido ver un precedente de los enfoques reflectivistas en la tradición fenomenológica del estudio de la política exterior[20]. Sin embargo, es importante matizar que estos estudios se centran en actores individuales, analizando factores cognitivos de orden subjetivo. De manera diferente, el reflectivismo se centra primordialmente en ideas, en significados intersubjetivos compartidos por los miembros de un colectivo[21]. Es interesante apuntar que los estudiosos europeos de las Relaciones Internacionales han presentado por lo general una inclinación sociológica ausente

---

[19] Esta impronta liberal en la filosofía básica de los constructivistas puede observarse en muchas de sus contribuciones. Al respecto, ver: A. Wendt, "Anarchy is What States Make of It: The Social Construction of Power Politics", *International Organization*, Vol. 46, n.º 2, 1992; J. G. Ruggie, "What Makes the World...", *op. cit.*; O. Waever, "John G. Ruggie: Transformation and Institutionalization", en I. Neumann and O. Wæver (Eds.), *op. cit.*

[20] Las obras más conocidas en esta línea son: R. Snyder, H. W. Bruk and B. Sapin, *Decision-Making as an Approach to the Study of International Politicss*, Princeton, Princeton University Press, 1954; R. Jervis, *Perception and Misperception in International Relations*, Princeton, Princeton University Press, 1976; R. N. Lebow, *Between Peace and War,* Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1981.

[21] Esta observación es realizada por: J. G. Ruggie, "What Makes the World...", *op. cit.*, pp. 12-13.

en los Estados Unidos. Respetados autores norteamericanos han destacado recientemente esta circunstancia en la obra de investigadores para la paz escandinavos y alemanes, así como en la de autores franceses como R. Aron[22]. Aquí también puede incluirse la visión de A. Truyol. Ésta queda claramente expresada justo al comienzo de una de sus principales obras al manifestar: "La sociedad internacional, como toda sociedad, implica una trama de relaciones sociales, cuya naturaleza ontológica constituye el primer problema que se nos presenta. Es un problema sociológico, y desde el ángulo de la sociología hay que enfocarlo..."[23].

Por último, uno de los antecedentes del reflectivismo más renombrado ha sido la denominada "Escuela Inglesa" de Relaciones Internacionales. Autores de dicha escuela, tales como Wight, Bull o Watson, entre otros, han concebido el sistema internacional como una sociedad en la que existen instituciones básicas, normas y valores, comúnmente aceptados por los Estados, que resultan clave para su funcionamiento. Sus obras han tenido cierta influencia, particularmente, sobre autores constructivistas y se han hecho interpretaciones de las mismas entendiéndolas como proto-constructivistas. Es curioso que, en los últimos años, el *mainstream* también haya redescubierto la escuela inglesa realizando lecturas de la misma afines al institucionalismo neoliberal[24].

8.3. COINCIDENCIAS Y DISCREPANCIAS EN LOS ENFOQUES REFLECTIVISTAS

Las principales coincidencias entre los enfoques reflectivistas emergen en sus críticas al racionalismo y, en especial, al neorrealismo. De hecho, el

---

[22] En este sentido se manifiestan: P. Katzenstein, R. O. Keohane and S. Krasner, *op. cit.*, p. 674. Junto con Aron, puede mencionarse también a M. Merle. Entre sus obras más conocidas, cabe citar: R. Aron, *Paz y Guerra entre las Naciones*, 2 vols., Madrid, Alianza Editorial, 1985 y M. Merle, *Sociología de las Relaciones Internacionales*, 5ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 1994.

[23] A. Truyol, *La Sociedad Internacional*, Madrid, Alianza Editorial, 5ª ed., 1985, p. 17. En una línea similar podemos ubicar a M. Medina. Este autor confiere una notable importancia a los aspectos sociológicos de la Relaciones Internacionales. Ver: M. Medina, *Teoría de la Sociedad Internacional*, Madrid, Tecnos, 1979. Asimismo, es posible mencionar las recientes investigaciones de C. del Arenal sobre la sociedad internacional.

[24] Una de las obras de la "Escuela Inglesa" que, probablemente, goza de más reconocimiento es: H. Bull, *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*, London, Macmillan, 1977. Hace una lectura "proto-constructivista" de esta escuela: T. Dunne, "International Society: Theoretical Promises Fulfilled?", en *Cooperation and Conflict: Nordic Journal of International Studies,* Vol. 30, n.º 2, 1995. Para una lectura de la escuela inglesa más cercana al *mainstream*, ver: T. Evans and P. Wilson, "Regime Theory and the English School of International Relations: A Comparison", *Millennium*, Vol. 21, n.º 3, 1992.

germen de dichos enfoques se encuentra en las críticas que autores como J. G. Ruggie, R. K. Ashley y R. W. Cox realizaron de la obra de K. N. Waltz[25]. En los capítulos precedentes hemos visto cómo desde posiciones realistas o neoliberales se ha procurado refinar o completar la teoría neorrealista. No ha habido una ruptura plena con los presupuestos de esta teoría. Esto cambia radicalmente con la entrada en escena de los enfoques reflectivistas. Para ellos, la superación de las deficiencias del neorrealismo, así como también del neoliberalismo, muy particularmente en lo que atañe al cambio, sólo puede lograrse si se lleva a cabo una profunda revisión de sus fundamentos ontológicos y epistemológicos.

Así, en primer lugar, los autores reflectivistas se alejan de la ontología materialista e individualista característica del racionalismo. Liberan a la ontología de su subordinación a los requerimientos de la epistemología positivista[26]. Sus presupuestos ontológicos, por el contrario, llaman la atención sobre la relevancia de las ideas, de los significados intersubjetivos, en la definición de los contornos de la realidad social. El énfasis en estos significados es lo que permite sostener, parafraseando a N. Onuf, que dicha realidad es la realidad que construimos, el *world of our making*[27]. Por otra parte, la ontología reflectivista asume, en términos generales, la proposición de que agentes y estructuras se constituyen mutuamente. A este respecto, la excepción viene de la mano de los posmodernistas, ya que sostienen la imposibilidad radical de distinguir entre ambos conceptos y de abordar sus relaciones mutuas.

En el plano epistemológico, los enfoques críticos al racionalismo se caracterizan por la reflexividad teórica[28]. Por esta expresión debemos entender

---

[25] J. G. Ruggie, "Continuity and Transformation in the World Polity: Toward a Neorealist Synthesis"; R. K. Ashley, "The Poverty of Neorealism"; R. W. Cox, "Social Forces, States and World Orders: Beyond International Relations Theory". Las tres contribuciones están publicadas en: R. O. Kehoane (Ed.), *Neorealisms and Its Critics*, *op. cit*. A estas contribuciones, básicas para el nacimiento del reflectivismo, habría que añadir el artículo escrito algunos años más tarde por Ruggie y Kratochwill en el que ponen de relieve las contradicciones entre la ontología y la epistemología del neoliberalismo. Ver: F. Kratochwill and J. G. Ruggie, "International Organization: A State of the Art or an Art of the State", *International Organization*, Vol. 40, n.º 4, 1986.

[26] S. Smith, "Positivism and Beyond", *op. cit.*, pp. 17-18 y "The Forty Years' Detour: The Resurgence of Normative Theory in International Relations", *Millennium*, Vol. 21, n.º 3, 1992, p. 490.

[27] Este es, precisamente, el título de la primera obra en la disciplina cuyo autor se proclama constructivista. Ver: N. G. Onuf, *World of Our Making…*, *op. cit.*

[28] Con las líneas básicas de la "reflexividad teórica" parecen estar de acuerdo autores pertenecientes a los diferentes enfoques críticos. Puede consultarse, por ejemplo: R. Price and C.

la necesidad de reflexionar sobre el propio proceso de teorización. Los autores reflectivistas muestran una preocupación por los propósitos políticos y sociales del conocimiento, los intereses y asunciones cognitivas del observador y la forma en que los principales actores construyen sus imágenes del mundo político. Rechazan el intento positivista de formular un conocimiento objetivo que ponga al descubierto verdades empíricamente verificables. De esta forma, los reflectivistas cuestionan una premisa básica del positivismo: la separación entre sujeto y objeto. No es posible distinguir entre el objeto de conocimiento, por un lado, y las construcciones teóricas y el propio teórico, por otro. Esta separación es transcendental para justificar la pretensión de descubrir el mundo "tal y como verdaderamente es". Dicho con otras palabras, aunque no sin importantes excepciones, los reflectivistas tienden a rechazar la noción de "verdad como correspondencia".

En cuanto a la metodología, los enfoques reflectivistas no aceptan el monismo, esto es, la existencia de un único método científico aplicable por igual al estudio del mundo natural y del mundo social. Frente a la metodología positivista de brindar explicaciones científicas de los fenómenos sociales a través de leyes causales de carácter general, abogan por metodologías interpretativas más apropiadas para la comprensión de la realidad internacional en contextos históricos contingentes. Con ello, quieren dar a entender la dimensión eminentemente histórica del conocimiento humano.

Por último, en el plano normativo, los nuevos enfoques críticos rechazan la pretendida neutralidad axiológica del *mainstream*, destacando su carácter ideológico sostenedor del *statu quo*. De manera opuesta, asumen el compromiso ético y normativo de desenmascarar las estructuras de dominación básicas, contribuyendo activamente a la praxis social y política transformadora del orden social imperante. Estas últimas consideraciones ponen en evidencia la estrecha conexión entre teoría y práctica e ilustran la convicción re-

---

Reus-Smit, "Dangerous Liaisons?: Critical International Theory and Constructivism", *European Journal of International Relations*, Vol. 4, n.º 3, 1998, p. 261; M. Neufeld, *The Restructuring of International Relations...*, *op. cit.*, pp. 46-47; V. S. Peterson, "Transgressing Boundaries: Theories of Knowledge, Gender and International Relations", *Millennium*, Vol. 21, n.º 2, 1992, pp. 184-186; J. George, "International Relations and the Search for a Thinking Space: Another View of the Third Debate", *International Studies Quarterly*, Vol. 33, n.º 3, 1989, p. 272. Ya en 1986, Frost escribió que, durante muchos años, a las Relaciones Internacionales les había correspondido "el dudoso honor" de hallarse entre las menos autoreflexivas de las ciencias sociales. Ver: M. Frost, *Towards a Normative Theory of International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986, p. 11.

flectivista sobre las importantes implicaciones políticas que posee el debate metateórico[29].

Estas son las principales coincidencias de los enfoques reflectivistas. El término reflectivismo fue utilizado por Keohane para referirse a un conjunto de corrientes intelectuales que tenían en común su disconformidad con las posiciones dominantes en la disciplina. En realidad, dicho término representó una especie de gran categoría residual para agrupar todo lo que quedaba fuera del programa de investigación racionalista. Pero entre los diferentes enfoques reflectivistas hay divergencias, tanto ontológicas como epistemológicas, muy notables. En ocasiones, como ya se dijo en el capítulo 3, puede llegar a pensarse en la corrección de englobar enfoques tan dispares bajo una misma denominación. En lo que sigue, se trata de establecer cuáles son los principales aspectos en los que divergen los enfoques mencionados.

En lo que respecta a las cuestiones ontológicas, es particularmente en torno al eje materialismo-idealismo donde las trayectorias ontológicas de los enfoques reflectivistas presentan no sólo matices propios, sino también algunas diferencias importantes. Puede constatarse que el constructivismo sustenta la idea de que el mundo social, y en concreto el sistema internacional, es una construcción humana basada en ideas compartidas. Está haciendo alusión a significados intersubjetivos socio-históricamente situados. Esto no implica negar la existencia de hechos materiales brutos, pero sí implica destacar el papel clave de la conciencia humana en la vida social[30]. Por tanto, el constructivismo, si bien no desconoce los factores materiales, adopta un marcado énfasis idealista en virtud del cual tales factores cobran sentido dependiendo del entramado de significados intersubjetivos.

La teoría crítica abraza asimismo una ontología que entiende el orden político y social actual como un producto histórico, intersubjetivamente construido. Dentro de esta teoría, los autores inspirados en la escuela de Frank-

---

[29] S. Smith, "Positivism and Beyond", *op. cit.*, p. 13; S. Guzzini, "A Reconstruction of Constructivism...", *op. cit.*, p. 156. Es necesario mencionar, como veremos con más detalle más adelante, que un número importante de autores constructivistas ha relajado la conexión típica del reflectivismo con lo normativo. Entre otros, así lo manifiesta: T. Hopf, "The Promise of Constructivism in International Relations Theory", *International Security*, Vol. 23, n.º 1, 1998, p. 185. Para un análisis de las cuestiones normativas, puede verse: I. Aguirre Zabala, "La Teoría Normativa de las Relaciones Internacionales, Hoy", *Cursos de Derecho Internacional de Vitoria-Gasteiz*, 1995.

[30] E. Adler, "Seizing the Middle Ground…", *op. cit.*; J. G. Ruggie, "What Makes the World…", *op. cit.*

furt, influenciados predominantemente por la obra de J. Habermas[31], continúan poniendo el acento en los factores "ideacionales", lo cual les aproxima considerablemente al constructivismo. En cambio, los autores críticos que responden más a una orientación neogramsciana[32] muestran algún elemento diferencial. Coherentes con sus raíces en la tradición crítico-dialéctica del materialismo histórico, prestan atención no sólo a factores "ideacionales" sino, además, a factores materiales. Con ello, quieren poner de relieve la relación dialéctica existente entre la conciencia social y las condiciones materiales de vida, relación clave en la exploración crítica de las posibilidades transformativas de las estructuras históricas prevalecientes. Es posible que este vínculo dialéctico entre ideas y factores materiales explique el porqué A. Wendt se inclina por ubicar la teoría crítica de inspiración neogramsciana en la zona materialista de su mapa ontológico.

El feminismo, al igual que otros enfoques reflectivistas en Relaciones Internacionales, está marcado por la pluralidad de posiciones teóricas. Pese a esta pluralidad, desde el punto de vista ontológico, las distintas posturas feministas convergen en poner de manifiesto que los significados intersubjetivos que configuran las estructuras sociales están sesgados en términos de género debido a las relaciones de dominación patriarcal. La vida social está estructurada en términos de género, entendido éste como una construcción social basada en la dicotomía entre lo "masculino" y lo "femenino", privilegiando todo lo asociado al primer término con el efecto, intencionado o no, de perpetuar la dominación masculina. Debe señalarse que el feminismo[33], al dar una relevancia excepcional al género, privilegia los factores "ideacionales" en su comprensión de la realidad social. Pero, determinadas aproximaciones feministas, como las de C. Enloe, que toman como punto de partida la opinión de las mujeres y sus experiencias vitales, tienen asimismo muy en cuenta las condiciones materiales de vida que hacen factible la construcción de identidades y representaciones colectivas sexistas.

---

[31] Valga como ilustración en este punto: A. Linklater, "The Achievements of Critical Theory", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *op. cit.*

[32] R. Cox, "Influences and Commitments", en R. Cox, (Ed.), *Approaches to World Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996; S. Gill, "Epistemology, Ontology, and the Italian School" en S. Gill, (Ed.), *Gramsci, Historical Materialism, and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

[33] Al respecto, ver la presentación de: J. True, "Feminism", en S. Burchill et al., *op. cit.* Para una síntesis en castellano de la aportación feminista a la teoría internacional, ver: B. Locher, "Las Relaciones Internacionales desde la Perspectiva de los Sexos", *Nueva Sociedad*, n.º 158, 1998.

Quizá más que en otros casos, una breve referencia a la ontología del posmodernismo sólo es posible a expensas de grandes simplificaciones[34]. Al menos en sus versiones más radicales, una lectura posmodernista de las relaciones internacionales se centra en las prácticas discursivas que constituyen una determinada representación de la política internacional, entendidas como un texto que debe ser interpretado en relación con otros textos. Los posmodernistas entienden que no podemos conocer la realidad de manera independiente de nuestro discurso sobre ella, lo cual les conduce a negar la existencia de un mundo externo desligado de la mente del observador. Así pues, toda referencia al "mundo real" no puede ser sino en tanto experiencia de interpretación del mismo. En consecuencia, la ontología del posmodernismo es radicalmente idealista[35].

En lo que concierne a la epistemología, las divergencias entre los enfoques reflectivistas residen en las formas de valoración del conocimiento científico, o dicho de otra manera, en si cabe hablar de una "fundación" sobre la que asentar dicho conocimiento. A diferencia del racionalismo que defiende una teoría "explicativa", el reflectivismo defiende una teoría "constitutiva" o "interpretativa". Para este último, no cabe conocer la realidad, sino a través de las categorías teóricas con las que la interpretamos. La ruptura surge a la hora de valorar el conocimiento científico, emergiendo dos posturas claramente opuestas: una "fundacionalista", otra "antifundacionalista". Como expusimos en su momento, los enfoques reflexivistas no se identifican con la promesa positivista de dotar a la ciencia de una fundación sólida. Pese a este rechazo común del fundacionalismo "fuerte" del *mainstream,* los enfoques reflectivistas están inmersos en un interesante debate sobre el status de la ciencia.

Por un lado, pueden ubicarse las posturas de la mayoría de los enfoques reflectivistas: constructivismo, teoría crítica y gran parte del feminismo. La posición de estos enfoques ha sido caracterizada como fundacionalismo "mínimo" o "contingente"[36]. Los enfoques reflectivistas mencionados son

---

[34] S. Smith, "The Self-images of a Discipline….", *op. cit.*, p. 25. Dentro de la enorme variedad de posturas posmodernistas, no todas ellas comparten el punto de vista radical que se ha expuesto. J. George, por ejemplo, si bien se identifica con las perspectivas posmodernas, rechaza explícitamente sus versiones más extremas. J. George, *Discourses of Global Politics...*, *op. cit.*, p. 29.

[35] Algunos autores han llegado a referirse al posmodernismo más radical como "posmodernismo subversivo". D. S. Jarvis, *op. cit.*, en especial pp. 76-85.

[36] Esta distinción es formulada en: M. Hoffmann and N. Rennger, *op. cit.*, pp. 132-134. Estos autores hacen alusión a una "interpretación crítica", que aboga por un fundacionalismo "mínimo", y una "interpretación radical", que defiende una posición antifundacionalista. Para una valoración crítica de esta distinción, ver: M. Doucet, "Standing Nowhere?: Navigating the Third Route on the Question of Foundation in International Theory", *Millennium*, Vol. 28, n.º 2, 1999.

conscientes de que todo conocimiento está situado en un tiempo y en un espacio específico. Reconocen que sus interpretaciones de la realidad social son contingentes y parciales y, por tanto, sujetas siempre a reformulación y contestación. Aun cuando rechazan el empirismo del *mainstream*, reivindican el valor del conocimiento producido por la ciencia social. A través de procedimientos específicos para "establecer la verdad", consensuados por los miembros de la comunidad científica, los estudiosos argumentan en torno a la mayor o menor plausibilidad de sus interpretaciones, así como en torno a las consecuencias que una u otra opción tiene de cara a la práxis política. Algunos autores han aludido a la creciente "convencionalización" de un sector del constructivismo, hecho que, a su juicio, se ha traducido en una aproximación al fundacionalismo "fuerte" positivista.

Por otro lado, puede detectarse la postura de los posmodernistas, y de algunas feministas posmodernistas. Dicha postura representa el rechazo de todo tipo de fundaciones y, consecuentemente, de toda posibilidad de adjudicar méritos entre distintos enfoques teóricos. De este modo, los posmodernistas más radicales adoptan una postura antifundacionalista que niega cualquier status privilegiado a la ciencia, no reclamando para sus propias interpretaciones un carácter científico. No puede hablarse de un mundo único, sino de mundos de interpretaciones, es decir, textos que, a su vez, pueden ser libremente interpretados. La defensa de interpretaciones plurales y del valor equivalente de las mismas lleva a los posmodernistas a celebrar la diferencia y el relativismo extremo.

CAPÍTULO 9

EL REFLECTIVISMO MODERADO: EL CONSTRUCTIVISMO

Entre los enfoques reflectivistas, el constructivismo es el que aparece más tardíamente. Habrá que esperar a la segunda mitad de los años noventa para que sea reconocido como un enfoque teórico diferenciado. Pese a esta circunstancia, el constructivismo lleva camino de convertirse en el enfoque reflectivista con mayor peso específico. Esto puede deberse a que encarna un reflectivismo moderado, en contraste con el reflectivismo más radical del resto de los enfoques. Ha sido habitual considerar que el constructivismo representa un punto intermedio entre las posiciones del *mainstream* y las posiciones críticas más extremas[1].

Dada su creciente relevancia, el constructivismo es objeto en este trabajo de un tratamiento más extenso. En buena medida, la exposición de los presupuestos ontológicos y epistemológicos del constructivismo sirve de marco para comprender los enfoques reflectivistas más radicales que serán analizados en el capítulo siguiente. Siguiendo el mapa de la disciplina trazado en su momento, este capítulo abordará en primer lugar la posición del constructivismo en relación con los dos debates que tienen lugar en el plano ontológico: el debate materialismo-idealismo y el debate individualismo-holismo. A

---

[1] Son varias las referencias a esta vocación de punto intermedio del constructivismo. Entre ellas, cabe consultar: E. Adler, "Seizing the Middle Ground…", *op. cit.*, p. 321; S. Smith, "Reflectivist and Constructivist Approaches…", *op. cit.*, p. 242; K. N. Jorgensen, "Four Levels and a Discipline", en K. M. Fierke and K. E. Jorgensen, *Constructing International Relations: The Next Generation*, New York, M. E. Sharp, 2001, p. 48

continuación, pasará a describir las principales aportaciones que este enfoque reflectivista efectúa en el plano epistemológico.

9.1. LA ONTOLOGÍA DEL CONSTRUCTIVISMO (I): EL DEBATE MATERIALISMO-IDEALISMO

Este debate ha ido abriéndose paso en los últimos años. Aunque implícito en las discusiones epistemológicas desde el comienzo del cuarto debate, su aparición en la disciplina, con contornos bien definidos, es más tardía que la del problema agente-estrutura que abordaremos en el apartado siguiente. En contraposición, tanto al neorrealismo como al neoliberalismo, el constructivismo sostiene la idea de que el mundo social, o más concretamente el sistema internacional, es una construcción humana basada en ideas compartidas. Aquí los constructivistas se apoyan en la obra de J. Searle quien, al reflexionar sobre la construcción de la realidad social, puso el acento en los hechos sociales[2]. En este sentido, los hechos sociales existen porque atribuímos intersubjetivamente ciertos significados y funciones a determinados objetos y acciones. Una vez que los representamos colectivamente, confiriéndoles una existencia, se convierten en realidad social, con consecuencias reales. Estos significados intersubjetivos presentan propiedades estructurales en la medida en que definen los contornos relativos de la realidad social, convirtiendo ciertas acciones en aceptables o inaceptables, factibles o no factibles, concebibles o inconcebibles.

Para el constructivismo, la ontología sobre la que descansa el neorrealismo es abiertamente materialista. La definición de estructura como distribución de recursos de poder entre los Estados no deja resquicio alguno para las ideas. Esta crítica debe atemperarse al referirnos al otro componente esencial del racionalismo: el neoliberalismo. Es cierto que los neoliberales parten del concepto de estructura neorrealista. Pero con la introducción de los regímenes internacionales dan cabida en sus planteamientos a ideas[3]. Parece opor-

---

[2] En este sentido se manifiestan: S. Guzzini, "A Reconstruction of Constructivism...", *op. cit.*, pp 159-160; E. Adler, "Seizing the Middle Ground...", *op. cit.*, pp. 320 y 327-330; J. G. Ruggie, "What Makes the World...", *op. cit.*, pp. 12-13 y 32-33. Todos ellos hacen referencias a la citada obra de J.Searle como una de sus fuentes de inspiración.

[3] Una mayor concreción sobre el papel de las ideas desde el punto de vista neoliberal puede encontrarse en: J. Goldstein and R. O. Keohane, "Ideas and Foreign Policy: an Analytical Framework", en J. Goldstein and R. O. Keohane (Eds.), *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, Institutions, and Political Change*, Ithaca, Cornell University Press, 1993; P. Haas, (Ed.),

tuno realizar algunas observaciones sobre este punto. Como vimos con anterioridad, el neoliberalismo tiende a desplazarse en el cuadro nº 4 hacia la parte idealista del eje horizontal. Pero, en primer término, los neoliberales no conciben las ideas como parte de la estructura. En su lugar, consideran que constituyen una variable sistémica. La estructura, consiguientemente, continúa respondiendo a una concepción netamente materialista. En segundo término, las ideas en el planteamiento neoliberal contribuyen tan sólo a explicar el comportamiento de los Estados. En efecto, las ideas son una variable que deja sentir sus efectos entre la estructura y las unidades. Los regímenes internacionales, máxima expresión de las ideas en el planteamiento neoliberal, se convierten en un notable elemento explicativo de la actividad que se registra en diversos ámbitos internacionales. Sin embargo, los neoliberales, y ésta es una de las principales objeciones de los reflectivistas, no conceden a las ideas la capacidad de constituir las identidades e intereses de los Estados.

Los autores constructivistas mantienen que la estructura del sistema internacional está compuesta primordialmente por ideas. Dessler define dicha estructura no sólo en términos de recursos materiales, sino también en términos de ideas. En realidad, hay que precisar que Dessler habla de *reglas*. Éstas son los medios a través de los cuales los Estados se comunican entre sí y coordinan sus acciones. Una acción política no depende únicamente de las capacidades físicas. Requiere también un marco de sentido que permita, por una parte, hacer reconocible el uso de esas capacidades —como comportamiento intencionado y con sentido— y, por otra, suministrar la base de interacciones estatales que respondan a unas pautas[4]. Por consiguiente, los constructivistas realzan el componente normativo o de ideas de la estructura.

Las reglas que forman parte de la estructura pueden ser de dos tipos: "regulativas" y "constitutivas". Mientras que las primeras regulan una actividad existente con anterioridad, las segundas crean la posibilidad misma de dicha actividad[5]. Las reglas de etiqueta en las relaciones interpersonales o las reglas de conducción de vehículos se han puesto como ejemplos de reglas regulativas. En estos dos casos, la actividad que se quiere regular existía con independencia de dichas reglas. Por el contrario, no puede decirse lo mismo

---

Knowledge, Power, and International Policy Coordination, International Organization, Vol. 46, n.º1 (special issue), 1992.

[4] D. Dessler, *op. cit.*, pp. 453-454.

[5] Esta distinción fue realizada en el artículo de J. Rawls, "Two Concepts of Rules", *Philosophical Review*, Vol. 64, n.º 1, 1955. Las consideraciones que se presentan en el texto sobre esta cuestión están basadas en la obra de J. Searle, *La Construcción...*, *op. cit.*, pp. 44-47. Hacen referencias a dicha distinción, entre otros, D. Dessler, *op. cit.*, pp. 454-458 y J. G. Ruggie, "What Makes the World...", *op. cit.*, pp. 22-25.

de actividades como el fútbol o el ajedrez, sin cuyas reglas respectivas no tendría sentido hablar de ellas como tales. Es posible que la realidad no permita siempre distinguir tajantemente[6] entre ambos tipos de reglas, pero la distinción resulta analíticamente válida. Las reglas regulativas prescriben y prohíben determinadas conductas en ciertas circunstancias. Su desobediencia acarrea generalmente algún tipo de sanción. Las reglas constitutivas definen el conjunto de prácticas que hacen viable un determinado tipo de actividad social, al dejar claro qué se entiende por tal actividad. Quien incumple una regla de esta naturaleza torna su comportamiento incomprensible para los demás participantes. Así, pues, las reglas constitutivas tienen una función normativa en cuanto que proveen marcos de significados, ayudando a los agentes a entender en qué situación se hallan y, consecuentemente, cuáles son en tal situación sus identidades e intereses. Dentro de la ontología constructivista tienen cabida ambos tipos de reglas. Pero los autores constructivistas otorgan a las reglas constitutivas un papel central. Para J. G. Ruggie, estas reglas proporcionan "los cimientos institucionales de toda vida social. Ningún campo de actividad humana es imaginable sin ellas, incluida la política internacional, aunque en este caso puedan estar menos desarrolladas que en muchas otras formas de orden social" [7].

El constructivismo ha analizado la estructura de la sociedad internacional, dedicando especial atención a las reglas constitutivas. A su juicio, la estructura normativa internacional está estratificada. En un nivel más superficial se encuentran regímenes específicos, compuestos por reglas regulativas. Es precisamente aquí donde se ubican las teorías del *mainstream*. En un nivel más fundamental se encuentran reglas más generales, reglas que constituyen las instituciones sociales básicas de la vida internacional. Estas reglas condicionan las características esenciales de aquellas situadas en el nivel más superficial. Dentro del nivel más fundamental pueden distinguirse algunas instituciones sociales, con una dilatada trayectoria histórica, que tienen un ca-

---

[6] No todos los autores constructivistas están plenamente satisfechos con esta distinción. N. G. Onuf, por ejemplo, entiende que, hasta cierto punto, todas las reglas presentan tanto aspectos constitutivos como regulativos. Ver: M. Wind, "Nicholas G. Onuf: The Rules of Anarchy", en I. Neumann and O. Wæver (Eds.), *op. cit.*, pp. 250-251.

[7] J. G. Ruggie, "What Makes the World...", *op. cit.*, pp. 24-25. En esta línea, pueden encontrarse una serie de contribuciones constructivistas que estudian reglas constitutivas básicas del sistema internacional moderno, como las de soberanía y territorialidad exclusiva. N. G. Onuf, "Sovereignty: An Outline of Conceptual History", *Alternatives*, Vol.16, n.º 4, 1991; J. G. Ruggie, "Territoriality and Beyond: Problematizing Modernity in International Relations", *International Organization*, Vol. 47, n.º 1, 1993.

rácter fundacional[8]: es el caso del principio de soberanía territorial exclusiva, constitutivo de la sociedad internacional westfaliana. Ésta no es la única regla constitutiva fundamental. En el período de la posguerra, la forma institucional del multilateralismo se ha convertido en un principio arquitectónico o constitutivo de numerosas organizaciones y regímenes internacionales, tanto de alcance regional como universal. El multilateralismo de los constructivistas tiene poco que ver con la mera participación de una pluralidad de actores en una organización regional o internacional. Ruggie entiende que el multilateralismo es "una forma institucional que coordina las relaciones de tres o más Estados, basándose en principios generalizados de conducta"[9]. Esto es, principios que especifican lo que resulta apropiado para una clase de acciones, sin atender a los intereses particularistas de las partes o a las exigencias estratégicas que puedan darse en situaciones específicas.

Los constructivistas consideran que la forma multilateral ha adquirido una legitimidad internacional creciente para la solución de problemas. Su práctica generalizada ha implicado una gradual, pero importante modificación de la propia institución de la soberanía. En fin, las reglas constitutivas, en cuanto generadoras de contextos históricamente contingentes, es decir, de la propia sociedad internacional, dan forma al modo en que los agentes definen sus identidades e intereses en cada momento histórico. Estos agentes, los Estados, no poseen una identidad e intereses dados, de manera previa y externa a la existencia de dichas reglas, ni se relacionan con ellas de forma meramente instrumental, como si fueran restricciones externas a la consecución de sus intereses.

La relevancia de las ideas, de los significados intersubjetivos, queda también patente en las reflexiones de A. Wendt sobre un tema central en las Relaciones Internacionales: la anarquía. Según este autor, la anarquía, en tanto ausencia de una autoridad central, representa una definición vacía, carente de un significado intrínseco. La anarquía no se desprende necesariamente de un sistema de auto-ayuda. El problema reside en que en la noción de estructura del neorrealismo no están presentes significados intersubjetivos. Esto es de gran importancia porque los Estados actúan respecto a otros Estados, atendiendo a los significados que les atribuyen. Actúan "de modo distinto hacia

---

[8] En torno a estas reflexiones, ver: D. Dessler, *op. cit.*, pp. 468-469; C. Reus-Smit, "The Constitutional Structure of International Society and the Nature of Fundamental Institutions", *International Organization*, Vol. 51, n.º 4, 1997, pp. 557-558.

[9] J. G. Ruggie, "Multilateralism: The Anatomy of an Institution", en J. G. Ruggie, (Ed.), *Multilateralism Matters: The Theory and Praxis of an Institutional Form*, New York, Columbia University Press, 1993, p. 11.

sus enemigos que hacia sus amigos, porque los primeros suponen una amenaza y los segundos no". Aunque la distribución de poder puede afectar en todo momento a los cálculos de los Estados, la manera concreta en que lo haga dependerá de los entendimientos y expectativas intersubjetivas, de la "distribución de conocimiento que generen sus concepciones del *uno* y el *otro*"[10]. En consecuencia, la formulación materialista de la estructura es insatisfactoria, puesto que no recoge la estructura institucionalizada de identidades e intereses que otorga sentido a la acción en la vida internacional.

Analizando el planteamiento neorrealista, Wendt manifiesta, como acabamos de señalar, que de la condición de anarquía no se desprende lógicamente el principio de auto-ayuda. Éste representa una de las estructuras intersubjetivas posibles, pero no la única. Elaborando su punto de vista, Wendt hace alusión a tres "culturas" de la anarquía, a tres estructuras de significados compartidos diferentes. El contenido de cada una de estas culturas depende de cómo el "yo" se identifica cognitivamente con el "otro". Precisamente, el sentido de la anarquía y de la distribución de poder está estrechamente ligado a las variaciones cognitivas que se produzcan. Las tres culturas mencionadas por Wendt son las siguientes[11]:

1. Una cultura hobbesiana. En esta cultura la representación del "otro" se hace en términos de enemistad. Su identidad es pues la de un enemigo. Un "otro" de estas características no reconoce nuestro derecho a la existencia y está dispuesto a recurrir sin límite alguno a la violencia. Ante ello, se ha de estar dispuesto a responder de igual manera. Es el mundo realista de la política de poder, en el cual la identificación negativa con el "otro" es asbsoluta y la ganancia propia es la pérdida ajena.
2. Una cultura lockeana. En este caso, la identidad del "otro" es la de un "rival" o "adversario". A diferencia de un enemigo, un rival es alguien que, en un mundo de Estados, reconoce nuestro derecho a la soberanía territorial y está dispuesto a poner límites a la utilización de la violencia en un conflicto. Continúa rigiendo el principio de auto-ayuda, ya que cada actor persigue sus propios fines y sigue identificándose negativamente con el "otro", en quien ve un competidor. Sin embargo, las condiciones de vida en esta "cultura", más relajadas y relativamente más seguras, permiten confiar en mayor medida en los aliados. Wendt sugiere que la visión realista del sistema internacional nacido tras la Paz de Westfalia responde a una cultura lockeana, aunque entremezclada con

[10] A. Wendt, "Anarchy Is What...", *op. cit.*, pp. 396-397.

[11] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.* La descripción de las tres culturas puede encontrarse en el capítulo 6 de esta obra.

aspectos de una cultura hobbesiana. En cambio, la visión de los neoliberales es mucho más nítidamente lockeana.

3. Una cultura kantiana. Aquí, la representación del "otro" se efectúa en términos de amistad. Su identidad es la de un "amigo". Existiendo una identificación positiva con el "otro", la ganancia propia viene dada por la ganancia colectiva (comunidad). Hay una responsabilidad de todos en que esta última se produzca. Entre "amigos", las disputas se resuelven sin recurrir ni a la violencia, ni a la amenaza y la regla de ayuda mutua frente a terceros es la que prima. La amistad es una relación que, teniendo sus cimientos en la solidaridad y el "sentimiento de comunidad", se establece con el deseo de que perdure en el tiempo. En estos casos, la propia identidad e intereses se definen incluyendo los del "otro", lo cual hace posible una identidad y unos intereses colectivos compartidos por todos. En esta "cultura" cabe enmarcar los sistemas de seguridad colectiva o las "comunidades de seguridad", de renovado interés para los constructivistas[12].

9.2. LA ONTOLOGÍA DEL CONSTRUCTIVISMO (II): EL DEBATE INDIVIDUALISMO-HOLISMO

El debate individualismo-holismo es quizá más conocido en la disciplina como el debate agente-estructura. Este debate sirvió a autores constructivistas, que en la segunda mitad de los años ochenta se presentaban bajo la denominación de "estructuracionistas", para plantear serias reservas a la ontología del *mainstream*, en especial a la ontología del neorrealismo waltziano[13]. Es necesario señalar que el problema agente-estructura goza de una gran tradición en las ciencias sociales. A lo largo de la historia ha recibido

---

[12] Ver, por ejemplo: E. Adler and M. Barnett (Eds.), *Security Communities*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

[13] La teoría de la "estructuración" proveyó la base filosófica para la presentación constructivista del problema agente-estructura. Aunque fue ideado por A. Giddens, el término "estructuración" ha sido también utilizado para referirse a un grupo de teorías sociales que apuntan a la constitución mutua de agentes y estructuras. Sobre ellas puede verse: A. Giddens, *Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979 y *The Constitution of Society: Outline of the Theory of Structuration*, Cambridge, Polity Press, 1984; R. Bhaskar, *The Possibility of Naturalism*, Brighton, Harvester Press, 1979; D. Layder, *Structure, Interaction, and Social Theory*, London, Routledge & Kegan Paul, 1981; N. Thrift, "On the Determination of Social Action in Space and Time", *Society and Space*, Vol. 1, n.º 1, 1983; P. Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge, Cambridge University Press, 1977.

diferentes denominaciones, habiendo sido presentado bajo la forma de dicotomías radicales como "individuo-sociedad", "actor-sistema", "parte-todo", "voluntarismo-determinismo" o "subjetivismo-objetivismo". En nuestros días, se dice con frecuencia que constituye *el* problema central de la teoría política y social. Desde luego, ocupa un lugar preponderante en las Relaciones Internacionales[14].

El problema agente-estructura en Relaciones Internacionales ha engendrado un importante volumen de literatura[15]. En el fondo de este problema se halla la convicción de que las ciencias que estudian el mundo humano están en presencia de agentes activos que, pese a los condicionamientos que sufren, son seres conscientes y con carácter reflexivo que tienen sus intenciones y participan en la constitución y eventual transformación de la propia vida social. Si, por una parte, destacan el papel clave de la agencia humana en el devenir de la vida social, por otra, remarcan que sus actuaciones tienen lugar en circunstancias históricas concretas que establecen un conjunto de oportunidades y condicionamientos para dichas actuaciones. Queda así de manifiesto el hecho de que, de algún modo, agentes y estructuras se hallan mutuamente implicados en una relación dialéctica. De aquí la necesidad de tomar conceptualmente en cuenta esta problemática al intentar aprehender la realidad social.

---

[14] Debe establecerse una nítida distinción entre la cuestión de los niveles de análisis y el problema agente-estructura. Tal distinción fue puesta de relieve a raíz del debate entre A. Wendt y M. Hollis y S. Smith al que se hace referencia en la nota siguiente. En realidad, el problema agente-estructura, es decir, el papel que cabe atribuir a agentes y estructuras en la vida social, puede plantearse en todos y cada uno de los niveles de análisis. A este respecto, puede verse especialmente una de las contribuciones de Wendt al mencionado debate: A. Wendt, "Bridging the Theory/meta-theory Gap in International Relations", *Review of International Studies*, Vol. 17, n.º 4, 1991.

[15] La contribución que abrió la disciplina al problema agente-estructura fue el artículo de A. Wendt, "The Agent-structure Problem...", *op. cit.* A este artículo siguieron otras muchas publicaciones, entre las que destacan las de D. Dessler, *op. cit.* y W. Carlsnaes, "The Agency-structure Problem in Foreign Policy Analysis", *International Studies Quarterly*, Vol. 36, n.º 3, 1992. Además, Wendt protagonizó un interesante debate con M. Hollis y S. Smith que tuvo como punto de partida el libro de estos últimos *Explaining and Understandig in International Relations*, Oxford, Clarendon Press, 1990. La postura de Wendt quedó recogida en los artículos: "Bridging the Theory/meta-theory Gap in International Relations" y "Levels of Analysis *vs.* Agents and Structures: Part III", ambos en *Review of International Studies*, Vol.17, n.º 4, 1991 y Vol. 18, n.º 2, 1992, respectivamente. Y la postura de Hollis y Smith en: "Beware of Gurus: Structure and Action in International Relations" y "Structure and Action: Further Comment", ambos en *Review of International Studies*, Vol. 17, n.º 4, 1991 y Vol.18, n.º 2, 1992, respectivamente.

Estas consideraciones ponen de relieve que la labor de teorizar requiere, al menos de manera implícita, partir de ciertos supuestos ontológicos respecto a la naturaleza de los agentes y las estructuras sociales, así como respecto al modo en que ambos se hallan interrelacionados. Según Wendt "hay básicamente dos formas de enfocar esta cuestión: considerar ontológicamente primitiva a una de las dos unidades de análisis o conferir a ambas un status ontológico igual y por tanto irreducible"[16]. Los constructivistas se distinguirán por adoptar esta segunda forma. La primera forma sugerida por Wendt da origen a su vez a dos posibilidades, dependiendo de qué unidad de análisis se elija como ontológicamente primigenia. Si es el agente estaremos hablando de individualismo, si es la estructura estaremos hablando de holismo o estructuralismo. La crítica fundamental que realiza el constructivismo de estas dos posibilidades, especialmente de la primera, es que convierten a la unidad ontológicamente primigenia en algo dado y no problemático. Esto lleva a que las teorías construídas bajo estos supuestos ontológicos no problematicen la constitución y transformación, social e históricamente contingente, de las propiedades básicas de la unidad escogida como originaria[17].

El contenido de las posiciones individualistas y holistas ha sido expuesto con anterioridad. Baste recordar aquí que el argumento individualista procede de "abajo-arriba". Las estructuras pueden traducirse o ser entendidas como el mero resultado de la actuación de los agentes. Estos, con identidades e intereses dados, son pre-existentes a la vida social misma. De manera distinta, en el caso del holismo, el argumento discurre de "arriba-abajo". Las estructuras cobran un carácter ontológicamente primitivo, mientras que los agentes no son sino un efecto, un producto de la lógica estructural, cuyo control queda fuera de su alcance. Aquí, es la estructura del sistema, junto con sus necesidades de reproducción, la que es concebida como algo dado. A juicio de los constructivistas, las posiciones dominantes en la disciplina, tanto las neorrealistas como las neoliberales, estuvieron basadas en una ontología individualista. Como ha escrito J. G. Ruggie, la respuesta a la pregunta ¿de qué está hecha la realidad social internacional? Por parte del racionalismo viene dada en términos utilitaristas: un universo atomista de unidades autointeresadas, con identidades pre-establecidas y fijas, que son sensibles de manera prácticamente exclusiva a intereses materiales. Estas unidades, actores racionales, maximizan sus propias utilidades definidas en términos tales

---

[16] A. Wendt, "The Agent-structure Problem…", *op. cit.*, p.339.
[17] *Ibidem*, pp. 343 y 348.

como poder, seguridad y bienestar[18]. Esta es la razón por la que Ruggie, siguiendo a Ashley, ha calificado al *mainstream* como "neoutilitarista".

Sobre todo en sus comienzos, las críticas del constructivismo se dirigieron al neorrealismo. Pese a su vocación declaradamente estructural, la teoría neorrealista ha sido atacada por descansar en una ontología individualista. Después de lo dicho en capítulos anteriores, este ataque deja de resultar sorprendente. En principio, podrían llamar la atención las acusaciones de individualismo, cuando Waltz, uno de los principales autores neorrealistas, trata de recalcar el carácter estructural de su teoría. Si bien desde una perspectiva teórica el neorrealismo, al igual que el neoliberalismo, pueden conceptuarse como estructurales o sistémicos, desde una perspectiva ontológica ambos componentes del *mainstream* pueden calificarse de individualistas. El razonamiento del propio Waltz justifica este tipo de apreciación. Como apuntábamos en el capítulo 4, Waltz sostiene que "el sistema político internacional, al igual que el mercado, es individualista en origen y está formado de manera espontánea y no intencionada"[19]. El sistema nace de la actividad de entidades egoístas, los Estados, cuyos objetivos y esfuerzos no están concentrados en crear un orden, sino en satisfacer sus propios intereses. Estas afirmaciones de Waltz encuentran, en lo sustancial, un equivalente en el planteamiento neoliberal. Siguiendo con la analogía micro-económica, el neoliberalismo mantiene que los regímenes internacionales nacen como resultado de las acciones, en este caso intencionadas, de actores racionales y egoístas que buscan alcanzar mayores ventajas absolutas. Parece, pues, que el conjunto de autores racionalistas otorga una primacía ontológica a los Estados sobre las estructuras.

Pero también es cierto que el *mainstream* va más allá de lo que podría considerarse una postura individualista típica. En el planteamiento neorrealista, la estructura acaba convirtiéndose en un factor que constriñe el comportamiento de los Estados. "Una vez formado, un mercado se erige en una fuerza que las unidades constituyentes, actuando individualmente o en pequeños grupos, no pueden controlar. En su lugar, en mayor o menor grado, a medida que las condiciones del mercado varían, sus creadores se transfor-

---

[18] J. G. Ruggie, "What Makes the World…", *op. cit.*, pp. 3 y 9. Un punto de vista similar fue adoptado por gran parte de los autores constructivistas. Para una descripción de las consecuencias de la aplicación del paradigma liberal, o más concretamente, de la teoría microeconómica a las Relaciones Internacionales, puede consultarse también: N. G. Onuf, *The World of Our Making…*, *op. cit.*, pp. 16-19.

[19] K. N. Waltz, *Teoría de la Política Internacional, op. cit.*, p. 136.

man en las criaturas del mercado al que dieron vida"[20]. Otro tanto ocurre en el planteamiento neoliberal. Aunque igualmente individualistas en su origen, los regímenes internacionales, cuando entran en vigor, se convierten en marcos de referencia que guían y orientan las acciones de los actores. Distinguiéndose del concepto de estructura, el concepto de régimen internacional representa una variable sistémica. Consiguientemente, la estructura o las variables sistémicas no son reducibles a los atributos de las unidades. Esta circunstancia es vital para justificar el peso que los neorrealistas confieren a variables estructurales y los neoliberales a variables estructurales y, sobre todo, sistémicas a la hora de explicar el comportamiento de los Estados. Sin embargo, no parece poder obviarse la cuestión de que el neoutilitarismo toma a los Estados como unidades ontológicamente primigenias.

Frente a las posturas dominantes en la disciplina, el constructivismo, acercándose más a la parte holista del eje ontológico, propugna una concepción "generativa" de la estructura social. Esta concepción, en contraste con lo que ocurre en las posturas dominantes mencionadas, contempla los Estados en términos relacionales, constituidos o generados por las relaciones internas de "individualización" entre ellos[21]. Los Estados no pueden ser concebidos como tales al margen de su posición en la estructura global. La estructura está compuesta no por la distribución de recursos de poder entre entidades estatales preexistentes, sino por los principios organizativos del sistema internacional, entre los cuales el más sobresaliente es el de "individualización" (soberanía). Es precisamente la estructura, al margen de la cual los Estados ni tan siquiera podrían ser concebidos como tales, la que constituye las identidades e intereses de estas unidades políticas[22].

Es preciso señalar que el constructivismo no se adhiere a un holismo estricto. De hecho, se opone a la "reificación" de la estructura que se produce en las aproximaciones netamente estructuralistas. Como es sabido, la "reificación" ocurre cuando la estructura es tratada como un objeto analíticamente independiente de las acciones por las que fue creada. A. Wendt indica, basándose en la teoría de la estructuración, que para eludir la "reificación" de

---

[20] *Ibidem*, p. 134. En el debate mecionado (nota 15) entre Wendt, por una parte, y Hollis y Smith, por otra, el primero destaca los aspectos individualistas en el planteamiento de Waltz, mientras que los segundos subrayan los efectos de la estructura sobre los agentes, una vez constituida.

[21] Las estructuras de carácter generativo son "conjuntos de relaciones internas". Por relaciones internas, Wendt entiende aquellas relaciones necesarias entre entidades en la medida en que dichas entidades dependen de ellas para su propia identidad. Ver: A. Wendt, "The Agent-structure Problem…", *op. cit.*, p. 357

[22] *Ibidem*.

las estructuras del holismo, deben tenerse en cuenta dos aspectos fundamentales que diferencian las estructuras sociales de las naturales. El primer aspecto se refiere a que las estructuras sociales, a diferencia de las naturales, "no existen independientemente de las actividades que gobiernan"[23]. Las estructuras sociales toman cuerpo solamente a través de las prácticas de los agentes. La estructura profunda del sistema internacional, por ejemplo, existe únicamente en virtud del reconocimiento de ciertas reglas y la realización de ciertas prácticas por los Estados. Si los Estados cesaran en ese reconocimiento o en esas prácticas, el sistema internacional, tal y como está constituido actualmente, desaparecería[24]. El segundo aspecto es que las estructuras sociales, a diferencia de las naturales, no existen independientemente de las concepciones de los agentes sobre lo que están haciendo mediante sus actividades. En otras palabras, las estructuras sociales tienen una dimensión inherentemente *discursiva*[25], es decir, son inseparables de las razones y formas de entender que los agentes incorporan a sus acciones.

Para el constructivismo, del mismo modo que las estructuras sociales son ontológicamente dependientes de y, por tanto, constituidas por las prácticas y formas de entender de los agentes, los poderes causales e intereses de estos agentes, a su vez, están generados y, por tanto, explicados por las estructuras. En definitiva, agentes y estructuras, aunque ontológicamente distintos, son entidades mutuamente constituidas. Cada una en cierto sentido afecta a la otra: están co-determinadas. Las estructuras sociales son el fruto de las consecuencias intencionadas o no de la acción humana. Asimismo, la acción humana presupone o se halla mediatizada por un contexto estructural irreducible[26].

---

[23] En este punto Wendt sigue a Bhaskar. Ver la obra de este último *The Possibility of Naturalism, op. cit.*, pp. 48-49.

[24] A este respecto, Wendt razona que la guerra fría existió en tanto estructura institucionalizada de identidades e intereses que orientó las prácticas de la política exterior de los Estados. Cuando los Estados Unidos y la Unión Soviética decidieron que dejaban de ser enemigos, la guerra fría dejó de ser una realidad. Ver A. Wendt, "Anarchy is What…", *op. cit.,* p. 397.

[25] A. Wendt, "Collective Identity Formation and the International State", *American Political Science Review*, Vol. 88, n.º 2, 1994, pp. 389-391.

[26] A. Wendt, "The Agent Structure Problem…", *op. cit.*, p. 360. Es interesante destacar que Wendt ha modificado su enfoque del problema agente-estructura. Así, ha preferido poner énfasis en el concepto de s*upervenience* que, con respecto a su posición incial de "constitución mutua", implica una relación menos simétrica entre agentes y estructuras. Ahora, Wendt sostiene que "la estructura del Sistema de Estados es dependiente de las propiedades de los Estados y las propiedades de los Estados, incluyendo sus identidades, son dependientes, en una medida significativa aunque menor, de las propiedades del Sistema de Estados". Ver: A. Wendt, "Identity and Structural Change in International Politics" en Y. Lapid and F. Kra-

9.3. LA ONTOLOGÍA DEL CONSTRUCTIVISMO Y LA CUESTIÓN DEL CAMBIO

La adopción de unas posiciones ontológicas nuevas es de gran importancia. Los autores constructivistas consideran que es vital para abordar más satisfactoriamente el problema del cambio. Este problema absorbe gran parte de las críticas —no ya del constructivismo, sino del reflectivismo en general— a la corriente principal en la disciplina. Ésta, especialmente en el caso del neorrealismo, ha prestado al mismo escasa atención. Incluso los autores neoliberales lo han tratado desde una perspectiva bastante restringida. La razón de esta circunstancia estriba, como en gran medida se ha expuesto con anterioridad, en las deficiencias ontológicas del racionalismo, deficiencias que provocan una visión distorsionada de la realidad internacional[27]. La ontología neoutilitarista determina que las teorías racionalistas contemplen el comportamiento de actores pre-existentes en un mundo anárquico. Cualquier potencial de cambio, presente o futuro, en las identidades e intereses de los actores o en la estructura del sistema queda fuera del alcance de dichas teorías. De modo opuesto, la ontología constructivista está mejor equipada para afrontar la cuestión del cambio. La importancia que se atribuye a factores "ideacionales", así como la manera de tratar la relación entre agentes y estructura, propician una visión del cambio como algo posible. Esto no quiere decir que el cambio sea necesariamente fácil. En ocasiones, los significados intersubjetivos pueden ser extremadamente difíciles de remover, frenando en consecuencia las posibilidades de transformación. En palabras de A. Wendt, el que "los mundos de la política de poder sean socialmente construidos", no quiere decir que sean maleables[28]. Pero cabe señalar que, en la medida en que dichos mundos constituyen realidades intersubjetivamente estructuradas a través de las prácticas de los agentes, el potencial de cambio permanece en manos de esos mismos agentes.

Es pertinente realizar aquí algunas observaciones adicionales sobre la diferente concepción de los agentes, en general, y de los Estados, en particular, por parte de autores racionalistas y constructivistas. Los primeros asumen un tipo de actor cuyo comportamiento, tendente a maximizar la utilidad, sigue la "lógica de la conveniencia". Estos actores, con unos intereses dados, se

---

tochwil, *The Return of Culture and Identity in IR Theory*, Boulder Co., Lynne Rienner, 1996, pp. 48-51 y *Social Theory of International Politics*, *op. cit*., pp. 155-156.

[27] J. G. Ruggie, "What Makes the World...", *op. cit.*, p. 37; F. Kratochwill, "The Embarrassment of Changes...", *op. cit.*

[28] A. Wendt, "Anarchy is What...", *op. cit.*, p. 411; T. Hopf, *op. cit.*, pp. 180-181.

enfrentan a una serie de opciones y eligen el curso de acción que es más conveniente para el logro de los mismos. En la concepción constructivista, los agentes actúan según la "lógica de lo apropiado". Esta lógica responde al siguiente tipo de preguntas: "¿qué tipo de situación es ésta?, ¿quién soy, cuáles son mis obligaciones?, ¿cuál es la elección más apropiada para mí en esta situación?"[29] Las reglas constitutivas a las que hemos aludido, en tanto que dotan de sentido a las acciones sociales, ayudan a responder a estas preguntas. Los agentes son seres conscientes y reflexivos que toman decisiones sobre el modo de actuación más apropiado, a través de un proceso de juicio razonado. En ese proceso siguen las reglas que les ayudan a determinar cuál es su identidad o su papel en una situación dada. La interpretación y aplicación de una regla no es un proceso mecánico, sino que está siempre marcado por la impronta personal de los agentes. Éstos, además de reproducir las estructuras normativas, pueden también modificarlas con su propia práctica. Esto ocurre cuando cambian las condiciones fundamentales, surgen nuevas posibilidades o restricciones o hacen sentir su presencia nuevos actores[30]. Cabe insistir en que, por una parte, la estructura constituye a los agentes y dota de significación a sus acciones y, por otra, de manera mutuamente recíproca, los agentes, a través de sus propias prácticas, generan la estructura, reproduciéndola o transformándola en el tiempo gracias a las consecuencias, intencionadas o no, de sus acciones.

Este tipo de reflexiones, con sus repercusiones sobre la cuestión del cambio, no son posibles desde las posiciones ontológicas del racionalismo. Los constructivistas entienden que la constitución de los agentes es en buena parte fruto de la interacción social entre ellos mismos, por lo cual su identidad e intereses no son previos, ni exógenos a dicha interacción, sino que emanan como algo intrínseco a la propia vida social. La definición de la identidad e intereses de los agentes es eminentemente contextual. Es previsible que los agentes definan su identidad en términos diferentes de acuerdo con el tipo de situación en la que se encuentran. Los constructivistas suscriben la idea de que un Estado en la práctica puede representar "muchos Estados diferentes"[31]. Un agente estatal puede poseer múltiples identidades socialmente

---

[29] A. Hasenclever, P. Mayer y V. Rittberger, "Las Teorías de los Regímenes...", *op. cit.*, p. 525; J. Checkel, "The Constructivist Turn...", *op. cit.*, pp. 326-327. La distinción entre la "lógica de las consecuencias" y la "lógica de lo apropiado" fue planteada primeramente en estos términos en: J. March and J. Olsen, *Rediscovering Institutions: The Organizational Basis of Politics*, New York, Free Press, 1989. A esta obra se refieren los dos artículos mencionados.

[30] F. Kratchowill and J. G. Ruggie, "International Organization...", *op. cit.*, p. 770.

[31] T. Hopf, *op. cit.*, pp. 176 y 193. En el mismo sentido reflexiona: A. Wendt, "Anarchy is What...", *op. cit.*, pp. 397-398. La literatura constructivista sobre la cuestión de las identidades

construídas, aunque la relevancia de identidades singulares y el compromiso que se asuma con cada una de ellas variarán atendiendo al contexto en que se encuentre. Como vimos, la forma de actuar de un agente sigue la "lógica de lo apropiado", guiándose por los significados intersubjetivamente asignados a las diferentes situaciones, significados que se hallan incrustados en prácticas sociales. Una vez que la estructura ha sido institucionalizada, puede ser difícil de cambiar. Pese a ello, lo esencial del planteamiento constructivista permanece: "las identidades e intereses, constituidos por significados colectivos, están siempre en proceso", es decir, dependen para su reproducción de las prácticas de los agentes. Cambiando las prácticas, cambiará el conocimiento intersubjetivo que constituye el sistema[32]. A este respecto, los constructivistas han problematizado los vínculos históricamente contingentes entre el Estado y la soberanía, entendida esta última como una regla constitutiva fundacional de la sociedad internacional moderna o westfaliana. Han destacado que la identidad de los Estados modernos, como soberanos territoriales debe ser concebida como una construcción social, producto del mutuo reconocimiento como tales por los propios Estados en su interacción social. Las estructuras, en este caso la institución de la soberanía, son puestas en marcha por las prácticas de los agentes. Estos producen, reproducen y llegan a modificar la estructura. Por ello, "los Estados pueden ser definidos gracias a la soberanía, mientras que la soberanía puede ser definida gracias a las interacciones, a las prácticas de los Estados". Ni el Estado ni la soberanía deberían entenderse como "dados, fijos e inmutables"[33]. La soberanía no ha de verse como una realidad temporalmente invariable, sino como una realidad sujeta a procesos de reproducción y transformación a través de las prácticas de los Estados, tal y como puede constatarse en la evolución histórica de la propia sociedad internacional moderna[34].

---

es abundante. Tan sólo a modo de ejemplo, ver: M. Barnett, "Institutions, Roles, and Disorder: The Case of the Arab States System", *International Studies Quarterly*, Vol. 37, n.º 3, 1993; T. U. Berger, "Norms, Identity, and National Security in Germany and Japan", en P. Katzenstein (Ed.), *op. cit.*; I. Neumann, "Collective Identity Formation: Self and Other in International Relations", *European Journal of International Relations*, Vol. 2, n.º 2, 1996.

[32] A. Wendt, "Anarchy Is What...", *op. cit.*, p. 407.

[33] T. J. Biersteker and C. Weber, "The Social Construction of State Sovereignty", en T. J. Biersteker and C. Weber (Eds.), *State Sovereignty as Social Construct*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, p. 11; A. Wendt, "Anarchy Is What...", *op. cit.*, p. 412-415. Unas primeras reflexiones sobre esta cuestión fueron expuestas en: J. G. Ruggie, "Continuity and Transformation in the World Polity…", *op. cit.*

[34] S. Barkin and B. Cronin, "The State and the Nation: Changing Norms and the Rules of Sovereignty in International Relations", *International Organization*, Vol. 48, n.º 1, 1994.

La definición de las estructuras en términos de ideas y la "síntesis dialéctica" en la que se funden agentes y estructuras permiten contemplar la cuestión del cambio desde una óptica considerablemente más atractiva. La consolidación del constructivismo como un enfoque diferenciado dentro del reflectivismo en la segunda mitad del decenio de los 90 puede no ser ajena a esta circunstancia. El comienzo de este decenio está marcado por cambios históricos de gran transcendencia en la vida internacional. Cabe sugerir que el ascenso del constructivismo está asociado precisamente a su mayor capacidad teórica, al menos con respecto a los enfoques racionalistas, para dar cuenta del cambio.

9.4. LA EPISTEMOLOGÍA DEL CONSTRUCTIVISMO

El propósito de este apartado es tratar las posiciones epistemológicas del constructivismo. Es posible sostener que también en este campo pueden detectarse diferencias sustanciales entre el *mainstream* y este enfoque reflectivista. Sin embargo, algunos autores han querido ver en el terreno de la epistemología una cierta "convencionalización" de buena parte de los autores constructivistas. Dejando a un lado las posturas más decididamente pospositivistas del resto de los enfoques reflectivistas, J. Checkel ha llegado a sugerir, quizá de manera exagerada, que la epistemología constituye un terreno común para racionalistas y constructivistas[35].

La distinción entre teorías explicativas y teorías constitutivas puede resultar útil como punto de partida de la discusión epistemológica. El reflectivismo en general se distingue por la importancia que atribuye a las teorías constitutivas o interpretativas. En franca oposición al positivismo, los enfoques reflectivistas rechazan la distinción entre sujeto y objeto. Estos enfoques comparten la visión de la teoría como constitutiva de la realidad a conocer. Dicho de otra manera, no conocemos la realidad, sino a través de las categorías teóricas con las que la interpretamos. Por tanto, el "conocimiento de la realidad" es socialmente construido[36]. J. George argumenta que "el mundo es siempre una 'cosa' interpretada y es siempre interpretada en condiciones de desacuerdo y conflicto, en uno u otro grado". Por ello, "no puede haber un cuerpo común de datos observables a los que podamos recurrir para garantizar un conocimiento neutral, objetivo del mundo. No puede haber un cono-

---

[35] J. Checkel, "The Constructivist Turn...", *op. cit.*, pp. 326-327.

[36] S. Guzzini, "A Reconstruction of Constructivism...", *op. cit.*, pp. 159-160. En igual sentido argumenta: F. Kratochwill, "Constructing a New Orthodoxy…", *op. cit.*, p. 91.

cimiento último que, en efecto, se corresponda con la realidad *per se*". Esto mina la pretensión positivista de recurrir a hechos objetivos externos "como fundación de nuestro conocimiento, como base del método científico" [37].

Sin embargo, una parte del constructivismo, aunque claramente partidaria de las teorías constitutivas, no renuncia a las teorías explicativas. Así, por ejemplo, uno de los autores más destacados de este grupo de constructivistas, A. Wendt, reconoce, por una parte, que es difícil separar lo que "vemos" en la realidad internacional de nuestras "lentes" conceptuales; pero, por otra parte, sostiene que "a la larga el trabajo empírico puede ayudarnos a decidir qué conceptualización es mejor"[38]. Este compromiso con el uso de la evidencia empírica, como criterio para juzgar sobre los méritos de diversas teorías en competencia, puede constituir, según algunos autores, un acercamiento al positivismo de los enfoques racionalistas.

En cualquier caso, no todos los autores constructivistas participan de este acercamiento a las posiciones epistemológicas del *mainstream*. Autores como Kratochwill y Ruggie están comprometidos con una epistemología pospositivista que destaca la necesidad de comprensión histórica de los procesos sociales. Así, son conscientes de las especificidades históricas de los fenómenos sociales y, por ello, tratan de ser precavidos respecto a las generalizaciones que lleguen a formular[39]. Reconocen que sus interpretaciones de la realidad social poseen un carácter contingente y parcial, ya que sus propios conceptos y aptitudes están teñidos por las particulares circunstancias históricas que les ha tocado vivir. En un conocido artículo, en el que criticaban las contradiciones ontológicas y epistemológicas de la teoría de los regímenes, Kratochwill y Ruggie afirmaban que no existía una referencia externa desde la que observar dichos regímenes tal y como "verdaderamente" eran. Desde un punto de vista ontológico, el concepto de regímenes destacaba la importancia de las ideas, es decir, de principios, normas y reglas. Sin embargo, desde un punto de vista epistemológico, los neoliberales pretendían someter a un contraste empírico su teoría de regímenes. Aquí residía precisamente la contradicción apuntada[40].

---

[37] J. George, *Discourses of Global Politics…*, *op. cit.*, pp. 22 y 24.

[38] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, pp. 5 y 37.

[39] A este respecto Ruggie previene que "mientras pueda haber generalizaciones tipo ley *en la transformación* de la era medieval a la moderna, no las hay *desde* ella". A su juicio, el estudio de las transformaciones históricas requiere una postura epistemológica muy diferente de la convencional. Ver: J. G. Ruggie, "Territoriality and Beyond…", *op. cit.*, pp. 169-170.

[40] F. Kratochwill and J. G. Ruggie, "International Organization…", *op. cit.*, pp. 763-764. Ruggie reconoce, también, el carácter contingente de sus interpretaciones en: "What Makes the World...", *op. cit.*, p. 35.

La crítica del fundacionalismo característico del positivismo no quiere decir que estos autores abracen un relativismo extremo. Para ellos, nuestras interpretaciones no son meramente arbitrarias e idiosincrásicas. La ciencia es una práctica social de la comunidad científica. Como miembros de la misma, los científicos comparten ciertos significados intersubjetivos, "ciertos códigos que sirven como fundamento de nuestros argumentos y proyectos". En cualquier caso, este fundamento es de carácter contingente puesto que tales significados intersubjetivos, tales códigos son "artilugios históricos y culturales"[41]. El propósito de los científicos es ofrecer interpretaciones de la realidad que sean verosímiles y creíbles para otros que están examinando los mismos acontecimientos[42]. Dichas interpretaciones pretenden ser convincentes y generar certeza. Una manera de lograr esto puede ser la exposición de los resultados de estudios empíricos, puesto que los constructivistas "no niegan la posibilidad de hacer referencia a lo que percibimos en el mundo. Pero recalcan que los acontecimientos no se auto-organizan en una explicación evidente, en "una explicación que es la única objetivamente posible"[43]. El objetivo es ordenar los eventos en una trama convincente que genere una interpretación coherente y plausible de la realidad estudiada. Además, los procesos de evaluación de los méritos relativos de las distintas teorías deben tener en cuenta los intereses y valores normativos que se encuentran tras ellas. Dichos procesos deben estar presididos por la reflexividad teórica. Esto puede ayudar a tomar conciencia de que optar por una determinada descripción de los hechos en lugar de por otra "tiene consecuencias sobre nuestra comprensión y nuestras acciones". En último término, tal opción "repercute en nuestros esfuerzos por resolver los problemas en la práctica"[44]. En definitiva, estos autores constructivistas, junto a buena parte de otros enfoques reflectivistas, se muestran partidarios de un fundacionalismo mínimo, de un fundacionalismo contingente.

Volviendo a posturas constructivistas más convencionales, puede indicarse que alguno de los autores que se sitúan en ellas no entienden, como señalan Kratochwill y Ruggie, que necesariamente una ontología idealista deba ir acompañada por una epistemología pospositivista. A. Wendt sostiene que

---

[41] F. Kratochwill, "Acción y Conocimiento Histórico: La Construcción de Teorías de las Relaciones Internacionales", *Foro Internacional*, Vol. 39, n.º 4, 1999, p. 609 y "Constructing a New Orthodoxy...", *op. cit.*, en especial pp. 75-76 y 90-93. En sentido similar: S. Guzzini, "A Reconstruction of Constructivism...", *op. cit.*, pp. 159-160.

[42] J. G. Ruggie, "Epistemology, Ontology, and the Study of International Regimes", en J. G. Ruggie (Ed.), *Constructing the World Polity…*, *op. cit.*, p. 94.

[43] R. Price and C. Reus-Smit, "Dangerous Liaisons...", *op. cit.*, p. 273.

[44] F. Kratochwill, "Acción y Conocimiento Histórico...", *op. cit.*, pp. 591 y 604.

"en lo que se refiere a la epistemología de la investigación social soy un firme creyente en la ciencia…soy un 'positivista'"[45]. Sin embargo, al referirse a la "convencionalización" de la epistemología de parte del constructivismo, es decir, a su aproximación al positivismo racionalista, es necesario hacerlo con prudencia. De hecho, en mi opinión, la afirmación de Went "soy un positivista" ha contribuido más a confundir que a clarificar. La creencia en la ciencia de autores como Wendt no tiene nada que ver con los postulados positivistas. Wendt asienta sus convicciones epistemológicas sobre una escuela de la filosofía de la ciencia conocida como "realismo científico". Esta escuela afirma que la investigación científica trabaja en gran medida con "inobservables", con entidades de las que, al menos en principio, no se puede tener una experiencia sensorial directa. Da un paso importante al defender el status ontológico real de entidades y procesos no observables, en tanto en cuanto puedan producir efectos detectables o permitir la intervención en el mundo observable a través de su manipulación[46]. Este es el estado de cosas normal, dicen los realistas científicos, en la práctica diaria, tanto en las ciencias naturales como en las ciencias sociales. Entidades inobservables pueden serlo, tanto la estructura del átomo como la estructura del sistema internacional. Wendt sugiere que, pese a la existencia de importantes diferencias ontológicas entre los objetos de las ciencias naturales y las ciencias sociales[47], no cabe hablar de una diferencia epistemológica fundamental entre ellas. Por tanto, parte del constructivismo llega a ser partidario del naturalismo, de un monismo metodológico, aunque esto se produce, y es preciso subrayarlo una vez más, apoyándose en una filosofía de la ciencia que en gran medida representa una crítica del positivismo[48].

---

[45] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op.cit.*, pp. 39-40.

[46] A. Wendt, "The Agent-structure Problem...", *op. cit.*, p. 352. Para una presentación general de los contenidos del "realismo científico", ver: W. Outhwaite, *New Philosophies Of Social Science: Realism, Hermeneutics and Critical Theory*, New York, St.Martin's Press, 1987.

[47] A. Wendt, "On Constitution...", *op. cit.*, pp. 102-104. Asimismo, expone las diferencias entre el "realismo científico", que él asume, y el "empirismo" del *mainstream* en: *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, capítulo 2.

[48] Es necesario reconocer, en línea con lo expresado anteriormente, que algunas manifestaciones de autores constuctivistas contribuyen a crear ambigüedad sobre su posición epistemológica. Jepperson, Wendt y Katzenstein, refiriéndose a los ensayos de orientación constructivista contenidos en una obra colectiva que ellos editan, sostienen que dichos ensayos "no dependen de una epistemología o metodología especial". Se refieren de manera imprecisa al carácter convencional de su metodología y critican a otros autores constructivistas, como Ruggie y Kratochwill, por no haber definido con más exactitud su método "interpretativo". Ver: R. L. Jepperson, A. Wendt and P. Katzenstein, "Norms, Identity, And Culture In National Security", en P. Katzenstein (Ed.), *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*, New York, Columbia University Press, 1996, pp. 65-67.

En efecto, el realismo científico cuestiona el modelo nomológico-deductivo propio del positivismo lógico. El realismo científico considera que la investigación debe ir más allá de la búsqueda de regularidades y la formulación de generalizaciones que no implican otra cosa que la mera concatenación de acontecimientos que se suceden en el tiempo. La investigación debe aspirar a explicar y, para ello, es necesario identificar los mecanismos causales subyacentes que hacen de un evento algo naturalmente necesario. De aquí que el realismo científico mantenga una visión "retroductiva" de la explicación causal, "mostrando cómo operan los mecanismos causales que hacen posibles las regularidades observables"[49]. En las ciencias sociales, ello implica identificar los mecanismos formados por ideas, en la medida en que ellas proveen motivación y energías "para la acción" [50]. A modo ilustrativo, puede entenderse que la estructura intersubjetiva de identidades e intereses que conformó la guerra fría fue la causa de los comportamientos de desconfianza y hostilidad mutuos entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Además de explicaciones causales que difieren sustancialmente de las que provee el positivismo, Wendt manifiesta que la ciencia utiliza también "explicaciones no causales" o constitutivas. Estas últimas explicaciones, tan científicas como las causales, pretenden analizar las propiedades de las cosas, estableciendo como referencia las estructuras en virtud de las cuales existen. Dan cuenta de cómo los elementos de una determinada estructura están compuestos y organizados, justificando las propiedades que esta última posee[51]. De no ser, por ejemplo, por la estructura intersubjetiva de identidades e intereses que se acaba de mencionar, la guerra fría no habría existido. Estos elementos "ideacionales", generadores de la guerra fría, no existieron de manera separada: cuando cobraron existencia, la guerra fría cobró existencia con ellos. Cuando los elementos constituyentes varían o dejan de existir, lo mismo ocurre, por definición, con sus efectos constituidos.

El realismo científico y, por tanto, autores constructivistas como Wendt asumen la teoría de la verdad como correspondencia. Pero hay que decir que el empirismo del realismo científico difiere en gran medida del empirismo positivista. El realismo científico no pretende verificar o falsear sus teorías con hechos o datos extraídos de la realidad. El empirismo del realismo científico es mucho más difuso. Es lo que en la terminología de esta escuela se denomina "argumento último". Así, Wendt afirma que, tanto las explicaciones causales como no causales, "son verdaderas o falsas en virtud de en qué

[49] A. Wendt, "The Agent-structure Problem...", *op. cit.*, pp. 353-354.
[50] A. Wendt, *Social Theory of International Politics*, *op. cit.*, p. 82.
[51] A. Wendt, "On Constitution...", *op. cit.*, pp. 104-115.

medida se correspondan con los estados del mundo…La prueba para ambas reside, en última instancia, en su relación con el modo en que el mundo funciona"[52]. Es, en todo caso, en este terreno en el que pueden observarse algunas coincidencias epistemológicas entre el *mainstream* y ciertos sectores del constructivismo, al no despegarse ni unos ni otros de una cierta referencia al mundo exterior.

El planteamiento de este reflectivismo más moderado ha sido objeto de distintas críticas. E. Ringman ha insinuado la incoherencia de, por un lado, proclamar una adscripción constructivista y, por otro, adoptar una epistemología "realista". Según este autor estas dos posiciones no son reconciliables: "de acuerdo con el realismo científico, el mundo crea las representaciones que tenemos de él; de acuerdo con el constructivismo, nosotros creamos las representaciones que tenemos del mundo" [53]. En otro orden de cosas, desde el propio constructivismo han surgido voces refiriéndose al distanciamiento de aquellos autores constructivistas más próximos al *mainstream* respecto a las cuestiones normativas y, en particular, respecto a las cuestiones de poder. Estas voces denuncian que los autores citados parten en sus análisis de representaciones colectivas, de significados intersubjetivos, para pasar a continuación a establecer su impacto sobre las propiedades y comportamientos de los Estados, sin problematizar, sin poner en cuestión, cómo esas representaciones, esos significados llegaron a conformarse históricamente de esa manera y no de otra[54]. Precisamente las relaciones de poder tienen mucho que ver con que esos significados y no otros se hayan construido socialmente. No obstante, los autores a los que aludimos, si bien reconocen que las prácticas sociales prevalecientes tienden generalmente a reproducir la estructura social y, con ella, las relaciones de poder, "no están necesariamente interesados en cuestionar esas relaciones", permaneciendo "analíticamente neutrales" respecto a ellas[55]. Esto, a su vez, les lleva a dejar en un segundo plano los problemas de transformación social y el papel que en ellos podrían desempeñar gracias a la conexión entre conocimiento teórico y acción política. Como resultado de ello, a estos autores se les ha formulado la crítica de no someter a escrutinio su propia actuación como observadores o estudiosos.

---

[52] *Ibidem,* p. 106.

[53] E. Ringmar, "Alexander Wendt: A Social Scientist Struggling with History", en I. Neumann and O. Waever (Eds.), *op. cit.*, p. 282. De manera similar articula su crítica: F. Kratochwill, "Constructing a New Orthodoxy...", *op. cit.*

[54] Esta crítica es formulada por el propio Ruggie. Ver : J. G. Ruggie, "What Makes the World…", *op. cit.*, pp. 38-39.

[55] T. Hopf, *op. cit.*, p. 185. En la misma dirección se ha manifestado más recientemente: S. Guzzini, "A Reconstruction of Constructivism...", *op. cit.*, en especial pp. 150 y 169-175.

CAPÍTULO 10

EL REFLECTIVISMO RADICAL: LA TEORÍA CRÍTICA, EL FEMINISMO Y EL POSMODERNISMO

Es muy posiblemente el mayor peso de las cuestiones normativas, por encima incluso de las diferencias epistemológicas, lo que distingue a los enfoques reflectivistas más radicales del constructivismo o, al menos, de determinados sectores del mismo. La cuestión del cambio es central en el constructivismo, pero en los enfoques que se analizan en este capítulo adquiere un sentido de dirección, de urgencia, que no está presente en aquél. Como un autor crítico afirma, el propósito de la teoría debe ser "no simplemente alterar el modo en que miramos el mundo, sino alterar el propio mundo". Además, la teoría debe "ofrecer algo más que una mera descripción y explicación de los asuntos internacionales. Debe también ofrecer una elección significativa, un análisis crítico de la dirección y calidad de la vida social"[1].

El reflectivismo más radical acentúa considerablemente los aspectos de denuncia del orden establecido, el análisis de las posibilidades de transformación social y los vínculos existentes entre el conocimiento teórico y poder. Asimismo, estos enfoques también representan una crítica mucho más frontal de las prácticas positivistas que predominan en la disciplina. El debate entre el *mainstream* y los enfoques reflectivistas radicales adquiere un tono de acritud desconocido en la historia de las Relaciones Internacionales. Desde luego, la tolerancia y el intercambio de opiniones más pausado del tercer debate van a desaparecer. El proceso de confrontación entre escuelas

---

[1] M. Hoffman, "Critical Theory and the Interparadigm Debate", *Millennium*, Vol. 16, Summer, 1987, pp. 244-245.

diferentes, que en momentos anteriores en la vida de la disciplina propició la multiplicidad de teorías, el desarrollo de terminologías alternativas y la concentración de esfuerzos intelectuales en la crítica de posiciones rivales, ha alcanzado nuevas cotas en el transcurso del cuarto debate. Incluso la terminología de este debate ha adquirido un curioso "tono bélico". Expresiones como "dejemos que la guerra comience", "campos de batalla", "guerra incivil", "guerrilla intelectual", "subversión", etc. son habituales[2]. A lo largo de este capítulo, se procederá a realizar una exposición de los tres principales enfoques reflectivistas radicales. La teoría crítica, el feminismo y el posmodernismo. Quizá sea conveniente adelantar que el cuarto debate adquiere su tonalidad más virulenta, cuando contemplamos la confrontación entre el *mainstream* y el posmodernismo.

10.1. LA TEORÍA CRÍTICA

La teoría crítica representa una línea de pensamiento con gran tradición. Sus antecedentes se remontan a Kant, Hegel y Marx. Este enfoque reflectivista es heredero del espíritu crítico y del compromiso con la emancipación del ser humano propios del proyecto moderno o de la Ilustración. Como ocurre con otros enfoques reflectivistas, la teoría crítica está compuesta por una "constelación" de puntos de vista. Suele subrayarse la presencia de dos grandes ramas en la teoría crítica[3]. La primera está influenciada por la obra de A. Gramsci y agrupa a autores como R. Cox, S. Hill, D. Law, J. Mittelman, etc. La segunda está inspirada en las distintas generaciones de la escuela de Frankfurt, siendo quizá en nuestros días particularmente influyente la obra de J. Habermas. Entre los autores de esta segunda rama se encuentran A. Linklater, M. Hoffman, R. Devetak, etc. De modo muy general, puede decirse que los autores de la rama neogramsciana están centrados en cuestiones de economía política; en cambio, aquellos de la rama habermasiana están interesados principalmente en cuestiones de teoría política y normativa. Am-

---

[2] D. S. L. Jarvis, *op. cit.*, p. 30; K. J. Holsti, "Along the Road of International Theory in the Next Millennium: Four Travelogues", en R. M. A. Crawford and D. S. L. Jarvis (Eds.), *International Relations — Still an American Social Science? Toward Diversity in International Thought*, Albany, University of New York Press, 2001, p. 83.

[3] R. Wyn Jones, "Introduction: Locating Critical International Relations Theory", en R. Wyn Jones (Ed.), *Critical Theory and World Politics*, Boulder Co., Lynne Rienner, 2001, p. 5. Una distinción similar había sido sugerida, al menos implícitamente, en R. Devetak, "Critical Theory", en S. Burchill et al., *op. cit.*, pp. 146-147.

bas ramas están unidas, sin embargo, por el compromiso con la emancipación del ser humano que se acaba de mencionar[4].

10.1.1. **Orden Mundial y Fuerzas Sociales**

La teoría crítica, apoyándose en la "reflexividad" teórica, presta especial atención a la relación entre el conocimiento y la realidad social. Pone de manifiesto la conexión entre la vida política y social y la actividad teórico-académica. R. Cox mantiene que "toda teoría es siempre para alguien y para algún propósito. Todas las teorías tienen una perspectiva. Las perspectivas se obtienen desde una posición en el tiempo y en el espacio, específicamente en el tiempo y el espacio social y político". A este respecto, es clásica la distinción de R. Cox entre dos tipos de teorías. Las teorías para la solución de problemas (*problem-solving*) toman el mundo como lo encuentran. Las relaciones de poder y las relaciones sociales prevalecientes, así como las instituciones en que están organizadas, representan el marco de acción dado. Las teorías críticas no dan por supuestas ni esas relaciones, ni esas instituciones. Proceden a ponerlas en cuestión, "preocupándose por sus orígenes y por cómo y en qué medida pueden estar en un proceso de cambio". De esta manera, la teoría crítica "permite una elección normativa a favor de un orden político y social diferente al orden imperante, pero limita la gama de opciones a órdenes alternativos que son transformaciones factibles del orden existente"[5]. Al tomar el orden establecido sin cuestionarlo, las teorías para la solución de problemas cumplen la función ideológica de perpetuación del *statu quo* internacional. Tienen un efecto conservador, un efecto que favorece la permanencia de relaciones sociales y políticas injustas. En contraste con esto, la teoría crítica, con su propósito emancipador, explora la posibilidad de generar "un conocimiento parcial que pueda ayudar en la construcción del futuro, es decir, en canalizar la dirección de los acontecimientos hacia una opción deseada entre aquellas que se presentan como factibles" [6].

Por tanto, la teoría crítica, en su vertiente neogramsciana, hace del cambio una referencia fundamental en su aproximación a las Relaciones Interna-

---

[4] R. Wyn Jones, *op. cit.*, p. 5.

[5] R. Cox, "Social Forces, States, and World Orders: Beyond International Relations Theory", en R. Cox (Ed.), *Approaches to World Order*, *op. cit.*, pp.87-90.

[6] R. Cox, "Towards a Post-Hegemonic Conceptualization of World Order: Reflections on the Relevancy of Ibn Khaldun", en J. Rosenau and E-O. Czempiel (Eds.), *Governance Without Government: Order and Change in World Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p. 139.

cionales. Su punto central de interés reside en los procesos de transformación estructural del orden mundial. En el estudio de las estructuras históricas, Cox está influenciado por la obra de G. Vico y F. Braudel. Este autor, junto con otros autores críticos, abraza una ontología que entiende el orden social y político en un momento dado como un producto histórico, intersubjetivamente construido. Es claro pues, el lugar privilegiado que esta ontología reserva a las ideas en la conformación de una determinada realidad histórico-social. En palabras del propio Cox, "las estructuras son socialmente construidas, se convierten en parte del mundo objetivo gracias a su existencia en la intersubjetividad de grupos relevantes de personas…; de qué modo ese mundo objetivo es hecho y rehecho a través de cambios en la intersubjetividad es la cuestión principal a tratar en cualquier intento de comprender el proceso de cambio histórico"[7]. Este proceso de cambio histórico es producto, tanto intencionado como no intencionado, de la actuación de los agentes. Como expresa S. Gill, aunque la acción de dichos agentes se halle constreñida por las estructuras sociales, dicha acción posee una innegable capacidad transformadora[8]. En consecuencia, los autores críticos citados comparten con los constructivistas la naturaleza históricamente contingente de las condiciones estructurales, así como el carácter históricamente situado de los agentes.

La exposición de la ontología de esta rama de la teoría crítica quedaría incompleta si no destacáramos la relación dialéctica entre la conciencia social y las condiciones materiales de vida. Aquí, la teoría crítica presenta ciertas especificidades ontológicas. Para los autores críticos neogramscianos, las estructuras históricas están formadas por la interrelación entre capacidades materiales, ideas e instituciones. El cambio de estructuras ocurre cuando los seres humanos desarrollan nuevos marcos mentales, nuevas ideas e instituciones para hacer frente colectivamente a los problemas que se les presentan en la vida material. Esta dialéctica entre factores materiales e "ideacionales" enlaza con la tradición crítico-dialéctica del materialismo histórico y, en particular, con el legado intelectual de A. Gramsci. La influencia gramsciana se deja sentir en la visión de los órdenes mundiales como una articulación de fuerzas sociales hegemónicas a nivel global que asienta su poder en un consenso intersubjetivamente legitimado en el plano ideológico. El orden mundial prevaleciente es una configuración de poder global que abarca no sólo el sistema interestatal, sino también la economía mundial y la sociedad civil global. Se trata de una "totalidad social". El análisis de los autores críticos se completa con la exploración de las contradicciones y conflictos inherentes a

---

[7] R. Cox, "Towards a Post-hegemonic...", *op. cit.*, p. 138.
[8] S. Gill, "Epistemology, Ontology, and the Italian School", *op. cit.*, p. 23.

esa totalidad, exploración que hace posible vislumbrar las alternativas factibles de cambio en la estructura del orden mundial presente. También hace posible contemplar las fuerzas sociales que, articuladas en un "bloque contra-hegemónico", sean capaces de conducir transformaciones históricas[9].

Consiguientemente, las contribuciones de la teoría crítica neogramsciana se centran en el análisis histórico-sociológico de las estructuras del orden mundial existente, sus orígenes y desarrollo. Asimismo, analizan la manera en que determinadas transformaciones estructurales pueden estimular la transición a un nuevo orden mundial. En este terreno, Cox ha analizado los procesos de transformación que, a finales del siglo XIX, promovieron el paso de un orden mundial hegemónico, construido "sobre la base del Estado liberal" de la manufactura, a un orden mundial no hegemónico de "rivalidad inter-imperialista," basado en la producción en masa y el "Estado nacionalista de bienestar" que por entonces daba sus primeros pasos. En relación con períodos más recientes, Cox ha estudiado el orden mundial hegemónico surgido después de la Segunda Guerra Mundial sobre la base del "Estado de bienestar" fordista. Ha tratado también de poner de relieve el impacto que la globalización "hiperliberal" ha tenido sobre dicho orden, así como las diversas alternativas de estructuración de uno nuevo que cabe apreciar en el actual período de transición[10]. Unos de los elementos más característicos de este enfoque es que ofrece una teoría social del Estado. Éste no es una abstracción legal, sino una entidad históricamente situada que adopta diferentes "formas" de acuerdo con la cambiante naturaleza de la correlación de fuerzas sociales. El Estado, a diferencia de lo que ocurre en las posiciones dominantes en la disciplina, es concebido de manera absolutamente inseparable de la sociedad civil. El complejo Estado-sociedad civil, con sus diferentes configuraciones históricas, constituye y refleja el orden social hegemónico[11] en cada momento histórico.

---

[9] En relación con la ontología de la teoría crítica internacional, puede consultarse: R. Devetak, "Critical Theory", *op. cit.*; T. Sinclair, "Beyond International Relations Theory: Robert W. Cox and Approaches to World Order", en R. Cox, (Ed.), *Approaches to World Order*, *op. cit.*; R. Cox, "Influences and Commitments", en R. Cox, (Ed.), *Approaches to World Order*, *op. cit.*; S. Gill, "Epistemology, Ontology, and the Italian School...", *op. cit.*

[10] R. Cox, "Social Forces...", *op. cit.* y "Structural Issues of Global Governance: Implications for Europe", en S. Gill, (Ed.), *Gramsci, Historical Materialism...*, *op. cit.* Posiblemente, la obra más sistemática de R. Cox es: *Production, Power, and World Order: Social Forces in the Making of History*, New York, Columbia University Press, 1987.

[11] Para su uso de la noción gramsciana de hegemonía, ver: R. Cox, "Gramsci, Hegemony, and International Relations: An Essay in Method", en R. Cox (Ed.), *Approaches to World Order*, *op. cit.*

10.1.2. **Orden Mundial y Lógicas de Exclusión/Inclusión**

La segunda rama dentro de la teoría crítica está inspirada en la escuela de Frankfurt y, quizá de una manera preponderante, en la obra de J. Habermas. En este caso, la teoría crítica centra su reflexión ético-normativa en las lógicas de inclusión y exclusión, en las lógicas de universalismo y particularismo en la política mundial. Ésta ha sido la orientación de la obra de A. Linklater[12], autor que ha planteado la necesidad de rechazar una "total identificación con la comunidad a la que uno pertenece" y conferir un mayor reconocimiento a la más inclusiva y universalista comunidad de la humanidad. El sistema interestatal, basado en "comunidades morales limitadas" constituidas por los Estados soberanos, promueve un particularismo, un "extrañamiento entre sociedades" que restringe la libertad humana al imponer rígidas fronteras entre "los de dentro" y "los de fuera", entre "nosotros" y "ellos". La investigación, por tanto, se dirige hacia los modos históricamente contingentes en que estas comunidades entienden el significado de su separación de otras comunidades. Además, explora la constitución y legitimación histórica de los límites que segmentan el espacio político en comunidades "cerradas" y los modos en que esos límites han sido contestados y eventualmente eliminados. Es pues evidente el interés ontológico de esta rama de la teoría crítica por las estructuras "ideacionales". Estas son construidas y reconstruidas, sobre nuevas bases, a través de las prácticas significativas de los agentes. La ontología de la rama habermasiana es pues más nítidamente idealista que la de la rama neogramsciana. En este sentido, es posible que los autores que se ubican en la primera de estas ramas estén ontológicamente más cerca de las posiciones constructivistas[13].

Las reflexiones expuestas nacen con la convicción de que "la emancipación universal podría implicar el reemplazo de estas relaciones sociales excluyentes por otras incluyentes"[14]. Esto lleva necesariamente a repensar la noción de ciudadanía, ya que éste es un concepto clave a la hora de unir a los miembros de un Estado soberano y de separarlos de los miembros de otros Estados. El contenido ético-normativo de estas reflexiones está basado en

---

[12] A. Linklater, *Men and Citizen in the Theory of International Relations*, London, Macmillan 1990. Una versión más resumida de estas ideas, puede encontarse en: "The Question of the Next Stage in International Relations Theory: A Critical-theoretical Point of View", *Millennium*, Vol. 21, n.º 1, 1992. Para una articulación más reciente de las ideas de este autor: A. Linklater, *The Transformation of Political Community*, Cambridge, Polity Press, 1998.

[13] R. Wyn Jones, "Introduction: Locating...", *op. cit.*, p. 14.

[14] R. Devetak, "The Project of Modernity and International Relations Theory", *Millennium*, Vol. 24, n.º 1, 1995, p. 39.

una "ética discursiva", producto de la teoría de la acción comunicativa articulada por J. Habermas. La ética discursiva ofrece un procedimiento para resolver disputas políticas y morales, recurriendo a la "fuerza del mejor argumento". Dicha ética representa un medio para decidir consensuadamente qué normas regirán la convivencia social. Su validez reside en que son adoptadas por todos aquellos que pueden verse afectados por ellas. Así, la ética discursiva promueve un ideal cosmopolita, con arreglo al cual la organización política de la humanidad es acordada en un proceso de diálogo que se desarrolla de manera absolutamente abierta a todos los afectados. La ética discursiva, en sentido inverso, cuestiona la imposición dogmática de comunidades "cerradas", lo cual es particularmente aplicable a los Estados soberanos. Como dice Linklater, "induce a la puesta en cuestión de las nociones tradicionales de soberanía y ciudadanía, con la mirada puesta en la inauguración de nuevas formas de comunidad política"[15].

Las mismas consideraciones están presentes en el análisis que, a la hora de imaginar comunidades más incluyentes, hacen algunos autores críticos de la idea de democracia cosmopolita como guía normativa de cara a la construcción de una gobernación global democrática. Su argumento parte de la constatación de que el rápido crecimiento de complejas interrelaciones entre Estados y sociedades —el proceso de globalización—, abre una era en que los destinos de los seres humanos están profundamente entrelazados. Ello conduce, cada vez más, a divergencias entre quienes resultan afectados por una decisión política y quienes toman parte, directa o indirectamente, en la elaboración de la misma. Hay que subrayar, por tanto, que en nuestros días se vuelve problemático el cumplimiento del ideal democrático previsto por la ética discursiva. La erradicación de esta circunstancia hace necesaria la extensión de la democracia al orden global. Esta sería una democracia cosmopolita de carácter transnacional, libre de las posiciones particularistas de los Estados. En tal democracia, las personas podrían "participar en las diversas comunidades en las que sus intereses se ven afectados y, por consiguiente, acceder a una variedad de formas de intervención política. La ciudadanía debería garantizar, en principio, la participación en todas las comunidades entrecruzadas, desde las locales hasta las globales"[16]. En todas estas formu-

---

[15] A. Linklater, "Citizenship and Sovereignty in the Post-Westphalian State", *European Journal of International Relations*, Vol. 2, n.º 1, 1996, p. 87. Ver también, a este respecto: R. Devetak, "Critical Theory", *op. cit.*, pp. 169-173. Como se desprende del texto, la influencia de J. Habermas es clara, en particular de su obra *Moral Consciousness and Communicative Action*, Cambridge, Polity Press, 1990.

[16] D. Held, *La Democracia y El Orden Global: Del Estado Moderno al Gobierno Cosmopolita*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 323.

laciones es claro el compromiso normativo con la emancipación humana, de manera congruente con el "proyecto de la modernidad", cuya herencia reivindican aunque de manera autocrítica.

Por otra parte, partiendo del compromiso prioritario de la teoría crítica con la emancipación, ha nacido una línea de investigación conocida como *Critical Security Studies*. Esta línea de investigación ha cuestionado el concepto de seguridad tradicional en el marco de los estudios estratégicos. En este dominio, los autores críticos se plantean las cuestiones siguientes: ¿qué es seguridad?, ¿seguridad para quién y con respecto a qué y/o quién?, ¿de qué modo se logra esa seguridad?[17]. Hay un concepto de seguridad específico en las proposiciones de la teoría crítica. La seguridad se entiende como aquella situación en la que puedan evitarse amenazas de todo tipo a la libertad y autonomía de las personas. Queda patente en este tipo de estudios que seguridad y emancipación son vistos como dos caras de una misma moneda. La seguridad que debe lograrse es la de las personas, afectando a todo aquello que pueda representar una amenaza a su bienestar y capacidad de actuar libremente. A modo de ejemplo, las amenazas o las inseguridades para las personas pueden provenir de la persecución política, las guerras, las desigualdades sociales o la degradación medioambiental. El sujeto de la seguridad se desplaza del Estado a la humanidad. Además, los autores críticos entienden que, en numerosas ocasiones, los propios Estados son generadores de inseguridad para buena parte de sus habitantes. Los mecanismos para lograr dicha seguridad son variados, pero no se materializan en la acumulación de medios de violencia, ni tienen un carácter particularista, sino universalista. K. Booth mantiene que la verdadera seguridad sólo puede alcanzarse por las personas y los grupos cuando en el intento de satisfacerla no privan de ella a otros. Es necesario romper las barreras particularistas entre "nosotros" y "ellos"[18]. En definitiva, esta revisión del concepto de seguridad se asienta en una base filosófico-normativa que pone en cuestión el carácter excluyente

---

[17] R. Devetak, "Critical Theory", *op. cit.*, p. 167. Este autor hace referencia al artículo de R. Wyn Jones, "'Message in a bottle?': Theory and Praxis in Critical Security Studies", *Contemporary Security Policy*, Vol. 16, n.º 3, 1995, pp. 309-310.

[18] K. Booth, "Security in Anarchy: Utopian Realism in Theory and Practice", *International Affairs*, Vol. 67, n.º 3, 1991, pp. 539-540. Es este autor quien abre este nuevo campo de trabajo. A este respecto, otra contribución suya digna de mención es: "Security and Emancipation", *Review of International Studies*, Vol. 17, n.º 4, 1991. Para una evaluación reciente de las aportaciones en este nuevo campo, ver: K. Krause, "Critical Theory and Security Studies: The Research Programme of 'Critical Security Studies'", *Cooperation and Conflict*, Vol. 33, n.º 3, 1998.

de las comunidades entendidas como Estados soberanos en la vida internacional.

10.1.3. **Teoría Crítica y Epistemología**

Si tomamos en consideración los aspectos epistemológicos, los autores englobados en la teoría crítica son modernistas reflexivos que propugnan la reconstrucción crítica del proyecto de la modernidad. Su posición se ajusta a lo que M. Hoffmann y N. Renger calificaron de "interpretación crítica". Tal posición se distingue por un fundacionalismo mínimo que acepta que un universalismo contingente es posible, tanto en el campo explicativo como ético. En ningún caso, sin embargo, se pretende "reemplazar una ortodoxia fundacional dominante por otra"[19]. De este modo, la "interpretación crítica", a diferencia de la "interpretación radical" propia del posmodernismo, asume la necesidad de establecer socialmente ciertas bases o fundamentos, ciertos criterios con arreglo a los cuales juzgar el valor o mérito relativo de distintas interpretaciones de la vida social. Admiten, asimismo, la necesidad de ciertos principios éticos que permitan orientar un proyecto político emancipador con el suficiente consenso social.

En lo que concierne a la vertiente neogramsciana, los autores críticos buscan un conocimiento "presidido política y éticamente por un interés en la transformación social y política"[20]. Pretenden generar un conocimiento práctico que pueda servir de guía a la praxis política. La finalidad de esta última es orientar la transformación histórica hacia un estado de cosas deseable y factible. Este conocimiento, como señalamos anteriormente, debe proceder del intento de comprensión de los procesos de transformación histórico-estructural. Siendo conscientes de las especificidades históricas únicas de cada proceso de cambio histórico, los autores críticos neogramscianos defienden la utilidad de conceptualizaciones y categorías analíticas que hacen posibles ciertas comparaciones y generalizaciones. Esta forma de proceder permite hablar de "ciencia social"[21]. Ahora bien, no pretenden brindar un conocimiento absoluto de carácter ahistórico; lo que propugnan es una ciencia social no positivista consciente de la historicidad de los fenómenos sociales

---

[19] M. Hoffmann, "Restructuring, Reconstruction, Reinscription, Rearticulation: Four Voices in Critical International Theory", *Millennium*, Vol. 20, n.º 2, 1991, p. 170. Retoma aquí las ideas que había trabajado junto con Renger.

[20] R. Devetak, "Critical Theory", *op. cit.*, p. 151.

[21] R. Cox, "Influences and Commitments", *op. cit.*, p. 29. Estas ideas están recogidas, asimismo, en su contribución: "Towards a Post-hegemonic...", *op. cit.*, pp. 134-135.

y del carácter contingente y parcial de las interpretaciones que de ellos se puedan ofrecer. Por ello, Cox afirma que "nuestro desafío no es contribuir a la construcción de un conocimiento universal y absoluto, sino concebir una perspectiva nueva, útil para enmarcar y trabajar en los problemas del presente"[22]. Esta perspectiva nueva estará en última instancia abierta a una reevaluación crítica. En todo caso, se tratará de una perspectiva más pertinente, pero siempre parcial y relativa, ya que "la verdad cambia con el movimiento de la historia"[23].

Al igual que la vertiente neogramsciana, la vertiente habermasiana de la teoría crítica se acoge a un fundacionalismo mínimo. Su argumentación, no obstante discurre por cauces diferentes. Los autores críticos, inspirados en J. Habermas, defienden unas fundaciones epistemológicas del conocimiento basadas en una teoría consensual de la verdad. El consenso al que se refiere Habermas debe responder a unas características especiales. Para establecer estas características, recurre a la ética discursiva y, en particular, a la idea de una "situación ideal de comunicación", situación que se entiende implícita en todo acto de esta naturaleza. Para que el lenguaje pueda tener significado ha de asumirse que sus oraciones son comprensibles, verdaderas, justificadas y sinceras. Así, una "situación ideal de comunicación" es aquella en la que el poder y las distorsiones son erradicadas del proceso comunicativo, de tal modo que prevalece la fuerza del mejor argumento. Una "comunicación no distorsionada" constituye un requisito vital para que pueda ser determinada la verdad. En este contexto, que no resulta común en la realidad cotidiana de la acción comunicativa, será verdad aquello que se acuerde, mediante ese consenso racional. He aquí, la "fundación" para el conocimiento que ofrece el pensamiento habermasiano[24].

10.2. EL FEMINISMO EN LAS RELACIONES INTERNACIONALES

El feminismo ha hecho acto de presencia en las Relaciones Internacionales recientemente. Esto no quiere decir que la teoría feminista no haya experimentado un notable crecimiento desde el final del Primera Guerra Mundial. El feminismo, a diferencia del posmodernismo por ejemplo, posee una rica y variada historia académica. No supone un mero desarrollo contemporáneo en

---

[22] R. Cox, "Towards a Post-hegemonic...", *op. cit.*, p. 134.

[23] R. Cox, "Influences and Commitments", *op. cit.*, p. 30.

[24] C. Brown, "Turtles all the Way Down...", *op. cit.*, pp. 218-222; S. Smith, "Positivism and Beyond", *op. cit.*, pp. 27-28.

el campo de la sociología del conocimiento. En este sentido, el feminismo forma parte del legado de la Ilustración, incluyendo en dicho legado el compromiso con proyectos de emancipación[25]. Es posible que, como ha sugerido un tanto irónicamente C. Enloe, la tardía incorporación del feminismo a la disciplina haya tenido que ver con la dificultad para erradicar "la percepción, casi de sentido común, de que la política internacional no es para mujeres-niños"[26]. Como otros enfoques reflectivistas, el feminismo supone un reto a las bases ontológicas y epistemológicas dominantes en la disciplina. Las teorías feministas denuncian el carácter insensible de los análisis convencionales de la política internacional hacia las dimensiones de género.

10.2.1. **La Construcción de las Relaciones de Género**

La empresa feminista en la disciplina no se puede limitar, al menos para la gran mayoría de las participantes en ella, a la incorporación de las vidas y experiencias de las mujeres al estudio de las Relaciones Internacionales. Ciertas propuestas desde el *mainstream* para tomar en consideración, como una variable más, "las cuestiones de las mujeres" o "el sexo" han sido firmemente rechazadas por cooptativas. En realidad, las feministas tienen temor a la cooptación, ya que muy a menudo "el conocimiento de las mujeres ha sido olvidado o subsumido por discursos más dominantes"[27]. Hacen hincapié en que la cuestión no pasa por "agregar a las mujeres y agitar", convirtiendo la cuestión feminista en algo semejante a un área de especialización. De ser esto así, se pasaría por alto el hecho de que la disciplina está dominada por un *mainstream* o un *male-stream* que adopta una perspectiva típicamente masculina, haciendo invisibles los problemas de las mujeres, con el

---

[25] J. True, "Feminism", en S. Burchill et al., *op. cit.*, p. 211.

[26] C. Enloe, "Women and Children: Making Feminist Sense of the Persian Gulf Crisis", *Village Voice*, n.º 25, September, 1990 (citado por J. True, *op.cit.*, p. 211).

[27] A. Tickner, "You Just Don't Understand: Troubled Engagements Between Feminists and IR Theorists", *International Studies Quarterly*, Vol. 41, n.º 4, 1997, p. 620. La expresión *add women and stir* corresponde a S. Harding, "Introduction: Is There a Feminist Method?", en S. Harding (Ed.), *Feminism and Methodology: Social Science Issues*, Bloomington, Indiana University Press, 1987 (citada en S. Ship, "And What about Gender? Feminism and International Relations Theory's Third Debate", en C. T. Sjolander and W. S. Cox (Eds.), *Beyond Positivism: Critical Reflections on International Relations*, Boulder Co., Lynne Rienner, 1994, p. 141). Para otras reacciones semejantes, ver: C. Weber, "Good Girls, Little Girls, and Bad Girls: Male Paranoia in Robert Keohane's Critique of Feminist International Relations", *Millenium,* Vol. 23, n.º 2, 1994; T. Carver, M. Cochran and J. Squires, "Gendering Jones: Feminisms, IRs, Masculinities", *Review of International Studies*, Vol. 24, n.º 2, 1998.

efecto, intencionado o no, de perpetuar la dominación patriarcal. La clave se halla en el concepto de género que, a diferencia de la noción biológica de sexo, "es una construcción social sistemática que dicotomiza las identidades, comportamientos y expectativas, como masculinos y femeninos". El concepto de género permite a las feministas examinar la masculinidad y la feminidad como identidades fundamentales, pero no "dadas". Estas "son aprendidas y por tanto modificables"[28]. De este modo, la categoría analítica de género es central para las feministas, ya que les permite mostrar que los significados intersubjetivos que configuran la ontología social están sesgados en términos de género. En estas consideraciones queda reflejado el énfasis ontológico del feminismo en factores "ideacionales" y, más concretamente, en el sesgo masculino de las estructuras sociales actualmente en vigor.

En este sentido, las feministas problematizan una serie de conceptos teóricos convencionales, claves en la disciplina, y sugieren su reformulación de tal forma que se hagan visibles las cuestiones de género en la vida internacional. Entre otras cosas, destacan el carácter masculino del concepto de poder que utiliza tradicionalmente la teoría internacional. Es un concepto de "poder sobre" que implica predominio sobre otros. Este concepto se basa en una visión androcéntrica de agentes autónomos —el "hombre" y, por analogía, el Estado— en un contexto pre-social. En congruencia con la orientación ontológica común al reflectivismo, las feministas reivindican el carácter social de unos agentes que se hallan insertos en un tejido de relaciones sociales. Entienden el poder como un fenómeno social complejo, al cual cabe referirse más adecuadamente como "la capacidad para actuar de manera concertada" (*power to act in concert*)[29]. De igual modo, ponen en cuestión la noción convencional de seguridad basada también en concepciones androcéntricas y entendida en términos esencialmente militares. En su análisis de la noción de seguridad, las feministas se fijan en un sistema de Estados soberanos, dentro del cual los propios Estados son fuente de "profundas y omnipresentes inseguridades"[30]. En una línea muy semejante a la de la teoría crí-

---

[28] V. S. Peterson, "Transgressing…", *op. cit.*, p. 194. El término *male-stream* fue originalmente utilizado por M. O'Brien, *The Politics of Reproduction*, London, Routledge and Kegan Paul, 1981.

[29] B. Locher, *op. cit.*, pp. 46-47. En el mismo sentido: J. True, *op. cit.*, pp. 227-233 y J. B. Elshtain, "Feminist Inquiry and International Relations", en M. Doyle and G. J. Ikenberry (Eds.), *op. cit*., pp. 86-88. Para este tipo de consideraciones ver las contribuciones de A. Tickner, "Hans Morgenthau's Principles of Political Realism: A Feminist Reformulation" y R. Grant, "The Sources of Gender Bias in International Relations Theory", ambas en R. Grant and K. Newland (Eds.), *op. cit*.

[30] V. S. Peterson, "Security and Sovereign States: What Is at Stake in Taking Feminism Seriously?", en V. S. Peterson (Ed.), *Gendered States…*, *op. cit.*, p. 49. En la misma línea de

tica apuntan a la necesidad de repensar radicalmente esta noción, abogando por una nueva de carácter multidimensional y alcance global, cuyo objetivo sea la supervivencia y la sostenibilidad de las comunidades humanas. Como afirma A. Tickner, "la seguridad genuina requiere no sólo la ausencia de guerra, sino también la eliminación de las relaciones sociales injustas, incluyendo las injustas relaciones de género"[31].

En la teoría feminista se produce un rechazo de la división tajante entre lo *público* y lo *privado*[32], tan presente en la teoría política, por entender que dicha división está cargada de implicaciones de género. En efecto, a la esfera pública, al ámbito propiamente político dominado por lo masculino, se le ha opuesto la esfera privada en la que habitualmente se ha localizado lo femenino. La esfera privada se presenta como despolitizada, lo cual supone dar carta de naturaleza a "la subordinación de las mujeres". Esto tiene implicaciones para la teoría internacional. La distinción tradicional entre política internacional y política doméstica conduce a ocultar la esfera privada. Consecuentemente, tal distinción "hace invisible" la presencia de agentes femeninos e ignora el carácter estructurante del género en la vida internacional. Aflora aquí la cuestión ontológica agente-estructura, ya que las autoras feministas quieren poner de relieve el papel activo de las mujeres, en tanto agentes sociales, en la transformación de las estructuras sociales de dominio patriarcal[33]. Tratando de romper con la distinción apuntada, C. Enloe afirma que "lo personal es político e internacional", buscando con ello poner en evidencia la estrecha interrelación entre el dominio patriarcal de las relaciones interpersonales y las relaciones de dominación a escala internacional. A este respecto, servirán de ilustración las consideraciones sobre el papel subordinado de las mujeres en la economía global que se efectúan más adelante.

Asimismo, varias autoras feministas han abordado el análisis de la guerra como actividad cargada de implicaciones de género. Si a primera vista la guerra es entendida como una actividad masculina —de hecho, la formación militar busca producir "verdaderos hombres-soldados"—, una observación

---

redefinición feminista de la seguridad: A. Tickner, *Gender in International Relations: Perspectives On Achieving Global Security*, New York, Columbia University Press, 1992.

[31] A. Tickner, *Gender in International Relations...*, *op. cit.*, p. 128.

[32] Para una crítica a la distinción público/privado en teoría política, ver: J. B. Elsthain, *Public Man, Private Woman*, Princeton, Princeton University Press, 1981. Unas reflexiones recientes sobre esta distinción desde la perspectiva de las Relaciones Internacionales, pueden encontrarse en: V. S. Peterson, "Rereading Public and Private: The Dichotomy That Is Not One", *SAIS Review: A Journal of International Affairs*, Vol. 20, n.º 2, 2000.

[33] V. S. Peterson, "Introduction", en V. S. Peterson (Ed.), *Gendered States…*, *op. cit.*, pp. 7-8.

más cuidadosa pone de manifiesto la presencia de mujeres en actividades relacionadas con ella, generalmente, en posiciones subordinadas. Una de esas actividades ha sido su ocupación como prostitutas "sirviendo" en las bases militares. Esto ha sido algo bastante frecuente en torno a las bases norteamericanas en países del Tercer Mundo. Estas autoras interpretan que la "reorientación" hacia el turismo sexual en nuestros días es un indicio de las prácticas para (re)construir y reforzar las relaciones de dominación masculina, tanto interpersonales como internacionales[34].

Es interesante mencionar que el feminismo en las Relaciones Internacionales está contribuyendo a que los derechos de las mujeres tengan un perfil cada vez más acusado en el discurso internacional sobre los derechos humanos. El reconocimiento internacional de estos últimos se ha llevado a cabo sin establecer diferencias entre hombre y mujer, entendiendo que eran igualmente válidos para ambos. Las autoras feministas subrayan que este discurso convencional encierra una "definición androcéntrica de lo ‘humano’ que oculta el modo en que las mujeres sufren sistemáticamente abusos en sus derechos ‘humanos’"[35]. Propugnan, pues, una sensibilización hacia la dimensión sexual o de género de los derechos humanos. En este sentido, estas autoras demandan que, junto a las consideradas violaciones generales de los derechos humanos, exista una relación más específica de infracciones a las cuales están expuestas las mujeres. Entre estas infracciones destacan, por su extremada frecuencia, distintas formas de violencia sexual. En muchos casos, éstas acontecen en el ámbito privado y los agresores son hombres del entorno familiar. Circunstancias así requieren que, una perspectiva sensible al género en materia de derechos humanos, cuestione el carácter supuestamente privado de estas infracciones, realzando contrariamente su enorme relevancia para la convivencia social y, por tanto, reafirmando su carácter público. En una línea similar, el feminismo ha denunciado que las mujeres se hallan particularmente expuestas a ultrajes sexuales sistemáticos en tiempos

---

[34] M. Zalewski, "The Women/’Women’ Question in International Relations", *Millennium*, Vol. 23, n.º 2, 1994, pp. 410-411. Orienta también sus trabajos en esta línea, C. Enloe, tanto en *Bananas, Beaches, and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*, Berkeley, University of California Press, 1990 como en *The Morning After: Sexual Politics After The Cold War*, Berkeley, University of California Press, 1993. Para el análisis de un caso particular ver: K. H. S. Moon, *Sex Among Allies: Military Prostitution in U.S.-Korea Relations*, New York, Columbia University Press, 1997. Una obra feminista pionera a la hora de establecer una relación entre las mujeres y las guerras es: J. B. Elsthain, *Women and War*, New York, Basic Books, 1987.

[35] V. S. Peterson, "Transgressing…", *op. cit.*, p. 201. Ver, asimismo: "Whose Rights?: A Critique of the ‘Givens’ in Human Rights Discourse", *Alternatives*, Vol. 15, n.º 3, 1990.

de guerra. Lo extendido de esta práctica en el conflicto de la ex-Yugoslavia ha sido de gran importancia para su reciente tipificación como crimen de guerra[36].

10.2.2. **Las Desigualdades Globales entre Sexos**

El otorgar centralidad a las cuestiones de género en la vida internacional ha hecho visibles una serie de dinámicas que, en conjunto, evidencian las desigualdades globales entre hombres y mujeres. Evidencian también la identidad de estas últimas como un grupo afectado por grandes desventajas[37]. Este último extremo no parece abierto a discusión, ya que la gran mayoría de los pobres, analfabetos y refugiados de la población mundial son mujeres. Las feministas señalan que debe valorarse la división del trabajo entre los sexos, con las mujeres efectuando la mayor parte del trabajo "invisible" y no remunerado. El papel subordinado de las mujeres y la explotación a la que están sometidas en la economía global quedan reflejados en el hecho de que la precarización de la fuerza laboral, incluso en los países industrializados, afecta especialmente a las mujeres.

En los países en vías de desarrollo, subraya el discurso feminista, los efectos sociales de las políticas de ajuste estructural han tenido un sesgo de género. Éste se manifiesta en el incremento de las mujeres que deben procurar la subsistencia familiar en largas jornadas de trabajo en condiciones precarias o recurrir a la prostitución en redes de turismo sexual. Todos estos elementos constituyen indicios de una creciente "feminización de la pobreza". Correspondiéndose con este hecho, está la escasa participación de las mujeres en puestos de toma de decisiones en todos los niveles de la sociedad, por no hablar de su ausencia casi total en puestos clave de la "alta política". Puede observarse una serie de contribuciones, en la línea de las reflexiones expuestas, que configuran un enfoque feminista de la economía política internacional. Este enfoque persigue exponer de qué modo los hombres

---

[36] J. True, *op. cit.*, pp. 222-223; B. Locher, *op. cit.*, p. 57. Respecto a este tema, puede también consultarse: J. S. Peters and A. Wolper (Eds.), *Women's Rights, Human Rights: International Feminist Perspectives*, New York, Routledge, 1995.

[37] V. S. Peterson and A. S. Runyan, *Global Gender Issues*, Boulder, Co., Westview Press, 1993; M. Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, London, Zed Books, 1986; J. J. Pettman, "Body Politics: International Sex Tourism", *Third World Quarterly*, Vol. 18, n.º 1, 1997.

y las mujeres resultan afectados de manera diferente por los procesos de reestructuración económica global[38].

Los enfoques feministas en Relaciones Internacionales han dado forma a un campo de estudio específico conocido como *WID* (*Women in Development*), cuyo propósito fundamental es hacer visible, y por tanto reconocer, el papel central de las mujeres en el desarrollo económico y social de las comunidades humanas. En sus análisis quieren llamar la atención sobre el hecho de que las concepciones convencionales de desarrollo, y las políticas correspondientes inspiradas en ellas impulsadas por las agencias internacionales, han estado basadas en estereotipos occidentales androcéntricos sobre las relaciones entre los sexos. Ello ha conducido a resultados paradójicos. La situación de las mujeres en muchos de los países en vías de desarrollo no sólo no ha mejorado, sino que, en algunos casos, se ha agravado. Allí donde no existían jerarquías sexistas, éstas han sido creadas por las propias políticas de desarrollo, si bien no perseguían ese resultado. Como manifiesta B. Locher, una de las principales razones de esta circunstancia "reside en que las medidas desarrollistas percibieron a la mujer primordialmente en su función reproductiva, sin tomar en cuenta su papel en la vida económica"[39]. De este modo, por ejemplo, la introducción de tractores en la agricultura india condujo al desplazamiento de las mujeres de buena parte de las tareas agrícolas en beneficio de los hombres, quienes fueron instruidos en el manejo de aquéllos. De forma similar la apertura de lavanderías modernas en México, que fueron controladas por hombres, significó privar a las mujeres de una fuente de ingresos tradicional como lavanderas. Este tipo de estudios pretende concienciar sobre cuestiones de género y contribuir a reformar las políticas de desarrollo de las agencias internacionales[40].

---

[38] Entre las contribuciones en las que se vierten este tipo de consideraciones, ver: G. Chowdhry, "Women and the International Political Economy", en F. D'Amico, and P. Beckman (Eds.), *Women, Gender, and World Politics: Perspectives, Policies, and Prospects*, Westport, Bergin & Garvey, 1994. Entre la numerosa bibliografía, destacamos también: S. Jockes, *Women in the World Economy*, Oxford, Oxford University Press, 1987; H. Afshar and C. Dennis (Eds.), *Women and Adjustment Policies in the Third World*, London, MacMillan, 1991; N. Aslanbeigui *et al.* (Eds.), *Women in the Age of Economic Transformation*, London, Routledge, 1994.

[39] B. Locher, "Las Relaciones...", *op. cit.*, p. 52. Los ejemplos que se citan son mencionados por esta autora, quien los toma de N. Kardam, "Women and Development", en F. D'Amico and P. Beckman (Eds.), *op. cit*. Para un tratamiento más extenso de esta cuestión, puede verse de esta última autora: *Bringing Women In: Women's Issues in International Developments Programs*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 1991.

[40] J. True, *op. cit.*, p. 218. Entre la bibliografía que se centra en estos aspectos, ver: K. Newland, "From Transnational Relationships to International Relations: Women in Develop-

Hasta este punto se ha pretendido describir los aspectos más generales de la ontología de la realidad social internacional del feminismo. Pero, como ocurre en los demás enfoques reflectivistas, no puede ignorarse el carácter plural de la teoría feminista. Ha de señalarse, incluso, que ese mismo pluralismo es reivindicado dentro del movimiento feminista por quienes desafían una visión universalista que, basándose en una categoría homogénea y abstracta de "mujer", no toma en consideración las diferencias entre mujeres concretas[41]. Esta preocupación por la pluralidad tiene puntos de contacto con una convicción básica de las feministas posmodernistas: la necesidad de deconstruir la noción universal de "mujer". Esta noción posee un carácter exclusivo y esencialista, no reconocedor de las diferencias entre mujeres. Esto es demostrativo del impacto del debate modernidad-posmodernidad dentro del feminismo. En este sentido, en los estudios feministas, se ha producido un reconocimiento creciente de la diversidad de experiencias de las mujeres. Esto ha tenido como resultado que comience a entenderse que "la identidad de las mujeres como mujeres no puede separarse nítidamente de las identidades raciales, de clase, étnicas, lingüísticas y nacionales; consecuentemente la propia identidad debe ser vista como múltiple, cambiante y contradictoria"[42]. En fin, las posiciones feministas constituyen un reto a una ciencia dominada por lo masculino, cuyas concepciones sexistas ocultan la dimensión de género de la ontología social[43].

10.2.3. **Epistemología y Género**

Por último, la teoría feminista contribuye a la crítica del positivismo mostrando su rechazo a criterios trascendentes, descontextualizados, para valorar

---

ment and the International Decade for Women", en R. Grant and K. Newland (Eds.), *op. cit.*; R. L. Blumberg, *Women, Development, and the Wealth of Nations: Making the Case for the Gender Variable*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 1992; N. Kabeer, *Reversed Realities: Gender Hierarchies in Development Thought*, London, Verso, 1994.

[41] En ese sentido se orientan, por ejemplo, las reflexiones realizadas en: S. Gunew and A. Yeatman (Eds.), *Feminism and The Politics of Difference*, Boulder, Co., Westview Press, 1993.

[42] S. Ship, "And What About….", *op. cit.*, pp. 129-130.

[43] J. True, *op. cit.*, p. 238. Esta autora utiliza la clasificación, ya común en la literatura, que divide el feminismo en tres grandes corrientes: feminismo empirista, "punto de vista" (*standpoint*) feminista y feminismo posmodernista. Entre las feministas que siguen esta última línea, ver: C. Sylvester, *Feminist Theory and International Relations in a Postmodern Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

epistemológicamente el conocimiento. Así, dicha teoría "nos recuerda que sólo tenemos fundaciones históricamente contingentes…; el pospositivismo no niega las fundaciones socialmente construidas, únicamente la ilusión de que posean carácter trascendente"[44]. En definitiva, el feminismo comparte con otros enfoques reflectivistas la comprensión de la ciencia como una actividad humana históricamente situada, participando en este sentido del fundacionalismo "mínimo" de la teoría crítica. Las autoras feministas tienen interés en resaltar que las afirmaciones de conocimiento objetivo de la ciencia social positivista tienen un claro sesgo de género, por cuanto que, desde una perspectiva exclusivamente masculina hacen invisibles las relaciones de dominación patriarcal. Para evitar esta circunstancia, el feminismo se propone partir del punto de vista de las mujeres y de sus experiencias de exclusión y subordinación en la vida social y política.[45]

Todo conocimiento está anclado en condiciones de vida particulares. Así, el conocimiento que ofrece la ciencia positivista tradicional está anclado en la experiencia particular de la elite masculina y tiende a perpetuar las jerarquías de género[46]. En su crítica de la ciencia positivista, el feminismo destaca que "la jerarquía de género no es meramente coincidente, sino en un sentido significativo, constitutiva de la metafísica objetiva de la filosofía occidental"[47]. Esta metafísica se ha basado en "oposiciones binarias" que, como vimos, han sido rechazadas por el reflectivismo: la "masculinidad" se ha asociado con la objetividad y la ciencia, mientras que la feminidad se ha asociado con sus opuestos, la subjetividad y la no ciencia. Para concluir, cabe indicar que el pospositivismo, al atribuir un papel central a la intersubjetividad, abre las puertas a las cuestiones de género. En este sentido, algunas

---

[44] V. S. Peterson, "Transgressing...", *op. cit.*, p. 204. Peterson reflexiona en términos similares en: "Introduction", *op. cit.*, pp. 19-20. Constituye una excepción al respecto el denominado feminismo empirista, cuya adscripción a la tradición liberal le lleva a asumir posiciones epistemológicas positivistas. Así lo destaca: J. George, *Discourses on Global Politics..., op. cit.*, p. 27; C. Brown, "Turtles All the Way Down…", *op. cit.*, p. 231; S. Smith, "Positivism and Beyond", *op. cit.*, p. 28.

[45] M. Zalewski, "The Women/'Women'...", *op. cit.*, p. 419.

[46] Puede afirmarse que las feministas no sostienen la posibilidad de obtener un conocimiento absoluto. Sin embargo, debe apuntarse que algunas autoras incluidas en la corriente "punto de vista" feminista parecen defender que su aproximación a la realidad social como mujeres, en tanto que oprimidas, les otorga "un conocimiento más objetivo de su situación que la aproximación del opresor". Ver: S. Smith, "Positivism and beyond", *op. cit.*, p. 36; C. Brown, "Turtles All the Way Down...", *op. cit.*, p. 231.

[47] V. S. Peterson, "Transgressing…", *op. cit.*, p. 202. Entre las obras de mayor relieve en el análisis de la relación entre ciencia y feminismo puede mencionarse: S. Harding, *Whose science? Whose knowledge?*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.

autoras feministas sostienen que parte al menos de la resistencia a las nuevas tendencias filosóficas proviene de la oposición a la "feminización" de la ciencia que ellas posibilitan[48].

10.3. EL POSMODERNISMO

El posmodernismo representa el tercer enfoque dentro de lo que hemos denominado reflectivismo radical. En todos los casos, la exposición de las principales características de los diferentes enfoques reflectivistas ha supuesto una notable simplificación. Es necesario señalar que esta simplificación es mayor si cabe en el caso del posmodernismo, dada la enorme variedad de puntos de vista que se incluyen bajo esta denominación. En medios posmodernistas, los esfuerzos por definir y clarificar lo que se entiende por posmoderno son vistos como intentos de imponer visiones unificadoras sobre una realidad que, en esencia, es incuestionablemente compleja[49].

Las contribuciones de los autores de este enfoque se distinguen habitualmente por su estilo heterodoxo e irónico, en ocasiones irreverente y provocativo, demostrativo de la irrupción en la disciplina del pensamiento posmoderno inspirado en la obra de autores como Nietzsche, Foucault, Derrida, Lyotard, o Baudrillard, entre otros. El debate modernidad-posmodernidad, fruto de la crisis del pensamiento occidental moderno, está desde luego presente en las Relaciones Internacionales. En contraposición a quienes plantean la reconstrucción crítica del Proyecto de la Ilustración —este es el caso del resto de los enfoques reflectivistas—, los posmodernistas coinciden en la necesidad de abandonar la herencia moderna.

---

[48] V. S. Peterson, "Transgressing...", *op. cit.*, p. 196.

[49] En algunas obras suele ser frecuente utilizar, junto al término de posmodernismo, el de posestructuralismo. Puede apuntarse que este último término tiene su origen en una radicalización de la lingüística estructuralista francesa. Supone abandonar el énfasis en las características estructurales del texto interpretado y abogar por una completa libertad de interpretación textual. En Relaciones Internacionales, pueden ubicarse en esta línea las contribuciones de Ashley y Der Derian, constituyendo el posmodernismo más radical o "subversivo". No obstante, en los últimos tiempos parece ganar terreno la utilización exclusiva del término posmodernismo. Sobre la distinción entre posmodernismo y posestructuralismo ver: C. Brown, "Turtles All the Way Down...", *op. cit.*, pp. 222-230. La calificación del ala más radical del posmodernismo como "posmodernismo subversivo", corresponde a D. S. L. Jarvis, *op. cit.*, en especial pp. 76-85.

10.3.1. **Conocimiento, Poder y Genealogía**

El posmodernismo ha sido definido "como incredulidad respecto a las meta-narrativas"[50] modernas, calificadas de logocéntricas. Hay un rechazo de sistemas de pensamiento que aspiran a teorizar racionalmente sobre su objeto de estudio con pretensiones de validez universal. En su lugar, el posmodernismo huye de toda tentación universalista y de toda búsqueda de generalizaciones. Actitudes así constituyen ejemplos de "cierre" (*closure*), representan el ejercicio de un monopolio discursivo negador del pluralismo y la diferencia. Precisamente, su disposición favorable a la diferencia le lleva a "enfatizar lo accidental, lo fronterizo, lo inconexo o lo olvidado". En un mundo posmoderno —en el que "todo lo interesante es enigmático, único e irrepetible"[51]— sólo pueden ofrecerse interpretaciones contingentes y plurales. El posmodernismo se aleja de todo intento de una teoría integrada y se muestra escéptico respecto a las nociones de racionalidad y verdad.

Una de las líneas de pensamiento que informa el escepticismo posmodernista está ligada al análisis foucaultiano de las relaciones entre poder y conocimiento. Ambos conceptos están tan inextricablemente entrelazados que cabe hablar de un "nexo poder-saber". "El poder está implicado en todos los sistemas de conocimiento, de modo que nociones como razón o verdad son productos de circunstancias históricas específicas"[52]. No existe una verdad, existen distintas perspectivas en competencia o, en palabras de Foucault, "regímenes de verdad". Mediante el empleo de un enfoque genealógico, los autores posmodernistas tratan de explorar históricamente de qué modo un

---

[50] Como vimos con anterioridad ésta es la caracterización de lo posmoderno llevada a cabo por F. Lyotard. Esta caracterización ha sido recogida en numerosas publicaciones sobre posmodernismo en las Relaciones Internacionales. Ver por ejemplo: R. Jackson and G. Sorensen, *op. cit.*, p. 235; C. Brown, "Critical Theory…", *op. cit.*, p. 60; S. Smith, "Reflectivist and Constructivist Approaches…", *op. cit.*, p. 239.

[51] P. Rosenau, "Once Again into the Fray…", *op. cit.*, pp. 84-85. El sentido de vivir en los límites, de trabajar en los márgenes de las Relaciones Internacionales, queda patente en los títulos de algunas de las contribuciones de autores posmodernistas. Ver por ejemplo: R. Ashley, "Living on Borderlines: Man, Poststructuralism, and War", en J. Der Derian and M. Shapiro (Eds.), *International/Intertextual Relations: Posmodern Readings in World Politics*, Lexington, Lexington Books, 1989; R. Ashley and R. B. J. Walker, "Speaking the Language of Exile: Dissident Thought in International Studies", en R. Ashley and R. B. J. Walker (Eds.), *Speaking the Language of Exile: Dissidence in International Studies*, *International Studies Quarterly*, Special issue, Vol. 34, n.º 3, 1990.

[52] S. Smith, "Positivism and Beyond", *op. cit.*, p. 30. En la exposición del análisis foucaultiano del nexo poder-saber y de la genealogía como método de análisis histórico, seguimos básicamente la presentación hecha por R. Devetak, "Postmodernism", en S. Burchill et al., *op. cit.*, pp. 180-187.

determinado régimen de verdad se convierte en representación dominante en un determinado campo de conocimiento, al mismo tiempo que los regímenes contendientes son silenciados y marginados. La genealogía se orienta a escribir "contra-historias que dejan al descubierto los procesos de exclusión y encubrimiento que hacen posible la idea de la historia como un relato unificado con un claro comienzo, un estadio intermedio y un final"[53]. Un enfoque genealógico en Relaciones Internacionales es llevado a cabo por S. Smith. Este autor no entiende la disciplina como un espacio "natural" y "autónomo", como un esfuerzo intelectual que a través de sucesivos debates se acerca cada vez más a explicar la realidad, sino como "la manifestación histórica de una serie de interpretaciones contradictorias cuya unidad e identidad son el producto de una victoria en ese conflicto". Esto a su vez le permite preguntarse por los silencios de la teoría internacional y por la conexión entre el estudio de las relaciones internacionales y una visión particular de la práctica internacional[54]. El análisis posmodernista de las relaciones entre poder y saber pone de manifiesto las luchas históricamente contingentes para imponer interpretaciones autorizadas, discursos legitimados, sobre lo que son las Relaciones Internacionales, bien como disciplina académica, bien como conjunto de unas prácticas políticas y no de otras.

Los autores posmodernistas han realizado estudios genealógicos sobre conceptos tan próximos al pensamiento tradicional como diplomacia o Estado soberano. En el primero de estos casos, J. Der Derian pone en cuestión el discurso convencional sobre la diplomacia y su historia mediante una exploración genealógica de los orígenes de esta actividad internacional. La utilidad de este tipo de exploración, según este autor, reside en restar valor a la carga de sentido común que posee el concepto de diplomacia, así como a las afirmaciones que establecen un origen en el tiempo y en el espacio para el nacimiento y evolución uniforme de esta práctica internacional[55]. Frente a caracterizaciones de sentido común que muestran la diplomacia como la conducción de relaciones entre Estados, Der Derian propone una caracterización alternativa. Tomando como punto de partida el proceso de extrañamiento o alienación respecto al "otro", contempla la diplomacia como una mediación entre entes que se ven afectados por relaciones de apartamiento.

---

[53] R. Devetak, "Postmodernism", *op. cit.*, pp. 184-185.

[54] S. Smith, "The Self-images of a Discipline…", *op. cit.*, pp. 3 y 6.

[55] J. Der Derian, *On Diplomacy: a Genealogy of Western Estrangement*, Oxford, Basill Blackwell, 1987, p. 200. Por tanto, la genealogía cumple la función que Foucault le atribuía, es decir, perturba aquello que se piensa unificado, muestra la heterogeneidad de lo que era imaginado consistente consigo mismo. Ver: M. Foucault, "Nietzsche, Genealogy, History", en M. Foucault, *Dits et Écrits 1954-1988*, Paris, Éditions Gallimard, 1994, Vol. 2, p.136.

De esta forma, Der Derian logra separar el concepto de diplomacia de las connotaciones "estatales" que tiene su definición tradicional. La asociación entre diplomacia y Estado responde a una situación histórica contingente. No cabe concebir la diplomacia como un rasgo exclusivo de la actividad de entes estatales. Por tanto, la diplomacia es un fenómeno que existía de manera previa a la formación de Estados soberanos. La exploración genealógica deja al descubierto el modo en que a través de prácticas sociales se fueron conformando históricamente, por una parte, el discurso y la actividad "diplomática" y, por otra, sus vínculos con el Estado soberano. El proceso histórico, a lo largo del cual se produjo ese entrelazamiento entre diplomacia y Estado, estuvo marcado por las disputas de poder y por el papel preeminente del uso de la fuerza o de la amenaza[56].

En el segundo de los casos señalado el análisis genealógico recae en el Estado soberano. Aquí, los posmodernistas exploran críticamente la (re)constitución histórica del Estado como la forma normal de subjetividad en la política mundial. Sus análisis ponen el acento en los orígenes turbulentos del Estado, dejando entrever el papel constitutivo de la violencia en la vida política moderna. Curiosamente, la violencia es a la vez enfermedad y remedio: es aquello de lo cual el Estado soberano debe proteger a los miembros de la comunidad bajo su jurisdicción y, al mismo tiempo, es aquello que posibilita que el Estado soberano sea un refugio contra la violencia[57]. El posmodernismo procede a escrutar críticamente cómo las unidades políticas estatales se han apoyado históricamente en la fuerza para distinguir entre un espacio político interno y uno externo. La violencia deja de estar relacionada con razones de política de poder. De un modo distinto, la violencia estratégica es parte de "un proceso continuo de definición de los límites estatales, excluyendo a aquéllos que discrepan de su dominio y castigando a aquéllos que lo desafían"[58]. Aflora pues la íntima vinculación entre el papel de la violen-

---

[56] J. Der Derian, *On Diplomacy...*, *op. cit.*, pp. 200-201.

[57] D. Campbell and M. Dillon, "Introduction", en D. Campbell and M. Dillon (Eds.), *The Political Subject of Violence*, Manchester, Manchester University Press, 1993, p. 161 (citado por R. Devetak, "Postmodernism", *op. cit.*, p. 194). En relación con la definición o inscripción de límites, ver: W. Connolly, "Tocqueville, Territory, and Violence", *Theory, Culture, and Society*, Vol. 11, 1994.

[58] B. Klein, *Strategic Studies and World Order: The Global Politics of Deterrence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, p. 139. Esta línea de exploración genealógica, que establece una vinculación entre los orígenes del Estado y la violencia, es seguida también en: J. Bartelson, *A Genealogy of Sovereignty*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995. Para una referencia a cómo la idea de soberanía ha sido influenciada por los cambios en el concepto de intervención: C. Weber, *Simulating Sovereignty: Intervention, the State and Symbolic Exchange*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

cia en la (re)constitución del Estado y el acto político de demarcación de límites que tiene como efecto la división del espacio político global.

La separación del espacio interior soberano del espacio exterior anárquico permite construir una identidad política territorialmente contenida. El Estado soberano se define como una "unidad" cerrada. Los autores posmodernistas se han preguntado por las prácticas y discursos que han permitido construir esa identidad por oposición a un "otro" amenazante. Han prestado especial atención al papel de las prácticas y discursos de la política exterior y de seguridad en la formación de la identidad política estatal. D. Campbell ha señalado que la constante referencia al peligro exterior no debe interpretarse tanto en términos de amenaza como en términos de aquellas condiciones que hacen viable la existencia e identidad del propio Estado[59]. Las concepciones tradicionales en la disciplina conciben la política exterior y de seguridad como una forma de comportamiento de los Estados dirigida a la satisfacción de sus intereses. Se supone que estamos en presencia de entidades plenamente formadas, con una identidad bien definida. En cambio, los posmodernistas enfatizan que la definición por parte de estas políticas de un "otro" externo y amenazante es parte integral de la constitución de la propia identidad. Subrayan, por último, que existe una relación entre la contención del "otro" externo y la contención del "otro" doméstico. El silenciamiento de la disidencia interna es, en muchas ocasiones, la otra cara de la formación de la identidad política estatal[60].

10.3.2. **Textualidad y Deconstrucción**

La actitud escéptica del posmodernismo ante el conocimiento científico de la realidad está ligada también a la cuestión de la textualidad, tal y como ha sido elaborada por autores franceses como Derrida y Barthes. La cuestión de la textualidad es clave para adentrarse en la ontología social radicalmente idealista del posmodernismo.

La idea de textualidad hace referencia, en palabras de P. Rosenau, a que "el posmodernismo está centrado en textos y, en última instancia, todo el mundo es un texto"[61]. De aquí el eslogan de Derrida: "no hay nada más allá

---

[59] D. Campbell, *Writing Security: United States Foreign Policy and the Politics of Identity*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992, p. 12.

[60] R. Devetak, "Postmodernism", *op. cit.*, p. 198.

[61] P. Rosenau, "Once Again...", *op. cit.*, p. 88. Sobre lo que sigue, han sido también de utilidad: C. Brown, "Turtles All the Way Down...", *op. cit.*, pp. 222-226; R. Devetak, "Postmodernism", *op. cit.*, p. 188. Un volumen colectivo que aborda el análisis de las Relaciones In-

del texto". Los posmodernistas sostienen que nuestra comprensión de la realidad social —en nuestro caso de la realidad internacional— se halla siempre condicionada por modos de representación y, por tanto, por distintos mecanismos de construcción de textos. Nos referimos a dicha realidad a través de la experiencia proveída por representaciones o textos. Un texto no es solamente un documento escrito, sino una práctica social, una acción individual, o un evento histórico. En consecuencia, una lectura posmodernista de las Relaciones Internacionales debe centrarse en las prácticas discursivas que constituyen una determinada representación de la política internacional, entendida como un texto. Éste, a su vez, debe ser interpretado en relación con otros textos. En tanto todos ellos se hallan interrelacionados, el recurso a la "intertextualida" puede llevar a vincular de manera arbitraria textos de diverso tipo de manera heterodoxa[62], como en el citado volumen colectivo editado por Der Derian y Shapiro.

Una estrategia de análisis intertextual permite un escrutinio crítico de la forma en que determinadas representaciones son implantadas como modos de interpretación dominantes. Precisamente por ello, dice M. Shapiro, "enfatizan el 'discurso' en lugar del lenguaje, porque el concepto de discurso implica una preocupación por las prácticas productoras de significado y de valor"[63]. En fin, los posmodernistas hacen hincapié en la estrecha implicación del poder en estas prácticas textuales significativas. Exploran críticamente, como antes comentamos, los vínculos que forman el nexo poder-saber.

Es necesario hacer referencia al concepto de "deconstrucción" como una estrategia de análisis textual. A juicio de los posmodernistas, los textos en la tradición modernista están construidos en torno a oposiciones conceptuales consideradas estables. Esta circunstancia es objeto de un cuestionamiento radical. Según Derrida, las "oposiciones binarias" presentadas como dicotomías absolutas no son neutrales, sino jerárquicas. "El término privilegiado supuestamente entraña una presencia, propiedad, totalidad, puridad o identidad de las que el otro carece". Por ejemplo, el concepto de soberanía como opuesto al de anarquía[64]. El propósito de la deconstrucción es exponer el ca-

---

ternacionales en clave intertextual es J. Der Derian and M. Shapiro (Eds.), *International/Intertextual Relations..., op. cit.*

[62] Un ejemplo reciente viene dado por el intento de combinar de manera heterodoxa "tradiciones discursivas" tan diversas como la poesía y la teoría internacional. Ver: R. Bleiker, (Ed.), *Poetic World Politics*, *Alternatives*, Special issue, Vol. 25, n.º 3, 2000.

[63] M. Shapiro, "Textualizing Global Politics", en J. Der Derian and M. Shapiro (Eds.), *op. cit.*, p. 14. En el mismo volumen colectivo realiza consideraciones semejantes: J. Der Derian, "The Boundaries of Knowledge and Power in International Relations", pp. 3-10.

[64] R. Devetak, "Postmodernism", *op. cit.*, p. 188-193.

rácter insostenible de esas divisiones tajantes, ya que cada término de la oposición depende siempre y, por tanto, se halla contaminado por el otro. En este orden de ideas, Devetak concluye que "la deconstrucción es una estrategia de interpretación y crítica que perturba los conceptos teóricos y las instituciones sociales que buscan la totalización y la estabilidad total", al poner de manifiesto que las totalidades, conceptuales o sociales, no son completamente puras. "No hay una estabilidad pura, sólo estabilizaciones más o menos exitosas..."[65].

En esta línea se sitúan las aportaciones posmodernistas que, como las de R. Ashley, ponen en cuestión la "oposición binaria" soberanía-anarquía sobre la que se asienta el discurso hegemónico en la teoría internacional. Esta puesta en cuestión se lleva a cabo mediante un tipo de práctica deconstructiva que se suele identificar como de "doble lectura". La primera lectura repite la "historia oficial" del discurso en cuestión, expone el modo en que aquella se muestra coherente y consistente consigo misma. En el caso de la oposición mencionada, muestra cómo, en el discurso de las posiciones dominantes en la disciplina, "el mundo es comprendido no sólo en términos de la *ausencia* de una agencia central de gobierno, sino también en términos de la *presencia* de una multiplicidad de Estados, entendidos como centros soberanos de decisión, que presiden sobre sus respectivas sociedades domésticas..."[66]. La segunda lectura, por el contrario, pretende perturbar este discurso, enfatizando los puntos de inestabilidad dentro del mismo, destacando sus tensiones internas. Esto es lo que Ashley intenta al hablar de la "problemática de la anarquía", al tiempo que muestra no sólo sus implicaciones teóricas, sino, muy especialmente, sus significativas implicaciones políticas prácticas.

Para este autor, la concepción tradicional descansa sobre una oposición jerarquizada entre soberanía y anarquía, en la cual el primer término constituye un "ideal regulativo" y el segundo representa la ausencia o negación del primero. Uno y otro son entendidos como términos mutuamente excluyentes. El dominio interno es visto como un dominio de identidad y orden, donde "todos los conflictos de interpretación son susceptibles de resolución mediante el recurso a la verdad decisiva de la soberanía". Frente a esto, la "anarquía internacional es concebida como un peligroso vacío de sentido, como una región de conducta sólo conocida por carecer de la verdad conte-

---

[65] *Ibidem,* p. 189.

[66] R. Ashley, "The Powers of Anarchy: Theory, Sovereignty, and the Domestication of Global Life", en J. Der Derian, (Ed.), *International Theory: Critical Investigations*, London, Macmillan, 1995, p. 95. La contribución más conocida de este autor sobre esta cuestión es: R. Ashley, "Untying the Sovereign State: A Double Reading of the Anarchy Problematique", *Millennium*, Vol.17, n.º 2, 1988.

nida en el modelo de orden doméstico"[67]. En consecuencia, el dominio externo es el dominio de la diferencia y el desorden, donde los conflictos de interpretación no son intrínsecamente resolubles y donde únicamente puede actuarse de acuerdo con el poder material de que se disponga. Todo ello lo convierte en un dominio inherentemente conflictivo y peligroso. Los efectos políticos que tiene esta representación dicotómica se manifiestan con claridad. Para que dicha imagen tenga sentido, es necesario materializarla en la práctica, convirtiendo las diferencias en el interior de los Estados en diferencias entre los Estados. Esto significa que los Estados deben, para confirmar la imagen de identidad doméstica, eliminar todo rastro de disidencia interna, sea reprimiéndola o simplemente ignorándola o negándola[68].

Asimismo, la deconstrucción de las totalizaciones se halla en la base de la crítica del Estado soberano que, identificando la ética de la exclusión que aquél encierra, ofrece por ejemplo R. B. J. Walker. Para ello, pone también en cuestión la distinción entre política interna y política exterior, tan extendida en la teoría internacional. Su análisis crítico le lleva a sugerir que estas oposiciones "dentro-fuera", entendidas como ámbitos sociales mutuamente excluyentes, son producto de la soberanía estatal en tanto que práctica política constitutiva. La reflexión que desarrolla le induce a rechazar la compartimentación territorial excluyente de la humanidad con arreglo a una "ética de la exclusión absoluta"[69]. De este modo, desafía los límites éticos que, para la organización de la vida política moderna, impone la aceptación acrítica de la soberanía estatal como modelo privilegiado y exclusivo. Por el contrario, la "ética posmoderna" no se ve afectada por ningún límite espacial o territorial: es una ética "transgresora de la soberanía"[70].

10.3.3. **Textualidad, Ontología y Epistemología**

La textualidad tiene una relevancia clave a la hora de diferenciar la ontología posmodernista de la de otros enfoques reflectivistas. Para quienes siguen esta línea de razonamiento, toda referencia al "mundo real" no puede producirse sino como experiencia de interpretación del mismo. En consecuencia, el posmodernismo es radicalmente idealista. En tanto considera que

---

[67] R. Ashley, "The Powers of Anarchy...", *op. cit.*, pp. 98 y 103.

[68] R. Ashley, "Untying the Sovereign State...", *op. cit.*, p. 257.

[69] Este es el argumento central que ofrece R. B. J. Walker en *Inside/Outside: International Relations as Political Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

[70] R. Devetak, "Postmodernism", *op. cit.*, p. 204. A este respecto, puede consultarse también: W. Connolly, "Democracy and Territoriality", *Millennium*, Vol. 20, n.º 3, 1991.

no podemos conocer la "realidad" de manera independiente de nuestro discurso sobre ella, concluye "que ésta debe ser un efecto constitutivo del discurso..." y que todo lo que podemos hacer es interpretar discursos[71], es decir, textos. De aquí que, dada la imposibilidad de recurrir a cualquier referente externo para refrendar el conocimiento, el poder pase a desempeñar un papel de primer orden al designar como predominantes determinadas interpretaciones de la realidad.

Las consecuencias del idealismo radical del posmodernismo pueden verse también en el modo de abordar el problema agente-estructura. En última instancia, "aquello a lo que muy prudentemente podría aludirse como agentes y estructuras son efectos extremadamente problemáticos y contingentes de prácticas discursivas"[72], hacia las cuales debe volcarse la atención. Esas prácticas discursivas, entendidas como un texto, serán objeto de interpretación plural, ya que "el texto posmoderno es un texto plural, tan abierto (o vago) como para poder dar lugar a un infinito número de interpretaciones...(todas ellas) de igual interés"[73]. Su actitud defensora de la pluralidad de interpretaciones, que responde a una impronta nietzscheana, les lleva a defender un relativismo extremo, en el que ninguna interpretación —incluidas las suyas— es más interesante que otra.

De lo dicho en los párrafos precedentes, se deduce en buena medida la posición epistemológica del posmodernismo. Cabe hablar aquí de una "interpretación radical" que rehúsa todo tipo de fundación "científica". Esto no conduciría sino a proyectos universalistas, con capacidad para convertirse en discursos hegemónicos que terminarían por dominar, silenciar y marginar otras interpretaciones[74]. Los posmodernistas subrayan que vivimos en un mundo de interpretaciones —es decir, textos— que a su vez pueden ser libremente interpretadas. Las posiciones más extremas, a las que se ha califi-

---

[71] Esta es la presentación que Adler realiza de las posiciones epistemológicas posmodernistas. Ver: E. Adler, "Seizing the Middle Ground...", *op. cit.*, pp. 332-333 y 336.

[72] R. L. Doty, *op. cit.*, p. 387. El pensamiento posmodernista más radical entiende que los sujetos y objetos de la realidad son "sociolingüísticamente construidos". En la medida en que son producto de prácticas discursivas, son estas últimas, en cuanto textos, las que deben interpretarse. La "muerte del agente", que no es sino una forma específica de "muerte del sujeto", supone el rechazo del humanismo moderno que pone al sujeto en el centro de su discurso y considera al mismo hacedor de su propia historia. Ésta es una de las posiciones más polémicas del posmodernismo. A este respecto, ver los comentarios de: P. Rosenau, "Once Again into the Fray...", *op. cit.*, pp. 88-90; C. Brown, "Turtles All the Way Down...", *op. cit.*, p. 324.

[73] P. Rosenau, "Once Again into the Fray...", *op. cit.*, pp. 86 y 88. En el mismo sentido: R. Ashley, "Living On Borderlines...", *op. cit.*, pp. 274 y 280.

[74] Una referencia que expresa esta sensibilidad hacia posturas relativistas es: R. Bleiker, "Forget IR Theory", *Alternatives*, Vol. 22, n.º 1, 1997.

cado de posmodernismo subversivo, se han situado en una postura antifundacionalista que niega todo valor específico a la ciencia social. Por supuesto, no reclaman para sus propias interpretaciones un carácter científico. En definitiva, en una visión posmodernista radical, la elección personal de una interpretación determinada es arbitraria y está basada en elementos tan idiosincrásicos como la intuición y los gustos. Consecuentemente "no tiene sentido buscar la 'mejor interpretación' (establecer la superioridad de una interpretación sobre otra)..."[75]. Hecha esta caracterización, sin embargo, es interesante llamar la atención sobre el siguiente comentario de Price y Reus-Smit: "...tan pronto como uno observa e interactúa en el mundo, esas afirmaciones (de "verdad con minúsculas", o sea, contingentes) son inevitables, sea como persona involucrada en la vida diaria o como estudioso. Como Nietzsche señaló hace tiempo, no podemos evitar realizar afirmaciones de verdad respecto al mundo"[76]. Estas últimas reflexiones muestran lo problemático —incluso lo difícilmente sostenible— de una posición posmodernista radical. En esta línea, autores críticos con un antifundacionalismo radical se han referido al hecho de que posmodernistas, como D. Campbell, J. Der Derian o R. Ashley, presentan sus interpretaciones, al menos, como más reveladoras sobre el tema en cuestión que otras disponibles y, en cierto modo, como más adecuadas. Estas consideraciones pueden verse reforzadas por la actitud de arrogante superioridad que adoptan algunos posmodernistas. Con tal actitud, transmiten la impresión de que, con sus análisis, están contribuyendo a revelar la verdad[77].

---

[75] P. Rosenau, P., "Once Again into the Fray...", *op. cit.*, p. 86.

[76] R. Price and C. Reus-Smit, "Dangerous Liaisons...", *op. cit.*, p. 272.

[77] Este comentario es llevado a cabo en: Y. Ariffin et G. Merone, "Les Relations Internationales entre 'Traditionalistes' et 'Post': Les Nouveaux Débats Théoriques", *Le Trimestre du Monde*, Vol. 27, n.º 3, 1994. Hace una referencia al mismo: N. Cornago, *Proyecto Docente…*, *op. cit.*, p. 39.

PARTE QUINTA

CONCLUSIONES

CAPÍTULO 11

CONCLUSIONES

Tomando en consideración lo dicho hasta aquí sobre las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI, puede apreciarse la complejidad y pluralidad del cuarto debate. Es posible que la visión general de la disciplina que emerge de lo expuesto en capítulos anteriores sea excesivamente coherente. No pueden ocultarse las grandes simplificaciones que encierra el mapa o matriz que ha servido de guía para formarnos una idea del estado de la disciplina en nuestros días. Tales simplificaciones invitan muchas veces a pasar por alto las serias discrepancias que se producen, tanto dentro del racionalismo como, especialmente, del reflectivismo. Los enfoques reflectivistas, de puertas afuera, hacen gala de una cierta unidad en sus críticas al racionalismo. De puertas adentro, no obstante, las diferencias de criterio en el plano ontológico y, sobre todo, epistemológico son notables. En cualquier caso, pese a la simplificación de la diversidad de posturas a la que hemos aludido, los rasgos de profundidad y complejidad del cuarto debate aparecen con nitidez.

Resulta enormemente problemático adelantar posibles itinerarios a seguir por dicho debate. Esto es así porque no es sencillo predecir cómo evolucionarán las posiciones de los principales contendientes. Quizá sea más previsible vislumbrar el curso de las posturas racionalistas. Pero no cabe decir lo mismo de las posturas reflectivistas. Aunque el cuarto debate viene desarrollándose, al menos explícitamente, durante algo más de una década, es posible que todavía requiera cierto periodo de maduración. Como ocurrió con el debate inter-paradigmático, determinadas perspectivas o valoraciones sobre

lo que está en juego en el cuarto debate pueden aflorar en un futuro más o menos inmediato.

Por otra parte, es necesario dejar constancia de que gran parte del esfuerzo reflectivista ha recaído en cuestiones de segundo orden. En efecto, los enfoques críticos han estado dedicados a repensar las bases ontológicas y epistemológicas de la teoría internacional. Pero hay que referirse a un auténtico déficit cuando nos fijamos en las cuestiones de primer orden, en la construcción de teorías sustantivas. En el caso del constructivismo, por ejemplo, esto ha llevado a algunos autores a mantener que este enfoque se encuentra teóricamente vacío[1]. En este sentido, no cabe duda de que el curso del cuarto debate dependerá de la habilidad de una segunda generación de reflectivistas que, sobre el trabajo ontológico y epistemológico de la generación anterior, sea capaz de producir teorías sustantivas que robustezcan el desafío al racionalismo.

Una pregunta que emerge en todo debate es ¿en qué medida existe una posibilidad de síntesis, de entendimiento entre las partes? Tras la formulación de esta pregunta se encuentra muy posiblemente, rememorando en cierto modo las virtudes del esquema paradigmático único de Kuhn, la convicción de que un único punto de vista es deseable, de que un volumen notable de esfuerzos es absorbido infructuosamente por la ausencia de consenso en la comunidad científica. A este respecto, podemos retomar la alocución de R. O. Keohane a la conferencia anual de la ISA de 1988. En aquella ocasión, este autor manifestó que, tanto el enfoque racionalista como el enfoque reflectivista, requerían importantes desarrollos internos si aspiraban a convertirse en programas de investigación consolidados. En el supuesto de que esto sucediera, Keohane interpretaba que había esperanza para una síntesis entre los dos enfoques opuestos, una síntesis que ayudaría a comprender, por un lado, las instituciones y las prácticas sociales y, por otro, las relaciones existentes entre ellas. Esta síntesis, no obstante, no surgiría espontáneamente. Al contrario, sería necesario "la competencia y el diálogo constructivos entre estos dos enfoques y la investigación teóricamente informada de los hechos"[2].

Dejando al margen el hecho de que Keohane sugiere someter a las teorías reflectivistas a un contraste empírico que éstas rechazan frontalmente, sus comentarios acerca, no ya de las posibilidades, sino de la idea misma de sín-

---

[1] K. N. Jorgensen, "Four Levels and a Discipline", en K. M. Fierke and K. E. Jorgensen, *Constructing International Relations: The Next Generation*, New York, M. E. Sharp, 2001, p. 48.

[2] R. O. Keohane, "International Institutions: Two Approaches", *op. cit.*, p. 393.

tesis, parecen excesivamente optimistas. En el transcurso de los quince últimos años, poco se ha avanzado en esa dirección. El paso del tiempo ha clarificado incluso las dificultades de orden ontológico y epistemológico que obstaculizan una aproximación de posturas. Con una lectura detenida de la parte tercera, dedicada al racionalismo, y de la parte cuarta, dedicada al reflectivismo, puede obtenerse una impresión bastante razonable de las fuertes discrepancias entre ambos enfoques. Neorrealistas y neoliberales parecen enfrascados en el estudio de problemas tremendamente concretos. En cambio, los reflectivistas están embarcados en una reflexión meta-teórica, orientada a revisar las bases ontológicas y epistemológicas de la disciplina.

Entre los enfoques críticos, el constructvismo está adquiriendo una creciente relevancia. Como hemos señalado, las ideas constructivistas se han caracterizado como una especie de punto intermedio entre el racionalismo y los enfoques reflectivistas más extremos. Esto no quiere decir que el constructivismo haya asumido el papel de mediador entre puntos de vista inconmensurables[3]. Afirmar que los autores constructivistas ocupan un punto intermedio, significa que buscan distanciarse de los dos puntos de vista. Es cierto que esta distancia con respecto al racionalismo y el reflectivismo más extremo no es única. Varía dependiendo de los diferentes autores constructivistas.

En contraposición a lo que se acaba de exponer en el párrafo precedente, algunos autores han querido ver una aproximación entre racionalismo y constructivismo. Si una síntesis de carácter más general entre enfoques racionalistas y reflectivistas es algo imposible, puede elucubrarse sobre ciertos puntos de encuentro, por razones epistemológicas, entre racionalismo y constructivismo. Al hablar aquí de este último enfoque, nos referimos al constructivismo que ha sido considerado más convencional epistemológicamente. Ésta "mayor sintonía" ha dado pie a comentarios sobre un *mainstream* ampliado. Pero esos puntos de encuentro quizá sean más fáciles de observar entre una parte del racionalismo, el neoliberalismo, y el constructivismo al que hemos hecho alusión.

Los autores que señalan esta aproximación han apreciado una deriva de determinadas posiciones constructuvistas hacia el racionalismo. S. Smith, por ejemplo, ha escrito que la consideración del constructivismo como un punto intermedio en el sentido descrito más arriba, es equívoca. En su opinión, el constructivismo posee un carácter más racionalista que reflectivista. Sostiene que este enfoque, sobre todo en su versión norteamericana, está

[3] T. Christiansen et al., *op. cit.*, p. 536.

muy próximo al neoliberalismo racionalista[4]. Esto lleva a Smith a predecir una ruptura del constructivismo en dos ramas: una racionalista en términos amplios, otra más reflectivista. Esta ruptura es necesaria porque las dos ramas adoptan premisas epistemológicas fundamentalmente diferentes. El constructivismo "fundacionalista" puede discutir con facilidad con el racionalismo porque comparten premisas epistemológicas, mientras que el constructivismo de orientación más "constitutiva" no está en condiciones de hacer esto[5].

Es posible que el constructivismo experimente un proceso de fragmentación. Dentro del mismo, como dentro de otros enfoques reflectivistas, puede haber posiciones muy divergentes. Pero otra cosa es que pueda plantearse una cuasi fusión entre una parte del racionalismo, el neoliberalismo, y una parte del constructivismo, la más convencional epistemológicamente. A mi juicio, la opinión de Smith me parece cuestionable por dos razones: primero, porque minusvalora las diferencias ontológicas; segundo, porque sobrevalora las coincidencias epistemológicas.

Refiriéndonos brevemente a ambas razones, cabe decir, en primer lugar, que el neoliberalismo, al igual que el neorrealismo, da prioridad ontológica al individualismo. Los regímenes internacionales son consecuencia de las acciones intencionadas de actores racionales y egoístas. Hay que apuntar, no obstante, que estos regímenes, una vez puestos en marcha, se convierten en marcos de referencia que guían y orientan las acciones de los actores. Por su parte, el constructivismo, establece una relación dialéctica entre agente y estructura. Del mismo modo que los poderes causales e intereses de los agentes están generados y, por tanto, explicados por las estructuras, éstas son, a su vez, ontológicamente dependientes de y, por tanto, constituidas por las prácticas y formas de entender de los agentes.

Por otra parte, en cuanto a la segunda opción ontológica fundamental, el neoliberalismo entiende que las estructuras están formadas por fuerzas materiales. Pero, a diferencia de los neorrealistas, procede a la introducción de ideas, es decir, de principios, normas y reglas, a través de los regímenes internacionales. Las ideas no son parte de la estructura. Constituyen una variable sistémica, una variable "interviniente" que se sitúa entre ésta y las unidades del sistema. Para los neoliberales, las ideas pueden corregir las presiones estructurales, dejando sentir sus efectos sobre el comportamiento de los actores. La cuestión de las ideas representa una referencia común para neolibera-

---

[4] S. Smith, "Social Constructivisms and European Studies: A Reflectivist Critique", *Journal of European Public Policy*, Vol. 6, nº 4, 1999, pp. 683-684.

[5] *Ibidem*, p. 690.

les y constructivistas. Ahora bien, el papel que unos y otros atribuyen a las mismas aparece nítidamente diferenciado. Para los constructivistas, así como para otros enfoques reflectivistas, las ideas representan un componente esencial de la estructura. Son ellas precisamente las que dotan de sentido a las fuerzas materiales. El punto crítico que separa a neoliberales y constructivistas es que, para estos últimos, las ideas, además de sobre los comportamientos tienen efectos sobre las propiedades, es decir, sobre las identidades e intereses de los actores. Esto justifica la importancia que los constructivistas otorgan a las teorías constitutivas.

Puede decirse, por tanto, que neoliberalismo y constructivismo muestran aproximaciones a las cuestiones ontológicas con escasos puntos en común. Esto no puede sino ejercer un influjo diferenciador sobre las teorías sustantivas que se elaboren en ambos casos. Lo que habitualmente justifica las referencias a un *mainstream* ampliado, a una aproximación entre racionalismo y constructivismo, son las coincidencias epistemológicas. Ciertamente, determinados autores constructivistas se han declarado partidarios de la ciencia como discurso privilegiado, dando con ello a entender que existen estándares con los que distinguir lo que es ciencia de lo que no lo es. Reconocen la existencia de un mundo exterior independiente del observador que, de una manera difusa, puede constituir un referente empírico a sus formulaciones teóricas. En fin, aceptan el naturalismo, o lo que es lo mismo, la unidad metodológica entre las ciencias naturales y las ciencias sociales. Todo ello genera una impresión de afinidad entre racionalismo y constructivismo en torno a la epistemología.

Creo de gran importancia indicar que los autores constructivistas que mantienen las posiciones mencionadas basan sus convicciones epistemológicas en una filosofía de la ciencia, el realismo científico, que poco tiene que ver con el positivismo o naturalismo de los autores racionalistas. El realismo científico es en gran medida una crítica al positivismo. El constructivismo rechaza el modelo nomológico-deductivo característico del positivismo. Aunque los constructivistas toman en consideración dos tipos de teorías, explicativas y constitutivas, el sentido que confieren a las primeras difiere muy sustancialmente de lo que los racionalistas entienden por la misma expresión.

La idea de un *mainstream* ampliado —formado por el racionalismo, principalmente en su versión neoliberal, y el constructivismo, con los enfoques reflectivistas restantes en posiciones menos centrales— puede no proporcionar, por las razones expuestas, una imagen adecuada de la disciplina en los años venideros. Habría, en todo caso, más razones para pensar en la continuidad de las pautas de extrema pluralidad teórica existente en nuestros días.

Pero puede haber otras dos maneras de contemplar el futuro de las Relaciones Internacionales. La primera fue expuesta por Dessler en los inicios del cuarto debate. La segunda ha sido sugerida por Wendt más recientemente.

Para Dessler, la ontología del constructivismo, sobre todo del que se basa en el realismo científico, es más progresiva que la del racionalismo. Resumiendo al máximo, cabe señalar que uno de los desarrollos ontológicos más importantes asociados al constructivismo es que incorpora normas dentro de la estructura social[6]. Esto va a permitir que, dentro de un mismo marco ontológico, las teorías que surgen del mismo puedan explicar una gama de fenómenos mucho más amplia. Estableciendo un paralelismo con los programas de investigación de Lakatos, Dessler dice que el constructivismo contiene aquella parte del racionalismo que no ha sido refutada y, además, explicaciones sobre fenómenos que quedaban fuera del alcance de este último.

Así, la teoría neorrealista podría entenderse como una aplicación altamente restrictiva del modelo constructivista. Si bien el constructivismo insiste en que toda acción social depende de la preexistencia de normas, esta aplicación se referiría a un medio anárquico en el que dichas normas son ignoradas. Además, la teoría neoliberal también encontraría acomodo en este modelo. Los regímenes internacionales no son otra cosa que normas regulativas que prohíben o prescriben comportamientos específicos en circunstancias específicas. Tratan de establecer cauces para formas de comportamiento que existían previamente. Pero es que, de manera adicional, el constructivismo explica otros comportamientos sobre los que el racionalismo tiene poco que decir. Son aquellos que tienen su origen en normas constitutivas, decisivas para definir el "juego internacional". Estas normas son más fundamentales que las regulativas, ya que no es posible regular comportamientos si no son antes definidos.

En definitiva, Dessler concluye que el constructivismo provee una ontología más comprensiva que la del racionalismo. Dado que facilita la discusión de una amplia variedad de fenómenos, constituye una base más prometedora para una investigación teórica progresiva[7]. Lejos de aproximaciones entre racionalismo y constructivismo, todo aquello que pudiera haber de válido en el primero quedaría subsumido en el segundo.

En una reciente contribución recogida en un libro sobre teoría crítica, A. Wendt ha diseñado otro posible escenario para la disciplina en un futuro próximo. En ella, este autor habla de la relación entre el racionalismo y los

---

[6] D. Dessler, *op. cit.*, p. 458.
[7] *Ibidem*, p. 444.

enfoques reflectivistas[8]. A su juicio, el futuro pasa por la superación de la caracterización que presenta las teorías racionalistas como *problem-solving* y las teorías reflectivistas como emancipadoras. Una forma de trascender esta caracterización es contemplar la relación entre ambas como un problema de horizontes temporales[9]. Los racionalistas tienden a operar dentro de un horizonte temporal relativamente corto. Son posibles acciones emancipatorias significativas en el plano local, pero el cambio estructural, dadas las limitaciones de tiempo, no entra en su agenda. Los teóricos reflectivistas, por su parte, se desenvuelven en un horizonte temporal más amplio, en el cual grandes transformaciones estructurales sí representan opciones posibles.

Racionalistas y reflectivistas han fallado en el establecimiento de vínculos entre los dos marcos temporales. Ello justifica la ausencia de puntos de encuentro entre ambos. Los racionalistas, pese al énfasis en la capacidad predictiva de sus teorías, no han conseguido "enlazar" con el largo plazo. Los reflectivistas han propendido a descuidar el corto plazo. El resultado ha sido que las Relaciones Internacionales no están en buenas condiciones para pensar acerca de cómo la comunidad mundial puede actuar hoy para satisfacer sus intereses en el largo plazo. Sin embargo, para Wendt uno de los principales propósitos de las Relaciones Internacionales debería ser el control de la evolución constitucional del sistema internacional. Tal afirmación presupone que dicho sistema está experimentando la emergencia de un orden constitucional, quizá de forma análoga a lo que ocurrió en Gran Bretaña. Si esto es así, la disciplina va muy por detrás de los acontecimientos. Por ello, Wendt propone una visión poscrítica de la ciencia social que combine la emancipación, que sólo puede producirse mediante una profunda transformación del orden existente a largo plazo, con la proclividad racionalista a pensar científicamente en esta empresa[10]. De este modo, racionalismo y reflectivismo, con sus diferentes horizontes temporales, con sus diferentes

---

[8] En esta contribución, A. Wendt utiliza la expresión de "teorías críticas", en lugar de la de "teorías reflectivistas". No está muy claro qué entiende Wendt por teorías críticas. Incluye en ellas, "entre otros enfoques", la teoría crítica, tanto en su vertiente neogramsciana como de la escuela de Frankfurt, el feminismo radical y el posmodernismo. En principio, el constructivismo, quizá por carecer de énfasis en premisas sobre qué resultados institucionales deberían ser buscados, queda fuera de esta relación. En nuestros comentarios sobre esta contribución, hemos mantenido la expresión de "teorías reflectivistas" por mantener una unidad terminológica que evite confusión.

[9] A. Wendt, "What is International Relations For? Notes toward a Postcritical View?", en R. Wyn Jones (Ed.), *Critical Theory and World Politics*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 2001, p. 206.

[10] *Ibidem*, p. 208.

orientaciones científicas y normativas, quedarían integrados en esta nueva concepción poscrítica de la ciencia social.

Es más que posible que las Relaciones Internacionales evolucionen por cauces absolutamente imprevistos, muy distintos de cualquiera de las posibilidades que se han contemplado en estas conclusiones. Una razón para que esto sea así puede residir en el impacto de nuevos acontecimientos. Quizá sea pronto para hacer valoraciones, pero los atentados terroristas perpetrados en septiembre de 2001 contra Nueva York y Washington, así como las guerras en Afganistán e Iraq, pueden constituir auténticos hitos históricos, llamados a ejercer una gran influencia en las Relaciones Internacionales. El 11 de septiembre pareció dejar súbitamente sin sentido el discurso tradicional tanto en el terreno académico como político. ¿Hasta qué punto estos acontecimientos pueden provocar un replanteamiento profundo en la disciplina? A este respecto, las ideas de Wendt sobre cómo incidir en la evolución constitucional del sistema internacional parecen especialmente relevantes. En la conjunción de esfuerzos a corto y largo plazo que supone la transformación del orden mundial, el constructivismo quizá tenga un papel importante que desempeñar. A mi modo de ver, este enfoque abre vías de desarrollo teórico sumamente prometedoras. De todos los participantes en el cuarto debate, entiendo que es el que mayor potencial posee para promover una redefinición de la disciplina de cara al nuevo milenio.

BIBLIOGRAFÍA

BIBLIOGRAFÍA

ABRAHAM, P., *Historical Sociology*, New York, Cornell University Press, Ithaca, 1982.

ADLER, E., "Seizing the Middle Ground: Constructivism in International Politics", *European Journal of International Relations*, Vol. 3, n.º 3, 1997, pp. 319-363.

ADLER, E. and BARNETT, M. (Eds.), *Security Communities*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

AFSHAR, H. and DENNIS, C. (Eds.), *Women and Adjustment Policies in the Third World*, MacMillan, London, 1992.

AGUIRRE ZABALA, I., "La Teoría Normativa de las Relaciones Internacionales, Hoy", *Cursos de Derecho Internacional de Vitoria-Gasteiz*, 1995, pp. 45-96.

AKAVIA, G., "The Offense Defense Balance: Why Better Theory Leads to Worse History", Center for Military Analysis, 1999, http://web.mit.edu/ssp/spring99/akawia.html, (Octubre 2001).

ALBROW, M., *The Global Age: State and Society beyond Modernity*, Cambridge, Polity Press, 1996.

ALDECOA, F., *Proyecto Docente de Relaciones Internacionales*, Leioa, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, 1990.

ALDECOA, F. y CORNAGO, N., "El Nuevo Regionalismo y la Reestructuración del Sistema Internacional", *Revista Española de Derecho Internacional*, Vol. XLX, n.º 1, 1998, pp. 59-113.

ALKER, H. R. and BIERSTEKER, T. J., "The Dialectics of World Order: Notes for a Future Archeologist of International Savoir Faire", *International Studies Quarterly*, Vol. 28, n.º 2, 1984, pp. 121-142.

ARCHER, M., *Realist Social Theory: The Morphogenetic Approach*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

ARENAL, C. del, "La Teoría y la Ciencia de las Relaciones Internacionales Hoy: Retos, Debates y Paradigmas", *Foro Internacional*, Vol. 29, 1989, pp. 583-629.

ARENAL, C. del, *Introducción a las Relaciones Internacionales*, 3ª ed., Madrid, Tecnos, 1990.
ARENAL, C. del, "El Nuevo Escenario Mundial y la Teoría de las Relaciones Internacionales", en AA.VV., *Hacia un Nuevo Orden Internacional y Europeo. Homenaje al Profesor M. Díez de Velasco,* Madrid, Tecnos, 1993, pp. 81-86.
ARENAL, C. del, "Teoría de las Relaciones Internacionales y Sociedad Internacional", *Actas del IV Congreso Vasco de Sociología*, Bilbao, Asociación Vasca de Sociología, Vol. II, 1998, pp. 753-760.
ARIFFIN, Y. et MERONE, G., "Les Relations Internationales entre 'Traditionalistes' et 'Post': Les Nouveaux Débats Théoriques", *Le Trimestre du Monde*, Vol. 27, n.º 3, 1994, pp. 73-107.
ARON, R., *Paz y Guerra entre las Naciones*, 2 vols., Madrid, Alianza Editorial, (1962) 1985.
ASHLEY, R., "The Poverty of Neorealism", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics,* New York, Columbia University Press, 1986, pp. 255-300.
ASHLEY, R., "Untying the Sovereign State: A Double Reading of the Anarchy Problematique", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 17, n.º 2, 1988, pp. 227-262.
ASHLEY, R., "Living on Borderlines: Man, Poststructuralism, and War", en J. Der Derian and M. Shapiro (Eds.), *International-Intertextual Relations: Postmodern Readings in World Politics*, Lexington, Lexington Books, 1989, pp. 259-321.
ASHLEY, R. and WALKER, R. B. J., "Speaking the Language of Exile: Dissident Thought in International Studies", en R. Ashley and R. B. J. Walker (Eds.), *Speaking the Language of Exile: Dissidence in International Studies*, Special issue of *International Studies Quarterly*, Vol. 34, n.º 3, 1990, pp. 259-268.
ASHLEY, R., "The Powers of Anarchy: Theory, Sovereignty, and the Domestication of Global Life" en J. Der Derian (Ed.), *International Theory: Critical Investigations*, Basingstoke, MacMillan, 1995, pp. 94-128.
ASLANBEIGUI, N. et al. (Eds.), *Women in the Age of Economic Transformation*, Routledge, London, 1994.
AXELROD, R., "The Emergence of Cooperation among Egoists", *American Political Science Review*, Vol. 75, 1981, pp. 306-318.
AXELROD, R., *La Evolución de la Cooperación*, Madrid, Alianza Editorial, (1984) 1986.
AXELROD, R. and KEOHANE, R. O., "Achieving Cooperation under Anarchy: Strategies and Institutions" en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 85-115.
BALDWIN, D. A., "Power Analysis and World Politics: New Trends versus Old Tendencies", *World Politics*, Vol. 31, n.º 2, 1979, pp. 161-194.
BALDWIN, D. A. (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993.

BALDWIN, D. A., "Neoliberalism, Neorealism, and World Politics", en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 3-25.

BANKS, M., "The Inter-paradigm Debate", en M. Light and A. J. R. Groom (Eds.), *International Relations: A Handbook of Current Theory*, London, Frances Pinter, 1985, pp. 7-26.

BANKS, M., "Where Are We Now", *Review of International Studies*, Vol. 11, n.º 3, 1985, pp. 215-233.

BANKS, M., "The International Relations Discipline: Asset or Liability for Conflict Resolution?, en E. E. Azar and J. W. Burton (Eds.), *International Conflict Resolution: Theory and Practice*, Brighton, Wheatsheaf Books, 1986, pp. 5-27.

BARBÉ, E., "El Papel del Realismo en las Relaciones Internacionales", *Revista de Estudios Políticos*, n.º 57, 1987, pp. 149-170.

BARBÉ, E., "Cooperación y Conflicto en las Relaciones Internacionales (la Teoría del Regimen Internacional)", *Revista Cidob d'Afers Internacionals*, n.º 17, 1989, pp. 57-70.

BARKIN, S. and CRONIN, B., "The State and the Nation: Changing Norms and the Rules of Sovereignty in International Relations", *International Organization*, Vol. 48, n.º 1, 1994, pp. 107-130.

BARNETT, M. N., "Institutions, Roles, and Disorder: The Case of the Arab States System", *International Studies Quarterly*, Vol. 37, n.º 3, 1993, pp. 271-293.

BARNETT, M. N., "Identity and Alliances in the Middle East", en P. Katzenstein (Ed.), *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*, New York, Columbia University Press, 1996, pp. 400-450.

BARTELSON, J., *A Genealogy of Sovereignty*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

BAYLIS, J. and SMITH, S. (Eds.), *The Globalization of World Politics: An introduction to International Relations*, 2nd ed., Oxford, Oxford University Press, 2001.

BECK, U., GIDDENS, A. and LASH, S. (Eds.), *Modernización Reflexiva: Política, Tradición, y Estética en el Orden Social Moderno*, Madrid, Alianza Editorial, (1994) 1997.

BECK, U., "La Reinvención de la Política: Hacia una Teoría de la Modernización Reflexiva", en U. Beck, A. Giddens and S. Lash (Eds.), *Modernización Reflexiva: Política, Tradición, y Estética en el Orden Social Moderno*, Madrid, Alianza Editorial, (1994) 1997, pp. 13-73.

BECK, U., *La Sociedad del Riesgo: Hacia una Nueva Modernidad*, Barcelona, Paidós, (1986) 1998.

BERGER, T. U., "Norms, Identity, and National Security in Germany and Japan", en P. Katzenstein (Ed.), *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*, New York, Columbia University Press, 1996, pp. 317-356.

BERSTEIN, R., *The Restructuring of Social and Political Theory*, Philadelphia, Univesity of Pennylvania Press, 1976.
BHASKAR, R., *The Possibility of Naturalism*, Brighton, Harvester Press, 1979.
BIERSTEKER, T. J., "Critical Reflections on Post-Positivism in International Relations", *International Studies Quarterly*, Vol. 33, n.º 3, 1989, pp. 263-268
BIERSTEKER, T. J. and WEBER, C. (Eds.), *State Sovereignty as Social Construct*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
BIERSTEKER, T. J. and WEBER, C., "The Social Construction of State Sovereignty", en T. J. Biersteker and C. Weber (Eds.), *State Sovereignty as Social Construct*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp.1-21.
BLEIKER, R., "Forget International Relations theory", *Alternatives*, Vol. 22, n.º 1, 1997, pp. 57-85.
BLEIKER, R., (Ed.), *Poetic World Politics*, Special issue of *Alternatives*, Vol. 25, n.º 3, 2000, pp. 269-413.
BLUMBERG, R. L., *Women, Development, and the Wealth of Nations: Making the Case for the Gender Variable*, Boulder, Co, Lynne Rienner, 1992.
BOOTH, K. ,"Security and Emancipation", *Review of International Studies*, Vol. 17, n.º 4, 1991, pp. 313-326.
BOOTH, K., "Security in Anarchy: Utopian Realism in Theory and Practice", *International Affairs*, Vol. 67, n.º 3, 1991, pp. 527-545.
BOOTH, K. and SMITH, S. (Eds.), *International Relations Theory Today*, London, Polity Press, 1995.
BROWN, C., "Development and Dependency", en M. Light and A. J. R. Groom (Eds.), *International Relations: A Handbook of Current Theory*, London, Frances Pinter, 1985, pp. 60-73.
BROWN, C., "Critical Theory and Postmodernism in International Relations", en A. J. R. Groom and M. Light (Eds.), *Contemporary International Relations: A Guide to Theory*, London, Pinter Publishers, 1994, pp. 56-68.
BROWN, C., "Turtles All the Way Down: Anti-foundationalism, Critical Theory and International Relations", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 23, n.º 2, 1994, pp. 213-236.
BRYANT, C. G. A., *Positivism in Social Theory and Research*, London, Macmillan, 1985.
BULL, H., *The Anarchical Society: A Study of Order in World Politics*, London, MacMillan, 1977.
BUNGE, M., *Epistemology and Methodology: Understanding the World*, Boston, D. Reidel, 1983.
BURCHILL, S. et al., (Eds.), *Theories of International Relations*, 2nd ed., New York, St. Martin's Press, 2001.
BURCHILL, S., "Introduction", en S. Burchill et al. (Eds.), *Theories of International Relations*, 2nd ed., New York, St. Martin's Press, 1996, pp. 1-28.

BURCHILL, S., "Realism and Neo-realism", en S. Burchill et al. (Eds.), *Theories of International Relations*, 2nd ed., New York, St. Martin's Press, 1996, pp. 70-102.

BURTON, J. and DUKES, F., *Conflict: Readings in Management & Resolution*, London, Macmillan, 1990.

BURTON, J., *Conflict: Resolution and Provention*, London, Macmillan, 1990.

BUZAN, B., "The Level of Analysis Problem in International Relations Reconsidered", en K. Booth and S. Smith (Eds.), *International Relations Theory Today*, London, Polity Press, 1995, pp. 198-216.

BUZAN, B. and JONES, R. J. (Eds.), *Change and the Study of International Relations: The Evaded Dimension*, London, Frances Pinter, 1981.

BUZAN, B., JONES, C. and LITTLE, R., *The Logic of Anarchy: Neorealism to Structural Realism*, New York, Columbia University Press, 1993.

BUZAN, B. and LITTLE, R., *International Systems in World History: Remaking the Study of International Relations*, Oxford, Oxford University Press, 2000.

CALLINICOS, A., *Making History: Agency, Structure and Change in Social Theory*, New York, Cornell University Press, 1988.

CAMPBELL, D., *Writing Security: United States Foreign Policy and the Politics of Identity*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1992.

CAMPBELL, D. and DILLON, M., "Introduction", en D. Campbell and M. Dillon (Eds.), *The Political Subject of Violence*, Manchester, Manchester University Press, 1993.

CARDOSO, F. H., "The Consumption of Dependency Theory in the United States", *Latin American Research Review*, Vol. 12, n.º 3, 1977, 7-24.

CARLSNAES, W., "The Agency-Structure Problem in Foreign Policy Analysis", *International Studies Quarterly*, Vol. 36, n.º 3, 1992, pp. 245-270.

CARVER, T., COCHRAN, M. and SQUIRES, J., "Gendering Jones: Feminisms, International Relations, Masculinities", *Review of International Studies*, Vol. 24, n.º 2, 1998, pp. 283-297.

CASTRO RUANO, J. L. De, *Proyecto Docente de Relaciones Internacionales*, Leioa, Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, 2000.

CONNOLLY, W., "Democracy and Territoriality", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 20, n.º 3, 1991, pp. 463-484.

CONNOLLY, W., "Tocqueville, Territory, and Violence", *Theory, Culture, and Society*, Vol. 11, 1994, pp. 19-40.

CONYBEARE, J., "Tariff Protection in Developed and Developing Countries: A Cross-Sectional and Longitudinal Analysis", *International Organization*, Vol. 37, 1983, pp. 441-468.

CONYBEARE, J., "Public Goods, Prisoners' Dilemmas, and the International Political Economy", *International Studies Quarterly*, Vol. 28, 1984, pp. 5-22.

CORNAGO, N., *Proyecto Docente de Relaciones Internacionales*, Leioa, Universidad del País Vasco, 2000.

COWHEY, P. and LONG, E., "Testing Theories of Regime Change: Hegemonic Decline or Surplus Capacity?", *International Organization*, Vol. 37, n.º 2, 1983, pp. 157-188.

COX, R., *Production, Power, and World Order: Social Forces in the Making of History*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.

COX, R., "Towards a Post-Hegemonic Conceptualization of World Order: Reflections on the Relevancy of Ibn Khaldun", en J. Rosenau and E. O. Czempiel (Eds.), *Governance without Government: Order and Change in World Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 132-159.

COX, R., "Structural Issues of Global Governance: Implications for Europe", en S. Gill (Ed.), *Gramsci, Historical Materialism, and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 259-289.

COX, R., "Gramsci, Hegemony, and International Relations: An Essay in Method" en R. Cox (Ed.), *Approaches to World Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp.124-143.

COX, R., "Influences and Commitments", en R. Cox (Ed.), *Approaches to World Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp.19-38.

COX, R., "Social Forces, States, and World Orders: Beyond International Relations Theory" en R. Cox (Ed.), *Approaches to World Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 85-123.

CRAWFORD, R. M. A., *Idealism and Realism in International Relations: Beyond the Discipline*, London, Routledge, 2000.

CHASE-DUNN, C., "Interstate System and Capitalist World-Economy: One Logic or Two?", *International Studies Quarterly*, Vol. 25, n.º 1, 1981, pp. 19-42.

CHECKEL, J., "The Constructivist Turn in International Relations Theory", *World Politics*, Vol. 50, n.º 2, 1998, pp. 324-348.

CHECKEL, J., "Social Construction and Integration", *Journal of European Public Policy*, Vol. 6, n.º 4, 1999, pp. 545-560.

CHOWDHRY, G., "Women and the International Political Economy", en F. D'Amico and P. Beckman (Eds.), *Women, Gender, and World Politics: Perspectives, Policies, and Prospects*, Westport, Bergin & Garvey, 1994, pp. 155-171.

CHRISTENSEN, T., "Perceptions and Alliances in Europe", *International Organization,* Vol. 51, n.º 1 1997, pp. 65-98.

CHRISTENSEN, T. and SNYDER, J., "Chain Gangs and Passed Bucks: Prediction Alliance Patterns in Multipolarity", *International Organization*, Vol. 44, n.º 2, 1990, pp. 137-168.

CHRISTENSEN, T. and SNYDER, J., "Progressive Research and Degenerative Alliances", *American Political Science Review,* Vol. 91, n.º 4, 1997, pp. 919-922.

CHRISTIANSEN, T., JORGENSEN, K. E., and WIENER, A., (Eds.), *The Social Construction of Europe*, Special issue of *Journal of European Public Policy*, Vol. 6, n.º 4, 1999.

DER DERIAN, J., *On Diplomacy: A Genealogy of Western Estrangement*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.

DER DERIAN, J., "Introducing Philosophical Traditions in International Relations", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 17, n.º 2, 1988, pp. 89-103.

DER DERIAN, J., "The Boundaries of Knowledge and Power in International Relations", en J. Der Derian and M. Shapiro (Eds.), *International-Intertextual Relations: Postmodern Readings of World Politics*, Lexington, Lexington Books, 1989, pp. 3-10.

DER DERIAN, J., (Ed.), *International Theory: Critical Investigations*, Basingstoke, MacMillan, 1995.

DER DERIAN, J. and SHAPIRO, M., (Eds.), *International-Intertextual Relations: Postmodern Readings of World Politics*, Lexington, Lexington Books, 1989.

DESSLER, D., "What's at Stake in the Sgent-Structure Debate?", *International Organization*, Vol. 43, n.º 3, 1989, pp. 441-473.

DEUTSCH, K. W. and SINGER, J. D., "Multipolar Power Systems and International Stability", *World Politics*, Vol. 16, n.º 3, 1964, pp. 390-406.

DEVETAK, R., "The Project of Modernity and International Relations Theory", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 24, n.º 1, 1995, pp. 27-51.

DEVETAK, R., "Critical Theory", en S. Burchill et al. (Eds.), *Theories of International Relations*, 2nd ed., New York, St. Martin's Press, 1996, pp. 155-180.

DEVETAK, R., "Postmodernism", en S. Burchill and A. Linklater (Eds.), *Theories of International Relations*, New York, St. Martin's Press, 1996, pp. 181-208.

DONNELLY, J., *Realism and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 2000.

DOTY, R. L., "Aporia: A Critical Exploration of the Agent-Structure Problematique in International Relations Theory", *European Journal of International Relations*, Vol. 3, n.º 3, 1997, pp. 365-392.

DOUCET, M., "Standing Nowhere(?): Navigating the Third Route on the Question of Foundation in International Theory", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 28, n.º 2, 1999, pp. 289-310.

DOYLE, M., "Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs" (Part I), *Philosophy and Public Affairs*, Vol. 12, n.º 3, 1983, pp. 205-235.

DOYLE, M., "Kant, Liberal Legacies, and Foreign Affairs" (Part II), *Philosophy and Public Affairs*, Vol. 12, n.º 4, 1983, pp. 323-353.

DOYLE, M., "Liberalism and World Politics Revisited" en C. W. Kegley (Ed.), *Controversies in International Relations Theory. Realism and the Neoliberal Challenge*, New York, St Martin's Press, 1995, pp. 83-106.

DUNNE, T., "International Society: Theoretical Promises Fulfilled?", *Cooperation and Conflict: Nordic Journal of International Studies*, Vol. 30, n.º 2, 1995, pp. 125-154.

DURKHEIM, E., *The Elementary Forms of the Religious Life*, New York, Free Press, 1965.

ELSHTAIN, J. B., *Public Man, Private Woman*, Princeton, Princeton University Press, 1981.

ELSHTAIN, J. B., *Women and War*, New York, Basic Books, 1987.

ELSHTAIN, J. B., "Feminist Inquiry and International Relations", en M. Doyle and G. J. Ikenberry (Eds.), *New Thinking in International Relations Theory*, Boulder, CO., Westview Press, 1997, pp. 77-90.

ELSTER, J., *Explaining Technical Change: A Case Study in the Philosophy of Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

ELSTER, J., *Nuts and Bolts for the Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

ELSTER, J., *The Cement of Society: A Study of Social Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989.

ENLOE, C., *Bananas, Beaches, and Bases: Making Feminist Sense of International Politics*, Berkeley, University of California Press, 1990.

ENLOE C., "Women and Children: Making Feminist Sense of the Persian Gulf Crisis", *Village Voice*, n.º 25, 1990.

ENLOE, C., *The Morning After: Sexual Politics after the Cold War*, Berkeley, University of California Press, 1993.

EVANS, T. and WILSON, P., "Regime Theory and the English School of International Relations: A Comparison", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 21, n.º 3, 1992, pp. 329-351.

FIERKE, K. M. and JORGENSEN, K. E., *Constructing International Relations. The Next Generation*, New York, Sharpe, 2001.

FOUCAULT, M., "Nietzsche, Genealogy, History", en M. Foucault, *Dits et Écrits 1954-1988*, Paris, Éditions Gallimard, Vol. 2, 1994, pp. 136-156.

GABRIEL, J. M., *Worldviews and Theories of International Relations*, London, Macmillan, 1994.

GAREAU, F. H., "The Discipline of International Relations: A Multinational Perspective", *The Journal of Politics*, Vol. 43, August, 1981, pp. 779-802.

GEORGE, J., "International Relations and the Search for Thinking Space: Another View of the Third Debate", *International Studies Quarterly*, Vol. 33, n.º 3, 1989, pp. 269-279.

GEORGE, J., *Discourses of Global Politics: A Critical (Re)Introduction to International Relations*, Boulder, Lynne Rienner, 1994.

GIDDENS, A., *Central Problems in Social Theory: Action, Structure and Contradiction in Social Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

GIDDENS, A., *La Constitución de la Sociedad: Bases para la Teoría de la Estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu, (1984) 1995.

GIDDENS, A., "Vivir en una Sociedad Postradicional", en U. Beck, A. Giddens and S. Lash (Eds.), *Modernización Reflexiva: Política, Tradición, y Estética en el Orden Social Moderno*, Madrid, Alianza Editorial, (1994) 1997, pp. 75-136.

GIDDENS, A., *Consecuencias de la Modernidad*, Madrid, Alianza Editorial, (1990) 1999.

GIESEN, K. G., *L'Éthique des Relations Internationales. Les Théories Anglo Americáines Contemporaines*, Bruxelles, Bruylant, 1992.

GILPIN, R., *U.S. Power and the Multinational Corporation: The Political Economy of Foreign Direct Investment*, New York, Basic Books, 1975.

GILPIN, R., *War and Change in World Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.

GILPIN, R., "The Richness of the Tradition of Political Realism", *International Organization*, Vol. 38, n.º 2, 1984, pp. 287-304.

GILPIN, R., *La Economía Política de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, GEL, (1987) 1990.

GILL, S., "Epistemology, Ontology, and the 'Italian School'", en S. Gill (Ed.), *Gramsci, Historical Materialism, and International Relations*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 21-48.

GILL, S. and MITTELMAN, J., "Preface", en S. Gill and J. Mittelman (Eds.), *Innovation and Transformation in International Studies*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

GLASER, C., "The Security Dilemma Revisited", *World Politics*, Vol. 50, n.º 1, 1997, pp. 171-201.

GLASER, C. and KAUFMANN, C., "What is the Offense-Defense Balance and Can We Measure It?", *International Security*, Vol. 22, n.º 4, 1998, pp. 44-82.

GOLDSTEIN, J. and KEOHANE, R. O., "Ideas and Foreign Policy: An Analytical Framework", en J. Goldstein and R. O. Keohane (Eds.), *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, Institutions, and Political Change*, Ithaca, Cornell University Press, 1993, pp. 3-30.

GOWA, J., "Hegemons, International Organizations, and Markets: The Case of the Substitution Account", *International Organization*, Vol. 38, n.º 4, 1984, pp. 661-683.

GOWA, J., "Anarchy, Egoism and Third Images: The Evolution of Cooperation and International Relations", *International Organization*, Vol. 40, n.º 1, 1986, pp. 167-186.

GOWA, J., "Rational Hegemons, Excludable Goods, and Small Groups: An Epitaph for Hegemonic Stability Theory?", *World Politics*, Vol. 41, n.º 3, 1989, pp. 307-324.

GOWA, J., "Bipolarity, Multipolarity, and Free Trade", *American Political Science Review*, Vol. 83, n.º 4, 1989, pp. 1245-1256.

GOWA, J., *Allies, Adversaries and International Trade*, Princeton, Princeton University Press, 1994.

GOWA, J. and MANSFIELD, E., "Political Power and International Trade", *American Political Science Review*, Vol. 87, n.º 2, 1993, pp. 408-420.

GRANT, R., "The Sources of Gender Bias in International Relations Theory", en R. Grant, and K. Newland (Eds.), *Gender and International Relations*, Buckingham, Open University Press, 1991, pp. 8-26.
GRANT, R. and NEWLAND, K. (Eds.), *Gender and International Relations*, Buckingham, Open University Press, 1991.
GREGORY, D., "Foreword", en J. Der Derian and M. Shapiro (Eds.), *International-Intertextual Relations: Postmodern Readings of World Politics*, Lexington, Lexington Books, 1989, pp. XIII-XXI.
GRIECO, J., *Cooperation among Nations: Europe, America, and Non-Tariff Barriers to Trade*, Ithaca, Cornell University Press, 1990.
GRIECO, J., "Anarchy and the Limits of Cooperation: A Realist Critique of the Newest Liberal Institutionalism", en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 116-140.
GRIECO, J., "Understanding the Problem of International Cooperation: The Limits of Neoliberal Institutionalism and the Future of Realist Theory", en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: the Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 301-338.
GRIECO, J., "Realist International Theory and the Study of World Politics", en M. W. Doyle and G. J. Ikenberry (Eds.), *New Thinking in International Relations Theory*, Boulder Westview Press, 1997, pp. 163-201.
GRIECO, J., POWELL, R. and SNIDAL, D., "Controversies: The Relative-Gains Problem for International Cooperation", *American Political Science Review*, Vol. 87, n.º 3, 1993, pp. 729-743.
GRUNBERG, I., "Exploring the ‘Myth’ of Hegemonic Stability", *International Organization*, Vol. 44, n.º 4, 1990, pp. 431-477.
GUNEW, S. and YEATMAN, A. (Eds.), *Feminism and the Politics of Difference*, Boulder, Westview Press, 1993.
GUZZINI, S., "Robert Gilpin: The Realist Quest for the Dynamics of Power", en I. Neumann, and O. Waever (Eds.), *The Future of International Relations: Masters in the Making*, London, Routledge, 1997, pp. 121-144.
GUZZINI, S., *Realism in International Relations and International Political Economy: The Continuing Story of a Death Foretold*, London, Routledge, 1998.
GUZZINI, S., "A Reconstruction of Constructivism in International Relations", *European Journal of International Relations*, Vol. 6, n.º 2, 2000, pp. 147-182.
HAAS, M., "International Subsystems: Stability and Polarity", *American Political Science Review*, Vol. 64, n.º 2, 1970, pp. 98-123.
HAAS, P. (Ed.), "Knowledge, Power, and International Policy Coordination", *International Organization*, Vol. 46, n.º 1 (special issue), 1992, pp. 13-90.
HABERMAS, J., *The Philosophical Discourse of Modernity: Twelve Lectures*, Cambridge, Polity Press, 1987.

HABERMAS, J., *Moral Consciousness and Communicative Action*, Cambridge, Polity Press, 1990.

HAGGARD, S. and SIMMONS, B., "Theories of International Regimes", *International Organization*, Vol. 41, n.º 3, 1987, pp. 491-517.

HALLIDAY, F., "A 'Crisis' of International Relations", *International Relations*, November, 1985, pp. 407-413.

HALLIDAY, F., *Rethinking International Relations*, London, Macmillan, 1994.

HARDIN, R., *Collective Action*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1982.

HARDING, S., "Introduction: Is There a Feminist Method?", en S. Harding, *Feminism and Methodology: Social Science Issues*, Bloomington, Indiana University Press, 1987, pp. 1-14.

HARDING, S., *Whose Science? Whose Knowledge?*, Ithaca, Cornell University Press, 1991.

HART, H. L. A., *The Concept of Law*, New York, Oxford University Press, 1961.

HASENCLEVER, A., MAYER, P., and RITTBERGER, V., "La Teoría de los Regímenes Internacionales: Situación Actual y Propuestas para una Síntesis", *Foro Internacional*, Vol. 39, n.º 4, 1999, pp. 499-526.

HAUSKEN, K. and PLÜMPER, T., "Hegemonic Decline and International Leadership", *Politics and Society*, Vol. 24, n.º 3, 1996, pp. 273-295.

HAY, C., "Estructura y Actuación (Agency)", en D. Marsh and G. Stoker (Eds.), *Teoría y Métodos de la Ciencia Política*, Madrid, Ed. Alianza, 1997, pp. 197-213.

HELD, D., *La Democracia y el Orden Global: Del Estado Moderno al Gobierno Cosmopolita*, Barcelona, Paidós, (1995) 1997.

HEMPEL, C., "Reasons and Covering Laws in Historical Explanation", en P. Gardiner (Ed.), *The Philosophy of History*, Oxford, Oxford University Press, 1974, pp. 90-105.

HERZ, J., *International Politics in the Atomic Age*, New York, Columbia University Press, 1959.

HOFFMANN, M., "Restructuring, Reconstruction, Reinscription, Rearticulation: Four Voices in Critical International Theory", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 20, n.º 2, 1991, pp. 169-185.

HOFFMANN, S., "An American Social Science: International Relations", *Deadalus*, Vol. 106, n.º 3, 1977, pp. 41-60.

HOLSTI, K. J., "Along the Road to International Theory", *International Journal*, Vol. 34, n.º 2, 1984, pp. 337-365.

HOLSTI, K. J., *The Dividing Discipline: Hegemony and Diversity in International Theory*, London, Allen&Unwin, 1985.

HOLSTI, K. J., "Along the Road of International Theory in the Next Millennium: four Travelogues", en R. M. A. Crawford and D. S. L. Jarvis (Eds.), *Interna-*

tional Relations. Still and American Social Science?, Albany, State University of New York Press, 2001, pp. 73-100.

HOLLIS, M. and SMITH, S., *Explaining and Understandig International Relations*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

HOLLIS, M. and SMITH, S., "Beware of Gurus: Structure and Action in International Relations", *Review of International Studies*, Vol. 17, n.º 4, 1991, pp. 393-410.

HOLLIS, M. and SMITH, S., "Structure and Action: Further Comment", *Review of International Studies*, Vol.18, n.º 2, 1992, pp.187-188.

HOLLIS, M. and SMITH, S., "Two Stories about Structure and Agency", *Review of International Studies*, Vol. 20, n.º 3, 1994, pp. 241-251.

HOPF, T., "The Promise of Constructivism in International Relations Theory", *International Security*, Vol. 23, n.º 1, 1998, pp. 171-200.

HURRELL, A., "Teoría de los Regímenes Internacionales: Una Perspectiva Europea", *Foro Internacional*, Vol. 31, n.º 5, pp. 644-666.

JACKSON, R. and SORENSEN, G., *Introduction to International Relations*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

JARVIS, D. S. L., *International Relations and the Challenge of Postmodernism: Defending the Discipline*, Columbia, University of South Carolina Press, 2000.

JEPPERSON, R. L., WENDT, A. and KATZENSTEIN, P., "Norms, Identity, and Culture in National Security", en P. Katzenstein (Ed.), *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*, New York, Columbia University Press, 1996, pp. 33-75.

JERVIS, R., "Hypotheses on Misperception", en R. Falk and S. Kim (Eds.), *The War System*, Boulder, Westview Press, (1968) 1980, pp. 465-490.

JERVIS, R., *Perception and Misperception in International Relations*, Princeton, Princeton University Press, 1976.

JERVIS, R., "Cooperation under the Security Dilemma", *World Politcs*, Vol. 30, n.º 2, 1978, pp. 166-214.

JERVIS, R., "Realism, Game Theory, and Cooperation", *World Politics*, Vol. 40, n.º 3, 1988, pp. 317-349.

JERVIS, R., "Realism, Neoliberalism, and Cooperation: Understanding the Debate", *International Security*, Vol. 24, n.º 1, 1999, pp. 42-63.

JOCKES, S., *Women in the World Economy*, Oxford, N.Y., Oxford University Press, 1987.

KABEER, N., *Reversed Realities: Gender Hierarchies in Development Thought*, London, Verso, 1994.

KARDAM, N., *Bringing Women In: Women's Issues in International Development Programs*, Boulder, Lynne Rienner, 1991.

KARDAM, N., "Women and Development", en F. D'Amico and P. Beckman (Eds.), *Women, Gender, and World Politics: Perspectives, Policies, and Prospects*, Westport, Bergin & Garvey, 1994, pp. 141-153.

KATZENSTEIN, P. (Ed.), *The Culture of National Security: Norms and Identity in World Politics*, New York, Columbia University Press, 1996.

KATZENSTEIN, P. KEOHANE, R. and KRASNER, S., "*International Organization* and the Study of World Politics", *International Organization*, Vol. 52, n.º 4, 1998, pp. 645-685.

KEGLEY, C. (Ed.), *Controversies in International Relations Theory. Realism and the Neoliberal Challenge*, New York, St. Martin's Press, 1995.

KEGLEY, C., "The Neoliberal Challenge to Realist Theories of World Politics: An Introduction", en C. Kegley (Ed.), *Controversies in International Relations Theory. Realism and the Neoliberal Challenge*, New York, St Martin's Press, 1995, pp. 1-24.

KEOHANE, R. O. (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, New York, Columbia University Press, 1986.

KEOHANE, R. O., "Realism, Neorealism and the Study of World Politics", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, New York, Columbia University Press, 1986, pp. 1-26.

KEOHANE, R. O., "Theory of World Politics: Structural Realism and Beyond", en R. Keohane, *Neorealism and Its Critics*, New York, Columbia University Press, 1986, pp.

KEOHANE, R. O., *Después de la Hegemonía. Cooperación y Discordia en la Política Económica Mundial*, Buenos Aires, GEL, (1984) 1988.

KEOHANE, R. O. "International Institutions: Two Approaches", *International Studies Quarterly*, Vol. 32, n.º 4, 1988, pp. 379-396.

KEOHANE, R. O., "International Liberalism Reconsidered", en J. Dunn (Ed.), *The Economic Limits of Modern Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 165-194.

KEOHANE, R. O., *Instituciones Internacionales y Poder Estatal. Ensayos sobre Teoría de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, GEL, (1989) 1993,

KEOHANE, R. O., "Institucionalismo Neoliberal: Una Perspectiva de la Política Mundial", en R. O. Keohane, *Instituciones Internacionales y Poder Estatal. Ensayos sobre Teoría de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, GEL, (1989) 1993, pp. 13-38.

KEOHANE, R. O., "Una Historia Intelectual Propia" en R. O. Keohane, *Instituciones Internacionales y Poder Estatal. Ensayos sobre Teoría de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, GEL, (1989) 1993, pp. 39-54.

KEOHANE, R. O., "La Teoría de la Estabilidad Hegemónica y los Cambios en los Regímenes Económicos Internacionales: 1967-1977" en R. O. Keohane, *Instituciones Internacionales y Poder Estatal. Ensayos sobre la Teoría de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, GEL, (1989) 1993, pp. 109-144.

KEOHANE, R. O., "La Demanda de Regímenes Internacionales" en R. O. Keohane, *Instituciones Internacionales y Poder Estatal. Ensayos sobre Teoría de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, GEL, (1989) 1993, pp. 145-183.

KEOHANE, R. O., "La Reciprocidad en las Relaciones Internacionales" R. O. Keohane, *Instituciones Internacionales y Poder Estatal. Ensayos sobre Teoría de las Relaciones Internacionales*, Buenos Aires, GEL, (1989) 1993, pp. 185-218.

KEOHANE, R. O., "Institutional Theory and the Realist Challenge after the Cold War", en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: the Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 269-300.

KEOHANE, R. O., "Hobbes' Dilemma and Institutional Change in World Politics: Sovereignty in International Society", en H. H. Holm and G. Sorensen (Eds.), *Whose World Order? Uneven Globalization and the End of the Cold War*, Boulder, Co., Westview Press, 1995, pp. 165-186.

KEOHANE, R. O. and NYE, J., "Power and Interdependence Revisited", *World Politics*, Vol. 41, n.º 4, 1987, pp. 725-753.

KEOHANE, R. O. and NYE, J., *Poder e Interdependencia: La Política Mundial en Transición*, Buenos Aires, GEL, (1977) 1988.

KHALER, M., "Inventing International Relations: International Relations Theory after 1945", en M. Doyle and G. J. Ikenberry (Eds.), *New Thinking in International Relations Theory*, Boulder, Co., Westview Press, 1997, pp. 20-53.

KINDLEBERGER, C., *The World in Depression: 1929-1939*, Boston, Little Brown, 1973.

KINDLEBERGER, C., "Dominance and Leadership in the International Economy: Exploitation, Public Goods, and Free Rides", *International Studies Quarterly*, Vol. 25, n.º 2-3, 1981, pp. 242-254.

KINDLEBERGER, C., "Hierarchy versus Inertial Cooperation", *International Organization*, Vol. 40, n.º 4, 1986, pp. 841-847.

KLEIN, B., *Strategic Studies and World Order: The Global Politics of Deterrence*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

KNUTSEN, T. L., *A History of International Relations: An Introduction*, 2nd ed., Manchester, Manchester University Press, 1999.

KOLAKOWSKI, L., *La Filosofía Positivista: Ciencia y Filosofía*, 3ª ed., Madrid, Cátedra, 1988.

KORANY, B., "Un, Deux, ou Quatre...Les Écoles de Relations Internationales", *Études Internationales*, Vol. XV, n.º 4, 1984, pp. 699-726.

KOSLOWSKI, R. and KRATCHOWILL, F., "Understanding Change in International Politics: The Soviet Empire's Demise and the International System", en R. Lebow and T. Risse-Kappen (Eds.), *International Relations Theory and the End of the Cold War*, New York, Columbia University Press, 1995, pp. 127-166.

KRASNER, S., "State Power and the Structure of International Trade", *World Politics*, Vol. 28, 1976, pp. 317-347.

KRASNER, S. (Ed.), *International Regimes*, Ithaca, Cornell University Press, (1982) 1983.

KRASNER, S., "Structural Causes and Regime Consequences: Regimes as Intervening Variables", en S. Krasner (Ed.), *International Regimes*, Ithaca, Cornell University Press, (1982) 1983, pp. 1-21.

KRASNER, S., "Westphalia and All That", en J. Goldstein and R. O. Keohane (Ed.), *Ideas and Foreign Policy: Beliefs, Institutions, and Political Change*, Ithaca, Cornell University Press, 1993, pp. 235-264.

KRASNER, S., "Regimes and the Limits of Realism: Regimes as Autonomous Variables", en S. Krasner (Ed.), *International Regimes*, Ithaca, Cornell University Press, (1982) 1983, pp. 355-368.

KRASNER, S., "Global Communications and National Power: Life in the Pareto Frontier", en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 234-249.

KRASNER, S., "The Accomplishments of International Political Economy", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 108-127.

KRATOCHWILL, F., "The Force of Prescriptions", *International Organization*, Vol. 38, n.º 4, 1984, pp. 685-708.

KRATOCHWILL, F., "The Embarrasement of Changes: Neo-realism and the Science of Realpolitik without Politics", *Review of International Studies*, Vol. 19, n.º 1, 1993, pp. 63-80.

KRATOCHWILL, F., "Acción y Conocimiento Histórico: La Construcción de Teorías de las Relaciones Internacionales", *Foro Internacional*, Vol. 39, n.º 4, 1999, pp. 588-610.

KRATOCHWILL, F., "Constructing a New Orthodoxy? Wendt's *Social Theory of International Politics* and the Constructivist Challenge", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 29, n.º 1, 2000, pp. 73-101.

KRATOCHWILL, F. and RUGGIE, J.G., "International Organization: A State of the Art or an Art of the State", *International Organization*, Vol. 40, n.º 4, 1986, pp. 753-775.

KRAUSE, K., "Critical Theory and Security Studies: The Research Programme of 'Critical Security Studies'", *Cooperation and Conflict*, Vol. 33, n.º 3, 1998, pp. 298-333.

KRIPPENDORF, E., *International Relations as a Social Science*, Brighton, Harvester Press, 1982.

KUBALKOVA, V. and CRUICKSHANK, A. A., *Marxism-Leninism and Theory of International Relations*, London, Routledge & Kegan Paul, 1980.

KUHN, T. S., *The Structure of Scientific Revolutions*, 2nd ed., Chicago, The University of Chicago Press, 1970.

KYDD, A. and SNIDAL, D., "Progress in Game-Theoretic Analysis of International Regimes", en V. Rittberger and P. Mayer (Eds.), *Regime theory and International Relations*, Oxford, Clarendon Press, (1993) 1995, pp. 112-135.

LAKATOS, I. and MUSGRAVE, A. (Eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, Nueva York, Cambridge University Press, 1970.

LAKE, D., "Leadership, Hegemony, and the International Economy: Naked Emperor or Tattered Monarch with Potential?", *International Studies Quarterly*, Vol. 37, n.º 4, 1993, pp. 459-489.

LAPID, Y., "The Third Debate: On the Prospects of International Theory in a Post-positivist Era", *International Studies Quarterly*, Vol. 33, n.º 3, 1989, pp. 235-254.

LAPID, Y. and KRATOCHWIL, F. (Eds.), *The Return of Culture and Identity in International Relations*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 1996.

LEGRO, J. W. and MORAVCSIK, A., "Is Anybody Still a Realist?", *International Security*, Vol. 24, n.º 2, 1999, pp. 5-55.

LINKLATER, A., *Men and Citizen in the Theory of International Relations*, MacMillan, London, 1990.

LINKLATER, A., "The Question of the Next Stage in International Relations Theory: A Critical-Theoretical Point of View", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 21, n.º 1, 1992, pp. 77-98.

LINKLATER, A., "Citizenship and Sovereignty in the Post-Westphalian State", *European Journal of International Relations*, Vol. 2, n.º 1, 1996, pp. 77-103.

LINKLATER, A., "The Achievements of Critical Theory", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 279-298.

LINKLATER, A., *The Transformation of Political Community*, Cambridge, Polity Press, 1998.

LIPHART, A., "The Structure of the Theoretical Revolution in International Relations" *International Studies Quarterly*, Vol. 18, n.º 1, 1974, pp. 41-74.

LIPSON, C., "The Transformation of Trade: The Sources and Effects of Regime Change", en S. Krasner (Ed.), *International Regimes,* Ithaca, Cornell University Press, (1982) 1983, pp. 233-271.

LIPSON, C., "International Cooperation in Economic and Security Affairs" en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: the Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 60-84.

LITTLE, R., "The Growing Relevance of Pluralism?", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 66-86.

LOCHER, B., "Las Relaciones Internacionales desde la Perspectiva de los Sexos", *Nueva Sociedad*, n.º 158, 1998, pp. 40-62.

LYOTARD, J. F., *La Condición Postmoderna. Informe sobre el Saber*, Madrid, Cátedra, 1984.

MAGHROORI, R. and RAMBERG, B. (Eds.), *Globalism versus Realism: International Relations' Third Debate*, Boulder, Westview Press, 1982.

MAGHROORI, R., "Major Debates in International Relations", en R. Maghroori

and B. Ramberg, *Globalism versus Realism: International Relations' Third Debate*, Boulder, Westview Press, 1982, pp. 9-22.

MANSBACH, R. W., "Neo-this and Neo-that: Or, 'Play it Sam' (Again and Again)", *Mershon International Studies Review*, Vol. 40, n.º 1, 1996, pp. 90-95.

MANSBACH, R. W. and VASQUEZ, J. A., *In Search of Theory. A New Paradigm for Global Politics*, New York, Columbia University Press, 1981.

MARCH, J. and OLSEN, J., *Rediscovering Institutions: The Organizational Basis of Politics*, New York, Free Press, 1989.

MASTANDUNO, M., "Do Relative Gains Matter?: American's Response to Japanese Industrial Policy" en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 250-266.

MASTERMAN, M., "The Nature of a Paradigm", en I. Lakatos and A. Musgrave (Eds.), *Criticism and the Growth of Knowledge*, New York, Cambridge University Press, 1970, pp. 59-90.

MCKEOWN, T., "Hegemonic Stability Theory and 19th Century Tariff Levels in Europe", *International Organization*, Vol. 37, n.º 1, 1983, pp. 73-91.

MERLE, M., *Sociología de las Relaciones Internacionales*, 4ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 1991.

MESA, R., *Teoría y Práctica de las Relaciones Internacionales*, 2ª ed., Madrid, Taurus, 1980.

MIES, M., *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, London, Zed Books, 1986.

MILNER, H., "International Theories of Cooperation among Nations: Strengths and Weaknesses", *World Politics*, Vol. 44, n.º 3, 1992, pp. 466-496.

MILNER, H., "The Assumption of Anarchy in International Relations Theory: A Critique" en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 143-169.

MITCHELL, C. R., "Analysing the 'Great Debates': Teaching Methodology in a Decade of Change", en R. C. Kent and G. P. Nielsson (Eds.), *The Study and Teaching of International Relations*, London, Frances Pinter, 1980, pp. 28-46.

MITCHELL, C. R., *The Structure of International Conflict*, London, Macmillan, 1981.

MITCHELL, C. R. and BANKS, M., *Handbook of Conflict Resolution: The Analytical Problem-Solving Approach*, London, Pinter, 1996.

MITRANY, D., *A Working Peace System*, London, The Royal Institute on International Affairs, 1943.

MODELSKI, G., "The Long Cycle of Global Politics and the Nation-State", *Comparative Studies in Society and History*, Vol. 20, n.º 2, 1978, pp. 214-235.

MOON, K. H. S., *Sex among Allies: Military Prostitution in U.S.-Korea Relations*, New York, Columbia University Press, 1997.

MOURITZEN, H., "Kenneth Waltz: A Critical Rationalist between International Politics and Foreign Policy", en Y. V. Neumann and O. Wæver (Eds.), *The Future of International Relations: Masters in the Making*, London, Routledge, 1997, pp. 66-89.

NEUFELD M., "Interpretation and the 'Science' of International Relations", *Review of International Studies*, Vol. 19, n.º 1, 1993, pp. 39-62.

NEUFELD, M., *The Restructuring of International Relations Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

NEWLAND, K., "From Transnational Relationships to International Relations: Women in Development and the International Decade for Women", en R. Grant and K. Newland (Eds.), *Gender and International Relations*, Buckingham, Open University Press, (1988) 1991, pp. 122-132.

NEUMANN, I., "Collective Identity Formation: Self and Other in International Relations", *European Journal of International Relations*, Vol. 2, n.º 2, 1996, pp. 139-174.

NICHOLSON, M., *Causes and Consequences in International Relations: A Conceptual Study*, London, Pinter, 1996.

NIOU, E. and ORDESHOOK, P., "Less Filling, Tastes Great: The Realist-Neoliberal Debate", *World Politics*, Vol. 46, n.º 2, 1994, pp. 209-234.

NYE, J., "Neorealism and Neoliberalism", *World Politics*, Vol. 40, n.º 2, 1988, pp. 235-251.

O'BRIEN, M., *The Politics of Reproduction*, London and Boston, Routledge and Kegan Paul, 1981.

OHMAE, K., *The Borderless World: Power and Strategy in the Interlinked Economy*, New York, Harper Business, 1990.

OLSON, M., *La Lógica de la Acción Colectiva: Bienes Públicos y Teoría de los Grupos*, México, Limusa, (1965) 1992.

ONUF, N. G., *World of Our Making: Rules and Rule in Social Theory and International Relations*, Columbia, University of South Carolina, 1989.

ONUF, N. G., "Sovereignty: An Outline of Conceptual History", *Alternatives*, Vol. 16, n.º 4, 1991, pp. 425-446.

ORGANSKI, A. F. K., *World Politics*, 2nd ed., New York, Knopf, 1968.

OUTHWAITE, W., *New Philosophies of Social Science: Realism, Hermeneutics and Critical Theory*, London, Macmillan, 1987.

OYE, K. (Ed.), *Cooperation under Anarchy*, Special Issue of *World Politics*, Vol. 38, n.º 1, 1985.

OYE, K., "Explaining Cooperation under Anarchy: Hypothesis and Strategies", en K. Oye (Ed.), *Cooperation under Anarchy*, Special Issue of *World Politics*, Vol. 38, n.º 1, 1985, pp. 1-24.

PETERS, J. S. and WOLPER, A., (Eds.), *Women's Rights, Human Rights: International Feminist Perspectives*, New York, Routledge, 1995.

PETERSON, V. S., "Whose Rights?: A Critique of the 'Givens' in Human Rights Discourse", *Alternatives*, Vol. 15, n.º 3, 1990, pp. 303-344.

PETERSON, V. S., "Introduction", en V. S. Peterson (Ed.), *Gendered States: Feminist (Re)Visions of International Relations Theory*, Boulder, Lynne Rienner, 1992, pp. 1-29.

PETERSON, V. S., "Security and Sovereign States: What is at Stake in Taking Feminism Seriously?", en V. S. Peterson (Ed.), *Gendered States: Feminist (Re)Visions of International Relations Theory*, Boulder, Lynne Rienner, 1992, pp. 31-64.

PETERSON, V. S., "Transgressing Boundaries: Theories of Knowledge, Gender and International Relations", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 21, n.º 2, 1992, pp. 183-208.

PETERSON, V. S., "Rereading Public and Private: The Dichotomy That Is Not One", *SAIS Review: A Journal of International Affairs*, Vol. 20, n.º 2, 2000, pp. 11-29.

PETERSON, V. S. and RUNYAN, A. S., *Global Gender Issues*, Boulder, Westview Press, 1993.

PETTMAN, R., "Competing Paradigms in International Politics", *Review of International Studies*, Vol. 7, n.º 1, 1981, pp. 39-50.

PETTMAN, J. J., "Body Politics: International Sex Tourism", *Third World Quarterly*, Vol. 18, n.º 1, 1997, pp. 93-108.

PHILPOTT, D., "The Challenge of September 11 to Secularism in International Relations", *World Politics*, Vol. 51, n.º 1, 2002.

POWELL, R. "Absolute and Relative Gains in International Relations Theory" en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 209-233.

POWELL, R., "Anarchy in International Relations Theory: The Neorealist-Neoliberal Debate", *International Organization*, Vol. 48, n.º 2, 1994, pp. 313-344.

PRICE, R. and REUS-SMIT, C., "Dangerous Liaisons?: Critical International Theory and Constructivism", *European Journal of International Relations*, Vol. 4, n.º 3, 1998, pp. 259-294.

RAWLS, J., "Two Concepts of Rules", *Philosophical Review*, Vol. 64, n.º 1, 1955, pp. 3-33.

RENGGER, N. and HOFFMANN, M., "Modernity, Postmodernism and International Relations", en J. Doherty, E. Graham and M. Malek (Eds.), *Postmodernism and the Social Sciences*, New York, St. Martin's Press, 1992, pp. 127-147.

REUS-SMIT, C., "The Constitutional Structure of International Society and the Nature of Fundamental Institutions", *International Organization*, Vol. 51, n.º 4, 1997, pp. 555-589.

RICHARDSON, J. L., *Contending Liberalisms in World Politics: Ideology & Power*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 2001.

RINGMAR, E., "Alexander Wendt: A Social Scientist Struggling with History", en I. Neumann and O. Waever (Eds.), *The Future of International Relations: Masters in the Making*, London, Routledge, 1997, pp. 281-283.
RIOUX, J.-F., KEENES, E. et LÉGARÉ, G., "Le Néo-Réalisme ou la Reformulation du Paradigme Hégémonique en Relations Internationales", *Etudes Internationales*, Vol. XIX, n.º 1, 1988, pp. 57-80.
RITZER, G., *Teoría Sociológica Contemporánea*, Madrid, Mac-Graw Hill, 1993.
ROSECRANCE, R., *El Ascenso del Estado Comercialista. Comercio y Conquista en el Mundo Moderno*, Madrid, Alianza, 1986.
ROSENAU, J. N., "Muddling, Meddling and Modeling: Alternative Approaches to the Study of World Politics", en J. N. Rosenau (Ed.), *The Scientific Study of Foreign Policy*, London, Francis Pinter, 1980, pp. 535-554.
ROSENAU, J. N., "Order and Disorder in the Study of World Politics: Ten Essays in Search of Perspective", en R. Maghroori and B. Ramberg (Eds.), *Globalism versus Realism: International Relations' Third Debate*, Boulder, Westview Press, 1982, pp. 1-8.
ROSENAU, J. N. and DURFEE, M., *Thinking Theory Thoroughly*, Boulder, Westview Press, 1995.
ROSENAU, P., "Once Again into the Fray: International Relations Confronts the Humanities", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 19, n.º 1, 1990, pp. 83-110.
ROSENAU, P., *Postmodernism and the Social Sciences: Insights, Inroads and Institutions*, Princeton, Princeton University Press, 1991.
RUBIO CARRACEDO, J., *Positivismo, Hermenéutica y Teoría Crítica*, Barcelona, Humanitas, 1984.
RUGGIE, J. G., "Continuity and Transformation in the World Polity: Toward a Neorealist Synthesis", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics*, New York, Columbia University Press, 1986, pp. 131-157.
RUGGIE, J. G., (Ed.), *Multilateralism Matters: The Theory and Praxis of an Institutional Form*, New York, Columbia University Press, 1993.
RUGGIE, J. G., "Multilateralism: The Anatomy of an Institution", en J. G. Ruggie (Ed.), *Multilateralism Matters: The Theory and Praxis of an Institutional Form*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 3-47.
RUGGIE, J. G., "Territoriality and Beyond: Problematizing Modernity in International Relations", *International Organization*, Vol. 47, n.º 1, 1993, pp. 139-174.
RUGGIE, J. G., (Ed.), *Constructing the World Polity: Essays in International Institutionalization*, London, Routledge, 1998.
RUGGIE, J. G., "What Makes the World Hang Together?: Neoutilitarism and the Social Constructivist Challenge", en J. G. Ruggie, *Constructing the World Polity: Essays of International Institutionalization*, London, Routledge, 1998, pp. 1-40.

RUGGIE, J. G., "Political Structure and Dynamic Density", en J. G. Ruggie, *Constructing the World Polity: Essays on International Institutionalism*, London, Routledge, 1998, pp. 137-154.

RUGGIE, J. G., "Epistemology, Ontology, and the Study of International Regimes", en J. G. Ruggie, *Constructing the World Polity: Essays on International Institutionalization*, London, Routledge, 1998, pp. 85-101.

RUSSETT, B. M., "Methodological and Theoretical Schools of International Relations", en N. D. Palmer (Ed.), *A Design for International Relations Research: Scope, Theory, Methods, and Relevance*, Philadelphia, The American Academy of Political and Social Science, 1970, pp. 87-105.

RUSSET, B. M. (Ed.), *Peace, War and Numbers*, Beverly Hills, Sage, 1972.

RUSSETT, B. M., "The Mysterious Case of Vanishing Hegemony, or, Is Mark Twain Really Dead?", *International Organization*, Vol. 39, n.º 2, 1985, pp. 207-231.

SCHELLING, T., *The Strategy of Conflict*, Cambridge, Harvard University Press, 1960.

SCHELLING, T., *Micromotives and Macrobehavior*, New York, Norton, 1978.

SCHROEDER, P., "Historical Reality vs. Neorealist Theory", en M. E. Brown, S. M. Lynn-Jones and S. E. Miller (Eds.), *The Peril of Anarchy: Contemporary Realism and International Security*, Cambridge, The MIT Press, 1995, pp. 421- 461.

SCHWELLER, R. L., "*Bandwagoning* for Profit: Bringing the Revisionist State Back In", *International Security*, Vol. 19, n.º 1, 1994, pp. 72-107.

SCHWELLER, R. L. and PRIESS, D., "A Tale of Two Realisms: Expanding the Institutional Debate", *Mershon International Studies Review*, Vol. 41, n.º 1, 1997, pp. 1-32.

SCHWELLER, R. L., "New Realist Research on Alliances: Refining, not Refuting, Waltz's Balancing Proposition", *American Political Science Review*, Vol. 91, n.º 4, 1997, pp. 927-935.

SCHWELLER, R. L., "Realism and the Present Great Power System: Growth Positional Conflict over Scarce Resources", en B. Kapstein and M. Mastanduno (Eds.), *Unipolar Politics: Realism and State Strategies after the Cold War*, Columbia University Press, Columbia International Affairs Online, http://www.ciaonet.org, (marzo 2001).

SCHWELLER, R. L., *Deadly Imbalances: Tripolarity and Hitler's Strategy of World Conquest*, New York, Columbia University Press, 1998, https://wwwc.cc.columbia.edu/sec/dlc/ciao/book/schweller/schweller02.html,(agosto 2001).

SEARLE, J., *La Construcción de la Realidad Social*, Barcelona, Paidós, (1995) 1997.

SHAPIRO, M., "Textualizing Global Politics", en J. Der Derian and M. Shapiro (Eds.), *International-Intertextual Relations: Postmodern Readings of World Politics*, Lexington, Lexington Books, 1989, pp. 11-22.

SHIP, S., "And What about Gender? Feminism and International Relations Theory's Third Debate", en C. T. Sjolander and W. S. Cox (Eds.), *Beyond Positivism: Critical Reflections on International Relations*, Boulder, Lynne Rienner, 1994, pp. 129-151.

SIMON, H., "Human Nature in Politics: The Dialogue of Psychology and Political Science", *American Political Science Review*, Vol. 79, 1985, pp. 293-304.

SINCLAIR, T., "Beyond International Relations Theory: Robert W. Cox and Approaches to World Order", en R. Cox (Ed.), *Approaches to World Order*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 3-18.

SINGER, J. D., BREMER, S. and J. STUCKEY, "Capability Distribution, Uncerttainty, and Major Power Wars, 1820-1965", en B. M. Russett (Ed.), *Peace, War, and Numbers*, Beverly Hills, Sage, 1972, pp. 19-48.

SJOLANDER, C. T. and COX, W. S. (Eds.), *Beyond Positivism: Critical Reflections on International Relations*, Boulder, Lynne Riener, 1994.

SMITH, M., LITTLE, R. and SHACKELTON, M. (Eds.), *Perspectives on World Politics*, London, Croom-Helm, 1981.

SMITH, S., "The Development of International Relations as a Social Science". *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 16, n.º 2, 1987, pp. 189-206.

SMITH, S. and HOLLIS, M., *Explaining and Understanding International Relations*, Oxford, Clarendon Press, 1990.

SMITH, S., "The Forty Years' Detour: The Resurgence of Normative Theory in International Relations", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 21, n.º 3, 1992, pp. 489-506.

SMITH, S., "The Self-Images of a Discipline: A Genealogy of International Relations Theory", en K. Booth and S. Smith (Eds.), *International Relations Theory Today*, Cambridge, Polity Press, 1995, pp. 1-37.

SMITH, S., "Positivism and Beyond", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 11-44.

SMITH, S., "Social Constructivisms and European Studies: A Reflectivist Critique", en T. Christiansen, K. E. Jorgensen and A. Wiener (Eds.), *The Social Construction of Europe*, Special Issue of *Journal of European Public Policy*, Vol. 6, n.º 4, 1999, pp. 682-691.

SMITH, S., "Reflectivist and Constructivist Approaches to International Theory", en J. Baylis and S. Smith (Eds.), *The Globalization of World Politics: An introduction to International Relations*, 2nd ed., Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. 224-252.

SMITH, S., "The United States and the Discipline of International Relations: 'Hegemonic Country, Hegemonic Discipline'", *International Studies Review*, Vol. 4, n.º 2, 2002, pp. 67-85.

SNIDAL, D., "Public Goods, Property Rights, and Political Organization", *International Studies Quarterly*, Vol. 23, n.º 4, 1979, pp. 532-566.

SNIDAL, D., "The Game *Theory* of International Politics", en K. Oye (Ed.), *Cooperation under Anarchy*, *World Politics*, Special Issue, Vol. 38, n.º 1, 1985, pp. 25-57.

SNIDAL, D., "The Limits of Hegemonic Stability Theory", *International Organization*, Vol. 39, n.º 4, 1985, pp. 579-614.

SNIDAL, D., "Relative Gains and the Pattern of International Cooperation" D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 170-208.

SNYDER, G. and DIESING, P., *Conflict among Nations: Bargaining, Decisionmaking, and System Structure in International Crises*, Princeton, Princeton University Press, 1977.

SNYDER, G., "Process Variables in Neorealist Theory", *Security Studies*, Vol. 5, 1996, pp. 167-192.

SODUPE, K., "El Estado Actual de las Relaciones Internacionales como Ciencia Social: ¿Crisis o Pluralismo Paradigmático?", *Revista de Estudios Políticos*, n.º 75, 1992, pp. 165-213.

SODUPE, K., "Del Tercer al Cuarto Debate en las Relaciones Internacionales", *Revista Española de Derecho Internacional*, Vol. LIV, n.º 1, 2002, pp. 65-93.

SODUPE, K., *La Estructura de Poder del Sistema Internacional: Del final de la Segunda Guerra Mundial a la Posguerra Fría*, Madrid, Fundamentos, 2002.

STEANS, J. and PETTIFORD, L., *International Relations: Perspectives and Themes*, Harlow, Longman, 2001.

STEIN, A., "The Hegemon's Dilemma: Great Britain, the United States, and the International Economic Order", *International Organization*, Vol. 38, n.º 2, 1984, pp. 355-386.

STEIN, A., "Coordination and Collaboration: Regimes in an Anarchic World", en D. A. Baldwin (Ed.), *Neorealism and Neoliberalism: The Contemporary Debate*, New York, Columbia University Press, 1993, pp. 29-59.

STRANGE, S., "*Cave! Hic Dragones:* A Critique of Regime Analysis", en S. Krasner (Ed.), *International Regimes*, Ithaca, Cornell University Press, (1982) 1983, pp. 337-354.

STRANGE, S., "The Persistent Myth of Lost Hegemony", *International Organization*, Vol. 41, n.º 4, 1987, pp. 551-574.

SYLVESTER, C., *Feminist Theory and International Relations in a Postmodern Era*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

TALIAFERRO, J., "Quagmires in the Periphery: Foreign Wars and Escalating Commitment in International Conflict," *Security Studies*, Vol. 7, n.º 3, 1998, pp. 95-148.

THRIFT, N., "On the Determination of Social Action in Space and Time", *Society and Space*, Vol. 1, n.º 1, 1983, pp. 23-57.

TICKNER, A., "Hans Morgenthau's Principles of Political Realism: A Feminist Reformulation" en R. Grant and K. Newland (Eds.), *Gender and International Relations*, Buckingham, Open University Press, 1991, pp. 27-40.

TICKNER, A., *Gender in International Relations: Perspectives on Achieving Global Security*, New York, Columbia University Press, 1992.

TICKNER, A., "You Don't Understand: Troubled Engagements between Feminists and International Relations Theorists", *International Studies Quarterly*, Vol. 41, n.º 4, 1997, pp. 611-632.

TRUE, J., "Feminism", en S. Burchill and A. Linklater (Eds.), *Theories of International Relations*, New York, St. Martin's Press, 1996, pp. 210-251.

TRUYOL i SERRA, A. (Ed.), *La Sociedad Internacional*, 4ª ed., Madrid, Alianza Editorial, 1983.

VAN EVERA, S., "Offense, Defense, and the Causes of War", *International Security*, Vol. 22, n.º 4, 1998, pp. 5-43.

VASQUEZ, J. A., *The Power of Power Politics: A Critique*, London, Frances Pinter, 1983.

VASQUEZ, J. A., *The Power of Power Politics: From Classical Realism to Neotraditionalism*, Cambridge, Cambridge University Press, 1998.

VIOTTI, P. R. and KAUPPI, M. V. (Eds.), *International Relations Theory: Realism, Pluralism, Globalism*, New York, Macmillan, 1987.

WÆVER, O., "The Rise and Fall of the Inter-Paradigm Debate", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski, *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 149-185.

WÆVER, O., "Figures of International Thought: Introducing Persons Instead of Paradigms", en I. Neumann and O. Waever (Eds.), *The Future of International Relations: Masters in the Making*, London, Routledge, 1997, pp. 1-37.

WÆVER, O., "John G. Ruggie: Transformation and Institutionalization", en I. Neumann and O. Waever (Eds.), *The Future of International Relations: Masters in the Making*, London, Routledge, 1997, pp. 170-204.

WÆVER, O., "Four Meanings of International Society: A Trans-Atlantic Dialogue", en B. A. Roberson (Ed.), *International Society and the Development of International Relations Theory*, London, Pinter, 1998, pp. 80-144.

WALKER, R., "Political Theory and the Transformation of World Politics", *World Order Studies Program, Occasional Paper n.º 8*, Princeton, Princeton University Center of International Studies, 1980.

WALKER, R., *Inside-Outside: International Relations as Political Theory*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993.

WALT, S. M., "Alliance Formation and the Balance of Power", *International Security*, Vol. 9, n.º 4, 1985, pp. 208-248.

WALT, S. M., *The Origins of Alliances*, Ithaca, Cornell University Press, 1987

WALT, S. M., "Alliance Formation in Southwest Asia: Balancing and Badwagoning in Cold War Competition" en J. Snyder and R. Jervis (Eds.), *Dominoes and*

Bandwagons: Strategic Beliefs and Great Power Competition in the Eurasian Rimland, Oxford, Oxford University Press, 1991, pp. 51-83.

WALT, S. M., "Alliances, Threats, and U.S. Grand Strategy: A Reply to Kaufman and Labs", *Security Studies*, Vol. 1, n.º 3, 1992, pp. 448-482.

WALT, S. M., *Revolution and War*, Ithaca, Cornell University Press, 1996.

WALT, S. M., "Keeping the World 'Off-Balance': Self-Restraint and U.S. Foreign Policy", *Research Working Papers Series*, John F. Kennedy School of Government, Harvard University, 2000, pp. 1-42.

WALTZ, K. N., *Man, the State and War*, New York, Columbia University Press, 1959.

WALTZ, K. N., "The Stability of a Bipolar World", *Daedalus*, Vol. 93, n.º 4, 1964, pp. 881-909.

WALTZ, K. N., "Reflections on Theory of International Politics: A Response to My Critics", en R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and Its Critics* New York, Columbia University Press, 1986, pp. 322-346.

WALTZ, K. N., *Teoría de la Política Internacional*, Buenos Aires, GEL, (1979) 1988.

WALTZ, K. N., "Realist Thought and Neorealist Theory", *Journal of International Affairs*, Vol. 44, n.º 1, 1990, pp. 21-37.

WALTZ, K. N., "The Emerging Structure of International Politics", *International Security*, Vol. 18, n.º 2, 1993, pp 43-75.

WALTZ, K. N., "Evaluating Theories", *American Polical Science Review*, Vol. 91, n.º 4, 1997, pp. 913-917.

WALTZ, K. N., "The Balance of Power and NATO Expansion", University of California, Berkeley, Center for German and European Studies, Working Paper 5.66, October, 1998.

WALTZ, K. N., "Structural Realism after the Cold War", *International Security*, Vol. 25, n.º 1, 2000, pp. 5-41.

WALTZ, K. N., "Globalization and American Power" *The National Interest,* n.º 5, 2000, pp. 46-56.

WEBB, M. and KRASNER, S., "Hegemonic Stability Theory: An Empirical Assessment", *Review of International Studies*, Vol. 15, n.º 2, 1989, pp. 183-198.

WEBER, C., "Good Girls, Little Girls, and Bad Girls: Male Paranoia in Robert Keohane's Critique of Feminist International Relations", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 23, n.º 2, 1994, pp. 337-349.

WEBER, C., *Simulating Sovereignty: Intervention, the State and Symbolic Exchange*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995.

WEBER, C., "International Relations: The Resurrection or New Frontiers of Incorporation", *European Journal of International Relations*, Vol. 5, n.º 4, 1999, pp. 435-450.

WENDT, A., "The Agent-Structure Problem in International Relations", *International Organization*, Vol. 41, n.º 3, 1987, pp. 335-370.

WENDT, A., "Bridging the Theory-Meta-Theory Gap in International Relations", *Review of International Studies*, Vol. 17, n.º 4, 1991, pp. 383-392.

WENDT, A., "Anarchy is What States Make of It: The Social Construction of Power Politics", *International Organization*, Vol. 46, n.º 2, 1992, pp. 485-507.

WENDT, A., "Levels of Analysis vs. Agents and Structures: Part III", *Review of International Studies*, Vol. 18, n.º 2, 1992, pp. 181-185.

WENDT, A., "Collective Identity Formation and the International State", *American Political Science Review*, Vol. 88, n.º 2, 1994, pp. 384-396.

WENDT, A., "Identity and Structural Change in International Politics", en Y. Lapid and F. Kratochwil (Eds.), *The Return of Culture and Identity in International Relations*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 1996, pp. 47-64.

WENDT, A., "On Constitution and Causation in International Relations", *Review of International Studies*, Vol. 24, special issue, 1998, pp.101-117.

WENDT, A., *Social Theory of International Politics*, Cambridge, Cambridge University Press, 1999.

WENDT, A., "What Is International Relations For? Notes toward a Postcritical View?", en R. Wyn Jones (Ed.), *Critical Theory and World Politics*, Boulder, Co., Lynne Rienner, 2001, pp. 205-224.

WENDT, A. and FRIEDHEIM, D., "Hierarchy Under Anarchy: Informal Empire and the East German State", *International Organization*, Vol. 49, n.º 4, 1995, pp. 689-721.

WILLETS, P., "The United Nations and the Transformation of the International System", en B. Buzan and R. J. Barry Jones (Eds.), *Change and the Study of International Relations: The Evaded Dimension*, London, Frances Pinter, 1981, pp. 100-119.

WIND, M., "Nicholas G. Onuf: The Rules of Anarchy", en I. Neumann and O. Waever (Eds.), *The Future of International Relations: Masters in the Making*, London, Routledge, 1997, pp. 236-289.

WOHLFORTH, W., "The Perception of Power: Russia in the Pre-1914 Balance," *World Politics*, Vol. 39, n.º 3, 1987, pp. 355-381.

WOHLFORTH, W., *The Elusive Balance: Power and Perceptions during the Cold War,* Ithaca, Cornell University Press, 1993.

WOHLFORTH, W., "Realism and the End of the Cold War", en M. Brown, S. Lynn-Jones and S. Miller (Eds.), *The Perils of Anarchy: Contemporary Realism and International Security* , Cambridge, Mass., The MIT Press, 1995, pp. 3-41.

WYN, J. R., "'Message in a Bottle?': Theory and Praxis in Critical Security Studies", *Contemporary Security Policy*, Vol. 16, n.º 3, 1995, pp. 309-310.

WYN, J. R., "Introduction: Locating Critical International Relations Theory", en J. R. Wyn (Ed.), *Critical Theory and World Politics*, Boulder, Lynne Rienner, 2001, pp. 1-19.

YARBROUGH, B. and YARBROUGH, R., "Cooperation in the Liberalization of International Trade: After Hegemony, What?", *International Organization*, Vol. 41, n.º 1, 1987, pp. 1-26.

ZACHER, M. and MATTHEW, R., "Liberal International Theory: Common Threads, Divergent Strands" en C. Kegley (Ed.), *Controversies in International Relations Theory. Realism and the Neoliberal Challenge*, New York, St Martin's Press, 1995, pp. 107-150.

ZAKARIA, F., *De la Riqueza al Poder: Los Orígenes del Liderazgo Mundial de los Estados Unidos,* Barcelona, Gedisa 2000.

ZALEWSKI, M., "All These Theories Yet the Bodies Keep Piling Up': Theory, Theorists, Theorising", en S. Smith, K. Booth and M. Zalewski (Eds.), *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 340-353.

ZALEWSKI, M., "The Women-'Women' Question in International Relations", *Millennium: Journal of International Studies*, Vol. 23, n.º 2, 1994, pp. 407-423.

Este libro constituye una reflexión sobre el estado de las Relaciones Internacionales a comienzos de siglo XXI. No puede negarse que en el último decenio la fisonomía de la disciplina ha cambiado radicalmente. En efecto, en los momentos actuales, las Relaciones Internacionales se encuentran en lo que se ha denominado «cuarto debate». A lo largo de sus diferentes capítulos, puede observarse el tono pronunciadamente filosófico que han adquirido las discusiones académicas. La reconsideración de los fundamentos filosóficos puede resultar absolutamente imprescindible en el intento de búsqueda de una teoría que facilite adentrarse en la naturaleza de los problemas internacionales y ofrezca vías de transformación del estado de cosas actual. Los acontecimientos del 11 de Septiembre han puesto nuevamente de relieve las carencias de las teorías dominantes en la disciplina

Una de las principales contribuciones de este libro es arrojar luz sobre un debate extremadamente complejo. Para ello, establece un «mapa» de las Relaciones Internacionales en el cual pueden localizarse los principales puntos de disputa teórica. A continuación, analiza las posiciones de los contendientes en el cuarto debate. Lo que se denomina racionalismo, que en realidad representa la «corriente principal» en la disciplina, está compuesto por las aportaciones de neorrealistas y neoliberales. El que autores de ambas adscripciones aparezcan englobados bajo una misma denominación, no quiere decir que no haya discrepancias serias entre ellos. Lo que se entiende por reflectivismo responde a enfoques de muy diversa naturaleza. Todos ellos presentan en común su oposición al racionalismo, aunque no puede ocultarse que la falta de homogeneidad interna es considerablemente mayor que en el seno de este último. El más moderado en sus críticas a las teorías racionalistas es el constructivismo. Los más radicales están representados por la teoría crítica, el feminismo y el posmodernismo. En fin, el libro termina con la consideración de tres posibles escenarios en relación con la evolución a corto o medio plazo del cuarto debate.